

DARWINIA

ROBERT CHARLES WILSON



En el año 1912, por un motivo desconocido, Europa es reemplazada por un nuevo continente poblado por una flora y fauna completamente diferentes a las conocidas en el planeta (en una sola palabra, bizarras). Dicho suceso se le conoce desde entonces como El Milagro y el continente recibe el sugestivo nombre de Darwinia. Obviamente los hechos históricos que todos conocemos cambian y empiezan a desarrollarse de otra forma.

Así, a nadie le extrañará que aparezca un inminente conflicto entre los emergentes EE.UU. y las colonias europeas de ultramar por la propiedad de las nuevas tierras vírgenes. En este contexto se desarrolla una expedición americana al nuevo mundo y en ella participa Guilford Law, un joven fotógrafo a través del cual se nos presenta Darwinia en toda su brillante extrañeza.

Robert Charles Wilson, ganador del Premio Philip K. Dick y nominado al Premio Hugo por Darwinia, es uno de los autores más prometedores, y de los que más se espera, de la nueva generación de escritores norteamericanos.

OceanofPDF.com



Robert Charles Wilson

Darwinia

ePub r1.3

Banshee 04.02.18

OceanofPDF.com

Título original: *Darwinia*
Robert Charles Wilson, 1998
Traducción: Domingo Santos

Editor digital: Banshee
Corrección de erratas: darthdahr, nyl, chabelita
ePub base r1.2



OceanofPDF.com

A PNH y TNH, por su paciencia y sus buenos consejos; a
Shawna, por creer en mi trabajo; y a los conspiradores no
encausados en todas partes (ya sabéis quiénes sois).

OceanofPDF.com

Prólogo

OceanofPDF.com

1912: Marzo

Guilford Law cumplió los catorce el día que cambió el mundo.

Fue la divisoria de aguas del tiempo histórico, la noche que separó todo lo que siguió de todo lo que había ocurrido antes, pero antes no había habido nada, solo su nacimiento. Fue un sábado de marzo, frío, bajo un cielo sin nubes tan profundo como un estanque en invierno. Pasó la tarde haciendo rodar los aros con su hermano mayor, exhalando jirones de vapor al frío aire.

Su madre sirvió cerdo y alubias para cenar, la comida preferida de Guilford. La cacerola había hervido lentamente durante todo el día en el fuego y había llenado la cocina con el dulce incienso del jengibre y las melazas. Había habido un regalo de cumpleaños: un libro encuadernado con las hojas en blanco donde poder dibujar. Y un suéter nuevo, azul marino, de adulto.

Guilford había nacido en 1898; casi con el siglo. Era el pequeño de tres hermanos. Más que su hermano, más que su hermana, Guilford pertenecía a lo que sus padres llamaban todavía «el nuevo siglo», pero no le resultaba nuevo. Había vivido en él casi toda su vida. Sabía cómo funcionaba la electricidad. Incluso comprendía la radio. Era una persona del siglo xx, desdeñosa en privado del polvoriento pasado, del pasado de la luz de gas y de las bolas de naftalina. En las raras ocasiones en que Guilford tenía dinero en el bolsillo compraba un ejemplar de *Modern Electrics* y lo leía hasta que las páginas se desprendían del lomo.

La familia vivía en una casa modesta en la ciudad de Boston. Su padre era tipógrafo. Su abuelo, que vivía en la habitación de arriba junto a la escalera del ático, había luchado en la Guerra Civil con el 13° de

Massachusetts. La madre de Guilford cocinaba, limpiaba, llevaba el presupuesto de la casa y cultivaba tomates y judías en el pequeño huerto de la parte de atrás de la casa. Su hermano, decía todo el mundo, sería un día médico o abogado. Su hermana era delgada y tranquila y leía novelas de Robert Chambers, cosa que su padre desaprobaba.

Había pasado ya la hora de irse a dormir para Guilford cuando el cielo se puso muy brillante, pero le habían dejado estar levantado hasta más tarde como parte del talante general de indulgencia, o simplemente porque ahora ya era mayor. Guilford no comprendió lo que ocurría cuando su hermano llamó a todo el mundo a la ventana, y cuando todos salieron corriendo por la puerta de la cocina, incluido su abuelo, para quedarse mirando al cielo nocturno, creyó al principio que toda aquella excitación tenía algo que ver con su cumpleaños. Supo que la idea estaba equivocada, pero era tan concisa. Su cumpleaños. Las láminas de luz arco iris encima de su casa. Todo el cielo oriental iluminado. Quizás ardía algo, pensó. Algo muy lejos en el mar.

—Es como la aurora —dijo su madre, con voz ronca e incierta.

Era una aurora que rielaba como una cortina agitada por un ligero viento y arrojaba sutiles sombras sobre la encalada verja y el pardo huerto invernal. El gran muro de luz, ahora verde como una botella de vidrio, ahora azul como el mar vespertino, no emitía el menor sonido. Era tan silencioso como lo había sido el cometa Halley dos años antes.

Su madre debió de pensar también en el cometa, porque dijo lo mismo que había dicho entonces:

—Parece como el fin del mundo...

¿Por qué dijo eso? ¿Por qué se retorció las manos y escudó sus ojos? Guilford, secretamente encantado, no pensó que fuera el fin del mundo. Su corazón latía como un reloj, contando su tiempo secreto. Quizás fuera el principio de algo. No el final de un mundo sino el comienzo de un nuevo mundo. Como el cambio de siglo, pensó.

Guilford no temía lo que era nuevo. El cielo no le asustaba. Creía en la ciencia, que (según las revistas) estaba desvelando todos los misterios de la naturaleza, erosionando la antigua ignorancia de la humanidad con sus pacientes y persistentes preguntas. Guilford creía saber qué era la ciencia.

No era más que curiosidad..., templada por la humildad, disciplinada por la paciencia.

La ciencia significaba *mirar*,... una forma especial de mirar. Mirar con una atención especial a las cosas que no comprendías. Mirar a las estrellas, digamos, y no tenerles miedo, no adorarlas, sino simplemente hacerte preguntas, descubrir la pregunta que abrirá la puerta a la siguiente pregunta y a la pregunta que hay detrás de esa.

Sin ningún miedo, Guilford se sentó en los desgastados escalones de la parte de atrás de la casa mientras los otros volvían dentro para apiñarse en el salón. Durante un momento se sintió feliz solo, caliente en su nuevo suéter, con el vapor de su aliento ascendiendo hacia la inmóvil radiación del cielo.

Más tarde —en los meses, los años, el siglo que siguió— se trazarían incontables analogías. El Diluvio, Armagedón, la extinción de los dinosaurios. Pero el acontecimiento en sí, su terrible conocimiento y la difusión de ese conocimiento a través de lo que quedaba de mundo humano, carecían de paralelo o de precedente.

En 1877 el astrónomo Giovanni Schiaparelli había cartografiado los canales de Marte. Durante las décadas siguientes sus mapas fueron duplicados y pulidos y aceptados como un hecho, hasta que mejores lentes demostraron que los canales eran una ilusión, a menos que el propio Marte hubiera cambiado desde entonces: cosa difícilmente impensable, a la luz de lo que le ocurrió a la Tierra. Quizás algo se había entretejido por el sistema solar como un hilo nacido de un soplo de aire, algo efímero pero impensablemente inmenso, que había tocado los fríos mundos del sistema solar exterior; moviéndose a través de rocas, hielos, mantos helados, geologías sin vida. Cambiando lo que tocaba. Avanzando hacia la Tierra.

El cielo había estado lleno de signos y presagios. En 1907, la bola de fuego de Tunguska. En 1910, el cometa Halley. Algunos, como la madre de Guilford Law, creyeron que era el fin del mundo. Incluso entonces.

Aquella noche de marzo el cielo fue más brillante en las extensiones nordorientales del océano Atlántico de lo que lo había sido durante la visita

del cometa. Durante horas, el horizonte llameó con luz azul y violeta. La luz, dijeron los testigos, era como un muro. Caía del cenit. Dividía las aguas.

Era visible desde Jartum (pero en el cielo septentrional) y desde Tokio (débilmente, hacia el oeste).

Desde Berlín, París, Londres, todas las capitales de Europa, la ondulante luz abarcaba toda la extensión del cielo. Cientos de miles de espectadores se reunían en las calles, incapaces de dormir bajo la fría fluorescencia. Los informes fluyeron a Nueva York hasta catorce minutos antes de la medianoche.

A las 11:46, Hora del Este, el cable transatlántico quedó repentina e inexplicablemente silencioso.

Era la época de los barcos fabulosos: los transatlánticos de la Great White Fleet, la Cunard y la White Star; el *Teutonic*, el *Mauretania*, monstruosidades del imperio.

Era también el alba de la época de Marconi y de la radio. El silencio del cable del Atlántico podía haberse explicado por toda una variedad de simples catástrofes. El silencio de las estaciones de radio europeas era mucho más ominoso.

Los radiooperadores lanzaron mensajes y preguntas a través del frío y plácido Atlántico Norte. No había CQD ni la nueva señal de socorro, SOS, ningún drama de un barco hundiéndose, pero algunos buques permanecían misteriosamente en silencio, entre ellos el *Olympic* de la White Star y el *Kronprinzessen Cecilie* de la Hamburg-American, buques insignia en los cuales, momentos antes, los ricos de una docena de naciones se habían arracimado en las barandillas cubiertas de escarcha para ver el fenómeno que arrojaba un reflejo tan chillón sobre la oscura y cristalina superficie invernal del mar.

Las espectaculares e inexplicadas luces celestiales se desvanecieron bruscamente antes del amanecer, guadañadas del horizonte como por una hoja ardiente. El sol se alzó en un turbulento cielo sobre la mayor parte de la ruta del Gran Círculo. El mar se inquietó, los vientos soplaron fuertes y

en ocasiones violentos a medida que avanzaba el día. Más allá de aproximadamente los 15° oeste del Primer Meridiano y 40° norte del ecuador, el silencio era absoluto e ininterrumpido.

El primero en cruzar el límite de lo que los servicios telegráficos de Nueva York habían empezado a llamar ya «el Muro del Misterio» fue el viejo transatlántico de la *White Star Oregon*, salido de Nueva York en dirección a Queenstown y Liverpool.

Su capitán norteamericano, Truxton Davies, captó la urgencia de la situación aunque no la comprendía mejor que los demás. Desconfiaba del sistema de Marconi. El equipo de radio del *Oregon* era una enorme instalación, con un alcance de apenas unos ciento cincuenta kilómetros. Los mensajes podían ser confusos; los rumores de desastre eran a menudo exagerados. Pero había estado en San Francisco en 1906, había huido a lo largo de Market Street apenas por delante de las llamas, y sabía demasiado bien el tipo de perversidades que podía hacer la naturaleza, si se le daba la oportunidad.

Durmió durante todo el tiempo en que se produjeron los acontecimientos la noche antes. Dejemos que los pasajeros pierdan el sueño mirando al cielo con las bocas abiertas; él prefería el confort de su litera. Despertado antes del amanecer por un nervioso radiooperador, Davies revisó el tráfico Marconi, luego ordenó a su ingeniero jefe que avivara las calderas y a su jefe de camareros que hiciera café para toda la tripulación. Su preocupación era tentativa, su actitud todavía escéptica. Tanto el *Olympic* como el *Kronprinzessen Cecilie* habían estado a tan solo unas horas al este del *Oregon*. Si había un auténtico CQD, haría que el primer oficial preparara el barco para rescate; hasta entonces..., bueno, se mantendrían alertas.

Durante toda la mañana siguió controlando la radio. Todo eran preguntas y dudas, acompañadas de alegres pero nerviosos saludos («GMOM»: *good morning, old man!*, ¡buenos días, viejo!) de la fraternidad gnómica de los radiooperadores náuticos. Su sensación de inquietud aumentó. Pasajeros de ojos nublados, despertados por el de pronto más

furioso golpeteo de los motores, le pedían alguna explicación. En la comida les dijo a una delegación de preocupados Primera Clase que estaba recuperando el tiempo perdido debido a las «condiciones de hielo» y les pidió que se abstuvieran de enviar cablegramas por un tiempo, pues el Marconi estaba siendo reparado. Sus camareros retransmitieron esta falsa información a Segunda y Tercera Clase. Según la experiencia de Davies los pasajeros eran como niños, se enfurruñaban y se sentían importantes pero estaban dispuestos a aceptar cualquier explicación ridícula si calmaba su profundo e inmencionable miedo al mar.

El fuerte viento y el agitado mar se calmaron hacia el mediodía. Una tibia luz solar perforó el desgarrado techo de nubes.

Aquella tarde el vigía de proa informó de lo que parecían ser los restos de un naufragio, quizás un bote salvavidas volcado, flotando al noroeste. Davies redujo los motores y maniobró para acercarse. Estaba a punto de ordenar que se prepararan los botes y las redes de carga cuando su segundo oficial bajó su catalejo y dijo:

—Señor, no creo que sea un naufragio.

Se acercaron. No eran los restos de un naufragio.

Lo que más preocupó al capitán Davies fue que no pudo decir qué era.

Se bamboleaba en las olas, con la flaccidez de la muerte y la luz del sol de invierno resplandeciendo en sus largos flancos. ¿Algún inmenso e hinchado calamar o pulpo? Parte de alguna cosa que en su tiempo había estado viva, por supuesto; pero no se parecía a nada que Davies hubiera visto en sus veintisiete años en el mar.

Rafe Buckley, su joven primer oficial, contempló la cosa cuando esta golpeó al *Oregon* en la proa y se alejó lentamente, girando en sentido contrario a las agujas del reloj en las frías y quietas aguas.

—Señor —dijo—, ¿qué piensa hacer con eso?

—Estoy seguro de que no sé qué hacer con eso, señor Buckley. —
Deseaba no haberlo visto.

—Parece como..., bueno, una especie de gusano.

Era segmentado, anular, realmente como un gusano. Pero llamarlo gusano era imaginar uno lo bastante grande como para tragarse una de las chimeneas del *Oregon*. Y seguro que ningún gusano había exhibido nunca las retorcidas y afiligranadas frondas —¿aletas?, ¿una especie de branquias? — que brotaban a intervalos del cuerpo de la criatura. Y luego estaba su color, viscosamente rosa y aceitosamente azul, como el pulgar de un hombre ahogado. Y su cabeza..., si aquellas vacuas fauces sin ojos y con dientes de sierra podían llamarse una cabeza.

El gusano giró sobre sí mismo mientras se alejaba por la popa, dejando al descubierto un liso vientre blanco que ya había sido carroñado por los tiburones. Los pasajeros se apiñaron en la cubierta de paseo, pero el olor no tardó en alejarlos hacia abajo a todos excepto los más resistentes.

Buckley se atusó el bigote.

—¿Qué les diremos, en nombre del cielo?

Digámosles que es un monstruo marino, pensó Davies. *Digámosles que es un kraken. Puede que sea cierto*. Pero Buckley deseaba una respuesta seria.

Davies miró durante un largo momento a su preocupado primer oficial.

—Cuanto menos digamos, mejor —sugirió.

El mar estaba llenos de misterios. Por eso precisamente lo odiaba Davies.

El *Oregon* fue el primer barco en llegar a Cork Harbor, navegando en el frío amanecer sin el beneficio de las luces de la orilla o los señalizadores del canal. El capitán Davies ancló muy lejos de Great Island, donde estaban los muelles y el concurrido puerto de Queenstown..., o deberían haber estado.

Y ahí residía un hecho inaceptable. No había la menor huella de la ciudad. El puerto no estaba urbanizado. Allá donde hubieran debido estar las calles de Queenstown —hormigueando con exportadores, grúas de carga, estibadores, emigrantes irlandeses— tan solo había bosque virgen que se extendía hasta una rocosa orilla.

Era a la vez indiscutible e imposible, e incluso pensar en ello produjo en el capitán Davies una sensación de profundo vértigo. Deseó creer que el oficial de derrota los había llevado por algún error a alguna cala virgen o incluso al continente equivocado, pero difícilmente podía negar la inconfundible silueta de la isla o las nubes bajas de la costa del condado de Cork.

Aquello era Queenstown y aquello era Cork Harbor y aquello era Irlanda, excepto que toda huella de civilización humana había sido borrada por la vegetación.

—Pero eso no es posible —le dijo a Buckley—. No se puede negar lo obvio, pero los barcos que abandonaron Queenstown hace solo seis días están anclados en Halifax. Si hubiera habido un terremoto o un maremoto, si hubiéramos encontrado la ciudad en ruinas..., ¡pero esto!

Davies había pasado la noche en el puente con su primer oficial. Los pasajeros, despertados por el silencio de los motores, empezaron a agruparse de nuevo en las barandillas. Pronto estarían llenos de preguntas. Pero no se podía hacer nada al respecto, ninguna explicación o consuelo que Davies pudiera ofrecer o siquiera imaginar, ni siquiera una mentira tranquilizadora. Se había alzado un húmedo viento del nordeste. El frío no tardaría en obligar a los curiosos a ponerse a cubierto. Quizás a la hora de la cena Davies pudiera empezar a calmarlos. De alguna manera.

—Y verde —dijo, incapaz de evitar o reprimir esos pensamientos—. Demasiado verde para esta época del año. ¿Qué tipo de vegetación brota en marzo y engulle toda una ciudad irlandesa?

—No es *natural* —tartamudeó Buckley.

Los dos hombres se miraron. El veredicto del primer oficial era tan obvio y tan sincero que Davies tuvo que reprimir el deseo de echarse a reír. Consiguió esbozar lo que esperó que fuera una sonrisa tranquilizadora.

—Mañana enviaremos un grupo de desembarco a explorar la costa. Hasta entonces creo que no deberíamos especular..., puesto que no somos muy buenos en ello.

Buckley le devolvió una débil sonrisa.

—Llegarán otros barcos...

—¿Y entonces sabremos que no estamos locos?

—Bueno, sí, señor. Es una forma de decirlo.

—Hasta entonces seamos circunspectos. Haga que el radiooperador vaya con cuidado con lo que dice. El mundo lo sabrá muy pronto.

Miraron por unos momentos al frío gris de la mañana. Un camarero trajo humeantes tazas de café.

—Señor —aventuró Buckley—, no llevamos carbón suficiente para llevarnos de vuelta a Nueva York.

—Entonces algún otro puerto...

—Si es que *hay* otro puerto europeo.

Davies enarcó las cejas. No había tomado aquello en consideración. Se preguntó si algunas ideas eran simplemente demasiado enormes para ser contenidas por el cráneo humano.

Cuadró los hombros.

—Somos un buque de la White Star, señor Buckley. Aunque tengan que enviar buques carboneros desde Norteamérica, no nos abandonarán.

—Sí, señor. —Buckley, un hombre joven que en su tiempo había cometido el error de estudiar teología, dirigió al capitán una mirada suplicante—. Señor..., ¿es esto un milagro?

—Más bien una tragedia, diría yo. Al menos para los irlandeses.

Rafe Buckley creía en los milagros. Era hijo de un ministro metodista y había sido educado en Moisés y la zarza ardiendo, Lázaro saliendo de la tumba, la multiplicación de los panes y los peces. Sin embargo, nunca había esperado ver un milagro. Los milagros, como las historias de fantasmas, le hacían sentirse intranquilo. Prefería que sus milagros estuvieran confinados entre las hojas de la Biblia del rey Jacobo, un ejemplar de la cual tenía en su camarote (y, desvergonzadamente, no consultaba nunca).

Hallarse *dentro* de un milagro, verse rodeado por él de horizonte a horizonte, haciendo que se sintiera como si el suelo del mundo se hubiera abierto bajo sus pies. Apenas había podido dormir. Por la mañana, cuando se miró al espejo para afeitarse, tenía los ojos enrojecidos y estaba pálido, y la navaja tembló en su mano. Tuvo que tranquilizarse con una mezcla de café fuerte y el whisky de una petaca antes de hacer bajar una lancha de su

pescante, siguiendo las órdenes del capitán Davies, y conducir a un grupo de nerviosos hombres hacia la guijarrosa playa de lo que en su tiempo había sido Great Island. Se había alzado viento, el agua estaba picada, y nubes de lluvia avanzaban desde el norte. Un tiempo malo y helado.

El capitán Davies quería saber si podía ser práctico llevar a los pasajeros a la orilla si surgía la necesidad. Buckley lo había dudado desde un principio; hoy lo dudaba más que nunca. Ayudó a asegurar el bote por encima de la línea de la marea, luego caminó unos pasos margen arriba, los pies mojados, el impermeable, el pelo y el bigote constelados de espuma salada. Cinco hoscos marineros barbudos de la White Line avanzaron por la grava detrás de él, sin hablar. Puede que aquel fuera el lugar donde había estado en su tiempo el puerto de Queenstown; pero Buckley se sentía incómodamente como Colón o Pizarro, solo en un nuevo continente, con el bosque primigenio gravitando ante él con toda su inmensidad y seducción y amenaza. Ordenó alto mucho antes de alcanzar los árboles.

El *tipo* de árboles. Buckley los llamó árboles en la intimidad de su mente. Pero había resultado obvio incluso desde el puente del *Oregon* que no eran como ningún árbol que jamás hubiera visto o imaginado, enormes troncos azules o rojizos de los que brotaban agujas en densos racimos. Algunos de los árboles se enroscaban en su parte superior como helechos doblados, o se abrían en forma de copa o en bulbosas cúpulas fungosas, como los remates de las iglesias turcas. El espacio entre ellos era tan angosto y oscuro como la madriguera de un tejón y estaba lleno de bruma. El aire olía como a pino, pensó Buckley, pero con una nota sorprendente, amarga y extraña, como a mentol o alcanfor.

No era como debería parecer u oler un bosque, y —quizá peor aún— no era como debería *sonar* un bosque. Un bosque, pensó, un decente bosque en un ventoso día de invierno —los bosques de Maine de su infancia— sonaban a ramas crujiendo, al susurro de la lluvia sobre las hojas o a algún otro sonido hogareño. Pero no aquí. Estos árboles debían ser huecos, pensó Buckley —los pocos troncos caídos en la orilla tenían un aspecto tan hueco como la paja—, porque el viento arrancaba largos, bajos y melancólicos tonos de ellos. Y los racimos de agujas resonaban débilmente, como carillones de madera. Como huesos.

El sonido, más que ninguna otra cosa, le hizo sentir deseos de dar media vuelta. Pero tenía órdenes concretas. Hizo de tripas corazón y condujo a su grupo unos metros más arriba de los guijarros, al borde del extraño bosque, donde eligió su camino por entre cañas amarillas que crecían hasta la altura de la rodilla en un suelo negro y compacto. Tuvo la sensación de que debería plantar una bandera, pero... ¿cuál? No la Barras y Estrellas, probablemente ni siquiera la Union Jack. Quizá la estrella y el círculo de las líneas White Star. Reclamamos estas tierras en nombre de Dios y de J. Pierpont Morgan.

—Cuidado con sus pies, señor —advirtió el marinero que iba detrás de él.

Buckley bajó bruscamente la cabeza a tiempo para ver algo escurrirse junto a su bota izquierda. Algo pálido, con muchas patas, y casi tan largo como una pala de palear carbón. Desapareció por entre las cañas con un sonido silbante, sorprendiendo a Buckley y haciendo que su corazón diera un salto.

—¡Dios Jesús! —exclamó—. ¡Ya hemos ido demasiado lejos! Sería una locura desembarcar a los pasajeros aquí. Le diré al capitán Davies...

Pero el marinero seguía mirando.

Reluctante, Buckley bajó de nuevo la vista al suelo.

Allí estaba otra de las criaturas. Como un ciempiés, pensó, pero gruesa como una anaconda, y del mismo color amarillo enfermizo de la maleza. Debía de ser algún tipo de camuflaje. Algo muy común en la naturaleza. Era interesante, de una forma un tanto horrible. Dio medio paso hacia atrás, esperando que la cosa diera un salto.

Lo hizo, pero no como había esperado. Avanzó *hacia* él, de una forma locamente rápida, y se enroscó en su pierna derecha con un solo y repentino movimiento serpentino, como la explosiva liberación de un muelle. Buckley sintió una oleada de calor y presión cuando la criatura perforó la tela de sus pantalones y luego la piel por encima de su rodilla con la punta parecida a una daga de su hocico.

¡Le había *mordido*! Gritó y pateó. Deseó tener algo para quitarse aquel monstruo de encima, un palo, un cuchillo, pero no había nada a mano excepto aquellas quebradizas e inútiles cañas.

Entonces la criatura se desenroscó bruscamente —como si, pensó Buckley, hubiera probado algo desagradable— y desapareció serpenteando entre la maleza.

Buckley recuperó su compostura y se volvió para enfrentarse a los horrorizados marineros. El dolor en su pierna no era muy grande. Hizo una serie de profundas inspiraciones.

Pensó en decir algo tranquilizador a sus hombres, asegurarles que no debían temer nada. Pero se desvaneció antes de que pudiera reunir las palabras.

Los marineros lo llevaron de vuelta al bote y regresaron al *Oregon*. Tuvieron mucho cuidado de no tocar su pierna, que ya había empezado a hincharse.

Aquella tarde cinco pasajeros de Segunda Clase irrumpieron en el puente exigiendo que se les permitiera abandonar el barco. Eran irlandeses y reconocían Cork Harbor incluso en su alterado aspecto actual; tenían familiares en tierra y deseaban ir en busca de supervivientes.

El capitán Davies había recibido el informe del grupo de desembarco. Dudaba de que aquellos hombres pudieran avanzar más de unos pocos metros tierra adentro antes de que el miedo y la superstición, si no la vida salvaje, les hicieran dar media vuelta. Les miró fijamente unos instantes y les persuadió de que volvieran bajo cubierta, pero aquello le preocupó. Distribuyó pistolas entre sus oficiales y preguntó al radiotelegrafista cuándo podían esperar ver otro barco.

—Dentro de poco, señor. Hay un carguero de la Canadian Pacific a menos de una hora de distancia.

—Muy bien. Puede decirles que les estamos esperando..., y adviértales de lo que van a encontrar.

—Sí, señor. Pero...

—¿Pero qué?

—No sé cómo decírselo, señor. Es todo tan extraño.

Davies apoyó una mano en el hombro del operador de radio.

—Nadie lo entiende. Yo mismo escribiré el mensaje.

Rafe Buckley estaba febril, pero a la hora de la cena la hinchazón de su pierna había descendido, podía andar, e insistió en aceptar la oferta de Davies de unirse a la mesa del capitán para cenar.

Buckley comió parcamente, sudó con profusión, y ante la decepción de Davies habló poco. Davies había deseado oír cosas sobre lo que los oficiales del barco llamaban ya «el Nuevo Mundo». Buckley no solo había puesto pie en un suelo extranjero, sino que había tenido un encuentro con su vida salvaje.

Pero Buckley no había terminado todavía su rosbif cuando se puso tambaleante en pie y se dirigió a la enfermería, donde, ante el asombro del capitán, murió bruscamente media hora después de la medianoche. Daños en el hígado, especuló el cirujano del barco. Quizás una nueva toxina. Difícil de decir, antes de la autopsia.

Era como un sueño, pensó Davies, un extraño y terrible sueño. Cablegrafió a los barcos que habían empezado a llegar a Queenstown, Liverpool, los puertos franceses, con la noticia de la muerte y la advertencia de no ir a la orilla sin, al menos, botas hasta las caderas y un arma al cinto.

La White Star despachó barcos carboneros y con provisiones desde Halifax y Nueva York ante la enormidad de lo que había empezado a emerger a través de la multitud de cables y alarmas. No era solo Queenstown la que había desaparecido; no existían ni Irlanda, ni Inglaterra, ni Francia, ni Alemania, ni Italia..., nada excepto un terreno selvático desde el Cairo y hacia el oeste al menos hasta tan lejos como las estepas rusas, como si el planeta se hubiera partido en dos y algún organismo extraño se hubiera aferrado a la herida.

Davies redactó un cable al padre de Rafe Buckley en Maine. Era terrible tener que hacer esto, pensó, pero aquellos lamentos distarían mucho de ser singulares. Antes de que transcurriera mucho tiempo, pensó, todo el mundo estaría sumido en lamentos similares.

1912: Agosto

Más tarde —durante los tiempos difíciles, cuando el número de los pobres y los sin hogar creció tan espectacularmente, cuando el carbón y el petróleo se volvieron tan caros, cuando hubo disturbios por el pan y la madre de Guilford y su hermana abandonaron la ciudad para quedarse (¿quién podía decir durante cuánto tiempo?) con una tía en Minnesota—, Guilford acompañó a menudo a su padre a la imprenta.

No podía quedarse en casa, y su escuela había cerrado durante la huelga general, y su padre no podía permitirse una mujer que lo cuidara. Así que Guilford fue con su padre al trabajo y aprendió los rudimentos de la composición tipográfica y la litografía, y en los largos interludios entre trabajos pagados leía de nuevo sus revistas de radio y se preguntaba si alguno de los grandes proyectos de comunicaciones sin hilos que imaginaban los escritores llegaría a existir algún día..., si Norteamérica podría fabricar alguna vez otro tubo DeForrest, o si la gran era de las invenciones había terminado.

A menudo escuchaba a su padre hablar con los otros dos empleados del taller, un grabador francocanadiense llamado Ouillette y un agrío judío ruso llamado Kominski. Sus charlas eran a menudo susurradas y normalmente lúgubres. Se hablaban el uno al otro como si Guilford no estuviera presente en la habitación.

Hablaban del hundimiento de la bolsa y de la huelga del carbón, de las Brigadas Obreras y de la crisis de alimentos, de la escalada de los precios y de casi todo.

Hablaban del Nuevo Mundo, de la nueva Europa, de la gran selva que había desplazado tantas cosas del mapa.

Hablaban del presidente Taft y de la revuelta del Congreso. Hablaban de lord Kitchener, que presidía lo que quedaba del Imperio Británico desde Ottawa; hablaban de los papados rivales y de las guerras coloniales que asolaban las posesiones de España, Alemania y Portugal.

Y hablaban muy a menudo de religión. El padre de Guilford era episcopaliano de nacimiento y unitario por matrimonio; en otras palabras, no mantenía puntos de vista dogmáticos, Ouillette, católico, consideraba la conversión de Europa «un patente milagro». Kominski se mostraba intranquilo ante estos debates pero admitía libremente que el Nuevo Mundo tenía que ser un acto de intervención divina: ¿qué otra cosa *podía* ser?

Guilford ponía mucho cuidado en no interrumpir o hacer comentarios. No se esperaba que ofreciese una opinión o ni siquiera que tuviese una. En privado, pensaba que toda aquella charla sobre milagros estaba equivocada. Según casi cualquier definición, por supuesto, la conversión de Europa *era* un milagro, no anticipado, no explicado, y aparentemente mucho más allá del alcance de la ley natural.

Pero ¿lo era?

Este milagro, pensaba Guilford, no tenía firma. Dios no lo había anunciado desde los cielos. Simplemente había ocurrido. Era un acontecimiento presagiado por extrañas luces y acompañado por unas extrañas condiciones meteorológicas (tornados en Jartum, había leído) y alteraciones geológicas (terribles terremotos en Japón, rumores de otros aún peores en Manchuria).

Para un milagro, pensaba Guilford, había causado muchos efectos secundarios sospechosos..., no había sido algo tan claro y perentorio como debería de ser un milagro. Pero cuando su padre planteaba alguna de esas mismas objeciones Kominski se mostraba burlón.

—El Diluvio —decía—. Eso no fue una acción limpia. La destrucción de Sodoma. La esposa de Lot. Una estatua de sal: ¿es eso *lógico*?

Quizá no.

Guilford acudía al globo terráqueo que tenía su padre en el escritorio de su oficina. Los primeros dibujos tentativos de los periódicos habían mostrado un anillo o lazo garabateado sobre los antiguos mapas. Bisecionaba Islandia, englobaba la punta sur de España y una media luna

del norte de África, cruzaba Tierra Santa, formaba un incierto arco a través de las estepas rusas y del Círculo Polar Ártico. Guilford presionaba la palma de su mano sobre Europa, cubriendo las anticuadas identificaciones. *Terra incognita*, pensaba. Los periódicos de Hearst, siguiendo el renacimiento religioso nacional, llamaban a veces irónicamente al nuevo continente «Darwinia», dando a entender que el milagro había desacreditado la historia natural.

Pero no lo había hecho. Guilford creía firmemente en eso, aunque no se atrevía a decirlo en voz alta. No era un milagro, pensaba, sino un *misterio*. Inexplicable, pero quizá no *intrínsecamente* inexplicable.

Toda aquella masa de tierra, aquellas profundidades oceánicas, montañas, frías extensiones desérticas, todo había cambiado en una noche... Aterrador, pensaba Guilford, y más aterrador aún considerar el desconocido interior del continente que cubría con su mano. Hacía que una persona se sintiera frágil.

Un misterio. Como cualquier misterio, aguardaba una pregunta. Varias preguntas. Preguntas como llaves, agitadas torpemente en una obstinada cerradura.

Cerraba los ojos y alzaba la mano. Imaginaba un terreno de pronto vacío, las leyendas reescritas en un lenguaje desconocido.

Misterios más allá de toda cuenta.

Pero ¿cómo hacerle preguntas a un continente?

OceanofPDF.com

I. PRIMAVERA, VERANO DE 1920

«Oh hipócritas, podéis discernir el rostro del cielo: pero ¿podéis discernir los signos de los tiempos?»

—Evangelio según San Mateo

OceanofPDF.com

Las tripulaciones de los barcos de vapor supervivientes habían inventado sus propias leyendas. Grandes historias, todas ellas flagrantemente falsas, y Guilford Law había oído ya la mayor parte de ellas cuando el *Odense* cruzó el meridiano quince.

Un camarero de cubierta borracho le había hablado del lugar donde se encuentran los dos océanos: el Viejo Atlántico de las Américas y el Nuevo Atlántico de Darwinia. La división, decía el camarero, era tan nítida como una línea de cambio climático y dos veces más traidora. Un mar era más viscoso que el otro, como aceite, y los animales que intentaban cruzar del uno al otro morían inevitablemente. En consecuencia, la zona estaba sembrada con los cuerpos de animales tanto familiares como extraños: delfines, tiburones, rorcuales, ballenas azules; anguilatos, barriles de mar, peces vesicantes, peces bandera. Flotaban con sus lechosos ojos muy abiertos, flanco contra flanco y boca contra cola. Estaban innaturalmente conservados por las heladas aguas, un solemne augurio a los barcos lo bastante temerarios como para cruzar sus apretadas y hediondas filas.

Guilford sabía perfectamente bien que la historia era un mito, una historia de horror para asustar a los crédulos. Pero como cualquier mito, tomado en su momento correcto, era fácil de creer. Se inclinó sobre la desgastada barandilla del *Odense* al anochecer, en medio del Atlántico. El viento arrastraba latigazos de espuma de un crestado mar, pero al oeste las nubes se habían abierto y el sol arrojaba largos dedos sobre el agua. En alguna parte más allá del horizonte oriental estaba la amenaza y la promesa del nuevo mundo, la Europa transformada, el continente milagro que los periódicos todavía llamaban Darwinia. Puede que no hubiera peces

vesicantes junto a la quilla del barco, y la misma agua salada lamía todas las orillas terrestres, pero Guilford sabía que había cruzado una auténtica frontera, y su centro de gravedad cambió de lo familiar a lo extraño.

Se alejó de la barandilla, con las manos tan heladas como el latón sobre el que habían estado apoyadas. Tenía veintidós años y nunca había estado en el mar antes del último viernes. Demasiado alto y delgado para ser un buen marinero, a Guilford no le gustaba maniobrar por los angostos laberintos del *Odense*, como había hecho como pañolero de guardia para un barco de pasajeros danés en los años anteriores al Milagro. Pasaba la mayor parte del tiempo en la cabina con Caroline y Lily o, cuando el frío no era demasiado intenso, aquí en cubierta. El meridiano quince era el extremo occidental del gran círculo tallado en el globo, y más allá de este punto esperaba poder captar un atisbo de alguna vida marina darwiniana. No un millar de anguilas muertas «enredadas como el cabello de una mujer muerta», sino quizás un pez barril saliendo a la superficie para llenar sus sacos pulmonares. Estaba ansioso por ver alguna muestra del nuevo continente, incluso un pez, aunque sabía que su ansia era ingenua y le costaba ocultarla de los demás miembros de la expedición.

La atmósfera bajo cubierta era opresiva y asfixiante. Guilford y su familia habían conseguido un diminuto camarote en la parte media del buque; Caroline apenas salía de él. Había estado mareada desde el día mismo en que partieron del puerto de Boston. Ahora estaba mejor, insistía, pero Guilford sabía que no se sentía feliz. Nada de aquel viaje la hacía feliz, pese a que había subido de buen grado a bordo.

De todos modos, entrar en el lugar donde ella se hallaba era como enamorarse de nuevo. Caroline estaba sentada con la espalda arqueada en el borde de la cama, peinándose el cabello con un peine de madreperla, y el peine seguía la curva de su cuello en lentos y meditativos golpes. Sus grandes ojos estaban entrecerrados. Parecía una princesa en un sueño de opio: reservada, soñadora, perpetuamente triste. Simplemente, pensó Guilford, era hermosa. Sintió, no por primera vez, la urgencia de fotografiarla. Lo había hecho poco antes de su boda, pero el resultado no le había satisfecho. Las placas secas no reflejaban los matices expresivos, la suntuosidad de su pelo, los siete matices de negro.

Se sentó al lado de ella y resistió el deseo de acariciar su hombro desnudo por encima de su camisola. Últimamente no había recibido muy bien sus contactos.

—Hueles como el mar —le dijo.

—¿Dónde está Lily?

—Respondiendo a una llamada de la naturaleza.

Se adelantó para besarla. Ella le miró, luego le ofreció la mejilla. Estaba fría.

—Deberíamos vestirnos para cenar —dijo.

La oscuridad envolvía el barco en una especie de capullo. Las escasas luces eléctricas estrechaban en sombras los pasillos. Guilford llevó a Caroline y Lily a la poco iluminada estancia que pasaba por comedor y se unieron a un puñado de los científicos de la expedición en la mesa del cirujano del barco, un danés corpulento y alcohólico.

Los naturalistas discutían de taxonomía. El médico estaba hablando de queso.

—Pero si creamos un sistema linneano completamente nuevo...

—¡Que es lo que requiere la situación!

—... está el riesgo de sugerir una conectividad de descenso, la familiaridad de especies por otra parte bien definidas...

—¡Queso gjedsar! En estos días tenemos queso gjedsar incluso en la mesa del desayuno. Naranjas, jamón, salchichas, pan de centeno con caviar rojo. Cada comida es un auténtico *frokost*. No es que esto signifique indulgencia. ¡Ah! —El doctor vio a Guilford—. Nuestro fotógrafo. Y su familia. ¡Encantadora dama! ¡La pequeña señorita!

Los comensales se pusieron en pie e hicieron sitio. Guilford había hecho amigos entre los naturalistas, en particular el botánico llamado Sullivan. Caroline, aunque evidentemente era una presencia bienvenida, tenía poco que decir en esas comidas. Pero era Lily quien se había ganado la mesa. Lily tenía apenas cuatro años, pero su madre le había enseñado los rudimentos del decoro, y a los científicos no les importaba su carácter inquisitivo..., con la posible excepción de Preston Finch, el naturalista de

mayor edad de la expedición, que no tenía buena mano con los niños. Pero Finch se hallaba en el extremo opuesto de la larga mesa, monopolizando a un geólogo de Harvard. Lily se sentó al lado de su madre y abrió metódicamente su servilleta. Sus hombros apenas alcanzaban el plano de la mesa.

El doctor radiaba..., un poco ebriamente, pensó Guilford.

—La joven Lilian parece hambrienta. ¿Te gustaría una costilla de cerdo, Lily? ¿Sí? No es muy abundante, pero está comestible. ¿Y un poco de compota de manzana?

Lily asintió, intentando no titubear.

—Bien. Bien. Lily, estamos a medio camino en medio del gran mar. A medio camino hacia el gran territorio de Europa. ¿Te sientes feliz?

—Sí —condescendió Lily—. Pero nosotras solo vamos a Inglaterra. Es papá quien va a Europa.

Lily, como la mayoría de la gente, había empezado a distinguir entre Inglaterra y Europa. Aunque Inglaterra estaba tan cambiada por el Milagro como Alemania o Francia, eran los ingleses quienes habían hecho valer con mayor efectividad sus reclamaciones territoriales, reconstruyendo Londres y los puertos costeros y manteniendo un estrecho control de su flota naval. Preston Finch empezó a prestar atención. Desde el pie de la mesa, frunció el ceño a través de su bigote recio como si estuviera hecho de alambres.

—Su hija hace una falsa distinción, señor Law.

Las conversaciones en la mesa en el *Odense* no habían sido tan enérgicas como Guilford había anticipado. Parte del problema era el propio Finch, autor de *Apariencia y revelación*, el texto seminal de naturalismo noachiano incluso antes del Milagro de 1912. Finch era alto, canoso, carente de humor, e hinchado por su propia reputación. Sus credenciales eran impecables; había pasado dos años a lo largo de los ríos Colorado y Rouge recogiendo evidencias de una inundación global, y había sido una fuerza importante en el renacimiento noachiano desde el Milagro. Todos los demás evidenciaban la avergonzada actitud de los pecadores reformados, en uno u otro grado, excepto el botánico, el doctor Sullivan, que era más viejo que Finch y se sentía lo bastante seguro como para importunarle con una cita ocasional de Wallace o Darwin. Los evolucionistas reformados con

menos seguridad en sus convicciones tenían que ser más cuidadosos. En conjunto, la situación exigía una charla un tanto tensa y cautelosa.

El propio Guilford se mantenía en general discreto. No se esperaba que el fotógrafo de la expedición diera opiniones científicas, y quizás eso era lo mejor.

El cirujano del barco frunció el ceño a Finch y llamó la atención de Caroline.

—¿Dispone ya de alojamiento en Londres, señora Law?

—Lily y yo nos alojaremos con un familiar —dijo Caroline.

—¡Vaya! ¡Un primo inglés! ¿Soldado, trampero o tendero? Solo hay esos tres tipos de personas en Londres.

—Estoy segura de que tiene usted razón. Mi familia tiene una tienda de ferretería y mercería.

—Es usted una mujer valiente. La vida en la frontera...

—Es solo por un tiempo, doctor.

—¡Mientras los hombres cazan tiburones! —Algunos de los naturalistas le miraron con ojos inexpresivos—. ¡Lewis Carroll! —les dijo—. ¡Un inglés! ¿Son todos ustedes ignorantes?

Silencio. Finalmente, Finch dijo:

—Los autores europeos no son tenidos en alta estima en América, doctor.

—Por supuesto. Disculpen. Una persona olvida. Si es afortunada. —El cirujano miró desafiante a Caroline—. En su tiempo Londres fue la ciudad más grande del mundo. ¿Sabía usted eso, señora Law? No esa cosa primitiva que es ahora, todo cabañas, retretes comunes y barro. Pero me gustaría poder mostrarle Copenhague. ¡Eso era una ciudad! Eso era una ciudad *civilizada*.

Guilford había conocido a personas como el cirujano. Había una en cada bar del puerto en Boston. Europeos varados en Norteamérica brindando hoscamente por Londres o París o Praga o Berlín, buscando algún club al que unirse, una Leal Orden de esto o de aquello, un lugar donde pudieran oír hablar su idioma como si no fuera una lengua muerta o agonizante.

Caroline comió en silencio, e incluso Lily se mostró apagada; toda la mesa era sutilmente consciente de que habían cruzado la mediana, y los misterios que se abrían delante gravitaban de pronto más grandes que las grises certidumbres de Washington o Nueva York. Solo Finch no parecía afectado, discutiendo en un tono muy agudo la importancia del pedernal de cuarzo con quien quisiera escuchar.

Guilford había reparado por primera vez en Preston Finch en las oficinas de Atticus and Pierce, un editor de libros de texto de Boston. Liam Pierce los había presentado. Guilford había estado en el Oeste el año pasado con Walcott, fotógrafo oficial para el reconocimiento del río Gallatin y del cañón Deep Creek. Finch estaba organizando una expedición para cartografiar el interior del sur de Europa, y disponía del respaldo de una serie de hombres acomodados y el apoyo del Instituto Smithsonian. Había un puesto para un fotógrafo experimentado. Guilford estaba cualificado, y probablemente fue por eso por lo que Pierce lo presentó a Finch, aunque era posible que el hecho de que Pierce fuera el tío de Caroline tuviera algo que ver con ello.

De hecho, Guilford sospechaba que Pierce solo quería tenerlo fuera de la ciudad por otro motivo. El editor de éxito y su sobrino político no siempre se habían llevado bien, aunque ambos querían genuinamente a Caroline. De todos modos, Guilford se sintió agradecido por la oportunidad de unirse a Finch en el nuevo mundo. La paga era buena, según los estándares del momento. El trabajo podía proporcionarle una modesta reputación. Y estaba fascinado por el Continente. Había leído no solo los informes de la expedición Donnegan (a lo largo de las estribaciones de los Pirineos, de Burdeos a Perpiñán, 1918) sino (en secreto) todas las historias darwinianas en *Argosy* y *All-Story Weekly*, en especial las de Edgar Rice Burroughs.

Con lo que Pierce no había contado era con la testarudez de Caroline. No estaba dispuesta a que la dejaran sola con Lily una segunda vez, ni siquiera por una temporada, no importaba el dinero implicado o las repetidas ofertas de contratar a una doncella durante todo el día para ella.

Tampoco Guilford deseaba especialmente dejarla, pero aquella expedición era un punto pivotal de su carrera, quizá la diferencia entre la pobreza y la seguridad.

Pero ella no estaba dispuesta a transigir. Amenazó (aunque aquello no tenía sentido) con abandonarle. Guilford respondió calmada y pacientemente a todas sus objeciones, y ella no cedió ni un milímetro.

Al final ella aceptó un compromiso por el cual Pierce pagaría el viaje de ella a Londres, donde permanecería con unos familiares mientras Guilford continuaba hasta el Continente. Sus padres estaban visitando Londres cuando ocurrió el Milagro, y ella afirmó que deseaba ver el lugar donde habían muerto.

Por supuesto, se suponía que uno no podía decir que la gente había muerto en el Milagro: había sido «arrebataada» o había «pasado a otro lugar», como si hubiera sido trasladada a la gloria entre aliento y aliento. Y, pensaba Guilford, ¿quién sabe? Quizás había ocurrido realmente de esa forma. Pero, de hecho, varios millones de personas se habían simplemente desvanecido de la faz de la tierra, junto con sus granjas y sus ciudades y su flora y su fauna, y Caroline no podía perdonar el Milagro; lo veía como algo duro y violento.

Le hacía sentir peculiar el ser el único hombre a bordo del *Odense* con una mujer y una hija a su lado, pero nadie había hecho ninguna observación hostil, y Lily se había ganado más de un corazón. Así que se permitió sentirse afortunado.

Después de la cena la gente se dispersó: el cirujano del barco a hacer compañía a una botella de whisky de centeno canadiense, los científicos a jugar a las cartas en destartaladas mesas con el sobre de fieltro en el salón de fumar, Guilford de vuelta a su cabina para leerle a Lily un capítulo de un buen cuento de hadas norteamericano, *El mago de Oz*. Los libros de Oz estaban por todas partes desde que los hermanos Grimm y Andersen habían perdido el favor del público, por el hecho de arrastrar consigo el aroma de la Vieja Europa. Guilford se había ido encariñando cada vez más con la niñita de Kansas y sus aventuras.

Finalmente Lily echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, Guilford la contempló dormida y sintió una punzada de desorientación. Era extraño cómo la vida embrollaba las cosas. ¿Cómo había llegado a subir a un vapor con destino a Europa? Quizá, después de todo, no había tomado la decisión más juiciosa.

Pero por supuesto no había modo de volverse atrás.

Alisó las sábanas sobre la litera de Lily, apagó la luz y se reunió con Caroline en la cama. Caroline estaba dormida de espaldas a él, un puro arco de calidez humana. Se enroscó contra ella y dejó que el gruñir de los motores lo condujera al sueño.

Despertó poco después de amanecer, inquieto; se vistió y se deslizó fuera del camarote sin despertar ni a su esposa ni a su hija.

El aire en cubierta era desapacible, el cielo matutino tan azul como la porcelana. Solo unos pocos jirones altos de nubes marcaban el horizonte oriental. Guilford se inclinó contra el viento, sin pensar en nada en particular, hasta que un joven oficial se reunió con él en la barandilla. El marinero no ofreció su nombre ni su rango, solo una sonrisa, la camaradería accidental de dos hombres despiertos en la punzante mañana.

Miraron al cielo. Al cabo de un rato el marinero volvió la cabeza y dijo:

—Nos estamos acercando. Puede olerse en el viento.

Guilford frunció el ceño ante la perspectiva de otra historia increíble.

—¿Oler qué?

El marinero era norteamericano; su acento era del Misisipi.

—Un poco como canela. Un poco como gaulteria. Un poco como algo que uno no ha olido nunca antes. Como una vieja especia polvorienta de un lugar en el que ningún hombre blanco ha estado nunca. Podrá olerlo mejor si cierra los ojos.

Guilford cerró los ojos. Era consciente del helor del aire a través de sus fosas nasales. Sería un pequeño milagro si podía oler algo en absoluto en aquel viento. Y sin embargo...

¿Clavo, se preguntó? ¿Cardamomo? ¿Incienso?

—¿Qué es?

—El nuevo mundo, amigo. Cada árbol, cada río, cada montaña, cada valle. Todo el continente, cruzando el océano con el viento. ¿Lo huele?
Guilford creyó que sí.

OceanofPDF.com

Eleanor Sanders-Moss era todo lo que Elias Vale había esperado: una recia aristócrata del Sur con la flor de la edad ya marchita, la espalda recta, la barbilla alta, la lluvia resbalando por su paraguas de seda, la dignidad colonizando las ruinas de la juventud. Dejó el cabriolé aguardándola junto a la acera; al parecer el renacimiento del automóvil había pasado por el lado de la señora Sanders-Moss sin tocarla. Los años no. Sufría de patas de gallo y de dudas. Las arrugas habían ido más allá de la posibilidad de ocultarlas; trataba transparentemente de ocultar las dudas.

—¿Elias Vale? —preguntó.

Él sonrió, igualando su reserva, fintando por una ventaja. Cada pausa era un arma. Era bueno en ello.

—La señora Sanders-Moss —contestó—. Por favor, entre.

Ella cruzó la puerta, cerró el paraguas y lo depositó sin ceremonias en el paragüero que era una pata de elefante. Parpadeó cuando él cerró la puerta. Vale prefería mantener las luces bajas. En los días oscuros como este los ojos eran lentos en ajustarse. Era un riesgo para la navegación, pero la atmósfera era lo más importante: después de todo, estaba en el comercio de lo invisible.

Y la atmósfera estaba teniendo su efecto en la señora Sanders-Moss. Vale intentó imaginar la escena desde su perspectiva, el ajado esplendor de su casa alquilada en el lado equivocado del Potomac. Aparadores con bronce Victorianos: luchadores griegos, Rómulo y Remo mamando de las tetas de una loba. Pinturas japonesas oscurecidas por sombras. Y el propio Vale, prematuramente canoso (una ventaja, en realidad), recio, con su chaqueta ribeteada de terciopelo, su rostro de facciones ordinarias redimido

por la fiereza de unos ojos siempre enfocados. Unos ojos verdes. Había nacido con suerte: el pelo y los ojos lo hacían plausible, pensaba a menudo.

Prolongó el silencio en la habitación. La señora Sanders-Moss se agitó un poco y finalmente dijo:

—Teníamos una cita...

—Por supuesto.

—La señora Fowler me recomendó...

—Lo sé. Por favor, pase a mi estudio.

Sonrió de nuevo. Lo que deseaban aquellas mujeres era algo *outré*, no terrenal..., un monstruo, pero su monstruo; un monstruo domesticado pero no totalmente manso. Condujo a la señora Sanders-Moss más allá de las cortinas de terciopelo hasta una habitación más pequeña flanqueada con libros. Los libros eran viejos, voluminosos, impresionantes a menos que uno se molestara en descifrar las casi borradas letras doradas de sus ajados lomos: colecciones de sermones del siglo XIX, que Vale había comprado por unos pocos centavos en una subasta en una granja. El *arcanum*, suponía la gente.

Condujo a la señora Sanders-Moss a una silla, luego se sentó frente a ella al otro lado de una mesa de lustroso sobre. Ella no debía saber que él también estaba nervioso. La señora Sanders-Moss no era una clienta ordinaria. Era la presa que había estado acechando desde hacía ya más de un año. Estaba bien relacionada. Organizaba un salón mensual en su finca de Virginia al que asistían muchas de las lumbreras intelectuales de la ciudad..., y sus esposas.

Deseaba mucho impresionar a la señora Sanders-Moss.

Ella cruzó las manos sobre su regazo y le dirigió una intensa mirada.

—La señora Fowler me recomendó mucho que acudiera a usted, señor Vale.

—Doctor —corrigió él.

—Doctor Vale. —Todavía se mostraba insegura—. No soy una mujer crédula. No consulto a espiritistas, como norma. Pero la señora Fowler estaba muy impresionada por sus lecturas.

—Yo no *leo*, señora Sanders-Moss. No hay hojas de té aquí. No examino su palma. No hay ninguna bola de cristal. Nada de cartas de tarot.

—No quería decir...

—No me siento ofendido.

—Bueno, ella me habló muy bien de usted. La señora Fowler, quiero decir.

—Recuerdo a la dama.

—Lo que le dijo usted sobre su esposo...

—Me alegra que se sintiera complacida. Ahora, ¿por qué está *usted* aquí?

Ella apoyó las manos en su regazo. Reteniendo quizá el deseo de echar a correr.

—He perdido algo —susurró.

Él aguardó.

—Un mechón de cabello...

—¿Cabello de quién?

La dignidad huyó. Ahora la confesión.

—De mi hija. Mi primera hija. Emily. Murió a los dos años. Difteria, ¿sabe? Era una niñita perfecta. Cuando se puso enferma corté un mechón de su cabello y lo guardé con algunas otras de sus cosas. Un sonajero, el traje de bautizar...

—¿Todo ha desaparecido?

—¡Sí! Pero es el cabello lo que parece... la pérdida más terrible. En realidad es todo lo que me queda de ella.

—¿Y usted desea mi ayuda para hallar esos objetos?

—Si no es algo demasiado trivial.

Él suavizó su voz.

—No es trivial, en absoluto.

Ella le miró con un soplo de alivio: se había vuelto vulnerable y él no había hecho nada para causarle daño; había comprendido. Eso era lo más importante, pensó Vale, esa pequeña melodía de vergüenza y redención. Se preguntó si los médicos que trataban las enfermedades venéreas sentían lo mismo.

—¿Puede ayudarme?

—Con toda honestidad, no lo sé. Puedo intentarlo. Pero tiene usted que *ayudarme*. ¿Tomará mi mano?

La señora Sanders-Moss adelantó tentativamente su mano por encima de la mesa. Era pequeña y fría, y él la dobló dentro de la suya, más grande y firme.

Sus ojos se encontraron.

—Intente no sorprenderse por nada de lo que pueda ver u oír.

—¿Trompetas parlantes? ¿Ese tipo de cosas?

—Nada tan vulgar. Esto no es una tienda de feria.

—No quería decir...

—No importa. Recuerde también que tal vez deba ser paciente. A menudo toma su tiempo contactar con el otro mundo.

—No tengo que ir a ningún otro sitio, señor Vale.

De este modo quedaban cerrados los preliminares, y todo lo que quedaba era enfocar su concentración y aguardar a que el dios se alzara de sus profundidades interiores..., de lo que los místicos hindúes llamaban «los chakras inferiores». No le gustaba. Siempre era una experiencia dolorosa, humillante.

Había que pagar un precio por todo, pensó Vale.

El dios: solo él podía oírlo hablar (a menos que le prestara su propia lengua corpórea); y cuando hablaba, él no podía oír ninguna otra cosa. Lo había oído por primera vez en agosto de 1914.

Antes del Milagro había llevado una vida marginal con un espectáculo ambulante. Vale y otros dos socios se habían pateado el interior más profundo del país con un cuerpo momificado que habían comprado en la puerta trasera de una funeraria en Racine y que presentaban como el cadáver de John Wilkes Booth. El espectáculo funcionaba mejor en las remotas ciudades donde nunca llegaba el circo, lejos de las líneas del ferrocarril, en las profundidades de la zona algodónera, la zona del trigo, la zona del cáñamo de Kentucky. Vale se las apañaba bien, soltando su discurso y embaucando a la gente. Tenía talento con las palabras. Pero era un negocio agonizante antes incluso del Milagro, y el Milagro acabó de matarlo. Los ingresos rurales cayeron en picado; los pocos que todavía gastaban algo de dinero no estaban dispuestos a desembarazarse de sus

centavos solo por ver la correosa carcasa de un asesino. La Guerra Civil era el apocalipsis de otra generación. Esta generación tenía el suyo propio. Sus socios abandonaron al señor Booth en un campo de maíz de Iowa.

En el ampollante agosto de aquel año Vale se encontró abandonado a sus propios medios, buhoneando Biblias de una ajada caja de muestrario y viajando la mayor parte de las veces en vagones de carga. Dos veces fue atacado por ladrones. Luchó: salvó sus Biblias, pero perdió una carga de hermosos collares y la visión parcial de un ojo, cuyo verde iris quedó débil y permanentemente nublado (pero eso iba a ayudarle también).

Aquel día había caminado mucho. Un caluroso día en el valle de Ohio. El aire era húmedo, el cielo blanco, el comercio parado. En el Olympia Diner (en alguna ciudad de olvidado nombre, donde el río se enroscaba hacia el oeste como perezoso humo), la camarera afirmó haber oído truenos en el aire. Vale gastó su último dinero en un bocadillo de pollo con pringue y salió en busca de un lugar donde dormir.

Ya casi anochecido encontró una fábrica de ladrillos abandonada al extremo de la ciudad. El aire en el interior del enorme edificio olía a cerrado y a húmedo y a moho y a aceite de máquina. Los abandonados hornos gravitaban como escabrosos ídolos en la oscuridad. Se hizo una especie de cama en la parte alta de un andamiaje donde imaginó que estaría seguro, y durmió sobre un manchado colchón que arrastró desde un basurero en la ladera de una colina. Pero el sueño tardó en llegar. Un viento nocturno soplaba por los vacíos marcos de las ventanas de la fábrica, pero dentro el aire era cerrado y cálido. Ya bien entrada la noche empezó a llover. Escuchó el golpetear del agua que se filtraba a través de un millar de grietas y formaba charcos en el lodoso suelo. La erosión, pensó, comiéndose hierro y piedra.

La voz —todavía no era una voz, sino un trueno premonitorio lleno de ecos— llegó hasta él sin ninguna advertencia, bien pasada la medianoche.

Lo clavó en su colchón. Literalmente fue incapaz de moverse. Fue como si un tremendo peso lo retuviera en su lugar, pero el peso era eléctrico, pulsaba a través suyo, lanzaba chispas desde las puntas de sus dedos. Se preguntó si no habría sido golpeado por un rayo. Se dijo que iba a morir.

Entonces habló la voz, y habló no con palabras sino, de algún modo, con *significados*; las palabras equivalentes, cuando intentó enmarcarlas, eran una aproximación carente de vida. *Conoce mi nombre*, pensó. *Vale. No, no mi nombre, mi idea secreta de mí mismo.*

La electricidad le forzó a abrir los párpados. Sin desearlo, lleno de miedo, vio al dios de pie encima de él. El dios era monstruoso. Era feo, viejo, con un cuerpo como el de un escarabajo, de color verde translúcido, y la lluvia cayendo directamente a través de él. El dios apestaba, un oscuro olor que le recordó a Vale el olor del disolvente para pintura y la creosota.

¿Cómo podía resumir lo que aprendió aquella noche? Fue inefable, inexpresable; apenas podía osar mancharse con el lenguaje.

Sin embargo, forzado, diría:

Aprendí que tengo un propósito en la vida.

Aprendí que tengo un destino.

Aprendí que he sido elegido.

Aprendí que los dioses son varios y que conocen mi nombre.

Aprendí que hay un mundo debajo del mundo.

Aprendí que tengo amigos entre los poderosos.

Aprendí que necesito ser paciente.

Aprendí que seré recompensado por mi paciencia.

Y aprendí —esto por encima de todo— que puede que no necesite morir.

—Tiene usted una sirvienta —dijo Vale—. Una mujer negra.

La señora Sanders-Moss se envaró en su asiento, con los ojos muy abiertos, como una alumna llamada por un intimidante maestro.

—Sí. Olivia..., se llama Olivia.

Vale no era consciente de hablar. Se había entregado a otra presencia. Sentía la cauchutesca peristalsis de sus labios y lengua como algo extraño y desagradable, como si una babosa se hubiera arrastrado al interior de su boca.

—Lleva con usted mucho tiempo... esta Olivia.

—Sí; mucho, mucho tiempo.

—Estaba con usted cuando nació su hija.

—Sí.

—Y ella se ocupó de la niña.

—Sí.

—Lloró cuando la niña murió.

—Todos lo hicimos. Toda la casa.

—Pero Olivia albergaba unos sentimientos mucho más profundos.

—¿De veras?

—Ella sabe lo de la caja. El mechón de cabello, el vestido de bautizar.

—Supongo que sí. Pero...

—Usted lo guardaba todo debajo de la cama.

—¡Sí!

—Olivia limpia el polvo debajo de la cama. Sabe cuándo mira usted dentro de la caja. Lo sabe porque el polvo resulta alterado. Presta mucha atención al polvo.

—Es posible, pero...

—Usted no ha abierto la caja desde hace mucho tiempo. Más de un año. La señora Sanders-Moss bajó los ojos.

—Pero he *pensado* mucho en ello. No he *olvidado*.

—Olivia trata la caja como un algo sagrado. La adora. La abre cuando usted está fuera de casa. Se toma mucho cuidado en no alterar el polvo. La considera como si fuera suya.

—Olivia...

—Ella cree que no hace usted justicia a la memoria de su hija.

—¡Eso no es cierto!

—Pero es lo que ella cree.

—¿*Olivia* tomó la caja?

—No fue un robo, para ella.

—Por favor, doctor Vale..., ¿dónde está? ¿Está segura?

—Completamente segura.

—¿*Dónde*?

—En la habitación de la doncella, en la parte de atrás de un armario. —
(Por un momento Vale la vio con su ojo mental, la caja de madera como un

pequeño ataúd cubierto con antiguo lino; olía a alcanfor y a polvo y a pesar encerrado).

—¡Yo *confiaba* en ella!

—Ella también quería a la niña, señora Sanders-Moss. Mucho. —Vale inspiró profunda y temblorosamente; empezó a reclamar su propio cuerpo, sintió que el dios lo abandonaba y se retiraba de nuevo al mundo oculto. El alivio fue exquisito—. Coja de nuevo lo que le pertenece. Pero por favor, no sea demasiado dura con Olivia.

La señora Sanders-Moss le miró con una enormemente agradecida expresión de maravilla.

Ella le dio efusivamente las gracias. Él rechazó su ofrecimiento de dinero. Tanto su tentativa sonrisa como su impresionada actitud eran alentadoras, de hecho muy prometedoras. Pero, por supuesto, solo el tiempo lo diría.

Cuando ella hubo tomado de nuevo su paraguas y se hubo marchado, él abrió una botella de brandy y se retiró a una habitación de arriba donde la lluvia golpeteaba contra la empañada ventana, las luces de gas estaban altas, y el único libro a la vista era un maltratado volumen de una novela pulp titulada *Las enaguas de su amante*.

En su aspecto externo, el cambio que producía en él la manifestación del dios era sutil. Interiormente se sentía exhausto, casi herido. Había una áspera sensación, no exactamente dolor, que se extendía por todos sus miembros. Le ardían los ojos. El licor ayudaba, pero transcurriría otro día hasta que volviera a ser completamente él mismo.

Con suerte el brandy moderaba los sueños que seguían a una manifestación. En los sueños se descubría inevitablemente en algún frío páramo, algún enorme desierto gris sin límites, y cuando por una curiosidad mal entendida o simplemente por un antojo alzaba una piedra al azar, dejaba al descubierto un agujero del que brotaban incontables insectos de algún tipo horrible y desconocido, con muchas patas, llenos de pinzas, venenosos, que ascendían en enjambre por su brazo e invadían su cráneo.

No era un hombre religioso. Nunca había creído en los espíritus, las mesas parlantes, la astrología o la resurrección de Cristo. No estaba seguro de creer en ninguna de esas cosas ahora; la suma de sus creencias residía en este único dios, el que le había tocado con aquella horrible e irresistible intimidad.

Tenía las habilidades de un timador y ciertamente no era adverso a los beneficios del hurto, pero no había habido confabulación en el caso de, por ejemplo, la señora Sanders-Moss; ella era un misterio para él, como lo era su sirvienta Olivia y el *memento mori* en la caja de zapatos. Sus propias profecías lo habían tomado por sorpresa. Las palabras, que no eran suyas, habían caído de sus labios como fruta madura de un árbol.

Las palabras le servían bien. Pero también servían para otro propósito.

El hurto, en comparación, sería algo infinitamente más sencillo.

Pero se sirvió otra copa de brandy y se consoló: *No alcanzas la inmortalidad por el camino bajo.*

Pasó una semana. Nada. Empezó a preocuparse. Luego llegó una nota en el correo de la tarde:

Dr. Vale,

Los tesoros han sido recuperados. Tiene usted mi gratitud más ilimitada.

El próximo jueves tengo invitados a las seis a cenar y charlar un rato. Si pudiera usted venir, sería recibido con todos los honores.

Se ruega confirmación.

Sra. Edward Sanders-Moss.

La nota estaba firmada *Eleanor.*

OceanofPDF.com

El *Odense* atracó en el puerto provisional en el cenagoso estuario del Támesis, en medio de una masa de carboneros, petroleros, cargueros y veleros reunidos de todos los puntos de avanzada del Imperio. Guilford Law y su familia, junto con el cuerpo de la expedición Finch y todas sus brújulas, alidades, comida desecada y demás parafernalia, fueron transferidos a un ferry con destino a Londres, Támesis arriba. Guilford personalmente supervisó la carga de su equipo fotográfico: las cuidadosamente embaladas placas de cristal de 20'25, la cámara, las lentes y el trípode.

El ferry era un frío y ruidoso vapor pero estaba bendecido con generosas ventanas. Caroline consoló a Lily, a la que no le gustaban los duros bancos de madera, mientras Guilford se dedicaba a escrutar la orilla.

Era su primera auténtica visión del nuevo mundo. La desembocadura del Támesis y Londres eran el territorio más poblado del Continente: el más conocido, el más visto, el más a menudo fotografiado, pero aún salvaje..., y orgulloso de serlo, pensaba Guilford. La distante orilla mostraba una gran densidad de vegetación extraña, huecos árboles flauta y oscura hierba caña en las crecientes sombras de un helado atardecer. Lo extraño de todo aquello ardía en Guilford como carbón. Después de todo lo que había leído y soñado, allí estaba el tangible e imposible hecho en sí, no una ilustración en un libro sino un mosaico vivo de luz y sombras y viento. El río fluía verde con falsos lotos, colonias de algo parecido a almohadillas que derivaban en el agua: un peligro para la navegación, le habían dicho, en especial en verano, cuando las flores descendían de las Cotswold en densas congregaciones y atoraban las hélices de los vapores. Captó un atisbo de

John Sullivan en la acristalada cubierta de paseo. Sullivan había estado en Europa en 1918, había recolectado en la desembocadura del Rin, pero evidentemente esta experiencia no había sido suficiente para él; había una intensidad de observación en los ojos del botánico que hacía impensable cualquier conversación.

Pronto empezaron a verse signos humanos a lo largo de la orilla: toscas cabañas, una granja abandonada, el humeante pozo de un basurero; y luego las afueras del propio puerto de Londres, e incluso Caroline mostró interés.

La ciudad era una aglomeración al azar en la orilla norte del río. Había sido excavada en la selva por soldados y voluntarios lealistas reclamados por lord Kitchener de las colonias, y no se parecía en absoluto al Londres de Christopher Wren: a Guilford le parecía más bien una humeante ciudad fronteriza, una congregación de aserraderos, hoteles, muelles y almacenes. Identificó la silueta del único monumento famoso de la ciudad, una columna de mármol sudafricano erigida para conmemorar las pérdidas de 1912. El Milagro no había sido benévolo con los seres humanos. Había reemplazado rocas con rocas, plantas con otras plantas más extrañas, animales con criaturas vagamente equivalentes... pero de la desaparecida población humana no se había podido hallar ninguna huella.

Más altas que la columna conmemorativa se alzaban las grandes grúas de hierro que formaban las instalaciones portuarias. Más allá de ellas, y lo más sorprendente de todo, se alzaba el esquelético almacén de la nueva catedral de San Pablo, a caballo en lo que debía de ser Ludgate Hill. Ningún puente cruzaba el Támesis, aunque había planes de construir uno; toda una variedad de ferrys se ocupaban del tráfico.

Notó que Lily tiraba de su manga.

—Papá —dijo solemnemente—. Un monstruo.

—¿Qué, Lil?

—¡Un monstruo! *Mira*.

Los ojos muy abiertos de su hija señalaban hacia la proa del ferry, río arriba.

Guilford le dijo a Lily el nombre del monstruo mientras su corazón empezaba a latir más rápido: *serpiente del limo*, la llamaban los colonos, o a veces *serpiente del río*. Caroline apretó con fuerza su otro brazo mientras a

su alrededor cesaban todas las conversaciones. La serpiente del limo alzó la cabeza por encima de la proa de la embarcación en un movimiento sorprendentemente suave, dado que su cráneo era una recia cuña del tamaño de un ataúd infantil unida a un cuello de seis metros. Guilford sabía que la criatura era inofensiva —plácida, literalmente una devoradora de lotos—, pero era atemorizadamente grande.

Por debajo de la línea del agua la criatura debía de estar anclada en el limo del fondo. Las patas de la serpiente del limo eran como espolones cartilagosos carentes de huesos que le servían para apuntalarse contra las corrientes del río. Su piel era de un color blanco aceitoso, moteada en algunos lugares de un verde alga. La criatura parecía fascinada por la actividad humana de la orilla. Orientaba por turno sus ojos hacia las grúas del puerto, parpadeaba, luego abría la boca sin emitir ningún sonido. De pronto divisó una masa de flotantes almohadillas de falsos lotos y la engulló con un hábil movimiento de su cabeza antes de sumergirse de nuevo en el Támesis.

Caroline enterró la cabeza contra el hombro de Guilford.

—Dios nos ayude —susurró—. Hemos llegado al Infierno.

Lily quiso saber si aquello era cierto. Guilford le aseguró que no; solo era Londres, el nuevo Londres en el nuevo mundo..., aunque era un error fácil de cometer quizá, con el recargado atardecer, el resonante puerto, el monstruo del río y todo lo demás.

Los estibadores procedieron a la descarga del ferry. Finch, Sullivan y el resto de la expedición se encaminaron al Imperial, el hotel más grande de Londres. Guilford contempló pensativo las ventanas emplomadas y los balcones de hierro forjado del edificio mientras se alejaba del puerto con Caroline y Lily. Habían tomado un taxi de Londres, esencialmente un coche de caballos con un tejadillo de lona y una débil suspensión; se encaminaron a casa del tío de Caroline, Jered Pierce. Su equipaje les seguiría por la mañana.

Un farolero recorría las penumbrosas calles entre gente alborotadora. No quedaba mucho del tradicional decoro inglés, pensó Guilford, si aquella

multitud de marineros y de mujeres gritonas eran un ejemplo. Londres era a todas luces una ciudad fronteriza, con una población recogida de entre los peores elementos de la Flota Real. Puede que hubiera carestía de carbón y petróleo, pero las tiendas de licores parecían estar haciendo un gran negocio.

Lily apoyó la cabeza en las rodillas de Guilford y cerró los ojos. Caroline estaba despierta y vigilante. Cogió la mano de Guilford y la apretó.

—Liam dice que son buena gente, pero nunca los he conocido —dijo, refiriéndose a su tío y su tía.

—Son familia, Caroline. Estoy seguro de que serán estupendos.

La tienda de los Pierce se hallaba en una calle comercial brillantemente iluminada, pero como todo lo demás en la ciudad daba la impresión de algo provisional hecho a toda prisa. El tío de Caroline, Jered, saltó del portal y dio la bienvenida a su sobrina con un fuerte abrazo, estrechó vigorosamente la mano de Guilford, alzó a Lily del suelo y la examinó como si fuera un saco de harina especialmente satisfactorio. Luego les hizo entrar, los condujo subiendo un tramo de escaleras de hierro a las habitaciones donde vivía la familia encima de la tienda. El piso era pequeño y escasamente amueblado, pero una estufa de leña lo calentaba eficientemente y la esposa de Jered, Alice, les dio la bienvenida con otra ronda de abrazos. Guilford sonrió y dejó que Caroline tomara la voz cantante. Por fin en tierra, se sentía cansado. Jered echó un tronco hueco a la estufa, y Guilford registró que incluso el olor de la madera al quemarse era distinto en Darwinia: el humo era dulce y punzante, como el cáñamo indio o la esencia de attar.

La familia Pierce se había visto ampliamente dispersa cuando golpeó el Milagro. Caroline estaba en Boston con el hermano de Jered, Liam; sus padres estaban en Inglaterra con el abuelo de Caroline, que se estaba muriendo. Jered y Alice estaban en Ciudad del Cabo, habían permanecido allí hasta los problemas de 1916; en agosto de aquel año habían partido en barco hacia Londres con un generoso préstamo de Liam y planes de montar un negocio de mercería y ferretería. Ambos eran del tipo duro, recios y fuertes. A Guilford le gustaron desde el primer momento.

Lily fue la primera en irse a la cama, en una habitación apenas algo más grande que un cuarto para trastos, y Guilford y Caroline ocuparon otra al final del pasillo. Su cama tenía cabecera y pies de latón y era inmensamente confortable. La familia Pierce tenía una idea mucho más generosa de cómo debía de hacerse un colchón que los tacaños proveedores del *Odense*. Era casi con toda seguridad la última cama civilizada donde dormiría por un tiempo, y Guilford pensó que la disfrutaría al máximo; pero se quedó dormido tan pronto como cerró los ojos, y luego, demasiado pronto, ya era por la mañana.

La expedición Finch aguardó en Londres un segundo embarque de pertrechos, entre ellos cinco botes de fondo plano Stone-Galloway, con motores fuera borda de dieciocho caballos, que debían llegar en el siguiente barco de Nueva York. Guilford pasó dos días en una deprimente oficina de aduanas ocupándose del inventario mientras Preston Finch reponía varios objetos desaparecidos o dañados: un aparejo de poleas, una lona embreada y un prensahojas.

Después de eso Guilford pudo pasar algo de tiempo con su familia. Echó una mano en la tienda, observó cómo Lily engullía sin problemas los huevos del desayuno, las salchichas de la cena, y demasiadas galletas. Admiró el certificado de Voluntario del Imperio de Jered, firmado por el propio lord Kitchener, que ocupaba un lugar de honor en la pared del salón. Todos los ingleses que habían regresado tenían uno, pero Jered se tomaba en serio sus deberes de Voluntario y hablaba sin ironía de reconstruir los Dominios.

Todo aquello era interesante, pero no era la Europa que Guilford ansiaba experimentar..., el auténticamente nuevo mundo no mediado por la intervención humana. Le dijo a Jered que le gustaría pasar un día explorando la ciudad.

—Me temo que no hay mucho que ver. De Candlewick hasta San Pablo es un bonito paseo en un día soleado, o Thames Street más allá de los muelles. Arriba hacia el este las calles son más barro que cualquier otra cosa. Y aléjate de la zona de aduanas.

—No me importa el barro —dijo Guilford—. Supongo que voy a ver un montón de él en los próximos meses.

Jered frunció el ceño, inquieto.

—Espero que tengas razón sobre eso.

Guilford paseó más allá de los puestos del mercado y lejos del ruidoso puerto. El sol matutino era radiante, el aire benditamente fresco. Encontró mucho tráfico de caballos y carros pero pocos automóviles, y la ingeniería civil de la ciudad estaba aún en obras. Cloacas al aire libre recorrían los nuevos barrios; un apestoso carro traqueteaba Candlewick Street abajo, tirado por dos pencos de hundido lomo. Algunos ciudadanos llevaban pañuelos blancos atados sobre boca y nariz, por razones que se le habían hecho evidentes a Guilford desde que atracara el ferry: el olor de la ciudad era a veces abrumador, una mezcla de desechos humanos y animales, humo de carbón y el hedor de los aserraderos al otro lado del río.

Pero era también una ciudad viva y bondadosa, y Guilford fue saludado alegremente por otros peatones. Se detuvo a comer en un pub de Ludgate y salió reconfortado a la luz del sol. Más allá de la nueva San Pablo la ciudad se desvanecía en chozas de papel embreado, granjas y finalmente extensiones de bosque virgen. La calle se convertía en un camino de tierra lleno de roderas; árboles mezquita daban sombra al camino con sus verdes copas, y el aire era repentinamente mucho más fresco.

La explicación generalmente aceptada para el Milagro era que había sido simplemente eso: un acto de intervención divina a una escala colosal. Preston Finch creía eso, y Finch no era un idiota. Y ante la evidencia de todo aquello, el argumento era irrecusable. Se había producido un acontecimiento que desafiaba todo lo comúnmente aceptado como ley natural; había transformado fundamentalmente una generosa porción de la superficie de la Tierra en una sola noche. Sus únicos precedentes eran bíblicos. Tras la conversión de Europa, ¿quién podía mostrarse escéptico ante el Diluvio, por ejemplo, en particular cuando naturalistas como Finch estaban dispuestos a mostrar evidencias de él basándose en el registro geológico? El hombre propone, Dios dispone; Sus motivos pueden ser oscuros, pero Sus obras son inconfundibles.

Pero Guilford no podía permanecer entre aquella vegetación extraña que oscilaba suavemente y creer que no tenía una historia propia.

Ciertamente, Europa se había visto rehecha en 1912; ciertamente también, esos árboles habían aparecido allí en una sola noche, ocho años más jóvenes que los veía ahora. Pero no parecían recién creados. Generaban semillas (esporas más precisamente, o *germinae* en la nueva taxonomía), que implicaban herencia, historia, descendencia, quizás incluso evolución. Si cortabas transversalmente uno de esos troncos encontrabas anillos de crecimiento que iban mucho más allá de ocho. Los anillos podían ser grandes o pequeños, según las temperaturas estacionales y la luz del sol..., según las estaciones que se habían sucedido *antes de que aquellas plantas aparecieran en la Tierra*.

Así que, ¿de dónde habían venido?

Se detuvo a un lado de la calle donde crecía un macizo de barrancosas que le llegaban hasta la altura del hombro. En un capullo en forma de copa, un hiloaguja se arrastraba entre las púas azules de los estambres. Con cada movimiento del insecto, pequeñas nubes de materia germinal brotaban al cálido aire de primavera. Llamar a esto «sobrenatural», pensó Guilford, era contradecir la idea misma de la naturaleza.

Por otra parte, ¿qué límites se aplicaban a la intervención divina? Presumiblemente ninguno. Si el Creador del universo deseaba dar a una de sus creaciones la falsa apariencia de una historia, simplemente podía hacerlo; la lógica humana era con toda seguridad la última de Sus preocupaciones. Dios podía haber hecho el mundo justo ayer, reunido a partir del polvo estelar y la voluntad divina, y completarlo con la ilusión de la memoria humana. ¿Quién lo sabría? ¿Habían vivido realmente César y Cleopatra? Entonces, ¿qué decir de la gente que había desaparecido la noche de la Conversión? Si el Milagro hubiera englobado todo el planeta en vez de una parte de él, seguramente la respuesta habría sido no,... nada de Guilford Law, nada de Woodrow Wilson, nada de Edison o Marconi; nada de Roma, ni Grecia, ni Jerusalén; nada del hombre de Neanderthal. Y, ciertamente, nada de Adán ni de Eva.

Y si es así, pensó Guilford, *entonces vivimos en una casa de locos*. No podría haber una genuina comprensión de nada, nunca..., excepto quizás en

la Mente de Dios.

En cuyo caso simplemente deberíamos renunciar. En el mejor de los casos el conocimiento era provisional, y la ciencia una impracticabilidad. Pero se negaba a creerlo.

Fue distraído de las barrancosas y la filosofía por el olor a humo. Siguió el camino que subía una suave pendiente hasta un campo abierto donde habían sido talados árboles mezquita y campana, apilados junto con la maleza seca, y se les había prendido fuego. Un grupo de tiznados trabajadores estaban de pie al lado del camino cuidando los fuegos.

Un hombre fornido con mono de faena y un jersey de marinero —el jefe del equipo, supuso Guilford— le hizo gestos impacientes.

—El fuego acaba de empezar. Será mejor que permanezca detrás de los batidores o dé la vuelta. Uno o dos pueden ir más allá de nosotros.

—¿Uno o dos qué? —quiso saber Guilford.

Aquello suscitó un coro de risas de los hombres, media docena de los cuales llevaban gruesos palos de madera con una de las puntas roma.

—¿Es usted norteamericano? —dijo el jefe del equipo.

Guilford asintió con la cabeza.

—¿Nuevo aquí?

—Completamente nuevo. ¿Qué es lo que se supone que debo vigilar?

—Los corretocones, por el amor de Dios. ¡Mírese, ni siquiera lleva botas hasta la rodilla! Manténgase lejos de los desmontes hasta que esté vestido adecuadamente. Es bastante seguro mientras cortamos y apilamos, pero los fuegos siempre los hacen salir. Permanezca detrás de los batidores hasta que hayamos terminado y estará bien.

Guilford se quedó allí donde el jefe del equipo le indicaba, con los trabajadores formando una línea irregular entre el camino y el terreno despejado. El sol era cálido, el humo asfixiante cada vez que el viento cambiaba de dirección. Guilford empezaba a preguntarse si la espera iba a prolongarse toda la tarde cuando uno de los trabajadores gritó: «¡Cuidado!» y se enfrentó al claro, con las rodillas ligeramente encogidas, su palo de madera preparado.

—Los muy jodidos viven bajo tierra —dijo el jefe del equipo—. El fuego los hace salir. No querrá usted ponerse en su camino.

Vio movimiento más allá de los trabajadores en el ennegrecido suelo del claro. Los corretocones, si Guilford recordaba correctamente, eran insectos perforadores que vivían en colmenas, de aproximadamente el tamaño de un escarabajo grande, y que comúnmente se hallaban entre las raíces de los árboles mezquita viejos. Raras veces eran un problema para el transeúnte casual, pero resultaban venenosos si se les provocaba. Y terriblemente tóxicos.

Debía de haber una docena de florecientes nidos en el terreno despejado.

Los insectos brotaron del suelo a montones y llenaron los humeantes espacios entre los fuegos como negro y brillante petróleo. El claro vomitó varios enjambres distintos, que giraban de un lado para otro, chocaban entre ellos y se dirigían en todas direcciones.

Los batidores empezaron a golpear el suelo con sus gruesos palos. Golpeaban al unísono, alzando nubes de polvo y cenizas y gritando como posesos. El jefe del equipo aferró con firmeza el brazo de Guilford.

—¡No se mueva! —rugió—. Está seguro aquí. Nos atacarían si pudieran, pero su primera preocupación es trasladar sus sacos de huevos lejos de las llamas.

Los batidores, con sus botas altas, siguieron castigando el suelo hasta que los corretocones prestaron atención. Los enjambres giraron alrededor de la maleza en llamas como ciclones vivientes, se apretaron unos contra otros hasta que el suelo fue invisible bajo su masa combinada, luego se alejaron del tumulto de los batidores y huyeron a las sombras del bosque como agua vertiéndose de un estanque.

—Una colmena así no durará mucho. Son presa de serpientes, ratones barrenadores, halcones pico largo, cualquier cosa que pueda tolerar su veneno. Rastrillaremos los fuegos durante un día o dos. Si vuelve dentro de una semana, no reconocerá el lugar.

El trabajo continuó hasta que la última de las criaturas hubo desaparecido. Entonces los batidores se reclinaron jadeantes sobre sus palos, exhaustos pero aliviados. Los insectos habían dejado su propio olor en el humoso aire, un deje de moho, pensó Guilford, o de amoníaco. Se

secó la nariz con el dorso de la mano, se dio cuenta de que su rostro estaba cubierto de hollín.

—La próxima vez que se aleje de la ciudad, vaya preparado para estas cosas. Esto no es Nueva York.

Guilford sonrió cansadamente.

—Estoy empezando a comprenderlo.

—¿Va a estar aquí mucho tiempo?

—Algunos meses. Aquí y en el Continente.

—¡El Continente! No hay nada en el Continente excepto selva y locos norteamericanos, discúlpeme por decirlo.

—Formo parte de una investigación científica.

—Bueno, espero que no planee caminar mucho con botas hasta los tobillos como estas en sus pies. Los animales lo matarán y mondarán sus piernas.

—Quizá solo caminar un poco —dijo Guilford.

Se alegró de hallar el camino de regreso a casa de los Pierce, lavarse y pasar la tarde a la mantecosa luz de las lámparas de aceite. Después de una generosa cena, Caroline y Alice desaparecieron en la cocina, Lily fue enviada a la cama, y Jered tomó de su estante un atlas de 1910 de Europa encuadernado en piel, la vieja Europa de soberanos y naciones. En qué cosa más carente de significado se habían convertido, pensó Guilford, y en tan solo ocho años, todos aquellos diagramas de soberanías impuestas sobre la tierra como los caprichos de un dios loco. Se habían librado guerras por aquellas líneas divisorias. Ahora eran mera geometría, un conjunto de sueños.

—No ha cambiado tanto como podrías pensar —dijo Jered—. Las antiguas lealtades no mueren fácilmente. Ya conoces a los partisanos.

Los partisanos eran bandas de nacionalistas, hombres duros que habían acudido de las colonias para reclamar unos territorios que todavía consideraban como alemanes o españoles o franceses. La mayoría desaparecían en los bosques darwinianos, reducidos a la mera subsistencia o devorados por la vida salvaje. Otros practicaban una forma de

bandolerismo, asaltando a los colonos, a los que consideraban como invasores. Los partisanos eran ciertamente una amenaza potencial: la piratería costera, incitada por varias naciones europeas en el exilio, hacía que el reaprovisionamiento fuera a menudo problemático. Pero los partisanos, como otros colonos, todavía tenían que penetrar en el interior desprovisto de caminos del continente.

—Puede que eso no sea cierto —dijo Jered—. Algunos de ellos están bien armados, y he oído rumores de ataques partisanos a mineros ilegales en el Saar. No se muestran bien dispuestos hacia los norteamericanos.

Guilford no se sintió intimidado. El grupo de Donnegan no había encontrado más que unos pocos partisanos harapientos viviendo como salvajes en las tierras bajas de Aquitania. La expedición Finch desembarcaría en el continente en la desembocadura del Rin, un territorio ocupado por los norteamericanos, y seguiría el río mientras fuera navegable, más allá de la Rheinfelden y hasta el Bodensee, si era posible. Luego explorarían los Alpes en busca de un paso navegable allá por donde habían circulado las viejas carreteras romanas.

—Ambicioso —dijo Jered con voz llana.

—Estamos equipados para ello.

—Pero seguro que no podéis anticipar todos los peligros...

—Ese es el punto. La gente ha estado cruzando los Alpes durante siglos. No es un viaje tan duro en verano. Pero nunca esos Alpes. ¿Quién sabe qué puede haber cambiado? Es eso lo que queremos descubrir.

—Solo quince hombres —dijo Jered.

—Iremos en barco hasta donde podamos Rin arriba. Luego hay botes de fondo plano y porteo.

—Necesitaréis a alguien que conozca el Continente. Y nadie conoce *mucho* de él.

—Hay tramperos y guías en Jeffersonville, en el Rin. Hombres que han estado allí prácticamente desde el Milagro.

—Eres fotógrafo, me ha dicho Caroline.

—Sí, señor.

—¿Es tu primera expedición?

—La primera en el Continente, pero estuve con Walcott en el río Gallarín el año pasado. No me falta experiencia.

—¿Liam te ayudó a conseguir este puesto?

—Sí.

—Sin duda pensó que estaba haciendo lo correcto. Pero Liam se halla aislado por el océano Atlántico. Y por su dinero. Puede que no comprenda la posición en la que te ha puesto. Las pasiones corren altas en el Continente. Oh, lo sé todo acerca de la Doctrina Wilson, Europa es un lugar salvaje abierto a la recolonización por todos y etcétera, y es una idea noble a su manera..., aunque me alegra que Inglaterra sea capaz de defender una excepción. Pero fue preciso hundir unas cuantas cañoneras francesas y alemanas antes de que sus obcecados gobiernos cedieran. Y aún así... —Golpeó su pipa—. Vas a emprender un camino peligroso. No estoy seguro de que Liam sepa esto.

—No le tengo miedo al continente.

—Caroline te necesita. Lily te necesita. No hay nada cobarde en protegerte tú y tu familia. —Acercó su rostro al de él—. Puedes quedarte aquí durante tanto tiempo como sea necesario. Puedo escribirle a Liam y explicárselo. Piensa en ello, Guilford. —Bajó la voz—. No quiero ver a mi sobrina convertida en una viuda.

Caroline entró en aquel momento por la puerta de la cocina. Miró solemnemente a Guilford, con su encantador pelo ligeramente revuelto, luego abrió las llaves de las luces de gas una tras otra hasta que la habitación se vio inundada de luz.

Pasar el tiempo en la finca Sanders-Moss era casi como ver que a uno le extirpaban los testículos. Entre las mujeres era una mascota; entre los hombres, un eunuco.

No muy halagador, pensó Elias Vale, pero no inesperado. Entró en la casa como un eunuco porque no había ninguna otra entrada abierta para él. Con el tiempo, se convertiría en el propietario de las puertas. Derribaría el palacio, si eso le complacía. El harén sería suyo y los príncipes se disputarían su favor.

Esta noche había una *soirée* que celebraba alguna ocasión que ya había olvidado: un cumpleaños, un aniversario. Puesto que no se le había requerido que ofreciera un brindis, no importaba. Lo que importaba era que la señora Sanders-Moss le había invitado una vez más para que adornara una de sus funciones; que admitía el que fuera aceptablemente excéntrico, que hechizara pero no avergonzara. Es decir, que no bebiera con exceso, no hiciera avances con las viudas o tratara a los poderosos como iguales.

En la cena se sentó donde le indicaron, entreteniéndolo a la hija de un congresista y a un joven administrador del Smithsoniano con historias de golpes en las mesas y manifestaciones de espíritus, todo ello de una forma interpuesta e irónica. El espiritismo era una herejía en aquellos tiempos últimamente piadosos, pero era una herejía norteamericana, más aceptable que el catolicismo, por ejemplo, con sus misas en latín y sus ausentes papas europeos. Y una vez había cumplido con su función como curiosidad simplemente sonreía y escuchaba la conversación que fluía alrededor de su no obstructiva presencia como un río alrededor de una roca.

La parte más difícil, al menos al principio, había sido mantener su aplomo en presencia de tanto lujo. Eso no quería decir que fuera un completo extraño al lujo. Había sido educado en un hogar lo suficientemente bueno de Nueva Inglaterra..., había caído de él como un ángel rebelde. Sabía distinguir un tenedor para la carne de un tenedor para el postre. Pero había dormido bajo muchos fríos puentes desde entonces, y la finca Sanders-Moss tenía un orden de magnitud mucho más grandioso que cualquier otra cosa que recordara. Luces eléctricas y sirvientes; ternera asada cortada fina como papel; cordero servido con salsa de menta.

Atendiendo a la mesa estaba Olivia, una hermosa y tímida mujer negra cuya cofia siempre estaba ladeada sobre su cabeza. Vale había insistido en que la señora Sanders-Moss no la castigara una vez recuperado el vestido de bautizar, lo cual había conseguido dos propósitos a la vez, poner de relieve su buen corazón y congraciarse con la criada, lo cual nunca estaba de más. Pero Olivia seguía evitándole siempre que podía; parecía creer que era un espíritu maligno. Lo cual no estaba muy lejos de la verdad, aunque Vale no estaba muy de acuerdo con el adjetivo. El universo estaba alineado a lo largo de ejes más complejos que los que la pobre y simple Olivia llegaría a conocer nunca.

Olivia trajo el postre. La charla en la mesa derivó hacia la expedición Finch, que había alcanzado Inglaterra y se preparaba para cruzar el Canal. La hija del congresista a la izquierda de Vale creía que todo aquello era muy valiente e interesante. El joven administrador de moluscos, o lo que fuera, pensaba que la expedición estaría más segura en el continente que en Inglaterra.

La hija del congresista se mostró en desacuerdo.

—Es de Europa de lo que deberían tener miedo. —Frunció decorosamente el ceño—. Ya saben lo que dicen. Todo lo que vive allí es horrible, y la mayoría es mortífero.

—No tan mortífero como los seres humanos. —El joven funcionario, al otro lado, deseaba parecer cínico. Probablemente imaginaba que eso lo hacía parecer más adulto.

—No sea escandaloso, Richard.

—Y raras veces tan horribles.

—Son *valientes*.

—Valientes es cierto, pero en su lugar yo me preocuparía más por los partisanos. O incluso por los ingleses.

—No hemos llegado a eso.

—Todavía no. Pero los ingleses no son nuestros amigos. Kitchener está aprovisionando a los partisanos, ¿saben?

—Eso es un rumor, y no debería usted repetirlo.

—Están poniendo en peligro nuestra política europea.

—Estábamos hablando de la expedición Finch, no de los ingleses.

—Preston Finch puede recorrer un río, es cierto, pero predigo que sufrirán más bajas a causa de las balas que de los rápidos. O de los monstruos.

—No diga *monstruos*, Richard.

—Castigos de Dios.

—Solo pensar en ello me hace estremecer. Los partisanos solo son *gente*, después de todo.

—Mi querida niña. Pero supongo que el doctor Vale no tendría nada que hacer si las mujeres no se inclinaban hacia el punto de vista romántico. ¿No es así?

Vale exhibió su mejor y más untuosa sonrisa.

—Las mujeres son más capaces de ver el infinito. O menos temerosas de él.

—¡Ahí está! —La hija del congresista enrojeció felizmente—. El *infinito*, Richard.

Vale deseó poder mostrarle el infinito. *Haría arder sus hermosos ojos hasta convertirlos en cenizas*, pensó. *Haría caer la piel de su cráneo*.

Después de cenar, los hombres se retiraron a la biblioteca con brandys y Vale se quedó con las mujeres. Hubo considerable charla acerca de sobrinos en el ejército y sus problemas de comunicación, de maridos retenidos hasta altas horas en el Departamento de Estado. Vale sintió una cierta resonancia en esos augurios pero no pudo sondear su significado final. ¿Guerra? ¿Guerra con Inglaterra? ¿Guerra con Japón? Nada de aquello parecía

plausible..., pero Washington, desde la muerte de Wilson, era un pozo profundo, oscuro y fácilmente envenenado.

Presionado a que expresara su sabiduría, Vale se refugió en las profecías de salón. Gatos perdidos y niños errantes: los terrores de la fiebre amarilla, la polio, la gripe. Sus visiones eran benignas y difícilmente sobrenaturales. Las preguntas privadas podían ser planteadas en su consultorio, y de hecho su clientela se había incrementado considerablemente en los dos meses desde su primer encuentro con Eleanor. Estaba bien encaminado hacia convertirse en el Padre Confesor de una generación de herederas de mediana edad. Mantenía cuidadosas notas.

La velada siguió arrastrándose sin mostrar signos de hacerse especialmente productiva: no habría mucho con lo que alimentar su diario esta noche, pensó Vale. Sin embargo, era aquí donde necesitaba estar. No solo para impulsar sus ingresos, aunque este era ciertamente un bienvenido efecto secundario. Estaba siguiendo un instinto más profundo, quizá no completamente suyo. Su dios lo quería allí.

Y uno hace lo que un dios desea, porque esa es la naturaleza de un dios, pensó Vale: *ser obedecido. Eso por encima de todo.*

Cuando se marchaba, Eleanor sujetó a un hombre claramente borracho y lo empujó hacia él.

—¿Doctor Vale? Este es el profesor Randall. Ya han sido presentados, ¿verdad?

Vale estrechó la mano del venerable de pelo blanco. Entre la colección de académicos y nulidades de la administración pública de Eleanor, ¿quién era este? Randall, ah, sí, algo del Museo de Historia Natural, un conservador de..., ¿podía ser paleontología? Esa ciencia huérfana.

—Llévelo hasta su automóvil, ¿quiere? —pidió Eleanor—. Eugene, vaya con el doctor Vale. Un paseo por los terrenos le aclarará un poco la cabeza.

El aire nocturno olía a flores y a rocío, al menos cuando el profesor estaba a favor del viento. Vale miró más atentamente a su compañero, imaginó que veía estructuras pálidas bajo la superficie del cuerpo de Randall. Crecimientos coralinos de la edad (piel apergaminada, nudillos artríticos) oscurecían la enterrada alma. Si los paleontólogos poseían alma.

—Finch está loco —murmuró Randall, continuando alguna conversación abandonada— si piensa que..., si piensa que puede probar...

—No hay nada que probar esta noche, señor.

Randall sacudió la cabeza y miró de reojo a Vale, viéndole quizá por primera vez.

—Usted. Ah. Usted es el adivino, ¿no?

—En cierto modo.

—¿Ve el futuro, de veras?

—A través de un cristal —dijo Vale—. De una forma oscura.

—¿El futuro del mundo?

—Más o menos.

—Hablemos de Europa —dijo Randall—. Europa, la Sodoma tan corrupta que fue arrojada al fuego purificador. Y así arrancamos las semillas del europeísmo allá donde las encontramos, signifique esto lo que signifique. Una enorme hipocresía, por supuesto. Una moda política. ¿Quiere ver usted Europa? —Barrió con la mano las blancas columnas de la mansión Sanders-Moss—. ¡Aquí está! La corte de Versalles. Podría muy bien serlo.

Las estrellas brillaban nítidas en el cielo primaveral. Últimamente Vale había empezado a percibir una especie de profundidad en los cielos estrellados, una disposición a capas o una recesión que le hacía pensar en bosques y prados, en enmarañada maleza entre la cual acechaban animales depredadores. Tanto arriba como abajo.

—Este Creador del que no dejan de hablar hombres como Finch —dijo Randall—. Uno quiere creer, por supuesto. Pero no hay huellas dactilares en un fósil. Supongo que fueron lavadas por el Diluvio.

Evidentemente Randall no debería de estar diciendo nada de aquello. El clima de opinión había cambiado desde el Milagro, y hombres como Randall no eran más que una especie de fósiles vivientes..., mamuts atrapados por una era glacial. Por supuesto Randall, un recolector de huesos, difícilmente podía saber que Vale era un recolector de indiscreciones.

¿Quién pagaría por saber lo que pensaba Randall de Preston Finch? ¿Y en qué moneda, y cuándo?

—Lo siento —dijo Randall—. Evidentemente a usted esto no le interesa.

—Al contrario —dijo Vale, caminando con su presa por la noche cubierta por el rocío—. Me interesa enormemente.

OceanofPDF.com

Los botes fluviales de fondo plano llegaron de Nueva York y fueron transferidos a un vapor que cruzaba el Canal, el *Argus*. Guilford, Finch, Sullivan y el inspector, Chuck Hemphill, supervisaron la carga e irritaron hasta tal punto al jefe de carga del barco que fueron echados a cajas destempladas al embreado embarcadero. La luz del sol primaveral bañaba y ablandaba las embreadas planchas; masas de falsos lotos se pudrían contra los pilotes; las gaviotas trazaban círculos sobre sus cabezas. Las gaviotas habían formado parte de los primeros inmigrantes terrestres a Darwinia, seguidos por turno por los seres humanos, el trigo, la cebada, las patatas; las flores silvestres (salicaria, correhuela); las ratas, el ganado vacuno, las ovejas, los piojos, las pulgas, las cucarachas..., todo el guiso biológico de los asentamientos costeros.

Preston Finch estaba de pie en el muelle, con sus enormes manos unidas a la espalda, el rostro ensombrecido por su casco tropical que lo protegía del sol. Finch era una paradoja, pensó Guilford: un hombre duro, poderoso pese a su edad, un avezado explorador fluvial cuyo buen juicio y valor eran incuestionables. Pero su geología noachiana, de moda aunque hubiera brotado de la nerviosa estela del Milagro, le parecía a Guilford un guiso de medias verdades, dudoso razonamiento y ansioso protestantismo. Implausible, no importaba cómo vistiera el asunto con teorías de sedimentación y citas de Berkeley. Además, Finch se negaba a discutir esas ideas y no aceptaba las críticas de sus colegas, y mucho menos de un mero fotógrafo. ¿Cómo debía de ser, se preguntaba Guilford, poseer una arquitectura tan barroca atestada dentro del cráneo? ¿Una catedral tan extraña, tan bien apuntalada, tan bien defendida?

John Sullivan, la otra eminencia gris de la expedición, se reclinó contra la pared de un almacén del puerto, con los brazos cruzados, sonriendo débilmente bajo un sombrero de paja de ala ancha. Dos hombres viejos, Finch y Sullivan, pero Sullivan sonreía..., esa era la diferencia.

La última de las cajas bajó a la bodega del *Argus*. Finch firmó un manifiesto para el sudoroso jefe de carga. Había un aire de finalidad en el acto. El *Argus* partiría por la mañana.

Sullivan dio unos golpecitos a Guilford en el hombro.

—¿Tiene algunos minutos libres, señor Law? Hay algo que me gustaría que viera.

Museo de monstruosidades, anunciaba el cartel encima de la puerta.

El edificio apenas era algo más que una cabaña, pero era un edificio viejo, quizás una de las primeras construcciones permanentes erigidas a lo largo de las lodosas orillas del Támesis. Guilford tuvo la impresión de que había sido usada y abandonada muchas veces.

—¿Aquí? —preguntó. Habían recorrido un corto trecho desde los muelles, detrás de las tabernas de ladrillo, donde el aire era lóbrego y estancado.

—Dos peniques para ver los monstruos —dijo Sullivan. Su acento era de Arkansas no reconstruido, pero en sus labios sonaba como Oxford. O al menos lo que Guilford imaginaba que podía haber sido un acento de Oxford —. El propietario es un borracho. Pero tiene un objeto interesante.

El «propietario», un hombre hosco que apestaba a ginebra, abrió la puerta a la llamada de Sullivan, tomó el dinero de Sullivan en su mugrienta mano, y desapareció sin una palabra detrás de una cortina de lona, dejando que sus clientes contemplaran a su aire los trofeos taxidérmicos alineados en toscas estanterías en las paredes de la estrecha habitación delantera. Los objetos más pequeños eran legítimos, en el sentido de que eran animales darwinianos reconocibles, mal disecados y montados: un pájaro abotonador, una miscelánea de carroñeros de seis patas, una serpiente leopardo con sus mandíbulas abiertas. Sullivan alzó la cortina de una ventana, pero la luz

extra no sirvió de gran cosa, en opinión de Guilford. Los ojos de cristal brillaban y miraban en extrañas direcciones.

—Esto —dijo Sullivan.

Señaló el erguido esqueleto que languidecía en un rincón. Guilford se acercó, escéptico. A primera vista parecía el esqueleto de un oso: toscamente bípedo, con la caja torácica unida a una espina ventral, el temible cráneo largo y múltiplemente unido, los dientes como cuchillos de pedernal. Atemorizador.

—Pero es falso —dijo Guilford.

—¿Cómo ha llegado a esta conclusión, señor Law?

¿Acaso Sullivan no podía verlo por sí mismo?

—Todo son cuerdas y cable de embalar. Algunos de los huesos son más frescos que otros. Eso se parece a un fémur de vaca, aquí..., las articulaciones no encajan.

—Muy bien. El ojo del fotógrafo.

—No se necesita un fotógrafo.

—Tiene usted razón, por supuesto. La anatomía es una broma. Pero lo que me interesa es la caja torácica, que está correctamente articulada, y en particular el cráneo.

Guilford miró de nuevo. Las costillas y la espina dorsal eran claramente darwinianas; era la disposición estándar de atrás a adelante, la espina en forma de U, con una profunda muesca cordal. El cráneo era largo, débilmente bovino, la bóveda craneana alta y capaz: un carnívoro astuto.

—¿Cree usted que eso es auténtico?

—Auténtico en el sentido de que son huesos genuinos, no de cartón piedra, y evidentemente no mamíferos. Nuestro anfitrión afirma que se los compró a un colono que los desenterró de un tremedal en alguna parte arriba del Lea, mientras buscaba algo más barato que el carbón para quemar.

—Entonces son relativamente recientes.

—Relativamente, aunque nadie ha visto a ningún animal vivo como esto o algo remotamente equivalente. Los grandes depredadores son escasos en el Continente. Donnegan informó de un carnívoro del tamaño de un leopardo en el Macizo Central, pero nada más grande. Así que, ¿qué

representa este amigo, señor Law? Esta es la pregunta interesante. ¿Un gran cazador recientemente extinto?

—Espero que esté extinto. Parece formidable.

—Formidable y, a juzgar por el cráneo, quizás inteligente. Como lo son los animales. Si hay alguno de esta tribu todavía vivo, puede que necesitemos algunas de esas pistolas que tanto le gustan a Finch. Y si no...

—¿Si no?

—Bueno, ¿qué significa hablar de especies *extintas*, cuando el continente solo tiene ocho años de edad?

Guilford decidió tratar el asunto cautelosamente.

—Está suponiendo usted que el continente tiene una historia.

—No lo estoy suponiendo. Lo estoy deduciendo. Oh, es un argumento familiar..., simplemente me preguntaba en qué lado se sitúa usted.

—El problema es que tenemos dos historias. Un continente, dos historias. No sé cómo reconciliarlas.

Sullivan sonrió.

—Esto es un buen primer paso. ¿Obligado a conjeturar, señor Law? ¿De qué se trata? ¿De Isabel Primera, o de nuestro óseo amigo de aquí?

—He pensado en ello, evidentemente, pero...

—No dé rodeos. Haga su elección.

—Ambas cosas —dijo Guilford llanamente—. De alguna forma..., ambas.

—Pero ¿no es eso imposible?

—Aparentemente no.

La sonrisa de Sullivan se convirtió en una mueca.

—Muy bien por usted.

Así que Guilford había pasado una prueba, aunque los motivos del viejo seguían siendo oscuros. Aquello estaba bien: a Guilford le gustaba Sullivan, y se sintió complacido de que el botánico hubiera decidido tratarlo como un igual. Sobre todo, sin embargo, le alegró salir de la cabaña del taxidermista y a la luz del sol. Aunque los muelles de Londres no olían mucho mejor.

Aquella noche compartió su cama con Caroline por última vez.

Por última vez hasta otoño, se corrigió Guilford, pero había poco consuelo en el pensamiento. Frustrantemente, ella se mostró fría con él

aquella noche.

Era la única mujer con la que se había acostado en toda su vida. La había conocido en las oficinas de Atticus and Pierce cuando estaba preparando sus placas para *Esquistos fósiles de las Montañas Rocosas*. Guilford se había sentido atraído de forma inmediata e instintiva hacia la reservada y adusta muchacha Pierce. Consiguió una breve presentación de su tío y, en las semanas siguientes, empezó a calcular las apariciones de ella en la oficina: almorzaba con su tío, le dijo una secretaria, cada miércoles al mediodía. Guilford la interceptó después de una de esas reuniones y se ofreció a acompañarla hasta el tranvía. Ella aceptó, tras mirarle desde debajo de la corona de su cabello como una desconfiada princesa.

Desconfiada y herida. Caroline no se había recobrado de la pérdida de sus padres en el Milagro, pero ese era un dolor muy común por aquel entonces. Guilford descubrió que podía provocarle una sonrisa, al menos de tanto en tanto. En aquellos días sus silencios habían sido más un aliado que un enemigo; alentaban una sutil comunicación. En ese lenguaje invisible había dicho algo así como: *Estoy dolida pero soy demasiado orgullosa para admitirlo... ¿puedes ayudarme?* Y él había respondido: *Prepararé para ti un lugar seguro. Prepararé para ti un hogar.*

Ahora permanecía tendido despierto, con el sonido de algún ocasional coche de caballos pasando en medio de la noche y un valle de sábanas de algodón entre él y la mujer a la que amaba. ¿Era posible romper una promesa no formulada? La verdad es que finalmente no le había proporcionado a Caroline el lugar seguro que le había prometido. Había viajado demasiado lejos y demasiado a menudo: primero hacia el oeste, y ahora aquí. Le había dado una hermosa hija pero la había conducido hasta aquella orilla extranjera, donde estaba a punto de abandonarla..., en nombre de la historia, o de la ciencia, o de sus propios sueños inquietos.

Se dijo a sí mismo que esto era lo que hacían los hombres, lo que habían hecho los hombres durante siglos, y que si los hombres no hicieran eso la raza todavía seguiría viviendo en los árboles. Pero la verdad era más compleja, implicaba asuntos en los que el propio Guilford no se atrevía a pensar, quizá contenía algún eco de su padre, cuyo estólido pragmatismo había sido el camino que lo había conducido a una temprana tumba.

Caroline estaba dormida ahora, o casi dormida. Apoyó una mano en la curva de su cadera, una suave presión que pretendía decir: *Pero volveré*. Ella respondió con un movimiento dormida, casi un encogerse de hombros, no del todo indiferente. *Quizá*.

Por la mañana eran unos desconocidos el uno para el otro.

Caroline y Lily fueron con él hasta el muelle, donde el *Argus* se bamboleaba con la marea. Una fría bruma se enroscaba alrededor del casco lleno de manchas de óxido del barco.

Guilford abrazó a Caroline, sintiéndose torpe e incapaz de decir nada; luego Lily trepó a sus brazos, apretó su suave mejilla contra la de él y le dijo:

—Vuelve pronto.

Guilford prometió que lo haría.

Lily, al menos, lo creía.

Luego subió por la pasarela, se dio la vuelta en la barandilla para decir adiós con la mano, pero su esposa y su hija se habían perdido ya entre la multitud que llenaba el muelle. *Tan rápido como eso*, pensó Guilford. *Tan rápido como eso*.

El *Argus* cruzó el Canal en medio de la niebla. Guilford no dejó de meditar bajo cubierta hasta que salió el sol y John Sullivan le pidió que subiera a ver el continente a la luz de la mañana.

Lo que vio Guilford fue una densa tierra húmeda y verde peinada por un viento del oeste, las marismas de agua salada de la enorme desembocadura del Rin. Los estromatolitos se alzaban como monumentos ultraterrenos, y los árboles flauta habían colonizado el delta por todas partes allá donde el sedimento se había alzado lo suficiente como para sostener sus aracnoides raíces. El paquebote siguió un canal poco profundo pero libre de vegetación—lentamente, porque los sondeos eran toscos y el limo del fondo derivaba a menudo tras una tormenta— hacia una distancia más densa y verde. Jeffersonville era un débil penacho de humo en el llano horizonte verde,

luego una mancha, luego una parda aglomeración de chozas construidas sobre montecillos de cañas o perchadas sobre zancos allá donde el terreno era lo bastante firme, y por todas partes toscos muelles y pequeños botes y por todas partes el hedor de la sal, el pescado, los desechos y la basura humana. Caroline había pensado que Londres era primitivo; Guilford se sintió agradecido de que no viera Jeffersonville. La ciudad era como una clara advertencia: aquí termina la civilización. Más allá de este punto, la anarquía de la Naturaleza.

Había gran cantidad de botes de pesca, canoas, y lo que parecían balsas armadas con madera darwiniana, todo ello cegando los muelles llenos de redes, pero solo otra embarcación tan grande como el *Argus*, una cañonera norteamericana anclada y ondeando sus colores.

—Aquí empieza nuestro viaje río arriba —dijo Sullivan, de pie junto a Guilford en la barandilla—. No estaremos aquí mucho tiempo. Finch prestará juramento de obediencia a la Marina mientras nosotros contratamos un explorador.

—¿Nosotros? —se sorprendió Guilford.

—Usted y yo. Luego podrá preparar sus lentes. Inmortalícenos a todos en el muelle. *Embarcación en Jeffersonville*. Debería de ser una fotografía impresionante. —Sullivan le dio una palmada en el hombro—. Alégrese, señor Law. Este es el *auténtico* nuevo mundo, y está usted a punto de poner el pie en él.

Pero había pocos lugares lo bastante firmes para poner el pie allá en las marismas. Uno tenía que mantenerse estrictamente en los caminos de tablas o arriesgarse a ser engullido. Guilford se preguntó cuánto de Darwinia sería así..., el cielo azul, el peine del viento, la tranquila amenaza.

Sullivan notificó a Finch que él y Guilford iban a contratar un guía. Guilford se sintió perdido tan pronto como perdió de vista los muelles, ocultos por las cabañas de los pescadores y un alto bosquecillo de árboles mezquita. Pero Sullivan parecía saber adónde iba. Había estado allí en 1918, dijo, catalogando algunas de las especies de las marismas.

—Conozco la ciudad, aunque ahora es más grande, y tengo relación con algunos de sus antiguos habitantes.

La gente con la que se cruzaban parecía tosca y peligrosa. El gobierno había empezado a entregar concesiones de tierras y a pagar pasajes no mucho después del Milagro, pero se necesitaba un cierto tipo de persona para presentarse voluntario a la vida de la frontera, incluso en esos difíciles días. No pocos de ellos eran fugitivos de la justicia.

Vivían de la pesca y como tramperos y gracias a su ingenio. A juzgar por las evidencias visibles, el agua y el jabón eran bienes escasos. Tanto hombres como mujeres llevaban toscas ropas y habían dejado que su pelo creciera largo y enmarañado. Pese a lo cual varios de estos harapientos individuos miraban a Sullivan y a Guilford con el divertido desdén de un nativo hacia un turista.

—Iremos a ver a un hombre llamado Tom Compton —dijo Sullivan—. Es el mejor rastreador de Jeffersonville, suponiendo que no haya muerto o esté fuera en los bosques.

Tom Compton vivía en una choza de madera lejos del agua. Sullivan no llamó a la puerta sino que empujó la hoja entreabierta..., a la manera darwiniana, quizá. Guilford le siguió cauteloso. Cuando sus ojos se ajustaron a la semioscuridad del interior descubrió que la choza estaba bien arreglada y olía a limpio, las planchas del suelo estaban recubiertas con una alfombra de algodón, las paredes exhibían colgados varios tipos de utensilios de pesca y caza. Tom Compton estaba sentado plácidamente en una esquina de la única habitación, un hombre robusto con una enorme y enmarañada barba. Su piel era oscura, su raza obviamente mestiza. Llevaba una cadena de garras alrededor del cuello. Su camisa estaba tejida con alguna áspera fibra local, pero sus pantalones parecían ser de dril convencional, medio ocultos por unas botas altas a prueba de agua. Parpadeó sin entusiasmo ante sus visitantes y tomó una pipa de largo tubo de la mesa junto a su codo.

—Es un poco temprano para eso, ¿no? —preguntó Sullivan.

Tom Compton prendió un fósforo de madera y lo aplicó a la cazoleta de la pipa.

—No cuando le veo a usted.

—¿Sabe por qué estoy aquí, Tom?

—He oído rumores.

—Vamos a ir tierra adentro.

—Eso no me concierne.

—Me gustaría que viniese con nosotros.

—No puedo.

—Vamos a cruzar los Alpes.

—No estoy interesado. —Le pasó la pipa a Sullivan, que la tomó e inhaló una bocanada. No era tabaco, pensó Guilford. Sullivan le pasó la pipa, y Guilford la miró con desánimo. ¿Podía rechazarla educadamente, o era algo como una conferencia en la cumbre cherokee, una pipada en vez de un apretón de manos?

Tom Compton se echó a reír. Sullivan dijo:

—Son hojas secas de una planta del río. Suavemente embriagadoras, pero en absoluto opio.

Guilford tomó el retorcido brezo. El humo sabía a raíces podridas en un sótano. Perdió la mayor parte en un acceso de tos.

—Es nuevo —dijo Tom Compton—. No conoce el territorio.

—Aprenderá.

—Todos aprenden —dijo el hombre de la frontera—. Nadie deja de hacerlo. Si el territorio no los mata primero.

El humo de la pipa de Tom Compton hizo que Guilford se sintiera más ligero y simple. Los acontecimientos redujeron su ritmo a un arrastrarse o saltaron hacia adelante sin ningún intervalo. Cuando consiguió llegar a su litera a bordo del *Argus* solo conseguía recordar fragmentos del día.

Recordaba haber seguido al doctor Sullivan y a Tom Compton a una taberna junto al muelle donde se servía una cerveza oscura en picheles hechos con troncos secos de cañas flauta. Los picheles eran porosos y empezaban a rezumar si los dejabas demasiado tiempo. Alentaban un estilo de beber que no conducía precisamente a la claridad de pensamiento. También habían comido, un pescado darwiniano presentado en bandeja con el aspecto de una flácida raya negra. Sabía a sal y a lodo; Guilford apenas lo probó.

Discutieron acerca de la expedición. El hombre de la frontera se mostraba desdeñoso, insistiendo en que el viaje no era más que una excusa para exhibir la bandera y expresar las reivindicaciones norteamericanas sobre el interior del territorio.

—Usted mismo lo ha dicho: este hombre, Finch, es un idiota.

—Es un clérigo, no un científico; simplemente no conoce la diferencia. Pero no es un idiota. Rescató a tres hombres del agua en el Cataract Canyon..., transportó a un hombre con pleuresía doble a la seguridad del Lee's Ferry. Eso fue hace diez años, pero estoy seguro de que haría lo mismo mañana. Planeó y aprovisionó esta expedición, y yo le confiaría mi vida.

—Si le sigue al interior profundo del territorio, le *estará* confiando su vida.

—Bien, así es. No podría pedir un mejor compañero. *Podría* pedir un mejor científico..., pero incluso en eso Finch tiene su utilidad. Hay un cierto clima de opinión en Washington que frunce el ceño ante la ciencia en general: no pudimos predecir y no podemos explicar el Milagro, y en la mente de ciertas personas esto es lo más próximo a la responsabilidad. Los ídolos con pies de barro tienen poca incidencia en el presupuesto público. Pero podemos presentar a Finch ante el Congreso como un genuino ejemplo de la llamada ciencia reverencial, que no es ninguna amenaza al hogar o al púlpito. Vamos al interior, aprendemos unas cuantas cosas..., y francamente, cuanto más aprendemos, más tambaleante se vuelve la posición académica de Finch.

—Está siendo usted utilizado. Como Donnegan. De acuerdo, recoge usted algunas muestras. Pero la gente del dinero quiere saber hasta dónde han llegado los partisanos, si hay carbón en el valle del Ruhr o hierro en Lorena...

—Y si reconocemos a los partisanos o identificamos la existencia de algo de antracita..., ¿qué importa? Esas cosas ocurrirán tanto si cruzamos los Alpes como si no, Al menos de esta forma conseguimos algo de conocimiento en el intercambio.

Tom Compton se volvió hacia Guilford.

—Sullivan cree que este continente es un acertijo que él puede resolver. Es una idea tan valiente como estúpida.

—Usted ha llegado más tierra adentro que la mayoría de los tramperos, Tom —insistió Sullivan.

—No tanto como eso.

—Sabe qué esperar.

—Yendo tan lejos, nadie sabe qué esperar.

—De todos modos, tiene experiencia.

—Más que usted.

—Sus habilidades son valiosísimas.

—Tengo cosas mejores que hacer.

Bebieron en silencio durante un rato. Otra ronda de cerveza trajo un sesgo filosófico a la conservación. El hombre de la frontera se enfrentó a Guilford, con su curtido rostro tallado por la intemperie feroz parecido al hocico de un oso.

—¿Por qué está *usted* aquí, señor Law?

—Soy fotógrafo —dijo Guilford. Deseó tener consigo su cámara; le hubiera gustado fotografiar a Tom Compton en aquel momento. Era un animal salvaje curtido por el sol, sumergido en su barba.

—Sé lo que hace —dijo el hombre de la frontera—. ¿Por qué está usted *aquí*?

Para impulsar su carrera. Para hacerse un nombre. Para traer de vuelta imágenes atrapadas en cristal y plata de remansos fluviales y prados montañosos que ningún ojo humano había visto.

—No lo sé —se oyó decir—. Curiosidad, supongo.

Tom Compton miró a Guilford con ojos entrecerrados, como si hubiera confesado que tenía la lepra.

—La gente viene aquí para alejarse de algo, señor Law, o para perseguir algo. Para hacer un poco de dinero o quizá incluso, como Sullivan, para aprender algo. Pero los *no lo sé...*, esos son los auténticamente peligrosos.

Otro recuerdo acudió a Guilford mientras era acunado al sueño por el bamboleo del *Argus* en la marea creciente: Sullivan y Tom Compton

hablando del interior del territorio, con el hombre de la frontera lleno de advertencias: los ríos del nuevo continente habían excavado sus propios lechos, que no siempre coincidían con los viejos mapas; la vida salvaje era peligrosa, la comida tan difícil de hallar que sin provisiones era como si uno estuviera cruzando un desierto. Había fiebres innombradas, a menudo fatales. Y en cuanto a cruzar los Alpes: bien, dijo Tom, unos pocos tramperos y cazadores habían pensado en cruzar por la antigua ruta del San Gotardo; no era una idea nueva. Pero habían llegado historias, fantasmagóricas historias, rumores —*absolutas tonterías*, dijo Sullivan burlonamente—, quizá sí, pero las suficientes como para hacer que un hombre juicioso reconsiderara las cosas..., *lo cual le excluye a usted*, dijo Sullivan, y Tom sonrió ampliamente y dijo: *y a usted también, viejo loco*, dejando a Guilford preguntándose qué acuerdo tácito se había alcanzado entre los dos hombres y qué podía estar esperándoles en el profundo interior de aquella enorme tierra no cartografiada.

Inglaterra al fin, pensó Colin Watson; pero ¿era realmente Inglaterra? El carguero canadiense ascendía el amplio estuario del Támesis echando vapor por las chimeneas, con la proa cortando las aguas del color del té verde: un lugar tropical, al menos en aquella época del año. Como visitar Bombay o Bihar. Ciertamente, no como volver a casa.

Pensó en la carga que se bamboleaba en las bodegas allá abajo. Carbón de Sudáfrica, India, Australia, una mercancía preciosa en aquella época de rebelión y de un Imperio que se deshilachaba. Herramientas y troqueles de Canadá. Y cientos de rifles Lee-Enfield de la fábrica de Alberta, todos con destino a la Locura de Kitchener, Nuevo Londres, para convertirlo en un lugar seguro en medio de aquella zona salvaje, para el día en que un rey inglés fuera restaurado a un trono inglés.

Los rifles eran responsabilidad de Watson. Tan pronto como el barco estuvo anclado en el primitivo muelle ordenó a sus hombres —unos cuantos sijs y algunos gruñentes canadienses— que aseguraran y alzaran las plataformas de carga mientras iba a la orilla a firmar los manifiestos para la Autoridad Portuaria. El calor era bochornoso, y aquella tosca ciudad de madera no era ni con mucho el Londres de su imaginación. Y sin embargo, estar allí situó en su lugar la realidad de la Conversión de Europa, que para Watson había sido hasta entonces un acontecimiento lejano, tan extraño y tan inherentemente implausible como un cuento de hadas, excepto por el hecho de que habían muerto tantos.

Ciertamente, aquel no era el país del que había partido embarcado hacía una década. Se había graduado de la escuela privada sin méritos y había recibido entrenamiento del Cuerpo de Oficiales en Woolwich:

intercambiado un cuartel por otro, las declinaciones latinas por las maniobras de artillería. En su ingenuidad había esperado ser un George Alfred Henty, un dignificado héroe, con los rebeldes ndebelé huyendo ante la punta de su espada. En vez de ello había llegado a unos polvorientos cuarteles en El Cairo para hacerse cargo de una chusma de aburridos soldados de infantería, hasta aquella noche en que el cielo se iluminó con un fuego coruscante y la temblorosa tierra se estremeció bajo el Protectorado Británico en Egipto, entre tantas otras cosas. Una vida sin objetivo, pero había tenido el consuelo de la amistad y el mucho beber o, más tenuemente, de Dios y Patria, hasta que 1912 dejó claro que Dios era una entelequia y que si realmente existía seguramente despreciaba a los ingleses.

El poder militar británico restante se había concentrado en mantener sus posesiones en la India y Sudáfrica. Rodesia del Sur había caído, Salisbury había ardiendo como una hoguera en otoño; Egipto y Sudán se habían perdido a los rebeldes musulmanes. Watson había sido rescatado de las hostiles ruinas de El Cairo y metido en un horriblemente atestado transporte de tropas con destino a Canadá. Pasó meses en cuarteles de reubicación en la región maderera de la Columbia Británica, fue transferido al fin a una ciudad en la pradera donde el gobierno de Kitchener en el exilio había establecido una fábrica de armas ligeras.

No había sido un oficial excepcional antes de 1912. ¿Había cambiado, o era el ejército el que había cambiado a su alrededor? Sobresalió como una especie de dirigente obrero del Cuerpo de Oficiales; vivió monásticamente, sobrevivió a duros inviernos y a secos y enervantes veranos con un sorprendente grado de paciencia. El conocimiento de que hubiera podido ser fácilmente decapitado por los mahdistas trajo consigo una cierta humildad. Finalmente se le ordenó ir a Ottawa, donde se necesitaban ingenieros militares a medida que la reconstrucción ganaba impulso.

Se la llamó «reconstrucción», pero también la Locura de Kitchener: la fundación de un nuevo Londres en las orillas de un río que solo era aproximadamente el Támesis. Construir Jerusalén en una tierra verde y desagradable. Solo un gesto, decían los críticos, pero incluso el gesto hubiera sido imposible de no ser por la tullida pero aún poderosa Marina

Real. Los Estados Unidos habían presentado su reclamación de que Europa debía de ser «libre y abierta a la recolonización y sin fronteras», la llamada Doctrina Wilson, que en la práctica significaba una hegemonía norteamericana, un Nuevo Mundo norteamericano. Los restos de los regímenes alemán y francés, destripados por conflictivas reclamaciones de legitimidad y la pérdida de los recursos europeos, retrocedieron después de que se intercambiaron algunos disparos. Kitchener había podido negociar una excepción para las Islas Británicas, lo cual provocó más protestas. Pero los desplazados restos de la Vieja Europa, carentes de toda auténtica base industrial, difícilmente podían enfrentarse al poder combinado de la Marina Real y la Flota Blanca.

Y así se estableció un empate. Pero no, creía Watson, un empate estable. Por ejemplo: este carguero civil y su carga militar. Él había sido asignado a supervisar un cargamento clandestino de armas de Halifax a Londres. Suponía que las armas serían almacenadas allí, pero no había sido el primero de tales cargamentos enviado bajo órdenes privadas de Kitchener, y probablemente no sería el último. Watson no podía adivinar por qué el Nuevo Mundo necesitaba tantos rifles y ametralladoras Maxim y morteros..., a menos que la paz no fuera tan pacífica como parecía.

El viaje había transcurrido sin incidentes. El mar estuvo tranquilo, los días fueron tan brillantes que parecían martilleados sobre metal azul. Watson había usado su abundante tiempo libre en reconsiderar su vida. Comparado con algunos otros, había emergido de la tragedia de 1912 relativamente bien. Sus padres habían muerto antes de la Conversión y él no tenía hermanos, ni esposa ni hijos a los que llorar. Solo una forma de vida. Un equipaje de recuerdos que se iban desvaneciendo. El pasado se había visto interrumpido y los años, ausentes de brújula o lastre, habían pasado terriblemente rápidos. Quizá lo mejor había sido volver finalmente a Inglaterra: a esta nueva Inglaterra, a esta febril pseudo-Inglaterra. A esta febril y prosaica Autoridad Portuaria en una casa de ladrillo gris a causa del polvo. Se identificó, se le indicó una habitación de atrás, y fue presentado a un corpulento comerciante sudamericano que había ofrecido sus almacenes para guardar las municiones hasta que estuviera listo el Arsenal para recibirlas. Pierce, se llamaba el hombre. Jered Pierce.

Watson tendió su mano.

—Encantado de conocerle, señor Pierce.

El sudafricano estrechó la mano de Watson con su enorme zarpa.

—Lo mismo digo, señor, se lo aseguro.

Caroline estaba asustada de Londres pero aburrida en la atestada madriguera de la tienda de su tío. Se hacía cargo de las tareas de tía Alice de tanto en tanto, y eso estaba bien, pero también estaba Lily de la que ocuparse. Caroline no quería que jugara sola en la calle, donde el polvo era denso y el alcantarillado inexpresable, y dentro era un constante terror, persiguiendo al gato o jugando a tomar el té con las figurillas de porcelana de Alice. Así que cuando Alice se ofreció a cuidar de Lily mientras Caroline llevaba a Jered su almuerzo a los muelles, Caroline se sintió agradecida por el cambio. Se sintió bruscamente librada de sus cadenas y deliciosamente sola.

Se había prometido a sí misma que no pensaría en Guilford aquella tarde, e intentó enfocar su atención hacia otros lados. Un grupo de mugrientos niños ingleses —¡pensar que el más pequeño de ellos era probable que hubiera *nacido* en aquel lugar de pesadilla!— pasaron corriendo por su lado. Uno de ellos arrastraba tras él un saltamatas atado con una cuerda; las seis patas verde pálido del animal se agitaban frenéticamente y sus ojos oscuros giraban llenos de miedo. Quizá fuera bueno, aquel miedo. Bueno que en aquel mundo medio humano el terror funcionara en ambos sentidos. Esos eran pensamientos que nunca hubiera compartido con Guilford.

Pero Guilford se había ido. *Bien, admítelo*, pensó Caroline. Solo un desastre podía traerlo de vuelta antes del otoño, y probablemente ni siquiera eso. Suponía que ya debía de estar en las tierras del interior de Darwinia, un lugar más extraño todavía que esta hosca sombra de lo que había sido Londres.

Se detuvo preguntándose por qué. Él se lo había explicado pacientemente una docena de veces, y sus respuestas tenían una especie de sentido superficial. Pero Caroline sabía que tenía otros motivos, no

expresados, tan poderosos como la marea. Aquel territorio salvaje había llamado a Guilford y Guilford había acudido corriendo, y no habían importado ni los animales salvajes, ni los tumultuosos ríos, ni las fiebres y los bandidos. Como un niño pequeño infeliz, había huido de casa.

Y la había dejado a ella allí. Odiaba aquella Inglaterra, odiaba incluso llamarla así. Odiaba sus ruidos, tanto el resonar del comercio humano como los sonidos de la naturaleza (¡peores!) que se filtraban a través de la ventana por la noche, sonidos cuyos orígenes eran absolutamente misteriosos para ella: un charlotear como de insectos, un lamento como el de algún pequeño perro herido. Odiaba el hedor de todo, y odiaba sus bosques venenosos y sus obsesionantes ríos. Londres era una prisión guardada por monstruos.

Se dirigió hacia el camino que corría paralelo al río. Zanjas y cloacas derramaban su carga de desechos en el Támesis; estridentes gaviotas trazaban círculos sobre el agua. Caroline contempló desde la distancia el tráfico fluvial. Muy lejos al otro lado de la amarronada agua una serpiente del limo alzó la cabeza, con su abollonado cuello curvado como un signo de interrogación. Observó las grúas del puerto descargar un barco de vela recién llegado..., el precio del carbón había revivido la Era de la Vela, aunque esas velas en particular estaban tendidas sobre un intrincado armazón de mástiles. Hombres sin gorro o con turbantes empujaban pesadas cajas y las cargaban sobre enormes carretones; las plataformas que las contenían brotaban de las penumbrosas bodegas de carga. Penetró en la sombra del edificio de la Autoridad Portuaria, donde el aire era denso pero algo más fresco.

Jered acudió a su encuentro y tomó la caja del almuerzo de su mano. Le dio las gracias a su manera abstraída y señaló:

—Dile a Alice que estaré en casa a la hora de cenar. Y que ponga otro plato en la mesa. —Un hombre alto con un limpio pero desgastado uniforme estaba de pie detrás de él, con los ojos francamente enfocados en ella. Jered se dio cuenta finalmente de la mirada—. ¿Teniente Watson? Esta es Caroline Law, mi sobrina.

El delgado rostro del teniente hizo una inclinación hacia ella.

—Señorita —dijo gravemente.

—Señora —le corrigió ella.

—Señora Law.

—El teniente Watson se alojará en la habitación de atrás de la tienda por un tiempo.

Oh, ¿de veras?, pensó Caroline. Dedicó al teniente una mirada más atenta.

—Los cuarteles de la ciudad están atestados —dijo Jered—. Aceptamos huéspedes ocasionalmente. Rey y Patria y todo eso.

No mi rey, pensó Caroline. *No mi patria*.

OceanofPDF.com

—¿Sabe? —dijo el profesor Randall—, creo que prefería el Dios antiguo, el que se refrenaba de hacer milagros.

—Hay milagros en la Biblia —le recordó Vale. Cuando el profesor bebía, lo cual era la mayor parte del tiempo, se decantaba hacia una agria teología. Hoy Randall estaba sentado en el estudio de Vale exponiendo sus pensamientos, los botones tensos en su chaleco y la frente perlada de transpiración.

—Los milagros debieran haberse limitado allí. —Randall dio un sorbo a su copa de caro bourbon. Vale lo había comprado pensando en el profesor—. Dejemos que Dios fulmine a los sodomitas. Pero fulminar a los belgas parece un tanto ridículo.

—Vaya con cuidado, doctor Randall. Él puede fulminarle a *usted*.

—Seguro que hubiera ejercido ese privilegio hace mucho tiempo si se hubiera sentido inclinado a ello. ¿He cometido una blasfemia, señor Vale? Entonces déjeme blasfemar un poco más. Dudo que la muerte de Europa fuera un acto de intervención divina, no importa lo que al clero le guste que pensemos.

—Esa no es una opinión popular.

Randall miró a las corridas cortinas, las hileras de libros en los estantes.

—¿Estoy en *público* aquí?

—No.

—A mí me parece un desastre natural. El Milagro, quiero decir. Evidentemente un desastre de algún tipo desconocido, pero si un hombre no hubiera visto o oído hablar nunca de, digamos, un tornado, ¿no le parecería también un milagro?

—Todo desastre natural es calificado como un acto de Dios.

—Cuando de hecho un tornado es solo un fenómeno meteorológico, no más sobrenatural que la lluvia de primavera.

—Ni más ni menos. Pero es usted un escéptico.

—Todo el mundo es un escéptico. ¿Se inclinó Dios y puso su pulgar sobre la Tierra, doctor Vale? William Jennings Bryan se preocupó mucho acerca de la respuesta a esta pregunta, pero yo no.

—¿De veras?

—No en ese sentido. Oh, mucha gente ha hecho carrera en política basándose en la piedad religiosa y el miedo a los extranjeros, pero eso no durará. No hay suficientes extranjeros o milagros para sostener la crisis. La auténtica cuestión es cuánto sufriremos mientras tanto. Me refiero a intolerancia política, mezquindad fiscal, incluso guerra.

Vale abrió ligeramente los ojos, el único signo visible de la excitación que saltó dentro de él como una llama. Los dioses habían alertado sus orejas.

—¿Guerra?

Randall podía saber algo acerca de la guerra. Era un conservador del Smithsonian, pero también era uno de los que recaudaban fondos para esa institución. Había hablado a comités del Congreso y tenía amigos allí.

¿Era por eso por lo que el dios de Vale había tomado interés en Randall? Una de las ironías de servir a un dios era que uno no necesitaba comprender ni sus medios ni sus propósitos. Solo sabía que había algo en juego allí, comparado con lo cual sus propias ambiciones eran triviales. La resolución de algún plan con eones de antigüedad requería que él se ganara la confianza de aquel corpulento cínico, y así lo haría. *Seré recompensado*, pensó Vale. Su dios se lo había prometido. La vida eterna, quizá. Y una vida decente mientras tanto.

—La guerra —dijo Randall—, o al menos algún ejercicio marcial para mantener a los bretones en su lugar. La expedición Finch..., ¿ha oído hablar usted de ella?

—Por supuesto.

—Si la expedición Finch sufre algún ataque partisano, el Congreso desatará el infierno y culpará a los ingleses. Sonarán los sables. Morirán

jóvenes. —Randall se inclinó hacia Vale, la carnosa piel de su cuello colgante—. No hay ninguna verdad en lo que hace, ¿eh? ¿Puede realmente hablar con los muertos?

Era como abrir una puerta. Vale se limitó a sonreír.

—¿Usted qué piensa?

—¿Que qué pienso yo? Pienso que estoy mirando a un hombre muy confiado en sí mismo que huele a jabón y sabe cómo encandilar a una viuda. No se ofenda.

—Entonces, ¿por qué pregunta?

—Porque..., porque las cosas son diferentes ahora. Creo que entiende usted lo que quiero decir.

—No estoy muy seguro.

—Yo no creo en milagros, pero...

—¿Pero?

—Han cambiado tantas cosas. Política, dinero, moda..., los mapas, evidentemente..., pero más que eso. Veo a la gente, alguna gente, y hay algo en sus ojos, en sus rostros. Algo nuevo. Como si tuvieran un secreto que mantienen para sí mismos. Y eso me preocupa. No lo comprendo. Así que entienda, señor Vale, empecé como un escéptico y terminé como un místico. Cúlpele al bourbon. Pero déjeme preguntárselo de nuevo. ¿Habla usted con los muertos?

—Sí. Lo hago.

—¿Honestamente?

—Honestamente.

—¿Y qué le dicen los muertos, señor Vale? ¿De qué hablan los muertos?

—De la vida. Del destino del mundo.

—¿Con detalles?

—A menudo.

—Bien, eso es críptico. Mi esposa está muerta, ya sabe. Murió el año pasado. De neumonía.

—Lo sé.

—¿Puedo hablar con ella? —Depositó su copa sobre el escritorio—. ¿Es eso realmente posible, señor Vale?

—Quizá —dijo Vale—. Veremos.

OceanofPDF.com

La Marina tenía un vapor de poco calado en Jeffersonville para llevar a la expedición Finch hasta los límites navegables del Rin, pero su partida se vio retrasada cuando el piloto y buena parte de la tripulación cayeron con fiebre continental. Guilford sabía muy poco de la enfermedad.

—Una fiebre de los pantanos —explicó Sullivan—. Consuntiva, pero raras veces fatal. No nos retrasará mucho tiempo.

Y unos pocos bochornosos días más tarde la embarcación estuvo lista para partir. Guilford instaló sus cámaras en el muelle flotante de madera, tanto su voluminosa cámara de placas secas como la de rollo de película. La fotografía no había avanzado mucho desde el Milagro; los prolongados disturbios laborales de 1915 habían cerrado la Eastman Kodak durante la mayor parte del año, y la Hawk-Eye Works en Rochester había ardidido hasta los cimientos. Pero, como suele ocurrir con estas cosas, ambas cámaras eran modernas y de elegante mecanismo. Guilford había coloreado varias de sus placas de la expedición de Montana y pensaba hacer lo mismo con su trabajo darwiniano, y con eso en mente tomó cuidadosas notas:

Catorce miembros de la expedición, muelle en Jeffersonville, Europa: de izquierda a derecha de pie: Preston Finch, Charles Curtis Hemphill, Avery Keck, Tom Gillvany, Kenneth Donner, Paul Robertson, Emil Swensen; de izquierda a derecha arrodillados: Tom Compton, Christopher Tuckman, Ed Betts, Wilson W. Farr, Marion («Diggs») Digby, Raymond Burke, John W. Sullivan.

Más allá: barco de la Marina Weston, casco gris metálico; lado ciudad agua del puerto turquesa bajo cielo azul profundo; las marismas del Rin con un ligero viento del norte, oro y verde y sombras de nubes, 8 a. m. Partimos.

Y así empezó el viaje (siempre parecía estar empezando, pensó Guilford; empezando y empezando de nuevo) bajo un desapacible cielo azul, con las telarañas agitándose como trigo en las tierras húmedas. Guilford organizó su equipo en el diminuto espacio sin ventanas que le fue adjudicado y subió para comprobar si la vista había cambiado. A la caída de la noche las marismas dieron paso a una orilla fluvial más seca y arenosa, y las hierbas de agua salada fueron sustituidas por densos arbustos pagoda y tallos tubo de órgano en los que el viento interpretaba átonas notas de órgano de vapor. Tras un chillón atardecer, el paisaje se convirtió en una inmensa e ilimitada oscuridad. Demasiado grande, pensó Guilford, demasiado vacía, y demasiado evidente de la indiferente maquinaria de Dios.

Durmió de forma intermitente en su hamaca y despertó febril. Cuando se levantó se notó inseguro sobre sus pies —las planchas de la cubierta bailaban un vals—, y los olores de la cocina le hicieron huir del desayuno. Al mediodía se sentía lo bastante enfermo como para llamar al médico de la expedición, el doctor Wilson Farr, que diagnosticó fiebre continental.

—¿Me moriré? —preguntó Guilford.

—Puede que llame a esa puerta —dijo Farr, frunciendo los ojos a través de unas gafas con unos cristales no mucho más grandes que la anilla de un cigarro puro—, pero dudo que sea admitido.

Sullivan acudió a verle por la tarde, mientras la fiebre seguía subiendo y un eritema rosado cubría los brazos y piernas de Guilford. Le resultó difícil enfocar sus ojos en Sullivan, y sus palabras derivaban como un barco sin timón, mientras el hombre intentaba distraerle con teorías sobre la vida darwiniana, la estructura física de sus invertebrados comunes. Finalmente Sullivan dijo:

—Estoy seguro de que está usted cansado... —Lo estaba: inexpresablemente cansado—. Pero le dejaré con un último pensamiento,

señor Law. Como sea que esta, como sin duda supondrá, es una enfermedad puramente darwiniana, un microbio milagroso, ¿puede vivir y multiplicarse en el cuerpo de mortales ordinarios como nosotros? ¿No le parece eso algo más que coincidente?

—No sabría decirlo —murmuró Guilford, y volvió el rostro hacia la pared.

En lo más álgido de su enfermedad soñó que era un soldado que recorría los márgenes de algún sofocante y polvoriento campo de batalla: el miembro de un piquete destacado entre los muertos, aguardando a un enemigo invisible, arrodillándose ocasionalmente para beber de los charcos de tibia agua en los que su propio reflejo le devolvía la mirada, una imagen especular inexpresablemente anciana y llena de hastiados secretos.

El sueño lo sumergió en un largo vacío puntuado por destellos de náusea, pero el lunes empezó a recuperarse, la fiebre cedió, pudo tomar alimentos sólidos y librarse de su confinamiento bajo cubierta a medida que el *Weston* avanzaba cada vez más tierra adentro. Farr le trajo una edición actualizada de la *Geognosia diluviana y noachiana* de Finch, y Guilford consiguió perderse durante un tiempo en las distintas épocas de la Tierra, el Gran Diluvio que había dejado su marca en los cataclísmicos cambios en el manto, por ejemplo el Gran Cañón..., a menos que, como admitía Finch, esos rasgos fueran «creaciones anteriores, dotadas por su Autor con la apariencia de una determinada edad».

La Creación modificada por una inundación a escala planetaria, que había depositado fósiles animales a distintas altitudes o los había enterrado en lodo y légamo, como debió de ser enterrado el propio Edén. Guilford había estudiado mucho sobre aquello antes, aunque Finch parapetaba su argumentación con una gran riqueza de detalles: las cien clasificaciones de deriva y diluvio; ruedas geológicas en las cuales los animales extintos eran reflejados en claras categorías separadas. Pero esa frase en particular («la apariencia de edad») le turbaba. Convertía todo conocimiento en provisional. El mundo era un decorado —podría haber sido construido ayer, recién equipado con montañas y huesos de mastodonte y recuerdos

humanos—, lo cual daba al Creador un improbable interés en engañar a sus creaciones humanas y en no hacer ninguna distinción útil entre la obra del tiempo y la obra de un milagro. Le parecía a Guilford innecesariamente complejo, aunque, ¿por qué, si pensaba en ello, tenía que ser sencillo el mundo? Más sorprendente quizá si uno podía reducir el universo y todas sus estrellas y planetas a una sola ecuación (como se decía que el matemático europeo Einstein había intentado hacer).

Finch decía que era por eso por lo que Dios había entregado a la humanidad las Escrituras, para dar sentido a un mundo desconcertante. Y Guilford tenía que admirar el peso y la poesía, la retorcida lógica de la obra de Finch. No sabía lo bastante de geología como para discutir con él..., aunque se había quedado con la impresión de una encumbrada catedral erigida sobre unos pocos pilotes crujientes de madera.

Y la pregunta de Sullivan le roía. ¿Cómo había contraído Guilford una enfermedad darwiniana, si el nuevo continente era una creación realmente separada? Y en la misma tónica, ¿cómo era que los hombres podían digerir algunas plantas y animales darwinianos? Algunos eran venenosos —demasiados—, pero algunos eran comestibles, incluso deliciosos. ¿No implicaba eso una oculta similitud, un origen común, aunque fuera distante?

Bueno, un Creador común, al menos. Una ascendencia común, había implicado Sullivan. Pero, si lo examinabas atentamente, era imposible. Darwinia existía desde hacía apenas más de una década..., o puede que hubiera existido mucho más tiempo, pero no de ninguna forma sensible a la Tierra.

Esa era la paradoja de la Nueva Europa. Busca milagros, encontrarás historia; busca historia, te tropezarás de cabeza con el romo borde de un milagro.

La lluvia retuvo a la expedición durante un día y medio, con las tierras bajas brillando bajo una fina bruma plateada. El Rin ondulaba por entre densos bosques, bosques darwinianos de un verde particularmente oscuro y musgoso, hasta que finalmente dio paso a una suave llanura alfombrada con una planta de hoja ancha que Tom Compton llamó hierbadero. La

hierbadero había empezado a florecer, diminutas flores doradas que proporcionaban a los prados el resplandor de un otoño prematuro. Era una vista invitadora, según los estándares darwinianos, pero si querías caminar por entre la hierbadero, decían los hombres de la frontera, o llevabas botas hasta las rodillas o te arriesgabas a sufrir un severo acceso de urticaria causado por la astringente savia amarilla de las plantas. Insectos voladores llamados moscas ortiga formaban auténticos enjambres sobre los campos durante el día, pero pese a su espinosa apariencia no mordían la carne humana e incluso se posaban inofensivas sobre la punta de un dedo, con sus cuerpos translúcidos finamente afiligranados, como adornos de Navidad en miniatura.

El *Weston* ancló en mitad del río. Guilford, recién recuperado pero todavía algo débil, fue a la orilla para ayudar a Sullivan a recoger muestras de hierbadero y una docena de otras especies del prado. Los especímenes de muestra fueron preparados entre los marcos de la prensa para plantas de Sullivan, y una vez secas y aplastadas colocadas en capas en una caja envuelta con tela aceitada. Sullivan le mostró una flor naranja particularmente vívida común a lo largo de la arenosa orilla.

—Por su estructura, podría ser prima de la amapola inglesa. Pero estas flores son masculinas, señor Law. Los insectos dispersan el polen devorando literalmente los estambres. La flor femenina, aquí hay una, ¿la ve?, apenas puede llamarse flor en el sentido convencional del término. Más bien es un hilo empapado en miel. Un inmenso pistilo, con una estructura ciliada para arrastrar el polen masculino hasta el gineceo. Los insectos quedan a menudo atrapados en ella, y el polen con ellos. El esquema es común en Darwinia, y no existe entre las plantas terrestres. El parecido físico es real pero fortuito. Como si el mismo proceso de evolución hubiera actuado a través de diferentes canales..., como este río, que se aproxima en general al Rin pero no en sus detalles específicos. Drena aproximadamente las mismas tierras altas hasta aproximadamente el mismo océano, pero sus recodos y meandros son enteramente impredecibles.

Y sus remolinos, pensó Guilford, *y sus rápidos*, aunque el río había discurrido bastante plácidamente hasta entonces. ¿Planteaba el río de la evolución azares similares?

Sullivan, Guilford, Finch y Robinson dominaban las horas diurnas: Digby, el cocinero de la expedición, los llamaba «Flores y colores, piedras y hiedras». La noche pertenecía a Keck, Tuckman y Burke, pilotos y oficiales de derrota, con sus sextantes y sus estrellas y sus mapas a la luz de las lámparas. A Guilford le encantaba preguntarle a Keck dónde estaba exactamente la expedición, porque sus respuestas eran inevitablemente extrañas y maravillosas:

—Estamos entrando en la ensenada de Colonia, señor Law, y deberíamos de ver Dusseldorf antes de mucho si el mundo no se hubiera dado la vuelta como un calcetín y se hubiera parado de cabeza.

Weston ancló en un amplio y lento recodo del río que T. Compton llama Estanque Catedral. El Rin fluye saliendo de la suave hendidura de un valle, con la montañosa Bergischland al este de nosotros, la Garganta del Rin en alguna parte al frente. Un terreno generosamente arbolado: árboles mezquita (más altos que las especies inglesas), inmensos pinos salvia de color caqui, un complejo sotobosque. Puede que el fuego sea una amenaza en tiempo seco. Este era un territorio carbonífero de lignito en la otra Europa; Compton dice que se han divisado buscadores de petróleo aquí, accesos a minas poco profundas ya en funcionamiento (marginalmente), y hemos visto toscas carreteras y un poco de tráfico fluvial. Finch afirma haber hallado evidencias de coque, dice que esta zona será algún día un importante centro de hierro y acero, con la voluntad de Dios, con hierro en bruto de las escarpas del Oolítico de las Cotes du Moselle, en particular si los Estados Unidos siguen evitando que el continente sea «alambrado con fronteras».

Sullivan dice que el carbón de hulla es una evidencia más de una antigua Darwinia, una secuencia estratigráfica causada por el levantamiento terciario de la meseta del Rin. La auténtica cuestión, dice, es si la geología darwiniana es idéntica a la antigua geología europea, con los cambios debidos únicamente a los diferentes elementos corrosivos y a los meandros del río; o sí la geología

darwiniana es solo aproximadamente la misma, diferente en sus detalles..., lo cual puede afectar nuestra exploración de los Alpes: una garganta inesperada en los montes Genèvre o Brenner nos enviaría derrotados de vuelta a Jeffersonville.

El tiempo es bueno, el cielo azul, la corriente del río es más fuerte ahora.

No podía durar, sabía Guilford, ese crucero fluvial de placer, con una cocina bien aprovisionada y largos días con la cámara y la prensa para plantas, playas de guijarros libres de molestos insectos o animales, noches tan llenas de estrellas como Guilford nunca había visto en Montana. El *Weston* avanzó más allá de la hendidura del valle del Rin y las paredes de la garganta se hicieron más verticales, las pendientes más espectaculares, hasta que le resultó fácil a Guilford imaginar a la vieja Europa allí, los desaparecidos castillos («Eberbach», entonaría Keck, «Marksburg, Sooneck, Kaiserpfalz...»), masas de guerreros teutones con púas en sus cascos.

Pero aquello no era la Vieja Europa, y las evidencias estaban por todas partes: peces púa agitándose en los bajíos, el olor a canela de los bosques de pinos salvia (ni pinos ni salvia sino un árbol alto cuyas ramas crecían formando una terraza en espiral), los gritos nocturnos de criaturas aún no bautizadas. Los seres humanos recorrían aquel camino —Guilford había visto alguna balsa ocasional, así como evidencias de cuerdas de sirga, chozas de tramperos, humo de fogatas, diques para atrapar peces—, pero solo muy recientemente.

Y había, descubrió, una especie de consuelo en el vacío del territorio que le envolvía, con su propio terrible y maravilloso anonimato, marcando huellas allá donde nunca había habido huellas y sabiendo que el terreno las borraría pronto. El territorio no exigía nada, no daba nada más que a sí mismo.

Pero los días fáciles no podían durar. La Rheinfelden estaba allá delante. El *Weston* tendría que dar media vuelta. *Y entonces*, pensó Guilford, *veremos lo que significa estar auténticamente solos, en todo este mundo desconocido de rocas y bosque.*

La Rheinfelden Cascade, la cascada del Rin, principio del tramo navegable. Hasta aquí es donde llegó Tom Compton. Algunos tramperos, dicen, afirman haber ido por tierra hasta tan lejos como el lago Constanza. Pero los tramperos suelen exagerar.

La cascada no es espectacular si la comparamos con, digamos, las del Niágara, pero es una puerta del río muy efectiva. La bruma flota densa, una gran masa de cúmulos por encima de las empapadas rocas y las boscosas colinas. Un rápido fluir verde de agua, el cielo oscurecido por las nubes de lluvia, todas las rocas y grietas invadidas por plantas como musgo con delicadas flores blancas.

Tras observar y fotografiar la cascada nos retiramos a un punto de porteo: Tom Compton conoce a un tratante en pieles local que podría estar dispuesto a vendernos animales de carga.

P. S. a Caroline y Lily: Os echo mucho en falta, tengo la sensación de estar hablando con vosotras a través de estas páginas aunque estoy muy lejos..., en las profundidades del Nuevo (o Perdido) Continente, extraño de horizonte a horizonte.

El tratante de pieles resultó ser un truculento germano-americano que se hacía llamar «Erasmus» y que criaba, en una tosca granja a una cierta distancia del río, una enorme manada de serpientes de pelo.

Las serpientes de pelo, explicó Sullivan, eran el recurso más explotable del continente, al menos por ahora. Eran animales herbívoros que vivían en manada, comunes en las praderas de las tierras altas y probablemente en las estepas orientales; Donnegan las había encontrado en las estribaciones de los Pirineos, lo cual sugería que estaban ampliamente distribuidas. Guilford se sintió fascinado y pasó buena parte del resto del día en el corral de Erasmus, pese al penetrante olor, que era uno de los puntos menos atractivos de las serpientes de pelo.

Los animales, pensó Guilford, se parecían más bien a gusanos que a serpientes: hinchadas, con pálidos «rostros» con ojos de vaca, cuerpos cilíndricos, seis patas oscurecidas bajo trenzas de enmarañado pelo. Como recurso, eran un catálogo virtual de Sears-Roebuck: pelo para tejer ropa,

pieles para curtir, grasa para sebo, y una carne sosa pero comestible. Las serpientes de pelo eran el principal recurso comercial del Rin, e incluso, afirmaba Sullivan, habían hecho su aparición en los círculos de moda de Nueva York. Guilford supuso que el olor no sobreviviría al esquilado, o de otro modo ¿quién querría un abrigo de pelo de serpiente de pelo, incluso en el duro invierno de Nueva York?

Más importante aún, las serpientes de pelo eran útiles animales de carga, sin los cuales la exploración de los Alpes iba a ser algo mucho más difícil. Preston Finch ya se había retirado a la cabaña de Erasmus a negociar la compra de quince o veinte animales. Y Erasmus debía de ser un negociante duro, puesto que cuando Diggs tuvo preparada su tienda comedor, Finch y Erasmus todavía seguían negociando..., sus voces eran claramente audibles.

Finalmente Finch salió hecho una furia de la choza de barro, ignorando la cena.

—Es un hombre horrible —murmuró—. Simpatizante de los partisanos. Es inútil.

El piloto y la tripulación de la Marina permanecían a bordo del *Weston*, preparándose para regresar Rin abajo con especímenes, recolecciones de muestras, notas de campo, cartas a casa. Guilford se sentó con Sullivan, Keck y el hombre de la frontera Tom Compton en una prominencia encima del río, disfrutando de los platos de cecina picada reconstituida de Digby y contemplando ponerse el sol.

—El problema con Preston Finch —dijo Sullivan— es que no sabe cómo ceder ni un palmo.

—Tampoco Erasmus —dijo Tom Compton—. No es un partisano, solo un borrico para todo. Se pasó tres años en Jeffersonville negociando con pieles, pero nadie pudo tolerar su compañía durante mucho tiempo. No está hecho para la compañía humana.

—Los animales son interesantes —dijo Guilford. Como los thoats, en la novela de Burroughs. Las mulas marcianas.

—Bien, entonces quizá debería tomar usted una foto de ellos —dijo Tom Compton, e hizo girar los ojos.

Por la mañana resultaba evidente que las negociaciones se habían roto del todo. Finch no quiso hablar con Erasmus, aunque suplicó al piloto del *Weston* que aguardara un día más. Sullivan, Gillvany y Robinson se dedicaron a recoger especímenes en los bosques cerca de los pastos de Erasmus, evidentemente con la esperanza de que por algún milagro las cosas se resolvieran antes de su regreso al campamento. Y Guilford preparó su cámara junto a los corrales.

Lo cual trajo a Erasmus en estampida desde su retorcida cabaña de barro como un enano furioso. Guilford no había sido presentado al criador de serpientes e intentó contenerse y no echar a correr.

Erasmus —no mucho más de metro y medio de estatura, el rostro perdido en los rizos bíblicos de su barba, vestido con un remendado mono de dril y un poncho de piel de serpiente de pelo, se detuvo a una cautelosa distancia de Guilford, con el ceño fruncido y respirando fuertemente. Guilford hizo una educada inclinación de cabeza y se dedicó a ajustar su trípode. Dejemos que el Viejo de la Montaña haga el primer movimiento.

Se tomó su tiempo, pero finalmente dijo:

—¿Qué demonios cree que está haciendo exactamente?

—Fotografiar a los animales, si no hay inconveniente.

—Hubiera debido pedirlo antes.

Guilford no respondió. Erasmus respiró ruidosamente unos minutos más, y luego:

—Así que esto es una cámara, ¿eh?

—Sí, señor —dijo Guilford—. Una Kodak de placa.

—¿Toma sus fotos con placa? ¿Como en el *National Geographic*?

—Exactamente así.

—¿Conoce esa revista..., el *National Geographic*?

—He trabajado para ella.

—¿Eh? ¿Cuándo?

—El año pasado. En el Deep Creek Canyon, Montana.

—¿Esas fotos eran tuyas? ¿En diciembre de 1919?

Guilford lanzó una larga mirada al criador de serpientes.

—¿Es usted miembro de la Sociedad, señor, esto, Erasmus?

—Llámeme simplemente Erasmus. ¿Y usted es?

—Guilford Law.

—Bien, señor Guilford Law, no soy miembro de la National Geographic Society, pero la revista llega ocasionalmente río arriba. La intercambio. Resulta difícil conseguir material de lectura aquí. Tengo sus fotografías...

—Vaciló—. Estas fotografías de mi ganado..., ¿serán publicadas?

—Quizá —dijo Guilford—. Yo no tomo esas decisiones.

—Entiendo. —Erasmus ponderó las posibilidades. Luego inspiró una profunda bocanada del denso aire de los corrales—. ¿Le importaría venir a mi cabaña, Guilford Law? Ahora que Finch no está, quizá podamos hablar.

Guilford admiró la colección del *National Geographic* del criador de serpientes en un estante de madera: quince números en total, la mayoría de ellos manchados por el agua y con las puntas dobladas, algunos atados con bramante para retener las hojas que se habían soltado, compartiendo espacio con igualmente maltratadas tarjetas postales obscenas, westerns baratos, y un *Argosy* reciente que Guilford todavía no había visto. Alabó la parca biblioteca y no dijo nada acerca del suelo de tierra apisonada, el hedor de las pieles toscamente curtidas, el calor casi de estufa y la débil luz, o la sucia mesa de caballete decorada con evidencias de comidas consumidas hacía mucho tiempo.

A instancias de Erasmus, Guilford recordó durante un tiempo el Deep Creek Canyon, el río Gallatin, los diminutos crustáceos fósiles de Walcott: cangrejos de río de los esquistos silíceos, increíblemente antiguos, a menos que uno aceptara las teorías de Finch acerca de la edad de la Tierra. La ironía era que Erasmus, un viejo colono darwiniano que había nacido en Milwaukee y vivido en las orillas de la nueva Rheinfelden, encontrara la idea de los lechos de los arroyos de Montana intensamente exótica.

La charla derivó finalmente al tema de Preston Finch.

—No pretendo ofender —dijo Erasmus—, pero es un pomposo fanfarrón, y eso es todo. Quiere veinte cabezas de serpiente a diez dólares la cabeza, ¿puede llegar a imaginarlo?

—¿El precio no es justo?

—Oh, el *precio* es justo..., en realidad más que justo; no es ese el problema.

—¿No quiere vender usted veinte cabezas?

—Claro que sí. Veinte cabezas a ese precio me mantendrán boyante todo el invierno.

—Entonces, ¿puedo preguntarle cuál es el problema?

—¡Finch! ¡Finch es el problema! Viene a mi casa con esos aires de grandeza y me habla como si yo fuera un niño. ¡Finch! No le vendería a Preston Finch ni una manzana recogida del borde del camino por una fortuna aunque me estuviera muriendo de hambre.

Guilford consideró la situación.

—Erasmus —dijo finalmente—, podemos hacer mucho más e ir mucho más lejos con esos animales que sin ellos. Cuanto mayor sea el éxito de nuestra expedición, más posibilidades tendrá usted de ver impresas mis fotografías. Quizás incluso en el *Geographic*.

—¿Mis animales?

—Sus animales y usted mismo, si quiere posar.

El criador de serpientes se acarició la barba.

—Bueno. Bueno. *Puedo* posar. Pero eso no significa ninguna diferencia. No venderé a mis animales a Finch.

—Comprendo. ¿Y si yo le pidiera que me los vendiera a mí?

Erasmus parpadeó y sonrió lentamente.

—Entonces quizá pudiéramos hacer negocio. Pero mire, Guilford Law, hay más que eso. Los animales transportarán sus botes hasta por encima de la Cascada y probablemente seguirán ustedes el río hasta tan lejos como el Bodensee, pero si desean animales de carga en los Alpes, alguien tendrá que llevarlos desde arriba de la cascada hasta la orilla del lago.

—¿Puede usted hacer eso?

—Lo he hecho antes. Montones de manadas invernan aquí. De ahí es donde procede la mayor parte de mis animales. Estaría dispuesto a hacerlo por usted, por supuesto..., a un cierto precio.

—No estoy autorizado para negociar, Erasmus.

—Y una mierda. Establezcamos las condiciones. Luego puede ir usted a regatear con el tesorero o lo que tenga que hacer.

—De acuerdo..., pero una cosa más.

—¿Qué?

—¿Está usted dispuesto a desprenderse de ese *Argosy* que hay en su estantería?

—¿Eh? No. Difícilmente. No a menos que tenga usted algo que cambiar por él.

Bueno, pensó Guilford, quizás el doctor Farr no echara en falta su ejemplar de *Geognosia diluviana y noachiana*.

La granja de Erasmus está ya lejos Rheinfelden abajo. Sus corrales, las serpientes de pelo. Erasmus con sus animales. Se acumulan nubes de tormenta por el noroeste; Tom Compton predice lluvia.

P. S. Con la ayuda de nuestras «mulas marcianas» podremos acarrear las lanchas a motor plegables —unas construcciones ingeniosas y ligeras, roble blanco y pino de Michigan, cinco metros con compartimento estanco para almacenaje y codastes desprendibles— y viajar por encima de las cascadas probablemente hasta tan lejos como el lago Constanza (que Erasmus llama el Bodensee). Todo lo que hemos recogido y aprendido hasta la fecha viaja de vuelta a Jeffersonville con el Weston.

Creo que Preston Finch está resentido por el hecho de que yo hablara con Erasmus —me mira desde debajo de su casco tropical para el sol como un irritable Jehová—, pero Tom Compton parece impresionado: al menos está dispuesto a hablar conmigo últimamente, no solo a sufrir mi presencia por cuenta de Sullivan. Incluso me ofreció una calada de su notable pipa empapada de saliva, cosa que decliné educadamente, aunque quizá eso volvió a situarnos en la Casilla Uno..., desde entonces no ha dejado de agitar su bolsa encerada de hojas secas en mi dirección y reírse de una forma en absoluto halagadora.

Avanzamos por la mañana si el tiempo es razonable. El hogar parece más lejano que nunca, y el terreno se vuelve más extraño a cada día que pasa.

OceanofPDF.com

Caroline se ajustó a los ritmos de la casa de tío Jered, por extraños que fueran esos ritmos. Como Londres, o la mayor parte del mundo estos días, había algo provisional en el hogar de su tío. Mantenía unos horarios extraños. A menudo dejaba a Alice (y con frecuencia a Caroline ahora) el cuidado de la tienda. Así aprendió los usos de tornillos y tuercas, de llaves inglesas y clavos y cal viva. Y estaba el interesante enigma de Colin Watson, que dormía en un camastro en el almacén de la tienda y salía y entraba en el edificio arrastrándose como un espíritu inquieto. Periódicamente cenaba en la mesa de los Pierce, donde era impecablemente educado y casi tan hablador como un ladrillo. Era delgado, en absoluto glotón, y enrojecía con demasiada facilidad, pensaba Caroline, para un soldado: la charla en la mesa de Jered era a menudo un tanto vulgar.

Lily se había ajustado bastante bien a su nuevo entorno, menos bien a la ausencia de su padre. Todavía preguntaba de tanto en tanto dónde estaba papá.

—Al otro lado del canal de la Mancha —le respondía Caroline—, donde nadie ha estado nunca antes.

—¿Está bien?

—Muy bien. Y es muy valiente.

Lily preguntaba por su padre la mayor parte de las veces a la hora de acostarse. Era Guilford quien siempre le leía antes de dormirse, un ritual que en sus tiempos había hecho que Caroline se sintiera irrazonablemente un poco celosa. Guilford le leía a Lily con un entusiasmo que Caroline no podía igualar, debido a la desconfianza que sentía hacia los libros que le gustaban a Lily y su constante preocupación con hadas y monstruos. Pero

Caroline aceptó la tarea en ausencia de su esposo, intentando reunir tanto entusiasmo como le fue posible. Lily necesitaba la reafirmación de una historia antes de poder relajarse completamente, abandonar la vigilancia y dormir.

Caroline envidiaba la simplicidad del ritual. Demasiado a menudo arrastraba su propia carga de dudas hasta bien entrada la madrugada.

Pese a todo, las noches de verano eran cálidas, y el aire estaba lleno de una fragancia que, aunque extraña, no era del todo desagradable. Ciertas plantas nativas, decía Jered, florecían solo de noche. Caroline imaginaba extrañas amapolas de grandes cabezas, intensamente narcóticas. Se acostumbró a dejar abierta la ventana de su dormitorio y a dejar que la brisa cargada con el aroma de las flores jugueteara sobre su rostro. Consiguió, a medida que avanzaba el verano, dormir mejor.

Fue el insomnio de Lily, a finales de julio, lo que le hizo darse cuenta de que algo había cambiado en casa de Jered.

Lily con bandas oscuras debajo de los ojos. Lily con aspecto ausente en el desayuno. Lily silenciosa y apagada en la mesa durante la cena, temerosa del tío de Caroline.

Caroline no se atrevía a preguntar qué ocurría, no quería que *ocurriera* nada, odiaba la idea de otra crisis. Una noche reunió todo su valor tras otro capítulo de «Dorothy», como Lily llamaba esas repetitivas fábulas, al advertir la inquietud de la niña.

Lily tiró de la sábana por encima de su barbilla.

—Me despiertan cuando se pelean.

—¿Cuando se pelean *quiénes*, Lily?

—Tía Alice y tío Jered.

Caroline no quiso creerlo. Lily debía de oír otras voces, quizá de la calle.

Pero la habitación de Lily solo tenía una ventanita pequeña, y daba a un callejón trasero, no a la concurrida calle comercial. De hecho la habitación de Lily era un cuarto trastero readaptado en la parte de atrás de la casa, un cuarto trastero que Jered había convertido en un diminuto pero confortable

dormitorio para su sobrina. Con espacio suficiente para una niña, su osito, su libro, y para que su madre se sentara en la cama para leerle.

Pero el cuarto compartía una pared con el dormitorio de Jered y Alice, y las paredes no eran especialmente gruesas. ¿Discutían Jered y Alice, a altas horas de la noche, cuando pensaban que nadie les oía? A Caroline le parecían bastante felices..., un poco reservados quizá, moviéndose en esferas separadas, de la forma en que las parejas ya mayores lo hacen a menudo, pero fundamentalmente contentos. No podían haber discutido a menudo antes o Lily se habría quejado o al menos habría mostrado síntomas.

Las discusiones debieron de empezar después de la llegada de Colin Watson.

Caroline le dijo a Lily que ignorara los sonidos. Tía Alice y tío Jered no estaban realmente enfadados, solo se contaban sus desacuerdos. En realidad se querían mucho el uno al otro. Lily pareció aceptar aquello, asintió y cerró los ojos. Su comportamiento mejoró un poco durante los días siguientes, aunque seguía mostrándose huraña hacia su tío. Caroline olvidó el asunto y no pensó de nuevo en él hasta la noche en que se quedó dormida a medio leerle su capítulo de Dorothy a Lily y despertó, bien pasada la medianoche, envarada e incómoda, al lado de Lily.

Jered había salido. Fue el sonido de la puerta lo que la despertó. El teniente Watson había ido con él; Jered le dijo algunas palabras inaudibles antes de que el teniente se retirara a su sótano. Luego se oyeron los pesados pasos de Jered en el corredor, y Caroline, temerosa sin ninguna razón que pudiera definir, cerró la puerta de Lily, que siempre dejaba entreabierta.

Se sintió un poco absurda, y más que un poco claustrofóbica, sentada con las piernas cruzadas en aquella habitación a oscuras vestida solo con su camisa de dormir. Escuchó el pausado ritmo de la respiración de su hija, suave como un suspiro. Jered recorrió su camino por el pasillo hasta su cama, arrastrando tras de sí un olor a tabaco y cerveza.

Entonces oyó la voz de Alice recibirle, casi tan profunda como la de un hombre, y la de Jered, todo pecho y barriga. Al principio Caroline no pudo distinguir las palabras, y no pudo oír más que alguna frase aislada ni

siquiera cuando empezaron a alzar sus voces. Pero lo que oyó fue estremecedor.

... no creía que te implicaras... (la voz de Alice).

... hago mi maldito deber... (Jered).

Entonces Lily despertó y necesitó ser reconfortada, y Caroline acarició su rubio cabello y la calmó.

... sabes que puede resultar muerto...

¡... en absoluto!

¡...el esposo de Caroline! ¡El padre de Lily!

... yo no dirijo el mundo... Yo no... puedo...

Y entonces, repentinamente, las voces guardaron silencio. Caroline imaginó a Jered y Alice dividiendo la gran cama en territorios, estableciendo fronteras con hombros y caderas, como ella y Guilford habían hecho a veces, tras una discusión.

Saben algo, pensó. Algo acerca de Guilford, algo que no quieren decirme.

Algo malo. Algo aterrador.

Pero estaba demasiado cansada, demasiado impresionada para extraer sentido de aquello. Besó mecánicamente a Lily y se retiró a su habitación, a su abierta ventana y a sus perezosamente agitadas cortinas y al extraño perfume de la noche inglesa. Dudó que pudiera dormir, pero durmió pese a sí misma; no quiso soñar, pero soñó incoherentemente con Jered, con Alice, con el joven teniente de ojos tristes.

OceanofPDF.com

El verano de 1920 fue frío, al menos en Washington, y la gente culpó de ello a los volcanes rusos, la ígnea línea de alteraciones geológicas que marcaban la frontera oriental del Milagro y que habían estado entrando esporádicamente en erupción desde 1912, al menos según los refugiados que abandonaron Vladivostok ante los trastornos japoneses. Culpa a los volcanes, pensaba Elias Vale, a las manchas solares, a Dios, a los dioses..., todo es lo mismo. Simplemente se alegraba de salirse de la deprimente lluvia, aunque fuera para entrar en la aún más deprimente Sala Principal del Museo Nacional, en aquellos momentos bajo renovación, un trabajo que se había pospuesto en 1915 y en cada uno de los cuatro años siguientes, pero para la cual Eugene Randall había conseguido al fin extraer fondos del tesoro nacional.

Randall resultó ser un administrador que se tomaba en serio su trabajo, la peor clase de patán. Y un hombre solitario, lo cual aún complicaba más el vicio. Había insistido en llevar a Vale al museo de la misma forma que las madres insisten en exhibir a sus hijos: se espera admiración, y su ausencia podría ser considerada un insulto.

No soy tu amigo, pensó Vale. No te humilles.

—Tanto de este trabajo fue pospuesto durante tanto tiempo —estaba diciendo Randall—. Pero al menos estamos abriendo camino. El problema no es lo que nos falta sino lo que tenemos, el enorme *volumen* de todo ello, como querer cargar un camión de tamaño más pequeño que la carga que queremos meter en él. Esqueletos de ballena en la Sala Sur, segundo piso, ala oeste, y eso significa invertebrados marinos en la Sala Norte, lo cual

significa que la galería de pinturas tiene que ser ampliada, la Sala Principal renovada...

Vale miró inexpresivamente el andamiaje, las lonas que protegían el suelo de mármol. Hoy era domingo. Los trabajadores se habían ido a casa. El museo estaba oscuro como la sala de un velatorio, y el cadáver a la vista era el del Hombre Y Todas Sus Obras. La lluvia ponía cortinas de agua en la parte exterior de las ventanas emplomadas.

—No es que seamos ricos. —Randall lo condujo subiendo un tramo de escaleras—. Hubo un tiempo en el que casi teníamos dinero suficiente, los viejos días, con tantas donaciones como moscas, nos parece ahora. El fondo permanente es una sombra de sí mismo, solo unos pocos legados residuales, inútiles bonos de ferrocarril, un goteo de intereses. Las asignaciones del Congreso es todo con lo que podemos contar, y el Congreso ha sido parco desde el Milagro, aunque pagan las reparaciones, las estanterías de acero para la biblioteca...

—La expedición Finch —añadió Vale, movido por un impulso que tal vez fuera de su dios.

—Sí, y ruego porque estén a salvo, tal como está la situación. Tenemos a seis congresistas sentados en la Junta de Regentes, pero en asuntos de estado dudo que nos alineemos con la Cuestión Inglesa o la Cuestión Japonesa. Aunque puede que esté calumniando al señor Cabot Lodge.

Durante semanas el dios de Vale lo había dejado más o menos tranquilo, y eso era agradable: agradable enfocarse en asuntos meramente mortales, sus «indulgencias», como calificaba el beber e ir de putas. Ahora, al parecer, la atención divina había sido provocada de nuevo. Sintió su presencia en su vientre. Pero ¿por qué allí? ¿Por qué aquel edificio? ¿Por qué Eugene Randall?

Y, puestos a preguntar, ¿por qué un dios? ¿Por qué yo? Auténticos misterios.

Y así se había metido en el laberinto, en la oficina panelada con roble de Randall, donde este tenía papeles que recoger, una parada entre el último salón vespertino de la señora Sanders-Moss y una sesión por la noche, la última estrictamente privada, como una cita con un abortista.

—Sé que hay tensión con los ingleses sobre el tema de armar a los partisanos. Espero fervientemente que Finch no sufra ningún daño, por poco improbable que eso pueda parecer. Ya sabe, Elias, que existen facciones religiosas que desean mantener a Norteamérica completamente fuera de la Nueva Europa, y que no dudan en escribirle al Comité de Asignaciones... Ah, aquí está. —Extrajo de encima de su escritorio una carpeta archivadora de papel manila—. Eso es todo lo que necesito. Ahora supongo que es hasta el infinito... No, no puedo bromear con estas cosas. —Un poco avergonzado—: No pretendo insultarle, Elias, pero me siento como un estúpido.

—Le aseguro, doctor Randall, que no está siendo usted en absoluto estúpido.

—Perdóneme si no estoy convencido. Todavía no. Yo... —Hizo una pausa—. Elias, parece usted pálido. ¿Se encuentra bien?

—Necesito...

—¿Qué?

—Un poco de aire.

—Bueno, yo... ¿Elias?

Vale salió corriendo de la habitación.

Lo hizo porque su dios estaba creciendo y aquello iba a ser malo, eso era obvio, una visita *completa*, lo sentía, y la manifestación había obstruido su garganta y llenado de ácidos su estómago.

Quiso volver sobre sus pasos hasta la puerta —Randall lo estaba llamando en vano a sus espaldas—, pero Vale se equivocó al girar y se halló en una galería no iluminada donde los huesos de algún gran pez extraño, algún monstruo béntico darwiniano, había sido suspendido del techo con cuerdas.

Contrólate. Consiguió detenerse. Randall no tenía paciencia para los gestos operísticos.

Pero deseaba desesperadamente estar a solas, al menos por un momento. A su debido tiempo la desorientación pasaría, el dios manipularía sus brazos y piernas, y Vale se convertiría en un observador pasivo,

semiconsciente, en el caparazón de su propio cuerpo. La agonía se retiraría y finalmente sería olvidada. Pero ahora todo era demasiado inminente, demasiado violento. Todavía seguía siendo él mismo —vulnerable y asustado— y sin embargo estaba *en una presencia*, rodeada por un otro Yo virulentamente peligroso.

Se dejó resbalar hasta el suelo suplicando el olvido; pero el dios era lento, el dios era paciente.

Las inevitables preguntas corrieron alocadas por su torturada mente: *¿Por qué yo? ¿Por qué he sido elegido para esa tarea, sea cual sea?* Y ante su sorpresa, esta vez el dios ofreció respuestas: certidumbres sin palabras, a las cuales Vale prendió palabras inadecuadas.

Porque moriste, respondió el dios fantasma.

Aquello era estremecedor. *Yo no estoy muerto*, protestó Vale.

Porque te ahogaste en el océano Atlántico en 1917 cuando un barco norteamericano lleno de tropas recibió un torpedo alemán.

La voz del dios sonaba como la del abuelo de Vale, el poderoso tono que adoptaba el viejo cuando contaba la batalla de Bull Run. La voz del dios estaba hecha de recuerdos. Sus recuerdos. Los recuerdos de Elias Vale. Pero las palabras estaban equivocadas. Aquello no tenía sentido. Era una locura.

Moriste el día que yo te tomé.

En un edificio de ladrillo vacío y en ruinas junto al río Ohio. ¿Cómo podían ser ciertas todas aquellas cosas? ¿Una vieja fábrica junto a un río, una muerte violenta en el Atlántico?

—¿Morí? —susurró.

Un silencio angustioso, excepto los tímidos pasos de Randall en la oscuridad más allá de la galería rodeada de huesos.

—Entonces —preguntó Vale—, ¿esto es la Otra Vida?

No recibió ninguna respuesta excepto una visión: el museo en llamas, y luego una ruina ennegrecida, y apestosos dioses verdes caminando como conquistadores insectoides entre los ladrillos derrumbados y las cenizas apagadas.

—¿Señor Vale? ¿Elias?

Alzó la vista hacia Randall y consiguió esbozar el rictus de una sonrisa.

—Lo siento. Yo...

—¿Está usted enfermo?

—Sí. Un poco.

—Quizá debiéramos aplazar la, esto, reunión de esta noche.

—No es necesario. —Vale sintió que se ponía en pie. Miró a Randall de frente—. Solo son pequeños problemas ocupacionales. Tan solo necesito un poco de aire fresco. No pude encontrar la puerta.

—Hubiera debido decirme algo. Bien, sígame.

Fuera, al frescor de primera hora de la tarde. A la lluviosa y vacía calle. Al Vacío, pensó Elias Vale. En algún rincón muy dentro de él, sintió una urgente necesidad de gritar.

OceanofPDF.com

Keck y Tuckman no podían decir qué peligros les aguardaban allá delante. Según sus instrumentos, la nueva Rheinfelden estaba aproximadamente en el mismo lugar que la vieja cascada europea, pero la aproximación era relativa, y los rápidos de blanca agua que solían discurrir por debajo de la cascada o bien estaban ausentes o estaban enterrados bajo un Rin más profundo y lento. Sullivan veía aquello como otra evidencia más de una Darwinia que había evolucionado de alguna manera *en paralelo* con la vieja Europa, en la que la antigua caída de una sola roca podía haber cambiado el curso de un río, al menos hasta ciertos límites. Finch lo atribuía a la ausencia de intervención humana. «El viejo Rin fue pescado, represado, navegado y explotado durante más de mil años. Naturalmente, tuvo que terminar siguiendo un curso diferente». Mientras que esta Europa estaba intocada, era edénica.

Guilford se reservaba su opinión. Cualquiera de las dos explicaciones parecía plausible (o igual de implausible). Solo sabía que estaba cansado: cansado de distribuir los pertrechos entre las toscas alforjas de las serpientes de Erasmus; cansado de manejar los grandes botes Stone-Galloway, cuya muy alardeada «ligereza» resultó ser algo más bien relativo; cansado de seguir el paso de las serpientes de pelo y su carga mientras cruzaban la Rheinfelden en medio de una miserable llovizna.

Finalmente llegaron a una playa de afilados guijarros desde la cual podían echarse con seguridad los botes al agua. Las provisiones fueron divididas equitativamente entre los compartimentos estancos de proa y popa de los botes y las alforjas de las serpientes de pelo. Erasmus llevaría los

animales hasta sus pastos de verano en el extremo oriental del lago Constanza, y acordó reunirse con la expedición allí.

Meter los botes en el agua tendría que aguardar hasta por la mañana. Solo quedaba luz suficiente para plantar las tiendas, aliviar los múltiples dolores corporales, abrir las latas de raciones y contemplar el hinchado río, verde como el caparazón de un escarabajo y ancho como la bahía de Boston, mientras avanzaba hacia la cascada.

Guilford no confiaba demasiado en los botes.

Los había encargado Preston Finch, y los había bautizado también: el *Perspicacity*, el *Orinoco*, el *Camille* (por la difunta esposa de Finch) y el *Ararat*. Los motores eran prototipos, pequeños pero potentes, con las hélices protegidas de las rocas por los codastes y los compartimientos de los motores del agua por una serie de cubiertas de lona. Los botes funcionarían bien, pensó Guilford, si el Rin permanecía relativamente plácido hasta el lago Constanza. Pero serían algo peor que inútiles contra aguas espumosas. Y su ventaja en peso quedaba invalidada por la necesidad de cargar latas de gasolina, una carga difícil de transportar y un desperdicio de espacio potencialmente útil.

Pero los botes serían ocultados en el Bodensee y funcionarían más que adecuadamente en el viaje de regreso, despojados de sus motores y de su gasolina, con la corriente del río para impulsarlos. Y funcionaron satisfactoriamente el primer día de marcha, aunque el ruido de los motores era ensordecedor y el olor de los gases de escape aborrecible. Guilford disfrutaba estando cerca del agua más que viajando por encima de ella: formar parte del río, vencer la resistencia de su corriente, bambolearse al ritmo de sus remolinos, una cosa insignificante en medio de un gran territorio. La lluvia cesó, el día se aclaró, y las paredes de la garganta estaban recubiertas por plantas parecidas a lianas y coronadas con retorcidos árboles pagoda. *Seguro que hemos rebasado a Erasmus y sus serpientes*, pensó, y era posible que Erasmus fuese el único ser humano aparte ellos en un radio de doscientos cincuenta kilómetros cuadrados,

excepto algunos pocos partisanos errantes. *La tierra nos pertenece ahora,* pensó Guilford. *La tierra, el agua, el aire.*

Acampamos donde un afluente sin nombre vierte sus aguas en el Rin. Un remanso de aguas tranquilas. Keck pesca peces locos espinosos y azules. Pinos salvia en miniatura crecen entre las rocas, de follaje casi turquesa, empequeñecidos por los vientos y un suelo rocoso.

P. S. La pesca es abundante y nos proporcionará una exquisita cena, aunque Diggs se hace el mártir mientras limpia el pescado. Los desperdicios van a parar al río..., las moscas toro dan cuenta de ellos río abajo. (Las moscas toro muerden si son provocadas; esta noche dormimos bajo mosquiteras. Los demás insectos no son especialmente comunes o venenosos, aunque una criatura parecida a un cangrejo se llevó uno de los pescados de Keck: ¡lo mordisqueó encima de una roca húmeda y luego lo arrastró consigo hasta el agua! «Sus pinzas eran como las de una langosta —dijo Keck alegremente—. ¡Cuenten los dedos de sus pies, caballeros!»).

Al día siguiente se vieron obligados a recorrer por tierra un tramo de rocosos rápidos, una tarea desagradable sin animales de carga. Los botes fueron izados a fuerza de músculos hasta la orilla y se examinó la ruta: afortunadamente, la guijarrosa orilla era bastante amplia y había una abundante provisión de madera —secos y huecos troncos flauta que habían caído por las paredes de la garganta arrastrados por las lluvias primaverales — que podían servir como rodillos improvisados. Pero el trayecto agotó a todo el mundo e hizo perder un día; a la puesta del sol Guilford apenas fue capaz de arrastrar sus doloridos huesos debajo de la mosquitera y echarse a dormir.

Por la mañana cargó y ayudó a meter el *Perspicacity* en el agua, junto con Sullivan, Gillvany y Tom Compton. El *Perspicacity* fue el último bote en entrar en el agua; cuando alcanzaron el centro del río el bote en cabeza, el *Ararat* de Finch, ya estaba fuera de la vista más allá del próximo recodo. El río avanzaba rápido y poco profundo allí, y Guilford se sentó en la parte

delantera vigilando las rocas, dispuesto con un remo a alejar la quilla de los obstáculos.

Estaban efectuando un firme progreso contra la corriente cuando el motor tosió y se paró.

El repentino silencio sobresaltó a Guilford. Pudo oír el motor del *Camille* a cien metros más adelante, y el chapotear del agua, y a Sullivan maldiciendo en voz baja mientras retiraba la lona de protección y abría el compartimiento del motor.

Sin el motor, el *Perspicacity* disminuyó al instante su marcha, equilibrado entre su impulso y la corriente del río. La garganta del Rin se volvió repentinamente estática. Solo el agua se movía. Nadie dijo nada.

Luego Tom Compton señaló:

—Suelte los otros remos, señor Gillvany. Necesitamos dar la vuelta y dirigimos a la orilla.

—Solo un poco de agua en el compartimiento —dijo Sullivan—. Creo que puedo volver a poner el motor en marcha.

Pero Tom Gillvany, al que nunca le había gustado demasiado el viaje fluvial, asintió con la cabeza y soltó los remos.

Guilford usó su propio remo para hacer girar el bote. Se tomó un instante para hacer gestos al *Camille*, indicando el problema, y Keck agitó la mano en respuesta y empezó a dar la vuelta. Pero el *Camille* estaba ya alarmantemente lejos. Y ahora la orilla había empezado a girar, a alejarse. El Rin se había hecho con el control del *Perspicacity*.

La guijarrosa playa de la que habían partido pasó por su lado.

—Oh, Jesús —gimió Gillvany, remando agitado. Sullivan, con el rostro pálido, abandonó el motor y tomó un remo.

—Remen al unísono —dijo Tom Compton, y su baja voz no sonó muy distinta al ruido del agua—. Cuando estemos lo bastante cerca frenaré el bote. Denme el cabo de proa.

Guilford pensó en los rápidos. Supuso que todos en el bote estaban pensando ya en los rápidos. Ahora podía verlos, una línea de espuma blanca en la que se desvanecía el río. La orilla no parecía estar más cerca.

—¡Con firmeza! —ladró el hombre de la frontera—. ¡Maldita sea, Gillvany, lo que hace usted es aletear como un jodido pájaro! ¡Clave el

remo en el agua!

Gillvany era un hombre menudo y se sintió ofendido por el estallido. Se mordió el labio y hundió el remo en el río. Guilford trabajaba en silencio, tensando los brazos. El sudor empapaba su rostro, y cuando se humedeció los labios notó el sabor de la sal. El día ya no era frío. Los pájaros darwinianos de la orilla, parecidos a gorriones negros como el carbón, trazaban alegremente círculos sobre sus cabezas.

El fondo del río era dentado ahora, con rocas como aletas de tiburón formando estelas blancas de espuma a medida que el *Perspicacity* se acercaba a la orilla. Hubo un repentino crac hueco en la parte de atrás del bote.

—Hemos perdido un codaste —dijo Sullivan sin aliento—. ¡Tiren!

El siguiente restallar fue la hélice, supuso Guilford; envió un rechinante estremecimiento a lo largo de todo el bote. Gillvany jadeó, pero nadie dijo nada. El rugir del agua era fuerte.

La orilla se convirtió en un amasijo de peñascos, cercanos pero imponentes, que se deslizaban peligrosamente rápido por su lado. Tom Compton maldijo y agarró el cabo de proa, se puso en pie y saltó del bote. Se posó con aplastante dureza sobre una resbaladiza roca plana, con la cuerda desenrollándose como una furiosa serpiente a su lado mientras Guilford remaba en vano contra la corriente. El hombre de la frontera se afirmó precipitadamente en la roca y pasó la cuerda alrededor de un saliente de granito justo en el momento en que el *Perspicacity* la tensaba. La cuerda cantó y chasqueó fuera del agua. Guilford se sujetó como pudo mientras el bote cabeceaba y giraba locamente hacia las rocas. Sullivan cayó contra el bloque del motor. Gillvany, desprevenido, rodó sobre sí mismo por encima de la borda de estribor y cayó a la espuma.

Guilford arrojó un cabo al agua allá donde Gillvany había desaparecido, pero el entomólogo no estaba allí..., se había desvanecido en las rápidas y verdes aguas sin dejar ninguna estela o remolino que señalara su paso.

Entonces el *Perspicacity* golpeó contra las rocas y escoró bajo la feroz presión del Rin, con Guilford aferrado a una chumacera con todas las fuerzas que le quedaban.

Por encima de los rápidos sin nombre, varados desde hace dos días. El Perspicacity está siendo reparado. Codaste y hélice pueden reemplazarse de las piezas de repuesto.

Tom Gillvany no.

P. S. No conocía bien a Tom Gillvany. Era un hombre tranquilo y estudioso. Según el doctor Sullivan, era un erudito respetado en su campo. Se perdió en el río. Buscamos corriente abajo pero no pudimos recuperar su cuerpo. Recordaré su tímida sonrisa, su sobriedad, y su jamás ocultada fascinación por el Nuevo Continente.

Todos lamentamos su muerte. El ambiente general es lúgubre.

Un hueco donde la garganta del Rin es rocosa y escarpada, una especie de caverna natural, poco profunda pero alta como una iglesia: la Caverna Catedral, la ha llamado Preston Finch. Un santuario de piedra en honor al doctor Gillvany. Clavamos una madera con unas palabras grabadas por Keck: Dr. Thomas Markland Gillvany, in memoriam, y la fecha.

P. S. Silenciosos como estamos, no hay mucho que oír: el río, el viento (la lluvia nos envuelve una vez más), Diggs canturreando Rock of Ages mientras agita el fuego.

Hemos sido sangrados por esta tierra.

Mañana, si todo va bien, partiremos de nuevo. Seguiremos. Echo en falta a mi esposa y a mi hija.

Puesto que no podía dormir, Guilford salió de su tienda después de la medianoche y caminó más allá de las murientes ascuas del fuego hasta la boca de la cueva, silueteada por la acerada luz de la luna. Sullivan estaba sentado allí, observando el cielo nocturno con un pequeño telescopio de latón. La lluvia había cesado. La luna estaba medio oculta por los cirros. La mayor parte del cielo por encima de la garganta del Rin brillaba con estrellas. Guilford carraspeó y se hizo un espacio entre la roca y la arena.

El otro hombre le miró brevemente.

—Hola, Guilford. Cuidado con las moscas toro. Aunque no hay muchas esta noche. No les gusta el viento.

—¿Es usted astrónomo además de botánico, doctor Sullivan?

—Estrictamente un contemplador de estrellas aficionado. Y en realidad estoy mirando a un planeta, no a una estrella.

Guilford preguntó qué planeta había atraído la atención de Sullivan.

—Marte —dijo el botánico.

—El planeta rojo —murmuró Guilford, lo cual era más o menos la suma de todos sus conocimientos relativos a aquel cuerpo celeste, excepto que poseía dos lunas y que había sido el fondo de algunas excelentes historias de Burroughs y de aquel escritor inglés, Wells.

—Menos rojo de lo que era en su tiempo —dijo Sullivan—. Marte se ha oscurecido desde el Milagro.

—¿Oscurecido?

—Marte tiene estaciones, Guilford, exactamente igual que la Tierra. Los casquetes polares se retiran en verano, las áreas más oscuras se expanden. El planeta tiene un aspecto rojizo porque probablemente sea un desierto de hierro oxidado. Pero últimamente el rojo se ha paliado. Últimamente —dijo, apoyando el telescopio sobre sus rodillas— hay asomos de azul. El cambio ha sido medido espectrográficamente; el ojo es algo menos sensible.

—¿Y eso significa?

Sullivan se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe.

Guilford contempló el cielo plateado por la luna. La Conversión de Europa ya era suficientemente misteriosa. Era intimidante pensar en otro planeta sufriendo el mismo fenómeno salvaje y extraño.

—¿Puedo usar el telescopio, doctor Sullivan? Me gustaría ver Marte por mí mismo.

Miraría al misterio de frente con sus propios ojos: al menos era tan valiente como eso.

Pero Marte tan solo era un flotante punto de luz, perdido en los cielos darwinianos, y el viento era helado y el doctor Sullivan no estaba hablador, y al cabo de un rato Guilford regresó a su tienda y durmió inquieto hasta la mañana.

OceanofPDF.com

El producto final del miedo, el miedo no sin base pero sí sin ningún objeto tangible, era la anestesia. Cada nuevo presagio parecía más desolado, hasta que la desolación se convertía en el paisaje a través del cual debía avanzar Caroline, con los ojos desviados, sin registrar nada. O al menos tan poco como fuera posible.

Le dijo a su tía que Lily estaba teniendo problemas para dormir. Alice se volvió y miró con aire ausente hacia las profundidades de la tienda, más allá de las hileras de blancos sacos de grano, al entramado de rayos del sol que se filtraban por la alta ventana de atrás. Se secó las manos en el delantal.

—Jered vuelve a horas extrañas. Puede que la haya despertado al ir hasta el cuarto. Hablaré con él.

Seguía manteniendo el secreto, ella no era copartícipe de él, y Caroline se sintió privadamente aliviada. Lily dormía mejor últimamente, aunque había adquirido una serie de tics nerviosos en ausencia de su padre: se tiraba del labio inferior hasta que le dolía, se retorció el pelo entre los dedos. No soportaba que la dejaran sola.

Colin Watson seguía frecuentando la casa, una humosa presencia. Caroline intentó varias veces entablar conversación con él, pero hablaba muy poco de su vida o de su trabajo; solo que el Servicio parecía haberle olvidado, que tenía pocos deberes que realizar excepto las rondas de guardia en el Arsenal; lo habían echado a un lado, parecía sugerir, en el obsesivo barajar de Kitchener de las fuerzas británicas. No podía decir por qué había tantos soldados en Londres aquellos días. «Es como una plaga», dijo Caroline, pero el teniente no se dejaba provocar. Se limitó a sonreír.

Soldados y barcos de guerra. Caroline detestaba bajar al puerto ahora; la mayor parte de la Marina británica parecía haber anclado allá en las últimas semanas, maltrechos acorazados erizados de cañones. Las mujeres hablaban de guerra por las calles.

Guerra contra quién, y con qué propósito, era algo que Caroline no podía adivinar. Puede que tuviera algo que ver con los partisanos, las heces de Europa que habían regresado, sus ridículas exigencias y sus amenazas; o los norteamericanos; o los japoneses; o... Intentaba no prestar atención.

—Echo en falta a papá —anunció Lily. Era domingo. La tienda estaba cerrada; Jered y Alice hacían inventario, y Caroline había llevado a Lily al río, al río azul bajo un cálido cielo azul, para que viera los barcos o algún monstruo fluvial. A Lily le gustaban las serpientes del limo casi tanto como Caroline las odiaba. Sus grandes cuellos, sus fríos ojos negros.

—Papá volverá pronto —le dijo a su hija, pero Lily se limitó a fruncir el ceño, endurecida contra cualquier consuelo. *La fe es una virtud*, pensó Caroline, *pero nada es seguro. Nada. Fingimos, por el bien de los niños.*

Qué perfecta era Lily, sentada con las piernas extendidas en un largo banco con su muñeca en el regazo. «Lady» se llamaba la muñeca. «Lady, lady», canturreaba Lily para sí misma, una canción de solo dos notas. La pintura color carne de la muñeca se había desgastado a un color porcelana hueso en sus mejillas y frente. «Lady, baila», cantaba Lily.

Fue en aquel momento, una paz incierta tan breve como el repicar de una campana, que Caroline vio a Jered apresurándose a lo largo de un malecón de suelo de troncos hacia ella. Su corazón se saltó un latido. Algo iba mal. Podía ver el problema en sus ojos, en su andar. Sin pensar, apoyó las manos en los hombros de Lily; Lily exclamó:

—¡Mamá, duele!

Jered se detuvo delante de ella, sin aliento.

—Quería hablar contigo, Caroline —dijo—, antes de que leas el *Times*.

Fue paciente y compasivo, pero al final Caroline lo recordó como si lo hubiera leído en las brutales cadencias del titular de un periódico:

Los partisanos atacan un vapor de los Estados Unidos

El «Weston» regresa dañado a Jeffersonville.

y luego, mucho más aterrador:

Se desconoce la suerte de la expedición Finch

Pero eso eran solo los hechos desnudos. Mucho peor era el conocimiento de que Guilford estaba más allá de su ayuda, imposiblemente lejos, tal vez herido, quizá muerto. Guilford muerto en un lugar desconocido, y Caroline y Lily solas.

Formuló a su tío la terrible pregunta.

—¿Está muerto? —susurró, mientras el suelo se retorció bajo sus pies y Lily corría al banco donde había dejado abandonada a Lady, los ojos cerrados, la falda subida sobre su cabeza.

—Caroline, nadie lo sabe. Pero los barcos fueron atacados mucho después de que dejaran la expedición en la orilla en la Rheinfelden. No hay ninguna razón para creer que Guilford haya sufrido algún daño.

Todos me mentirán ahora, pensó Caroline; me convertirán en una viuda y me dirán que él está bien. Volvió su rostro hacia el cielo, y la luz del sol a través de sus párpados era del color de la sangre.

Para la sesión fueron al apartamento de Eugene Randall, un triste alojamiento de viudo en Virginia, con toda una pared convertida en un santuario a su difunta esposa Louisa Ellen. Entrar allí era como entrar en la arqueología de una vida, con las décadas reducidas a fragmentos de cerámica y tablillas de arcilla. Randall mantuvo las luces bajas y se dirigió directamente al armario de los licores.

—No quiero emborracharme —explicó—. Pero no quiero estar sobrio.

—Creo que yo tomaré también un poco —dijo Elias Vale.

Inevitablemente, Vale se abandonó a su dios.

Pensaba en ello como en «llamar» al dios, pero de hecho era Vale quien era llamado, Vale quien era usado. Nunca se había presentado voluntario para este deber. Nunca había tenido ninguna oportunidad. Si se hubiera resistido..., pero no servía de nada pensar en ello.

Randall quería hablar con su perdida Louisa Ellen, la mujer de rostro caballuno de las fotografías, y Vale hizo todo un espectáculo de llamarla a través de la Gran Barrera, haciendo girar los ojos para ocultar su propia agonía. De hecho estaba retirándose en sí mismo, saliéndose del camino del dios, volviéndose pasivo. Ya no era él, y necesitaba contener la respiración, las rebeldes mareas de bilis y sangre.

Solo fue consciente de forma distante de las tímidas y frías preguntas de Randall, aunque su esencia emotiva era dolorosamente obvia. Randall, el racionalista de toda una vida, deseaba desesperadamente creer que podía hablar con Louisa Ellen, que le había sido arrebatada por una maligna

neumonía hacía menos de un año; pero no podía abandonar fácilmente el hábito de pensamiento de toda una vida. Así que formuló preguntas que solo ella podía contestar, deseando así una prueba pero aterrado de que no pudiera conseguirla.

Y Vale, por primera vez, sintió otra presencia además de su dios. Esta era una entidad parcial, torturada..., un cascarón de sufrimiento que tal hubiera sido realmente en algún momento Louisa Ellen Randall.

Su voz brotó ahogada de la laringe de Vale. Su dios moduló el tono.

Sí, dijo Vale, recordaba aquel verano en Maine, mucho antes del Milagro de la Nueva Europa, un cottage junto al mar, y había llovido durante todo aquel frío julio, pero eso no había empañado su felicidad, se sentía agradecida por aquellos paseos por la playa cuando las nubes se despejaban, por el fuego en la chimenea por la noche, por su colección de conchas, por el edredón de patchwork y la cama de plumas.

Y así.

Y cuando Randall, enrojecido por el pulsar de la sangre a través de sus cegadas venas, preguntó: «Louisa, eres tú, ¿verdad?», Vale dijo: «Sí». Cuando preguntó: «¿Eres feliz?», Vale dijo: «Por supuesto». Allá su voz vaciló una fracción de segundo, porque la Louisa Ellen Randall en su mente gritó su sufrimiento y su odio hacia el dios que la había abducido, que la había traído contra su voluntad desde... desde...

Pero esos eran los Misterios.

No era la voz de Louisa Ellen (aunque todavía sonaba como la suya) cuando el flaqueante escepticismo de Randall empezó a recuperarse y el dios de Vale lanzó una especie de *coup de grâce*, un oráculo, una profecía: una advertencia a Randall de que la expedición Finch estaba condenada y de que Randall debería protegerse de las consecuencias políticas. «Los partisanos ya han disparado contra el *Weston*,» dijo Vale, y Randall palideció y miró.

Fue una profecía concisa y milagrosa. Los servicios telegráficos difundieron la historia la noche siguiente. Ocupó todos los titulares de los periódicos de Washington.

Vale no sabía nada de aquello ni le importaba. Su dios lo había abandonado, y eso era un hecho digno de agradecer. Su dolorido cuerpo era

suyo de nuevo, y quedaba en la casa licor suficiente para sumirle en un olvido terapéutico.

OceanofPDF.com

El lago Constanza. El *Bodensee*.

Geográficamente hablando, no era mucho más que un gran ensanchamiento del río. Pero en las brumas matutinas hubiera podido ser un gran océano plácido, suave como la seda, con la luz del sol penetrando entre la bruma en plateadas láminas. La orilla norte, apenas visible, era una rocosa tierra virgen con un denso bosque silencioso, árboles mezquita y pinos salvia y grupos de árboles de hojas anchas y troncos blancos para los que ni siquiera Tom Compton tenía un nombre. Los halcones polillas se agitaban sobre la resplandeciente agua en girantes bandadas.

—Hace más de un millar de años —dijo Avery Keck—, había un fuerte romano en estas orillas. —Keck, que había ocupado el lugar de Gillvany en el *Perspicacity*, habló por encima del sincopado ruido del pequeño motor del bote—. En la Edad Media fue una de las ciudades más poderosas de Europa. Una ciudad lombarda, en la ruta comercial entre Alemania e Italia. Ahora es como si nunca hubiera existido. Solo agua. Solo rocas.

Guilford se preguntó en voz alta qué les había ocurrido a los europeos desaparecidos. ¿Simplemente habían muerto? ¿O habían viajado a una Tierra especular, en la cual Europa había sobrevivido intacta y el resto del mundo se había vuelto feral y extraño?

Keck era un hombre delgado de unos cuarenta años, con el rostro de empresario de pompas fúnebres de una pequeña ciudad. Miró tristemente a Guilford.

—Si es así, entonces los europeos tienen su propio Milagro del que ocuparse y sus propias tierras que explorar e investigar y sus propias guerras que librar. Exactamente igual que nosotros, Dios les ayude.

Acampamos en el Bodensee. Diggs se ocupa del fuego. Sullivan, Betts y Hemphill de las tiendas. Estamos en un verde prado alfombrado por una pequeña planta hojosa como clavos color turquesa. El cielo está nublado, sopla a ráfagas un viento frío.

P. S. O quizá debería dejar de fingir que estas notas son «postscriptums» y admitir que son cartas a Caroline. Caroline, espero que puedas verlas algún día, pronto.

El viaje ha seguido sin incidentes desde la trágica muerte de Gillvany, aunque este suceso flota sobre nosotros como una nube. Finch en particular se ha vuelto hosco y poco comunicativo. Creo que se culpa de ello. Escribe incansablemente en su libro de notas, habla muy poco.

Establecemos nuestro campamento en los prados que describió Erasmus. Hemos visto manadas de serpientes de pelo salvajes en profusión, avanzando por tierra firme como sombrías nubes en un día soleado. Siempre lleno de recursos, Tom Compton incluso ha acechado y matado una, así que cenamos carne de serpiente, grasientos bistecs que saben como gallina salvaje, pero un bien recibido cambio después de las raciones enlatadas. Nuestros botes han sido ocultados a buen recaudo muy arriba en la playa, bajo lonas embreadas y al amparo de un saliente de musgoso granito, ocultos a cualquier inspección excepto a la búsqueda más exhaustiva. Aunque, suponemos, ¿quién los hallará en este territorio vacío?

Aguardamos la llegada de Erasmus con nuestras serpientes de carga y provisiones. Tom Compton insiste en que podemos tener cualquier número de animales sin pagar nada por ellos —están (¡a menudo literalmente!) a todo nuestro alrededor—, pero los animales de Erasmus están entrenados para llevar carga y acostumbrados a la brida y nos han aliviado ya de la necesidad de trasladar todo nuestro equipo por bote.

Esto suponiendo que Erasmus se presente según lo prometido.

Todos nos conocemos muy bien ahora los unos a los otros — todas nuestras peculiaridades e idiosincrasias, que son legión—, e

incluso he tenido algunas conversaciones interesantes con Tom Compton, que me ha mostrado más respeto desde el casi naufragio del Perspicacity. A sus ojos todavía sigo siendo el mimado tipo del este que se gana cómodamente la vida con una caja de fotos (como él la llama), pero he mostrado iniciativa suficiente como para impresionarle.

Ciertamente su vida ha sido lo bastante dura como para justificar su escepticismo. Nacido en San Francisco en el seno de una empobrecida familia mestiza, descendiente de esclavos, indios y fracasados buscadores de oro, consiguió aprender a leer por sí mismo y halló empleo en la marina mercante, abriéndose finalmente camino hasta Jeffersonville, una tosca ciudad capaz de utilizar sus toscos talentos y con la tolerancia suficiente hacia sus toscos modales.

Sé que tú lo considerarás basto, Caroline, pero es un hombre fundamentalmente bueno y útil en una crisis. Estoy contento con su compañía.

Llevamos ya una semana aguardando a Erasmus, y aguardaremos al menos otra. Afortunadamente tengo un ejemplar de Argosy que intercambié por el tomo de geología de Finch. La revista contiene una entrega de El reino perdido de Darwinia de E. R. Burroughs, una nueva revisitación de esas imaginadas «antiguas tierras perdidas» llenas de dinosaurios, nobles salvajes, y una colonia de malvados junkers para gobernarlos.

Una princesa necesita ser rescatada. Ya conozco tu desdén hacia ese tipo de ficción, Caroline, y tengo que admitir que incluso la salvaje Darwinia de Burroughs palidece ante el contacto con esta realidad: esas montañas demasiado sólidas y esos sombríos y fríos bosques. Pero la revista es una deliciosa distracción, y soy muy envidiado por los demás expedicionarios, puesto que he sido muy cuidadoso a la hora de prestar el ejemplar.

Estoy ansiando volver a la civilización..., los altos edificios, los quioscos de prensa y todo lo demás.

Erasmus llegó con los animales y aceptó el pago en forma de un cheque librado contra un banco de Jeffersonville. Pasó una tarde en el campamento y expresó sus condolencias, aunque no su sorpresa, por la muerte de Gillvany.

Pero su llegada se vio ensombrecida por el descubrimiento de Avery Keck. Keck y Tom Compton habían partido a otra cacería de serpientes, al tiempo que Keck observaba tanto la geografía local como las habilidades de rastreo del hombre de la frontera. No era que las serpientes requirieran mucho rastreo, como explicó Keck ante la fogata del campamento. Simplemente habían cortado el paso de una serpiente separándola del resto de la manada y la habían abatido con un único disparo del rifle de Tom Compton. Arrastrar el cuerpo hasta el campamento fue la parte más difícil.

Lo más interesante, dijo Keck, fue que tropezaron con un nido de insectos y con su osario.

Los insectos, dijo Keck, eran carnívoros invertebrados de diez patas, lejanamente relacionados con los corretocones que Guilford había encontrado en las afueras de Londres. Hacían sus túneles en las zonas bajas pantanosas donde el suelo era blando y húmedo. Una serpiente de pelo o cualquier otro animal que se adentrara en el territorio de los insectos sería repetidamente mordido por los venenosos zánganos de la colonia, y después todos los demás caerían sobre él y lo despojarían de toda su carne. Los huesos mondos eran luego trasladados meticulosamente al borde de la colonia..., el famoso osario.

—Cuanto más antigua es una colonia, más grande es su osario —dijo Keck—. Vi un nido en las tierras bajas del Rin que había crecido hasta convertirse en un banda circular de casi cien metros de ancho. El que hemos encontrado Tom y yo es más bien mediano, según mi experiencia. Un círculo perfecto de mondos huesos blancos. En general huesos de desafortunadas serpientes de pelo, pero... —Keck desenvolvió el paquete de tela encerada que había traído de vuelta al campamento—. Hallamos esto.

Era un cráneo largo, de bóveda alta, con dientes como púas. Era tan blanco como el marfil pulido, pero brillaba rojizo a la luz del fuego.

—¡Bien, mierda! —exclamó Diggs, lo cual le hizo ganarse una severa mirada de Preston Finch.

Guilford se volvió hacia Sullivan, que asintió con la cabeza.

—Similar al cráneo que vimos en Londres. —Explicó lo del Museo de Monstruosidades—. Interesante. Me parece el cráneo de un gran depredador, y debió de haber estado muy ampliamente distribuido, al menos en su tiempo.

—¿En su tiempo? —preguntó burlonamente Finch—. ¿Se refiere a 1913? ¿O a 1915?

Sullivan lo ignoró.

—¿Qué antigüedad calcula que puede tener este espécimen, señor Keck?

—No me aventuraría a hacer una suposición. Evidentemente, no está ni fosilizado ni muy atacado por los elementos, así que... es relativamente reciente.

—Lo cual significa que podríamos tropezamos con una de esas bestias en cualquier lado —intervino Ed Betts—. Mantengan cargadas sus pistolas.

Tom Compton, sin embargo, nunca había visto un ejemplar vivo de la criatura en toda su experiencia por los territorios salvajes, como tampoco lo había visto el comerciante en serpientes, Erasmus.

—Pero hay gente que *desaparece* en la espesura.

—Se parece a un oso —dijo Diggs—. Un oso gris de California, si es un espécimen adulto. Puede que se sintiera atraído hacia la basura o algo así. ¿Qué tal si protegemos el campamento un poco más científicamente a partir de ahora?

—Quizás eviten a la gente —dijo Sullivan—. Tal vez los asustemos.

—Tal vez —admitió Tom—. Pero esa mandíbula podría engullir la pierna de un hombre hasta la rodilla y probablemente partirla por la articulación. Si nosotros los asustamos, el sentimiento tendría que ser mutuo.

—Doblaremos la guardia nocturna —decidió Finch.

Incluso el Edén tiene su serpiente, pensó Guilford.

Por la mañana partieron siguiendo los suavemente ondulados prados, hacia el sur, hacia las montañas. Las serpientes de pelo eran unos aceptables animales de monta —no les importaba llevar carga humana, e incluso respondían a la dirección de una tosca brida—, pero sus cuerpos eran simplemente demasiado anchos para montarlos confortablemente a horcajadas (sin mencionar el grasiento y desagradable olor), y nadie había inventado todavía una silla para serpiente de pelo funcional. Guilford prefirió caminar, incluso después del segundo día, cuando la marcha pareció infinitamente más agotadora, cuando pantorrillas y tobillos y muslos protestaban de forma concertada.

La línea de prados iba ascendiendo lentamente. El agua era más difícil de encontrar ahora, aunque las serpientes podían captar la presencia de un arroyo o un pozo desde kilómetros de distancia. Y las montañas en el horizonte, sometidas a la incansable triangulación de Keck, eran claramente una barrera: el final del camino, aunque Finch y compañía hallaran un paso accesible donde habían estado el Brennero o el monte Genève. *Entonces daremos media vuelta, pensó Guilford, y llevaremos nuestras plantas prensadas y nuestros bichos atravesados con alfileres de vuelta a Norteamérica, y la gente dirá que ayudamos a «domar» el continente, aunque sea un chiste: no somos más que un pequeño alfilerazo de conocimiento en la dura piel de este territorio desconocido.*

Pero estaba orgulloso de lo que habían conseguido. Hemos caminado, le dijo al hombre de la frontera, donde nadie más había caminado, hemos desentrañado al menos unos pocos secretos darwinianos.

—No hemos jodido al continente —admitió Tom Compton—, pero supongo que le hemos levantado las faldas.

Guilford avanzaba penosamente en la fría tarde con Compton y Sullivan y sus animales de carga. Nubes bajas derivaban cruzando el cielo, cegadoramente blancas en los bordes, lanudamente grises por debajo. Sus botas dejaban breves huellas en la esponjosa hierba de la pradera. Debajo de la ladera occidental Keck había divisado otro nido de insectos, con un anillo

de huesos alrededor de una engañosamente pacífica extensión verde, como el jardín de un troll, pensó Guilford. Dieron un amplio rodeo.

Tom Compton estaba preocupado por otro asunto.

—Ha habido fogatas detrás de nosotros durante el último par de noches —dijo—. A ocho, diez kilómetros de distancia. No sé lo que significan.

—¿Partisanos? —preguntó Sullivan.

—Probablemente solo cazadores, que quizá nos vienen siguiendo desde la Rheinfelden..., siguiendo más probablemente a Erasmus, siguiéndole en su territorio. Los partisanos son en su mayor parte piratas costeros salidos de los asentamientos. Como regla general no van tierra adentro, a menos que estén cazando o prospectando, lo cual hace menos probable que practiquen una política de punta de pistola.

—De todos modos —dijo Sullivan—, me gustaba más cuando estábamos solos.

—A mí también —reconoció el hombre de la frontera.

Acampamos en la montaña junto a un arroyo sin nombre. El terreno asciende ahora visiblemente. Hay una distante cordillera alpina con las cimas nevadas. Bosques, en su mayor parte de árboles mezquita, y una nueva planta, un pequeño arbusto de bayas duras e incomedibles. (No son auténticas bayas, dice Sullivan, aunque eso es lo que parezcan). Un viento fuerte y frío mantiene lejos a las moscas toro, o quizás simplemente no acuden a esas altitudes.

P. S. Mirando al norte a la hora de la cena veo lo que parece ser toda Darwinia: un maravilloso y melancólico tapiz de luz y sombras a medida que el sol se pone. Me recuerda Montana: igual de enorme y vacía, aunque no tan severa; envuelta en un suave verde, un territorio rico y vivo, aunque extraño.

Caroline, pienso en tu paciencia en Londres sin mí, ocupándote de Lily, tolerando los humores de Jered y la naturaleza no comunicativa de Alice. Sé lo mucho que odiaste mi viaje al Oeste, y eso fue cuando aún podías disponer de las comodidades de Boston para consolarte. Confío que esto merezca todas tus incomodidades,

que mi trabajo esté en gran demanda cuando regresemos finalmente a casa, que el resultado sea un mejor y más seguro futuro para mis dos damas.

Últimamente he tenido curiosos sueños, Caroline. Sueño repetidamente que llevo uniforme militar, que camino a solas en algún marchito páramo de un campo de batalla, perdido en medio del humo y del barro. ¡Es tan real! Casi con la calidad de un recuerdo, aunque por supuesto nunca me ha ocurrido nada así, y las historias de la Guerra Civil que he oído en la mesa familiar eran francamente menos viscerales.

¿Locura expedicionaria quizá? El doctor Sullivan informa también de extraños sueños, e incluso Tom Compton admite a regañadientes que su sueño es turbado.

Pero ¿cómo puedo dormir confortablemente sin tenerte a mi lado? En cualquier caso, la luz del día expulsa los sueños. Durante el día nuestro único sueño son las montañas, sus picos blancoazulados constituyen nuestro nuevo horizonte.

Tom Compton montaba guardia al amanecer cuando atacaron los partisanos.

Estaba sentado junto a los rescoldos de un fuego con Ed Betts, un hombre rotundo cuya barbilla no dejaba de derivar hacia su pecho. Betts no sabía cómo mantenerse despierto. Tom sí. El hombre de la frontera estaba acostumbrado a aquellas guardias, generalmente solo, atento a ladrones o apropiadores de tierras, en especial cuando cazaba en territorio carbonífero. Era un truco mental, mantener lejos el sueño hasta más tarde. Era una habilidad. Betts no la tenía.

De todos modos, no hubo ninguna advertencia cuando se produjeron los primeros disparos desde el impreciso bosque al este. Apenas había luz suficiente para proporcionar al cielo un matiz azul tinta china. Cuatro de los cinco rifles ladraron casi al unísono.

—¿Qué demonios? —exclamó Betts, luego se derrumbó hacia adelante con un agujero en el cuello, regando el fuego con su sangre.

El hombre de la frontera rodó en el polvo. Disparó su propio rifle hacia el margen del bosque, más para despertar al campamento que para defenderlo. No podía ver al enemigo.

Las serpientes de pelo chillaron su terror y luego empezaron a morir en medio de una segunda andanada de balas.

Guilford estaba dormido cuando empezó el ataque, soñando de nuevo con el piquete del Ejército, su gemelo vestido de caqui que estaba intentando entregar algún vital pero ininteligible mensaje.

La marcha de ayer había sido agotadora. La expedición había seguido una serie de crestas y barrancos ligeramente boscosos, azuzando a las relucientes serpientes de pelo bajo los arcos de los árboles mezquita, subiendo y bajando. A las serpientes no les gustaba el confinamiento de los bosques y expresaban su descontento maullando, eructando y pedorreando. El hedor era asfixiante en el quieto aire y no era abatido por una fina llovizna, que no hacía más que añadir a la mezcla el olor a leche agria del pelo mojado.

Finalmente el suelo se niveló. Aquellos altos prados alpinos habían florecido con la lluvia, y el falso clavo abría sus blancos pétalos estrellados como copos de nieve veraniegos. Montar las tiendas en la llovizna fue una tarea tediosa, y la cena salió de latas. Finch mantuvo una linterna ardiendo en su tienda hasta después de anochecer —garabateando sus teorías, supuso Guilford, reconciliando los acontecimientos del día con la dialéctica de la Nueva Creación—, pero todos los demás simplemente se derrumbaron en sus sacos de dormir y se quedaron inmediatamente dormidos.

El horizonte occidental era débilmente azul cuando se dispararon los primeros tiros. Guilford despertó al sonido de gritos y percusión. Tanteó en busca de su pistola, con su corazón martilleando locamente. Llevaba la pistola siempre cargada desde que Keck recuperó el cráneo del monstruo, pero no era un as de la puntería. Sabía cómo disparar una pistola, pero nunca había matado a nadie con ella.

Salió de su tienda al caos.

El ataque se había originado desde la línea de árboles al este, una negra silueta contra el amanecer. Keck, Sullivan, Diggs y Tom Compton habían establecido una especie de línea de escaramuza detrás de los cuerpos de tres serpientes de pelo muertas. Estaban disparando esporádicamente contra el bosque, ansiosos de blancos. Las cuatro serpientes que quedaban chillaban y tiraban de sus cuerdas, presas de un fútil pánico. Uno de los animales cayó mientras Guilford miraba.

El resto de los expedicionarios estaban saliendo tambaleantes de sus tiendas en una aterrada confusión. Ed Betts yacía muerto al lado del fuego del campamento, con la camisa manchada con el escarlata de su sangre. Chuck Hemphill y Ray Burke estaban a gatas, gritando:

—¡Al suelo! ¡Bajad las cabezas!

Guilford se arrastró por el círculo de gastadas lonas para unirse a Sullivan y compañía. No se dieron cuenta de su presencia hasta que se hubo agachado a su lado y disparado su pistola a la oscuridad del bosque. Tom Compton apoyó una mano en su brazo.

—No puede usted disparar contra lo que no puede ver. Y nos superan en número.

—¿Cómo puede decirlo?

—Vea los fogonazos de los cañones de las armas.

Una nueva andanada de balas respondió al único disparo de Guilford. Las carcasas de las serpientes se sacudieron con los impactos.

—¡Cristo! —dijo Sullivan—. ¿Qué vamos a hacer?

Guilford miró hacia atrás, a las tiendas. Preston Finch acababa de emerger de una de ellas, con la cabeza descubierta y sin botas, ajustándose sus gafas de culo de botella y disparando su pistola de cachas de marfil al aire.

—Correr —dijo Tom Compton.

—Nuestra comida —dijo Sullivan—, los especímenes, las muestras...

El chillido de una bala muy cerca de su rostro lo interrumpió.

—¡A la mierda todo eso! —dijo Diggs.

—Llame la atención de los demás —dijo Tom—. Síganme.

Los partisanos —si *eran* partisanos— habían rodeado el campamento, pero eran pocos en la no boscosa ladera occidental de la colina y resultaba más fácil disparar contra ellos. Guilford contó al menos dos enemigos muertos, aunque Chuck Hemphill y Emil Swensen resultaron muertos y Sullivan dio un respingo, con un sangrante agujero en la parte carnosa de su brazo. El resto siguieron a Tom Compton a la bruma de un barranco donde la luz del sol todavía no había empezado a penetrar. Era un camino lento y agónico, con solo las órdenes gritadas por el hombre de la frontera para mantener a los expedicionarios en algún tipo de orden. Guilford parecía incapaz de inhalar el aire suficiente para satisfacer las necesidades de su cuerpo; el aire ardía en sus pulmones. Las sombras y la niebla formaban una imprecisa cobertura, y oyó, o creyó oír, el sonido de la persecución a solo unos pocos pasos de distancia tras ellos. ¿Y hacia dónde podían escapar? Un arroyo glacial biseccionaba aquel valle; la pared más allá era rocosa y empinada.

—Por aquí —insistió Tom. Hacia el sur, paralelos al agua.

El suelo bajo sus pies se volvía pantanoso y peligroso. Guilford podía ver a Keck delante de él en la torbellineante bruma, pero nada más allá. *Sigue adelante*, se dijo.

Entonces Keck se detuvo en seco y miró a sus pies.

—Dios nos ayude —susurró. La textura del suelo había cambiado. Guilford se acercó al hombre. Algo crujió bajo sus botas.

Ramas. Cientos de ramas secas.

No: *huesos*.

Un osario de insectos.

Keck le gritó al hombre de la frontera delante de él:

—¡Nos ha traído hasta aquí deliberadamente!

—Cállese. —Tom Compton era una sombra imponente en la bruma, con alguien a su lado, quizá Sullivan—. Vayan con cuidado. Pisen donde yo piso. Que todo el mundo siga al hombre que tiene delante, en fila india.

Guilford notó que Diggs le empujaba desde atrás.

—¡Están viniendo, muévase, maldita sea!

No importa lo que pueda haber delante. Sigue a Keck, sigue a Tom. Diggs tenía razón. Una bala silbó en la niebla.

Más pequeños huesos crujieron bajo sus pies. Tom estaba siguiendo la línea del osario, supuso Guilford, rodeando el nido de los insectos, un paso más allá del olvido.

Keck había traído a uno de aquellos bichos al campamento unos pocos días antes. Un cuerpo aproximadamente del tamaño del pulgar de un hombre adulto, diez largas y poderosas patas, mandíbulas como herramientas quirúrgicas de acero. Mejor no pensar en ello.

Diggs gritó cuando su pie resbaló en un cráneo invisible, enviándolo hacia la blanda turba del nido de los insectos. Guilford agarró uno de sus agitantes brazos y tiró de él hacia atrás.

El cielo estaba ligeramente más iluminado cuando alcanzaron el lado opuesto del osario. *No para ventaja nuestra*, pensó Guilford. Los partisanos podían ver el nido como lo que era. Incluso entonces, se verían obligados a seguir el estrecho desfiladero del borde del osario, o bien a lo largo de la pared del barranco como habían hecho los expedicionarios o del lado del arroyo..., de cualquiera de las dos formas, podían obtener unos blancos fáciles.

—Formen una línea justo más allá de esos árboles —dijo el hombre de la frontera—. Recarguen o agrupen su munición. Disparen a cualquiera que intente rodearles, pero aguarden a tener un buen blanco.

Pero los partisanos estaban demasiado centrados en sus presas como para observar el terreno. Guilford contempló atentamente a aquellos hombres cuando salieron de la bruma baja y entraron en lo que debieron confundir con un reborde rocoso o una franja de musgo. Contó siete de ellos, armados con rifles militares pero sin uniformes excepto botas altas y sus sombreros de ala flexible. Estaban sonriendo, seguros de sí mismos.

Y sus botas les protegían..., al menos brevemente. El hombre en cabeza estaba quizás a tres cuartos de la distancia a través del blando terreno abierto antes de mirar hacia abajo y ver a los insectos trepando por sus piernas. Su tensa sonrisa desapareció; sus ojos se desorbitaron con la comprensión. Se volvió pero no pudo huir; los insectos se aferraron

tenazmente unos a otros, formando tiras de débilmente velluda cuerda para atar sus piernas y arrastrarlo hacia el suelo.

Perdió el equilibrio y cayó gritando. Los insectos estaban al instante sobre él, un rodante sudario, y sobre varios de los hombres detrás de él, cuyos gritos no tardaron en ahogar los suyos.

—Dispáren contra los rezagados —dijo Tom—. Ahora.

Guilford disparó tanto como los demás, pero fue el rifle del hombre de la frontera el que halló más a menudo su blanco. Otros tres partisanos cayeron; los demás huyeron al sonido de los gritos.

Piadosamente, los gritos no duraron mucho. El cuerpo del hombre en cabeza, rígido por el veneno, formó un ángulo como la proa de un barco hundiéndose. Un destello óseo brilló por entre el negro enjambre. Luego la totalidad del hombre desapareció debajo del húmedo y hormigueante suelo.

Guilford estaba alucinado. Los partisanos pasarían a formar parte del osario, pensó. ¿Cuánto tiempo transcurriría hasta que sus cráneos y costillas fueran arrojados como coral roto sobre una playa? ¿Horas, días? Se sintió enfermo.

—Guilford —susurró Keck con voz urgente.

Keck sangraba abundantemente por el muslo. *Mejor vendar eso*, pensó Guilford. *Restañar la sangre. ¿Dónde está el botiquín de primeros auxilios?* Pero no era eso lo que Keck quería decir.

—¡Guilford! —Con los ojos muy abiertos y una mueca en el rostro—. ¡Su pierna!

Algo se arrastraba por ella.

Quizá el insecto había sido arrojado fuera del nido por los movimientos de los partisanos. Trepó por la bota de Guilford antes de que este pudiera reaccionar y clavó sus mandíbulas a través de la tela de sus pantalones.

Guilford jadeó y se tambaleó. Keck lo sujetó por los sobacos. Sullivan sacudió el insecto y lo arrojó lejos con la culata de su pistola, y Keck lo aplastó bajo su tacón.

—Bueno, maldita sea —dijo Guilford calmadamente. Entonces el veneno alcanzó una arteria, una dosis de pura llama hipodérmica, y cerró los ojos y se desvaneció.

Interludio

Esto ocurrió cerca del Fin del Tiempo, mientras la galaxia se colapsaba en su propia singularidad, un tiempo en que las estrellas eran pocas y desiertas, un tiempo en que las propias galaxias se habían alejado tanto las unas de las otras que ni siquiera las distorsiones del campo Higgs se propagaban al instante.

En otras partes del universo las voces de las noosferas galácticas crecían débilmente, a medida que se resignaban a la disolución o construían furiosamente vastos reductos epigalácticos, fortalezas que resistirían tanto el canto de sirena de los agujeros negros como el enfriamiento térmico del universo. A su debido tiempo, a medida que las enanas blancas e incluso las estrellas de neutrones se disipaban y morían, la única materia coherente restante serían esas fortalezas de sentiencia.

Había transcurrido un otoño de un billón de años. Las noosferas, enormes construcciones que albergaban los restos de las civilizaciones planetarias, habían derivado durante eones entre las estrellas fósiles de los brazos en espiral de la galaxia. Se habían recomplicado y segmentado, reuniéndose en ciclos de un millón de años para intercambiar conocimientos y crear descendencia híbrida, metaculturas encajadas en noosferas infantiles densas como estrellas de neutrones. Creaban vectores a través del espacio a lo largo de las líneas de distorsión en el campo Higgs, llamando a través de sus propios horizontes de sucesos, cantando sus nombres. Se conocían íntimamente las unas a las otras. No había habido una guerra desde hacía incontables eras, no desde la autoinmolación del Imperio Violeta, la última de las Prefecturas Bióticas, hacía 10^9 años.

Pero el otoño estaba llegando a su final, y la dura realidad del invierno universal gravitaba al frente.

Era el tiempo de unirse. Era el tiempo de construir, de restaurar, de proteger y de recordar. Era el tiempo de recolectar la cosecha del verano; era el tiempo de conservar el calor.

Las noosferas de la galaxia compartían recuerdos que se remontaban a la Era Ecléctica, cuando fue abolida la muerte, mucho antes de que se formaran la Tierra o su estrella madre. Ahora era el tiempo de amalgamar esos recuerdos, de crear un Archivo físico que sobreviviera incluso a la pérdida de energía libre, un Archivo unido isostáticamente a otros Archivos en el universo, un Archivo que albergaría la sentiencia hasta mucho después de la Muerte del Calor y que incluso podría crear un contexto artificial en el cual llegaran a florecer finalmente nuevas sentiencias.

Con ese fin, las noosferas se reunieron por encima de la eclíptica de la muriente galaxia, con sus nuevos e inmensos esfuerzos alimentados por volutas de antimateria que brotaban del polo de la singularidad central. El Archivo, cuando estuviera terminado, contendría todo lo que había sido la galaxia desde la Era Ecléctica.

Año tras año el Archivo fue creciendo, un objeto físico tan amplio como una docena de sistemas estelares, anclado contra las mareas de su propia masa por distorsiones sistemáticas del espacio local. Era una máquina que operaba a temperaturas estelares, que irradiaba una bruñida luz ambarina en un vacío cada vez más iluminado... e incluso esa dispersa radiación era una ineficiencia residual que sería eliminada a lo largo de los siguientes varios millones de años.

El Archivo era un telescopio temporal, un registro, una memoria..., en esencia, un libro. Era el libro de historia definitivo, alimentado y renovado por discontinuidades temporales construidas en su matriz, un registro de todo acto sintiente y pensamiento conocidos desde el alba de la Era Ecléctica. Era inalterable pero infinitamente accesible, reservado y antientrópico.

Era el acto único de ingeniería más grande jamás intentado por la sentiencia galáctica. Presionaba a las noosferas hasta sus límites tecnológicos y a menudo, parecía, hasta más allá. Su construcción requería

un trabajo incesante, por parte de las noosferas y sus nódulos sintientes, por parte de los constructores de Turing grandes y pequeños, por parte de las máquinas virtuales encajadas en las redes isostáticas de la propia realidad, un trabajo que permanecería durante más de diez millones de años.

Pero finalmente estaba terminado, una biblioteca holística de historia galáctica y una fortaleza contra la evaporación de la materia. Las noosferas anillaban el Archivo en una alegre danza orbital. Quizá, más allá de los aún inviolables límites de las singularidades, nacían nuevos universos de las cenizas de los antiguos. Esa posibilidad estaba siendo investigada; débiles señales destellaban entre este y otros Archivos, proposiciones de construcción universal que amedrentaban incluso a la propia Sentiencia. Quizá un día...

Pero eso era especulación. Por ahora, la sentiencia galáctica se recreaba en lo que había creado.

Monofilamentos de la distorsión de Higgs barrían el Archivo, devanando la historia en orden secuencial. Los nódulos y subnódulos sintientes se recreaban en explorar el pasado, una, dos, tres veces, mientras el Archivo era leído una y otra vez. El conocimiento se volvió involuto, se conoció a sí mismo; sofones entre las noosferas debatieron la diferencia entre el Conocer y el Conocimiento.

La tragedia golpeó sin advertencia y sin explicación unos 10^3 años después de que la estructura estuviese terminada.

El Archivo, descubrieron las noosferas, se había visto poco a poco infiltrado y corrompido. Entidades semisintientes —códigos parásitos evolutivos autopropagables ocultos en la red de las señales de Higgs que se transmitían entre las galaxias— se habían apoderado del control de los protocolos estructurales del Archivo. Se estaba perdiendo información, irrecuperablemente, momento a momento.

Peor aún, la información estaba siendo *cambiada*.

El Archivo evolucionó a una forma nueva y distorsionada. Entidades virtuales subsintientes, reliquias de una guerra que había devastado una distante galaxia mucho antes del inicio de la Era Ecléctica de esta galaxia,

estaban usando el Archivo como una plataforma para conservar sus algoritmos contra la muerte térmica. Carecían de consideración mortal hacia cualquier entidad que no fueran ellos mismos, pero eran plenamente conscientes de la finalidad del Archivo y de sus diseñadores. No habían capturado simplemente la estructura, sino que la habían tomado como rehén.

Las memorias estáticas incluidas en el Archivo como registros se convirtieron, a todos los efectos, en nuevas sentencias-semilla: *nuevas vidas*, atrapadas en una epiestructura que nunca podrían percibir y manipulada por entidades más allá de su concepción. Esas nuevas vidas, aunque productos de la corrupción del Archivo, no podían ser eliminadas o borradas. Eso mancharía la consciencia de la Sentiencia más allá de toda redención. En teoría, el Archivo podía ser vaciado, limpiado y reescrito..., pero eso sería el equivalente a un asesinato a escala colosal.

Más aún, esas vidas debían ser salvadas, debían ser *recordadas*. Era la meta que la Sentiencia había perseguido desde su concepción, redimirse a sí misma de la muerte. La nueva y extraña cuasihistoria que evolucionaba dentro del Archivo no podía ser simplemente abandonada.

Las noosferas se retiraron del Archivo, temerosas del contagio; la Sentiencia conferenció consigo misma, y transcurrieron un millar de años.

Se decidió que el Archivo tenía que ser reparado. Los invasores debían ser expulsados. Las nuevas sentencias-semilla se perderían finalmente, junto con el propio Archivo, si no se hacía nada. Los invasores víricos no se sentirían satisfechos hasta que en su progresivo enfriamiento el universo no contuviera nada más que sus propios implacables códigos. Era una tarea no menos difícil que construir el Archivo, y mucho más problemática..., porque la limpieza tendría que empezar *dentro del propio Archivo*. Los nódulos sintientes individuales, miles de millones, tendrían que entrar en el Archivo tanto física como virtualmente. Y se enfrentarían a una astuta oposición.

Los individuos —a todos los efectos, fantasmas— que desde hacía mucho tiempo habían fundido sus identidades en las noosferas fueron despojados de sus eones de argumentación, convertidos en casi mortales para su penetración al corrompido Archivo.

Uno de esos miles de millones fue un antiguo nódulo terrestre que en su tiempo se había llamado Guilford Law. Su consciencia-semilla, apenas lo bastante compleja para retener su propia antigua memoria, fue enviada con incontables otras a las profundidades fractales del Archivo.

La última guerra de la Historia había empezado.

Guilford Law recordaba la guerra. Después de todo, era la guerra lo que le había matado.

OceanofPDF.com

II. PRIMAVERA, VERANO DE 1920-21

«Esse est percipii.»
—Obispo Berkeley

OceanofPDF.com

Del diario de Guilford Law:

Quiero volver a contar todos esos acontecimientos ahora que todavía puedo.

Es un milagro que aún este vivo, y será otro milagro si alguno de nosotros sobrevive al invierno. Hemos hallado refugio en este inexpresablemente extraño lugar —del que hablaré más tarde—, pero la comida es escasa, el clima helado, y está la omnipresente posibilidad de otro ataque.

Hoy todavía estoy débil (sujeto el lápiz de la misma forma que lo hace Lily, y mi letra se parece a la suya), y la luz del día ya se está desvaneciendo.

Espero que algún día Lily lea esas palabras aunque yo no pueda entregárselas por mí mismo. Pienso en ti, Caroline, y en Lily, tan a menudo y tan vívidamente que es casi como si pudiera tocaros. Aunque ahora que la fiebre ha disminuido es menos fácil.

De todos mis fantasmas febriles, vosotros sois los únicos a los que echo en falta.

Mañana seguiré, si las circunstancias me lo permiten.

Han pasado tres meses desde que los partisanos atacaron nuestra expedición. Durante buena parte de ese tiempo permanecí inconsciente o delirando. Lo que sigue es mi reconstrucción de los acontecimientos. Avery Keck, John Sullivan y «Diggs» Digby han llenado los huecos por mí, con contribuciones de los demás supervivientes.

Tengo que ser sucinto, debido a las limitaciones de fuerzas y tiempo. (La luz llega irregularmente a través de estas altas troneras de piedra, filtrada por lonas o pieles de animales, y tengo que hacer una contribución a nuestra supervivencia por modesta que sea, principalmente ayudar a Diggs, que ha perdido el uso de su brazo izquierdo, a cocinar nuestras pocas cenas. Pronto me necesitará. Diggs está preparando ahora el fuego, y Wilson Farr ha salido en busca de un cubo de nieve). Después de que abandonáramos el Bodensee, y cuando nos aproximábamos a los Alpes, fuimos atacados por una banda armada de partisanos cuyo único motivo aparente era matarnos y saquear nuestras posesiones. Perdimos a Ed Betts, Chuck Hemphill y Emil Swensen en el primer tiroteo..., hubiéramos perdido más si hubiéramos acampado más cerca de la línea de árboles. La rápida reacción de Tom Compton nos salvó. Nos condujo alrededor de uno de los enormes osarios de los insectos de la región, una trampa en la que cayeron y perecieron los partisanos que nos perseguían. Aquellos que no murieron en el nido huyeron o fueron abatidos a tiros.

Ellos no fueron las únicas víctimas. Uno de los insectos consiguió inyectar su veneno en mi torrente sanguíneo. A la caída de la noche yo estaba a las puertas de la muerte, según el doctor Farr. No se esperaba que sobreviviera, y la mayor parte del resto de expedicionarios sufrieron numerosas heridas mayores o menores. Preston Finch sobrevivió con solo un tobillo dislocado, pero su espíritu se vio aplastado; hablaba con monosílabos, y abandonó el liderazgo de la expedición a Sullivan y Tom Compton.

Cuando los supervivientes se hubieron recobrado lo suficiente para volver cojeando al campamento en ruinas hallaron las muestras y el equipo científico quemados, los animales masacrados, las raciones y los equipos médicos robados.

Me duele pensar en ello incluso ahora. ¡Todo nuestro trabajo, Caroline! Todas las muestras de Sullivan, sus notas, sus plantas prensadas, todo perdido. Mis dos cámaras estaban destruidas y las placas reveladas hechas pedazos. (Sullivan me dio la noticia cuando finalmente recuperé el conocimiento). Mi libro de notas sobrevivió solo porque lo llevaba constantemente conmigo. Conseguimos salvar algunas otras notas, pocas,

además de útiles para escribir y suficiente papel como para que muchos de los expedicionarios supervivientes estén escribiendo sus propios diarios de invierno.

No pude llorar a los muertos, Caroline, como tampoco podía abrir los ojos o hacer algo más que exhalar el aliento mientras el veneno quemaba en mi cuerpo.

Los lloré más tarde.

Los heridos necesitaban descanso y comida. De nuevo, Tom Compton fue nuestra salvación. Cauterizó mi mordedura del insecto y la trató con la savia de una planta amarga. El doctor Farr aceptó aquella curandería puesto que no nos quedaba ninguna medicina civilizada. Farr utilizó sus habilidades médicas para vendar heridas y entablillar huesos rotos. A partir de los restos de nuestras provisiones organizamos un campamento menos llamativo y más defendible, en caso de que hubiera más partisanos al acecho. Pocos de nosotros estaban lo suficientemente bien como para seguir nuestro camino.

El siguiente paso lógico era buscar ayuda. El lago Constanza estaba a tan solo unos pocos días a nuestras espaldas. Erasmus estaría ya de vuelta a su choza y a sus corrales ahora, pero los botes aguardaban —a menos que ellos también hubieran sido descubiertos por fuerzas hostiles—, y el viaje Rin abajo sería menos difícil que el viaje de ida. Podía calcularse un mes para alcanzar Jeffersonville, menos de eso para que un grupo de rescate llegara hasta nosotros.

Tom Compton se ofreció voluntario para ir, pero era necesario que se quedara con nosotros para ayudarnos a buscar refugio y tratar a los supervivientes. Su experiencia en la caza y con las trampas significaba que podía buscar comida para nosotros incluso sin municiones para el rifle que llevaba. De hecho se dedicó a cazar serpientes de pelo con un cuchillo Bowie. Los animales aprendieron finalmente a huir ante su olor, pero seguían siendo tan dóciles que podía abrirle la garganta a una serpiente antes de que la torpe bestia se diera cuenta de que estaba en peligro.

Despachamos a Chris Tuckman y Ray Burke, que no habían resultado heridos en el ataque, para ir en busca de ayuda. Tomaron lo que quedaba de nuestra comida enlatada (una insignificancia) y una tienda que no había

sido quemada, más pistolas, una brújula, y una generosa porción de la munición que nos quedaba.

Han pasado tres meses.

No han vuelto.

Nadie ha venido hasta nosotros. De los quince originales quedamos nueve. Yo, Finch, Sullivan, Compton, Donner, Robertson, Farr y Digby.

El invierno ha venido pronto este año. Una helada aguanieve, y luego una granular e incansable nieve.

Sullivan, Wilson Farr y Tom Compton me cuidaron hasta que recuperé algo parecido a la salud, me alimentaron con gachas vegetales y me llevaron, cuando nos vimos obligados a viajar, en una especie de rastra atada a una serpiente salvaje. Por obvias razones perdí peso, más incluso que el resto de nosotros, y en esos días éramos un grupo hambriento.

Caroline, deberías verme. Esa «pequeña barriga» de la que te quejabas es solo un recuerdo. He tenido que hacer nuevos agujeros en mi cinturón. Mis costillas son tan sobresalientes como las púas de un rastrillo, y cuando me afeito (tenemos un espejo, una navaja) mi nuez de Adán se agita como un gato debajo de la sábana.

Como he dicho, hallamos refugio para el invierno. Pero el refugio que hallamos...

¡Caroline, ni siquiera puedo empezar a describirlo! No esta noche, al menos.

(Escucha: Diggs está de nuevo dedicado a su trabajo, su muleta hecha con una rama bifurcada golpea el suelo de piedra, el agua sisea en la marmita sobre el fuego..., pronto me necesitará).

Quizá si lo describo como lo vi la primera vez..., a través de la bruma de la fiebre, pero no deliraba, aunque pudiera parecerlo.

Caroline, ten paciencia. Temo tu incredulidad.

Imagínanos, un andrajoso puñado de hombres vestidos con pieles de animales, algunos caminando, otros cojeando, algunos arrastrados por los

demás, muertos de hambre y helados mientras cruzábamos otra nevada cresta y mirábamos hacia abajo a otro valle salvaje más... Diggs con su brazo inutilizado, Sullivan cojeando lastimosamente, yo en una especie de trineo porque todavía no podía caminar una distancia significativa. Según Farr sufría los efectos del veneno del insecto en mi hígado. Estaba febril y amarillento y..., bueno, no voy a entrar en detalles.

Otro valle alpino, pero este era diferente. Tom Compton lo señaló.

Era un amplio valle fluvial, excavado en suelo pedregoso y poblado con resistentes y erizados árboles mezquita. Desde mi lugar en el trineo, envuelto en pieles, eso fue todo lo que vi al principio: la ladera del valle y su oscura vegetación. Pero el resto del grupo guardó rápidamente silencio, y yo me alcé para ver lo que los había alarmado, y fue la única cosa que jamás hubiera esperado ver en aquel desolado territorio:

¡Una ciudad!

O las ruinas de una ciudad. Era un vasto mosaico a través del cual se había abierto camino el río, visiblemente antigua pero a todas luces obra de constructores inteligentes. Incluso a aquella distancia era evidente que los arquitectos habían desaparecido hacía mucho tiempo. Nada recorría las perfectamente paralelas calles de aquella ciudad. Los edificios aún intactos eran cajas de color gris acero talladas en piedra, suavizadas por la bruma y el tiempo. Y la ciudad era *grande*, Caroline, más grande de lo que uno es capaz de creer..., unas ruinas que hubieran podido contener todo Boston y un par de condados más.

Pese a toda su aparente edad, las estructuras de los márgenes de la ciudad estaban más o menos completas y eran fácilmente alcanzables. Aquellas ruinas prometían todo lo que habíamos desesperado de encontrar: refugio para nosotros y nuestros animales, un aprovisionamiento de agua y (dadas las boscosas colinas y la evidencia de cercanas manadas de serpientes) caza en abundancia. Tom Compton exploró la ciudad y sus alrededores y creyó que podíamos pasar allí el invierno. Nos advirtió que la ciudad era una ruina deshabitada, que tendríamos que trabajar duro para mantenernos calientes en aquellas ventosas madrigueras, incluso con abundancia de leña para el fuego. Pero puesto que nos habíamos imaginado agonizando en nuestras tiendas de piel de serpiente —o simplemente

helándonos hasta morir en algún paso alpino—, incluso esta lúgubre perspectiva parecía el don de algún Dios benévolo.

Por supuesto, la ciudad planteaba incontables preguntas. ¿Cómo había surgido a la existencia, en un territorio vacío de habitación humana, y qué les había ocurrido a sus constructores? ¿Habían sido siquiera humanos sus constructores, o habían pertenecido a alguna nueva raza darwiniana? Pero estábamos demasiado agotados para debatir el origen o el significado de las ruinas. Solo Preston Finch dudó antes de descender la ladera del valle, y no sé lo que temía: no había dicho nada en voz alta desde hacía días.

La perspectiva de un refugio alentó nuestros espíritus. Recogimos leña de árboles mezquita y de pinos salvia a lo largo del camino, y antes de que las estrellas empezaran a brillar en el cielo invernal teníamos un fuego crepitando alegremente, lanzando una vacilante luz entre las colosales piedras de la Ciudad Sin Nombre.

Querida Caroline: no he sido tan fiel en mantener este diario como me hubiera gustado. Los acontecimientos presionan.

No hubo ningún nuevo desastre —no te inquietes—, solo el desastre normal de nuestro aislamiento y de las exigencias de la vida primitiva.

Vivimos como los pieles rojas a fin de poder sobrevivir. Mi fiebre ha pasado (para bien, espero), y mi envenenada pierna ha recuperado su sensibilidad e incluso algo de su fuerza. Puedo caminar una cierta distancia solo apoyándome en un bastón, y he empezado a acompañar a Tom Compton y a Avery Keck en sus expediciones de caza, aunque todavía sigo confinado a la amplia extensión del valle. En primavera no debería de tener ningún problema en mantener el paso de la expedición cuando finalmente nos encaminemos al lago Constanza y a casa.

Para cazar nos vestimos con pieles y utilizamos botas de cuero. Cosemos nuestra ropa con agujas de hueso, los restos de nuestras ropas civilizadas los hemos reservado para trapos. Tenemos dos rifles e incluso algo de munición, pero cazamos sobre todo con arco o cuchillo. Tom hace los arcos y las flechas de la madera y el hueso locales, y sigue siendo todavía nuestro único hombre con puntería. El disparo de un rifle, señala,

podría atraer una atención no deseada, y puede que necesitemos las balas en nuestro camino de regreso a casa. Dudo de que los partisanos estén en alguna parte cerca. El invierno debe afectarlos tanto como nos afecta a nosotros. Pero varios de nosotros hemos experimentado de tanto en tanto la sensación de ser observados.

Hemos capturado algunas serpientes de pelo y hemos improvisado unos corrales en unos cimientos en ruinas con un medio techo como abrigo. Sullivan cuida de ellas y se asegura de que tengan suficiente forraje y agua. Ha cambiado de la botánica a la cría de animales, al menos por el momento.

Me siento cada vez más cerca de Sullivan, quizá debido a que nuestras heridas paralelas (mi pierna, su cadera) nos mantuvieron confinados juntos durante varias semanas. A menudo éramos dejados a solas con Diggs o Preston Finch. Finch sigue casi sin hablar, aunque ayuda con las tareas físicas. Sullivan, como contraste, me habla libremente, y yo le hablo casi igual de libremente. Puede que tú te sintieras precavida ante su ateísmo, Caroline, pero es un ateísmo *de principios*, si eso tiene algún sentido.

La otra noche nos fue asignada la última guardia, una buena guardia si no te importa la hora. Mantuvimos el fuego vivo e intercambiamos historias, como de costumbre, hasta que oímos una conmoción en los establos, como llamamos a la semiderrumbada estructura donde mantenemos a los animales. Así que nos echamos nuestras pieles por encima y cojeamos en la fría noche para investigar.

Había estado nevando toda la tarde, y la antorcha de Sullivan arrojaba un resplandor parpadeante en la calle inmaculadamente blanca. Con sus rotas piedras y sus fracturadas paredes cubiertas por la nieve, la Ciudad parece solo temporalmente vacía. Los edificios son iguales entre sí, aunque en distintos estadios de descomposición, y están contruidos de forma idéntica, con enormes bloques de granito encajados sin el auxilio de ningún mortero. Los bloques están perfectamente escuadrados y se hallan dispuestos en grupos de a cuatro, como por un meticuloso niño carente de imaginación.

Puede que los portales hubieran poseído en su tiempo puertas de madera, pero si existieron alguna vez se han podrido hace mucho y han desaparecido. Las aberturas son unas dos veces más altas que la estatura de

un hombre y varias veces más anchas que su corpulencia, pero esto, señala Sullivan, no nos dice virtualmente nada de sus habitantes originales: las puertas de las catedrales son más grandes que las puertas de las chozas de barro, pero los hombres que las cruzan son los mismos. De todos modos, pervive la impresión de alguna raza gigante achaparrada, antediluviana, preadánica.

Hemos colocado una tosca verja de madera de árbol mezquita para retener a nuestras doce serpientes cautivas en su improvisado corral. Normalmente están tranquilas, excepto los habituales eructos y maullidos. Esta noche el ruido era casi continuo, un gemido colectivo, y lo rastreamos hasta debajo del cobertizo de piedras semicaídas, donde uno de los miembros de nuestra pequeña manada estaba dando a luz.

O mejor dicho (vimos cuando nos acercamos) estaba *poniendo sus huevos*. Los huevos brotaban del oscilante abdomen del animal en brillantes racimos, cada huevo aproximadamente del tamaño de una pelota de béisbol, hasta que una gelatinosa masa de ellos quedó depositada sobre un humeante montón de nieve barrida por el viento.

Miré a Sullivan.

—Los huevos se congelarán con este tiempo. Si encendemos un fuego...

Sullivan agitó la cabeza.

—La naturaleza tiene que haber previsto algo —susurró—. Si no, somos demasiado ignorantes para ayudar. Quédese atrás, Guilford. Déjeles sitio.

Y tenía razón. La naturaleza *había* previsto algo, aunque fuera un tanto extraño. Cuando la hembra terminó de poner sus huevos un segundo animal, quizás el macho padre, se aproximó a la perlina masa y, con un movimiento singular de sus seis miembros, metió los huevos que había sobre la nieve a una serie de bolsas alineadas a lo largo de su vientre..., donde, presumiblemente, los incubaría hasta que las crías, tras salir del huevo, pudieran sobrevivir por sí mismas.

Los gemidos y ladridos cesaron al fin, y la pequeña manada volvió a sus asuntos.

Regresamos al calor de nuestro propio refugio. Ocupábamos dos enormes estancias en uno de los edificios menos expuestos, y las habíamos compartimentado y sellado de los elementos con pieles de serpiente y habíamos aislado sus suelos con entramados de una especie de juncos secos. El efecto era alegre, aunque solo fuera en comparación con la fría oscuridad exterior.

Sullivan se mostró pensativo mientras se calentaba las manos y colocaba una marmita llena de nieve a un lado del fuego para preparar un té de raíces.

—Nacen —dijo—, se reproducen, mueren... Guilford, si no evolucionaron, es inevitable que lo hagan en el *futuro*, seleccionadas por la naturaleza, alimentadas por las circunstancias...

—La obra de la mano de Dios, diría Finch. —Puesto que Finch permanecía perpetuamente en silencio, me sentí obligado a ocupar su lugar, aunque solo fuera para mantener a Sullivan interesado.

—Pero ¿qué *significa* eso? —Sullivan se puso en pie, y estuvo a punto de derribar la marmita—. ¡Cómo me hubiera gustado tener una explicación tan maravillosamente completa! Y no lo digo sarcásticamente, Guilford; no me mire de esta forma. Hablo en serio. Contemplar el color de Marte en el cielo nocturno, las serpientes de pelo de seis patas depositar sus huevos en la nieve, y no ver nada más que la mano de Dios..., ¡qué dulcemente simple!

—La verdad es simple —dije, mordaz.

—La verdad es *a menudo* simple. Engañosamente simple. Pero no pondré mi ignorancia en un altar y la llamaré Dios. Suena a idolatría, suena al peor tipo de idolatría.

Lo cual es lo que quiero dar a entender, Caroline, con «ateísmo de principios». Sullivan es un hombre honesto y humilde acerca de sus conocimientos. Procede de una familia cuáquera, e incluso cuando está cansado recurre a la costumbre cuáquera de decir las cosas: *Le diré, Guilford...*

—Esta ciudad —meditó—. Esta cosa que *llamamos* una ciudad, cuando se examina fríamente, no es más que cajas y calles..., no hay fontanería, no

está previsto el almacenaje de comida; no hay hornos, ni graneros, ni templos, ni campos de juego..., esta ciudad es una llave.

—¿A qué? —quise saber.

Me ignoró.

—No la hemos explorado lo suficientemente de cerca. Las ruinas tienen kilómetro y medio de ancho.

—Tom sí lo hizo.

—Brevemente. E incluso Tom admite...

¿Admite qué? Pero Sullivan se estaba sumergiendo en la introspección, y hubiera sido inútil empujarle. Le conocía demasiado bien.

Para muchos de nosotros Darwinia ha sido una prueba de fe. Finch cree que el continente es un patente milagro, pero sospecho que en el fondo desea que Dios hubiera dejado una firma menos ambigua que esas mudas colinas y bosques. Mientras que Sullivan se ve obligado a luchar diariamente con lo milagroso.

Bebimos nuestro té y nos estremecimos bajo nuestras mantas del Ejército. Tom Compton había insistido en que mantuviéramos una guardia nocturna desde el ataque partisano. Dos hombres junto al fuego de medianoche era nuestro mejor esfuerzo. A menudo me preguntaba *qué* vigilábamos exactamente, puesto que otro ataque, de producirse, hubiera abrumado nuestras defensas tuviéramos o no tiempo de despertar a los hombres dormidos.

Pero la ciudad era una forma de provocar cautela.

—Guilford —dijo Sullivan tras un largo silencio—. Cuando duerme, estos días..., ¿sueña?

La pregunta me sorprendió.

—Raras veces —dije.

Pero era una mentira.

Los sueños son triviales, ¿no es así, Caroline?

No creo en los sueños. No creo en el piquete del Ejército que se me aparece, aunque lo vea cada vez que cierro los ojos. Afortunadamente Sullivan no insistió sobre el tema, y permanecimos sentados lo que quedaba de nuestra guardia sin hablar.

A mediados de enero. Un inesperado regalo de nuestra última expedición de caza: gran cantidad de carne para adobo, semillas de invierno, incluso un par de «aves» darwinianas, halcones polilla, criaturas bípedas de correosas alas y sin cerebro, pero cuya carne sabe a cordero, ni más ni menos, jugosa y succulenta. Todo el mundo comió hasta casi reventar excepto Paul Robertson, que está en cama afectado por la gripe. Incluso Finch sonrió su aprobación.

Sullivan sigue hablando de explorar las ruinas, casi está obsesionado por la idea. Y ahora, con nuestras reservas de comida reforzadas y el clima más suave, tiene intención de llevar adelante su plan.

Para ayudarle en su empresa nos ha alistado a Tom Compton y a mí. Partiremos mañana, en una expedición de dos días al corazón de la ciudad.

Espero que sea una buena idea. Para ser honesto, siento un cierto temor.

OceanofPDF.com

Era un invierno desacostumbradamente frío en Londres, más frío que ninguno de los inviernos de Boston que recordaba Caroline. Un invierno de lobos, lo llamó tía Alice. Las embarcaciones con provisiones llegaban con menos frecuencia por el Támesis cubierto de hielo, aunque el puerto hervía con la industria y las chimeneas ennegrecían el cielo. Todos los edificios de Londres añadían su ración de humo de carbón o el tiznajo gris de un fuego de turba o de madera. Caroline se había acostumbrado a tomar un cierto solaz en esos hoscos cielos, un emblema de que todo lo salvaje era mantenido a raya por la civilización. Comprendía ahora lo que era realmente Londres: no un «asentamiento» —¿quién, después de todo, desearía asentarse en este asqueroso y no productivo territorio?—, sino un gesto de desafío hacia una naturaleza intratable.

Finalmente la naturaleza ganaría, por supuesto. Siempre lo hacía. Pero Caroline aprendió a extraer un cierto placer de cada calle pavimentada y de cada árbol talado.

A mediados de enero llegó un vapor con un cargamento de artículos que Jered había pedido el verano anterior. Había enormes rollos de cadena y cuerda, clavos, brea y alquitrán, cepillos y escobas. Jered alquiló un carro del almacén a la tienda cada mañana durante toda una semana, reemplazando todo lo vendido. Finalmente descargó los últimos artículos al almacén y pagó a los descargadores y al conductor del carro, cuyos caballos resoplaban nubecillas de vapor en el ventoso callejón trasero, mientras Caroline y Alice arreglaban las estanterías dentro. Tía Alice trabajaba incansablemente, se limpiaba el polvo de las manos en el delantal, apenas hablaba.

Evitaba los ojos de Caroline. Llevaba así desde hacía meses: fría, desaprobadora, bruscamente educada.

Habían discutido al principio, después del shock del ataque partisano al *Weston*. Alice se negaba a creer que Guilford estaba muerto. Se mostraba firme al respecto.

Caroline sabía simple y llanamente que Guilford había muerto; lo había sabido desde el momento mismo en que Jered le había hablado del *Weston*, aunque aquello no probaba nada; la expedición había sido depositada sana y salva en la orilla río arriba. Pero incluso Jered reconocía que eran una presa fácil para determinados ladrones. Caroline se guardaba sus sentimientos para sí misma, al menos al principio. Pero en su corazón era una viuda mucho antes de que terminara el verano.

Nadie le concedía la verdad. Siempre había esperanzas. Pero pasó septiembre sin ninguna noticia, y las esperanzas disminuyeron con el otoño y se desvanecieron, a todos los efectos prácticos, con el invierno.

Nada se había probado, decía Alice. Eran posibles los milagros.

—Una esposa debería de tener fe —le decía a Caroline.

Pero a veces una mujer no es tan tonta como para creer eso.

El tema no estaba cerrado, no podía cerrarse. Simplemente dejaron de hablar de él; pero teñía todas las conversaciones, arrojaba su sombra sobre la mesa de la cena y se insinuaba en el tictaqueo del reloj. Caroline empezó a vestirse de negro. Alice conservó la ropa de Guilford en el armario del pasillo como una lección de confianza.

Pero algo más que un desacuerdo preocupaba hoy a Alice, pensó Caroline.

Tuvo un indicio antes de terminar el trabajo de la mañana. Alice acudió al mostrador a servir a un cliente y volvió al almacén con la fruncida mirada que significaba que tenía algo desagradable que decir. Miró a Caroline con los ojos entrecerrados, mientras Caroline intentaba no encogerse.

—Ya es lo bastante malo lamentarse —dijo Alice hoscamente—, cuando no sabes de hecho que está muerto. Pero es peor, Caroline, mucho, mucho peor..., terminar con los lamentos.

Y Caroline pensó: *lo sabe*.

No era que importase.

Aquella noche, Jered y Alice fueron al Crown and Reed, el pub local. Cuando estuvo segura de que se habían ido, Caroline escoltó a Lily escaleras abajo y brevemente a la fría calle, hasta casa de una vecina, una tal señora de Koenig, que le cobró un dólar canadiense por ocuparse de la niña y ser discreta al respecto. Caroline le dijo adiós a Lily, luego se abrochó la chaqueta hasta el cuello y se metió en el frío invernal.

Las estrellas se estremecían encima de los helados adoquines. Las farolas de gas arrojaban una descolorida luz sobre las costras de nieve helada. Caroline se apresuró en medio del viento, luchando contra una oleada de culpabilidad. El contagio de su tía, pensó, aquel sentimiento de perversidad. No estaba haciendo nada perverso. No podía hacerlo. Guilford estaba muerto. Su esposo estaba muerto. No tenía esposo.

Colin Watson aguardaba de pie en la esquina de Market y Thames. La abrazó brevemente, luego llamó un taxi. Le sonrió mientras la ayudaba a subir, una sonrisa estéril medio oculta por su ridículo bigote. Caroline supuso que estaba reprimiendo su melancolía natural por ella. Sus manos eran grandes y fuertes.

¿Adónde la llevaría esta noche? A tomar algo, pensó (aunque no al Crown and Reed). A charlar un poco. Eso era todo. Él necesitaba hablar. Estaba pensando en renunciar a su puesto.

Le habían ofrecido un trabajo civil en los muelles. No vivía en el almacén de Jered desde septiembre pasado; había alquilado una habitación en el Empire y estaba solo la mayoría de las noches.

Eso hacía las cosas más fáciles..., una habitación para él solo.

No pudo estar con él durante todo el tiempo que le hubiera gustado. Jered y Alice no debían saber lo que estaba haciendo. O, si lo sabían, tenía que existir al menos una cierta duda, un hueco de incertidumbre que ella pudiera defender.

Pero deseaba quedarse. Colin era gentil con ella, esa especie de gentileza que Guilford nunca había entendido. Colin aceptaba sus silencios y no intentaba abrirlos, como hacía Guilford. Guilford siempre había creído que sus cambios de humor reflejaban algún fracaso de él. Era solícito —

considerado, ciertamente, según sus propias luces—, pero a ella le hubiera gustado poder llorar ocasionalmente sin desencadenar una disculpa.

El teniente Watson, alto y recio pero con cambios de actitud propios, le concedía a Caroline la intimidad de su pesar. Quizá, pensaba ella, así era como un caballero trataba a una viuda. El trastorno del mundo había cuarteado los cimientos de la civilización, pero algunos hombres todavía eran gentiles. Algunos todavía preguntaban antes de tocar. Colin era gentil. A ella le gustaban sobre todo sus ojos. La miraban atentamente incluso mientras sus manos vagaban libres; comprendían; en definitiva, perdonaban. A Caroline le parecía que no había pecado en el mundo que esos tranquilos ojos azules no pudieran redimir.

Se quedó hasta demasiado tarde y bebió más de lo que hubiera debido. Hicieron el amor de una forma ardiente, desesperada. Su teniente la metió en un taxi, cuando ella insistió, una hora más tarde de lo que ella había planeado, pero hizo que el conductor la dejara a una manzana de distancia de Market. No deseaba ser vista saliendo de un cabriolé a aquella hora. De alguna forma, oscuramente, implicaba vicio. Así que caminó tambaleante bajo los dientes del viento antes de reclamar a Lily a la señora de Koenig, que obtuvo de ella otro dólar.

Jered y Alice estaban en casa, por supuesto. Caroline luchó por mantener su dignidad mientras le quitaba el abrigo a Lily y se quitaba el suyo, sin decir nada excepto unas palabras a su hija. Jered cerró su libro y anunció átonamente que se iba a la cama. Salió torpemente de la habitación. También había estado bebiendo.

Pero si Alice lo había hecho, no lo demostró.

—Esa pobre niña necesita dormir —dijo llanamente—. ¿No es así, Lily?

—La meteré en la cama —dijo Caroline—. No parece que lo necesite demasiado. Está dormida de pie, a esta hora. La cama está caliente y te aguarda, Lily. Ven conmigo, amor, ¿quieres?

Lily bostezó su aceptación y se dirigió automáticamente hacia su tía, dejando a su madre indefensa.

—Durmió hasta tarde esta mañana —ofreció Caroline.

—Últimamente no duerme bien. Teme por su padre.

—Yo también estoy cansada —dijo Caroline.

—¿Pero no demasiado cansada para cometer adulterio?

Caroline la miró, esperando no haber oído correctamente.

—Para fornicar con un hombre que no es tu marido —dijo Alice—. ¿Tienes alguna otra palabra para ello?

—Eso no es asunto suyo.

—Quizá debieras buscar otro lugar para dormir. He escrito a Liam a Boston. Te querrá de vuelta a casa tan pronto como podamos conseguirte un pasaje. He tenido que disculparme. En tu nombre.

—No tenía derecho a hacer eso.

—Todo el derecho, creo.

—¡Guilford está muerto! —Era su único contraargumento, y lamentó usarlo de una forma tan apresurada. De alguna forma perdió su gravedad, en aquel salón parcamente calentado.

Alice adoptó una expresión desdeñosa.

—No puedes saberlo.

—Siento su pérdida cada día. *Por supuesto* que lo sé.

—Entonces tienes una forma muy curiosa de llorarlo. —Alice se envaró, sin ocultar su furia—. ¿Quién te dijo que eras especial, Caroline? ¿Fue Liam? Supongo que te trató de esa forma, te rodeó con un muro protector en su gran casa de Boston, la sufriente huérfana. Pero todo el mundo perdió algo aquella noche, algunos más que sus padres..., algunos de nosotros perdimos todo lo que amábamos, todas las personas y todos los lugares, hijos, hijas, hermanos, hermanas, y algunos de nosotros no dispusimos de familiares ricos para que secaran nuestros ojos ni de sirvientes que hicieran cómodas nuestras camas.

—¡Eso es injusto!

—Nosotros no hacemos las reglas, Caroline. Solo las aceptamos o las quebrantamos.

—¡No pienso ser una viuda el resto de mi vida!

—Probablemente no lo serás. Pero si tuvieras algún sentido de la decencia, te lo pensarías dos veces antes de meterte en una aventura con un hombre que ayudó a matar a tu esposo.

—¿No cree que ya ha tenido suficiente?

La voz pareció condensarse del aire de la taberna, humosa, líquida y congraciadora. Pero no era un mensaje que Vale deseara oír. ¿Cómo resumir mejor su respuesta?

Sé sucinto, pensó.

—Por favor, lárguese.

Una figura ocupó el taburete a su lado.

—Esto no está bien, ¿no cree? Aunque en realidad no importa, Elias. Solo estoy aquí para charlar.

Volvió la cabeza con un gruñido.

—¿Le conozco?

El hombre era alto. También iba suave y cuidadosamente vestido, y era apuesto. Aunque quizá no tan apuesto como parecía creer, exhibiendo aquellos grandes dientes blancos como las luces de un faro. Vale supuso que tendría veintidós, veintitrés años..., joven, y demasiado confiado en sí mismo para su edad.

—No, no me conoce. Soy Timothy Crane.

Una mano como de pianista. Largos dedos huesudos. Vale la ignoró.

—Lárguese —repitió.

—Elias, lo siento, pero tengo que hablar con usted, lo quiera o no. —El acento era de Nueva Inglaterra, enloquecedoramente aristocrático.

—¿Quién es usted, uno de los sobrinos Sanders-Moss?

—Lo siento. No tengo ninguna relación con ellos. Pero sé quién es usted. —Crane se le acercó. Peligrosamente. Su aliento hizo hormiguar el

fino vello en el oído derecho de Vale—. Usted es el hombre que habla a los muertos.

—Soy el hombre que querría convencerle a usted de que se largara.

—El hombre que tiene un dios en su interior. Un doloroso y exigente dios. Al menos si se parece al mío.

Crane tenía un taxi aguardando junto a la acera. *Jesucristo, ¿y ahora qué?*, pensó Vale. Tenía la confusa sensación de que los acontecimientos se aceleraban más allá de su comprensión. Dio al conductor la dirección de su casa y se instaló al lado de aquel sonriente mequetrefe.

Había sido un otoño tranquilo, un invierno tranquilo. Los dioses seguían su propia agenda, suponía Vale, y aunque el juego con Eugene Randall todavía no había terminado —habían habido otras dos sesiones, sin ningún efecto visible—, la resolución parecía confortablemente distante. Valle incluso había sustentado la idea de que su dios podía estar perdiendo interés en él.

Al parecer no.

El charlatán señor Crane calló en presencia del conductor. Vale intentó mantenerse sobrio —cuadró los hombros, frunció el ceño y parpadeó— mientras el taxi se arrastraba más allá de las farolas eléctricas, globos de hielo suspendidos en la fría noche. No se suponía que los inviernos de Washington fueran tan crueles.

Finalmente llegaron a la casa de Vale en la ciudad. La calle estaba tranquila, todas las ventanas a oscuras. Crane pagó al conductor, retiró dos enormes maletas del vehículo, las metió por la puerta delantera de la casa de Vale, y las dejó caer insolentemente al lado del paraguero.

—¿Piensa quedarse un tiempo?

—Me temo que sí, viejo amigo.

¿Viejo amigo? Tranquilo, pensó Vale.

—¿De tanto tenemos que hablar?

—De mucho más de lo que imagina. Pero eso puede esperar a la mañana. Supongo que deseará usted una buena noche de sueño, Elias. En realidad no está en condiciones. Podemos hablar de eso cuando ambos

estemos más descansados. ¡No se preocupe por mí! Me enroscaré en el sofá. No hay formalidades entre nosotros.

Y maldita sea si no se estiró en el mueble de terciopelo, aún sonriendo.

—Mire, estoy demasiado cansado para echarlo por la puerta. Si todavía está aquí por la mañana...

—Entonces hablaremos de ello. Espléndida idea.

Vale alzó las manos al cielo y salió de la habitación.

La mañana llegó, para Elias Vale, justo antes del mediodía.

Crane estaba sentado a la mesa del desayuno. Se había duchado y afeitado. Su pelo estaba cuidadosamente peinado. La camisa almidonada. Se sirvió una taza de café.

Vale fue débilmente consciente del rancio olor a sudor que brotaba de sus poros.

—¿Cuánto tiempo imagina que va a quedarse?

—No lo sé.

—¿Una semana? ¿Un mes?

Un encogimiento de hombros.

—Quizá no sea usted consciente de esto, señor Crane, pero vivo solo. Porque me gusta así. No quiero ningún invitado, ni siquiera bajo estas, hum, circunstancias. Y, francamente, nadie me lo preguntó.

—No es su estilo, ¿eh?

El de los dioses, se refería.

—¿Está diciendo que no tengo elección?

—A mí no se me ofreció ninguna. ¿Un brindis, Elias?

Somos dos, pensó Vale. No había anticipado aquello. Aunque, por supuesto, tenía sentido. ¿Pero cuántos individuos más golpeados por el dios había ahí fuera recorriendo las calles? ¿Cientos? ¿Miles?

Cruzó las manos.

—¿*Por qué* está usted aquí?

—La eterna cuestión, ¿eh? No estoy seguro de saberlo. Todavía no, al menos. Apuesto a que se supone que tiene que presentarme usted por ahí.

—¿Como qué, como mi sodomita?

—Primo, sobrino, hijo ilegítimo...

—¿Y luego?

—Luego haremos lo que se nos ha dicho, cuando llegue el momento. — Crane dejó el cuchillo de la mantequilla—. Honestamente, Elias, tampoco es mi elección. Y sospecho que es temporal. Sin ánimo de ofender.

—Sin ánimo de ofender, espero que así sea.

—Mientras tanto tendremos que hallar una cama para mí. A menos que desee usted que mi equipaje obstruya su vestíbulo. ¿Recibe clientes aquí?

—A menudo. ¿Cuánto sabe usted sobre mí, de todos modos?

—Un poco. ¿Cuánto sabe *usted* sobre mí?

—Absolutamente nada.

—Ah.

Vale hizo un último intento desesperado:

—¿No hay algún hotel en la ciudad...?

—No que *ellos* quieran. —Sonrió de nuevo—. Para lo mejor o para lo peor, parece que nuestros destinos están muy unidos.

Lo más sorprendente fue que Vale se acostumbró a que Crane usara su habitación del desván, al menos de la forma en que uno se acostumbra a un dolor de cabeza crónico. Crane era un huésped considerado, más meticuloso que Vale acerca de la limpieza, atento a no interrumpir cuando Vale tenía clientes de pago. Insistió en ser llevado al salón de Sanders-Moss y ser presentado como el «primo» de Vale, un financiero. Afortunadamente, Crane parecía poseer un genuino conocimiento de los asuntos bancarios y de Wall Street, casi como si hubiera sido educado allí. Y quizás así fuera. Era vago acerca de su pasado, pero aludía a conexiones familiares.

En cualquier caso, justo en aquellos momentos la conversación en la mesa de Sanders-Moss derivaba hacia la pérdida de la expedición Finch y las perspectivas de guerra. Los periódicos de Hearst habían estado pidiendo la guerra con Inglaterra, afirmaban poseer pruebas de que Inglaterra estaba proporcionando armas a los partisanos, los cuales eran considerados al menos indirectamente responsables de las pérdidas de vidas

norteamericanas. Un tema que a Vale no le importaba absolutamente nada, aunque al parecer su dios sí sentía interés.

Cuando estaban juntos en la casa de la ciudad intentaban ignorarse el uno al otro. Cuando hablaban —generalmente después de que Vale hubiera tomado una copa— lo hacían sobre sus respectivos dioses.

—No es solo amenazador —dijo Vale. Era otra fría noche, atrapado dentro de casa con Crane como compañía, con un fuerte viento resonando en las ventanas. Whisky de Tennessee. *Timor mortibus conturbat me*—. Prometió que viviría. Quiero decir que viviría... para siempre.

—La inmortalidad —dijo Crane calmadamente, pelando una manzana con un cuchillo de cocina.

—¿Usted también?

—Oh, sí. Yo también.

—Usted... ¿cree?

Crane le miró interrogadoramente.

—Elias. ¿Cuándo fue la última vez que se cortó afeitándose?

—¿Eh? No puedo recordar...

—¿Hace mucho tiempo?

—Hace mucho tiempo —admitió Vale—. ¿Por qué?

—¿Apendicitis, gripe, tuberculosis? ¿Huesos rotos, dolor de muelas, padrastrós?

—No, pero..., ¿qué está diciendo?

—Ya conoce la respuesta, Elias. Simplemente no tiene el valor de comprobarla en sí mismo. ¿No se ha sentido nunca tentado, ante el espejo, con la navaja en la mano?

—No tengo ni la menor idea de lo que quiere decir.

Crane abrió su mano izquierda sobre la mesa y clavó con fuerza el cuchillo a través de ella. La hoja crujió al partir los pequeños huesos antes de clavarse en la mesa. Vale retrocedió impresionado y parpadeó.

Crane hizo una mueca, muy breve. Luego sonrió. Hizo presión contra el mango del cuchillo y extrajo la hoja de su mano. Una gota de sangre brotó de la herida. Solo una. Crane la secó con una servilleta.

La piel debajo era lisa, rosada, sin la menor señal.

—Cristo —susurró Vale.

—Lamento haber estropeado la mesa —dijo Crane—. Pero ya ha visto usted lo que quiero decir.

OceanofPDF.com

Del diario de Guilford Law:

Disculpa mi letra. El fuego calienta pero no arroja mucha luz útil. Caroline, pienso que estás leyendo esto y siento algo de consuelo ante el pensamiento. Espero que estés caliente allá donde estés.

Aquí estamos relativamente calientes, según los estándares a los que nos hemos acostumbrado..., quizá demasiado calientes. Innaturalmente calientes. Pero déjame explicarme.

Partimos esta mañana en nuestra cojeante expedición al corazón de las ruinas, Tom Compton, el doctor Sullivan y yo. Nuestro aspecto debía de ser más bien cómico (Diggs ciertamente parecía creerlo así), los tres envueltos en pieles de serpiente, blancos como vilanos de amargón, dos de nosotros cojeando (de piernas opuestas), con provisiones para cuatro días apiladas sobre un trineo tirado por una gruñente serpiente. Una «caza de pájaros», llama Digby a este pequeño viaje.

En cualquier caso, ignoramos las pullas, y pronto nuestro animal nos había llevado hasta lo más profundo de las ruinas, al opresivo silencio de la ciudad. No puedo transmitirte, Caroline, lo extraño de este misterioso lugar, sus estructuras como losas tan uniformemente dispuestas y extendidas hasta lo lejos. La nieve, mientras avanzábamos hacia el sudoeste bajo un soleado cielo, brillaba crujiendo debajo del trineo. Pero el bajo ángulo del sol en esta época del año hacía que viajásemos muy a menudo por la sombra, descendiendo por amplias avenidas envueltas en melancolía invernal.

Tom Compton conducía la serpiente de pelo por su brida de cuerda. El hombre de la frontera no se sentía inclinado a hablar, así que yo iba detrás con el doctor Sullivan, con la esperanza de que el sonido de una voz humana pudiera disipar la melancolía de esas inmensas calles repetitivas. Pero la melancolía había afectado a Sullivan también.

—Hemos estado suponiendo que la ciudad fue construida por seres inteligentes —dijo—. Tal vez no sea así.

Le pedí que se explicara.

—Las apariencias son engañosas. ¿Ha visto usted alguna vez un termitero africano? Es una estructura elaborada, a menudo más alta que un hombre. Pero el único arquitecto es la propia evolución. ¿O ha pensado en la regularidad y complejidad de una colmena?

—¿Está diciendo usted que puede que estemos en el interior de algún tipo de colmena de unos insectos desconocidos?

—Lo que estoy diciendo es que aunque esas estructuras son evidentemente artificiales, la uniformidad de tamaño y presumiblemente de función son pruebas en contra de un constructor *humano*.

—¿Qué tipo de insectos tallan bloques de granito del tamaño del monumento a Washington?

—No puedo imaginarlo. Peor aún, no tiene precedentes. Nadie ha informado nunca de nada semejante. Quien fuera o lo que fuera que construyó esta ciudad, parece que no dejó progenie y no tuvo antecedentes obvios. Es casi una creación separada.

Esto encajaba demasiado con mis propios pensamientos. Pese a toda su extrañeza, Darwinia posee su propia belleza: prados cubiertos de verde musgo, bosquecillos de pinos salvia, mansos ríos. Las ruinas no tienen nada de ese encanto. Durante interminables horas recorrimos las absolutamente regulares calles de la ciudad, con el sol formando un ángulo bajo detrás de los monolitos de cuarteada piedra. La nieve delante de nosotros era absolutamente virgen, sin huellas. Ni Sullivan ni yo pensamos dos veces en aquello hasta que Tom apuntó su peculiaridad. En los cuatro o cinco días desde la última nevada ningún animal había dejado sus huellas allí, ni ninguna criatura volante, ni siquiera los halcones polilla. Los halcones polilla eran comunes en aquellas partes; auténticas bandadas de ellos

anidaban en las estructuras en ruinas en el borde de la ciudad. (Una caza fácil, si uno se siente con ganas de variar un poco su dieta. Basta deslizarse hacia una manada en pleno descanso nocturno con una antorcha; la luz los atonta; un hombre puede matar a seis o siete de ellos con un palo antes de que reaccionen y huyan volando). Pero no aquí. De acuerdo, hay muy poca comida en las profundidades de esas madrigueras de piedra. De todos modos, la ausencia de vida parece ominosa. Altera los nervios, Caroline, y admito que a medida que transcurría la tarde y las sombras se alargaban los tres teníamos los nervios crispados, listos para saltar a la más ligera conmoción.

No es que se produjera ninguna conmoción. Solo el crujir del oculto hielo, el suave derrumbe de la nieve ablandada por el sol. Con el anochecer establecimos nuestro campamento, sin ser molestados. Dice mucho del tamaño de este lugar el que todavía no hayamos alcanzado lo que Sullivan calcula que tiene que ser el centro de la ciudad. Llevábamos leña con nosotros, ramas de árbol mezquita, densas pero huecas y no especialmente pesadas; las usamos para encender un fuego en una de las estructuras con un techo más o menos intacto. No podíamos esperar el calentar el catedralicio interior, pero estábamos protegidos del viento y podíamos acurrucarnos en un rincón resguardado.

En cualquier caso se está más caliente aquí que en el perímetro. Sullivan señala que el suelo de piedra es más cálido de lo que puede explicar, casi lo bastante cálido como para fundir el hielo, quizá debido a un manantial subterráneo o alguna otra fuente de calor natural. Tom Compton rompió su silencio el tiempo suficiente para decirnos que una noche clara, mientras acampaba en las colinas tras una caza de serpientes, había visto un extraño resplandor verdeazulado brillar en las profundidades de la ciudad. Alguna especie de vulcanismo quizás, aunque Sullivan dice que la geología es errónea. No hemos visto ninguna señal de nada de aquello.

Debería añadir que Tom Compton, de ordinario el más firme de los pragmáticos, parece más nervioso que Sullivan o incluso que yo. Esta noche dijo algo peculiar mientras yo registraba esta entrada..., la murmuró, inclinado tan intensamente sobre el fuego que me preocupó que una brasa pudiera prender en su revuelta y recia barba:

—Soñé con este lugar —dijo.

No se explicó, pero sentí un estremecimiento pese al fuego. Porque, Caroline, yo he soñado también con este lugar, he soñado profundamente con él en los febriles sueños del otoño, cuando el veneno estaba todavía circulando por mi cuerpo y no podía distinguir el día de la noche... *Yo también soñé con la ciudad*, y no sé lo que eso significa.

... y soñé de nuevo la otra noche.

Pero tengo más que eso que contarte, Caroline, y no mucho tiempo. Nuestras provisiones son limitadas y Sullivan insiste en que usemos cada momento tan económicamente como sea posible. Así que te contaré con las palabras más llanas y directas lo que encontramos.

La ciudad no es tan solo una cuadrícula. Tiene un centro, como Sullivan sospechaba. Y en el centro no hay una catedral o una plaza de mercado sino algo absolutamente extraño.

Llegamos al edificio esta mañana. En sus tiempos tuvo que ser visible desde una gran distancia, pero la erosión lo ha camuflado. (Dudo que ni siquiera Finch pueda negar que esas ruinas son terriblemente antiguas). Hoy la estructura está rodeada por un campo de sus propios escombros. Enormes bloques de piedra, algunos pulidos como recién salidos de la cantera, otros desgastados en un grotesco cúmulo de ángulos, impedían nuestro progreso. Dejamos el trineo detrás y avanzamos por los laberínticos pasadizos creados por el azar y los elementos hasta que hallamos el núcleo del edificio central.

Alzándose de su lecho de cascotes hay un negro domo basáltico, abierto aproximadamente en una cuarta parte de su periferia. La bóveda del domo tiene al menos sesenta metros de alto en su ápice y es tan ancha como una manzana de la ciudad. Las secciones que aún no se han roto son lisas, casi sedosas, elaboradas con una técnica que Sullivan no puede identificar.

Una bruma perpetua envuelve el domo, y este es quizá el motivo de que ninguno de nosotros lo haya visto desde las laderas del valle. Nieve y hielo fundidos, supuso Sullivan, calentados desde abajo. Incluso en el campo de escombros el aire era apreciablemente cálido, y la nieve no se había

acumulado en el domo en sí. Debía de estar muy por encima del punto de congelación del agua.

Los tres nos quedamos contemplando mudos la escena. Lamenté mi perdida cámara. ¡Qué placa hubiera sacado de aquello! *Las desoladas ruinas alpinas del interior de Europa*. Caroline, hubiéramos podido vivir durante un año de una fotografía como esa.

Ninguno expresamos nuestros pensamientos. Quizá parecían demasiado fantásticos. Ciertamente, los míos sí. Recordaba de nuevo los relatos de aventuras de E. R. Burroughs, con sus cavernas volcánicas y sus hombres-bestias adorando antiguos dioses.

(Sé que desapruebas mis hábitos de lectura, Caroline, ¡pero las fantasías del señor Burroughs están demostrando ser una auténtica Guía del Viajero de este continente! Todo lo que falta es una princesa adecuada, y una espada para que yo la enarbole). Regresamos al trineo, dimos de comer a nuestra serpiente, reunimos todas las provisiones que pudimos cargar y regresamos al domo. Sullivan estaba excitado como nunca lo he visto; tenía que ser contenido para que no se lanzara alocadamente hacia el lugar. Instalamos el campamento justo más allá del borde del domo y obviamente se siente frustrado de que no hayamos ido más allá..., pero hay una gran cantidad de territorio bajo esta pendiente de piedra pulida, todo él sembrado de rocas, y francamente es un poco inquietante tener toda esa masa de granito sin ningún apoyo gravitando sobre nuestras cabezas.

El interior estaba casi completamente a oscuras, de todos modos —el sol había descendido más allá de un dentado grupo de ruinas—, y nos vimos obligados a encender un apresurado fuego antes de perder enteramente la luz.

Recibimos la noche con una mezcla de excitación y aprensión, acurrucados sobre nuestro fuego como visigodos en un templo romano. No se puede ver nada más allá del círculo de luz de nuestro fuego excepto su parpadeante reflejo sobre la alta circunferencia interior de la bóveda.

No, eso no es enteramente cierto. Sullivan ha llamado nuestra atención hacia otra luz, más débil todavía, cuya fuente debe de estar muy profunda dentro de esa estructura cegada por los cascotes. Un fenómeno natural,

espero, aunque la sensación de *otra presencia* es lo bastante grande como para poner los pelos de punta.

De todos modos, no hay suficiente luz para seguir escribiendo. No sin arriesgarme a la ceguera. Mañana seguiré.

Aquí termina el diario.

—Un poco más de cuerda, por favor, Guilford.

La voz de Sullivan brotó de las profundidades como sustentada por sus propios ecos. Guilford cedió unos cuantos palmos más de cuerda.

La cuerda había sido uno de los pocos objetos útiles rescatados del ataque del pasado verano. Aquellos dos rollos de fibra de cáñamo habían salvado más de una vida, habían proporcionado arneses para los animales, tirantes para las tiendas, un millar de cosas útiles. Pero la cuerda era solo una precaución.

En el centro de la ruina en forma de domo habían encontrado una abertura circular de quizá cincuenta metros de diámetro, con el borde tallado en una espiral de escalones de piedra, cada uno de tres metros de ancho. La llana escalera estaba intacta, con sus contornos suavizados por siglos de erosión. Una corriente de agua cortaba el borde sur del pozo, caía, se convertía en vapor, se mezclaba con las profundidades ocultas por la bruma. La débil luz del día les llegaba desde arriba, un suave y frío resplandor brotaba desde abajo. *El corazón de la ciudad*, pensó Guilford. Cálido y aún latiendo débilmente.

Sullivan deseaba explorarlo.

—El descenso no ofrece ningún peligro —dijo—. El paso está intacto y evidentemente está previsto para ser recorrido a pie. No corremos más peligro aquí que ahí fuera en medio del frío.

Tom Compton se acarició su barba húmeda por el rocío.

—Es usted más estúpido de lo que creía —dijo— si pretende bajar ahí.

—¿Qué sugiere *usted*? —Sullivan se dio la vuelta para enfrentarse al hombre de la frontera. Estaba más furioso de lo que Guilford lo había visto nunca, su rostro tenía un color rojo ladrillo—. ¿Que regresemos a nuestro pequeño y patético campamento y recemos por la llegada de un tiempo más

benigno? ¿Que nos arrastremos hacia el norte hasta el Bodensee cuando llegue la primavera, a menos que el frío nos mate primero, o los partisanos, o la Rheinfelden? ¡*Maldita sea*, Tom, esta puede que sea nuestra única oportunidad de *averiguar* algo sobre este lugar!

—¿De qué sirve averiguar algo —preguntó el hombre de la frontera— si se lo lleva usted a la tumba?

Sullivan se dio burlonamente la vuelta.

—¿De qué sirve entonces la amistad, o el amor, o la propia vida? ¿Qué *no se lleva* usted a la tumba?

—No planeaba llevarme a la tumba nada de aquí —dijo Tom—. Al menos todavía no.

Desenrolló la cuerda de entre sus manos.

No será tan malo a la luz del día, pensó Guilford, y había luz del día allí, a través de la brecha en la bóveda del domo, por débil que fuera. En cualquier caso, la cuerda era un elemento tranquilizador. Prepararon arneses para atarse entre sí. La bajada podía ser suave, pero la piedra era resbaladiza por la humedad, un resbalón podía convertirse en una caída, y no había forma de decir hasta dónde llegaba el descenso en medio de la bruma. Por debajo del nivel del suelo el límite de visibilidad era unos escasos metros. La caída de una piedra devolvía ecos inciertos.

Sullivan fue primero, a causa de su pierna mala. Luego Guilford, a causa de la suya. El hombre de la frontera seguía el último. El camino en espiral era lo bastante ancho como para que Guilford pudiera evitar el mirar directamente a las brumosas profundidades del pozo.

No podía adivinar para qué había sido construido aquel pozo o quién podía haber recorrido aquel mismo camino en épocas pasadas. Como tampoco hasta dónde podían descender en aquella caverna calentada por la lava o un resplandeciente submundo. ¿Habían usado los aztecas pozos para sus sacrificios humanos? Ciertamente, nada muy *bueno* podía haber ocurrido en las profundidades de aquella conejera.

Sullivan ordenó un alto cuando hubieron descendido, según las estimaciones de Guilford, unos treinta metros o más. El borde superior del

pozo era ahora tan invisible como el fondo, ambos ocultos por las ascendentes espirales de bruma. Sullivan jadeaba como si le faltara el aire, pero sus ojos brillaban en aquella apagada y extraña radiación.

Guilford se preguntó en voz alta si no habrían ido ya lo bastante lejos.

—No se ofenda, doctor Sullivan, pero ¿qué espera exactamente encontrar ahí?

—La respuesta a un centenar de preguntas.

—Es algún tipo de pozo o cisterna —dijo Guilford.

—¡Abra los ojos, por el amor de Dios! Un pozo es precisamente lo que no es. En todo caso, fue diseñado para mantener fuera las aguas subterráneas. ¿Cree usted que esas piedras *crecieron* aquí? Los bloques están tallados y las juntas cementadas..., no sé cuál es el material empleado, pero está notablemente bien conservado. En cualquier caso, nos hallamos ya por debajo de la tabla de agua. Esto no es un *pozo*, señor Law.

—¿Qué es entonces?

—Sea cual sea su finalidad, práctica o ceremonial, tuvo que ser importante. El domo es un indicador, y supongo que este pasadizo está previsto para acomodar una gran cantidad de tráfico.

—¿Tráfico?

—Los constructores de la ciudad.

—Pero se extinguieron —dijo Guilford.

—Eso es lo que usted espera —murmuró el hombre de la frontera desde detrás.

Pero no había ningún final al descenso, solo aquella espiral de piedra girando monótonamente en la bruma teñida de azul, hasta que incluso Sullivan admitió que estaba demasiado cansado para seguir.

—Necesitamos más hombres —dijo al fin.

Guilford se preguntó en quién pensaba. ¿Keck? ¿Robertson? ¿Digby con su único brazo útil?

Tom alzó la vista hacia el lugar por donde habían venido, ahora una incolora opacidad.

—No deberíamos esperar a regresar. La luz del día se irá pronto..., lo que quede de ella. —Lanzó una mirada crítica a Sullivan—. Cuando haya recuperado el aliento...

—No se preocupe por mí. ¡Vayamos! Orden inverso. Yo iré detrás.

Estaba pálido y empapado en sudor.

El hombre de la frontera se encogió de hombros y dio media vuelta. Guilford siguió a Tom, pidiendo un alto cada vez que la cuerda entre él y Sullivan se tensaba. Lo cual ocurría a menudo. La respiración del botánico era audible a una distancia considerable ahora, y se hacía más afanosa a medida que subían. Al cabo de poco tiempo Sullivan empezó a toser. Tom miró hacia atrás y frenó la ascensión a casi un arrastrarse.

La bruma había empezado a espesarse. Guilford perdió de vista la pared del otro lado, cuyos escalones de piedra desaparecían detrás de una girante cortina de vapor. La cuerda servía a un propósito ahora, puesto que incluso las amplias espaldas de Tom Compton se veían imprecisas en la bruma.

Con la pérdida de puntos visibles de referencia llegó la desorientación. No podía calcular hasta dónde habían llegado ni cuánta ascensión faltaba todavía. *No importa*, se dijo firmemente. *Cada paso es un paso más cerca*. Su pierna mala había empezado a dolerle, un dolor perverso que corría como un tenso cable del tobillo hasta la rodilla.

No hubiéramos debido bajar tanto, pensó Guilford, pero el entusiasmo de Sullivan había sido contagioso, la sensación de alguna inmensa revelación que les aguardaba si tan solo podían alcanzarla. Se detuvo un momento, cerró los ojos, sintió el helado aire que fluía más allá de él como un río. Olió los aromas minerales del granito y de la niebla. Y algo más. Almizcleño, extraño.

—¡Guilford!

La voz de Tom. Guilford alzó la vista avergonzado.

—Vigile dónde pone el pie —dijo el hombre de la frontera.

Estaba en el borde de la placa de piedra. Otro paso y podía haber caído.

—Mantenga la mano izquierda apoyada contra la pared. Usted también, Sullivan.

Sullivan apareció a la vista y asintió sin palabras. Era una sombra, un aparecido, un delgado espíritu.

Guilford tanteaba su camino detrás del hombre de la frontera cuando la cuerda en su cintura dio un brusco tirón. Pidió un alto y se dio la vuelta.

—¿Doctor Sullivan?

Ninguna respuesta. La cuerda se mantuvo tensa. Cuando miró hacia atrás solo vio bruma.

—Doctor Sullivan..., ¿está usted bien?

Ninguna respuesta, solo el anclaje del peso.

Tom Compton apareció surgido de la bruma. Guilford retrocedió, destensando la cuerda, y miró en la bruma en busca de algún signo de Sullivan.

Halló al botánico tendido en la amplia losa del escalón de granito, boca abajo, con una mano apoyada todavía en la húmeda pared de roca.

—¡Oh, Cristo! —Tom se dejó caer de rodillas. Dio la vuelta a Sullivan y buscó su pulso en la muñeca.

—Respira —dijo el hombre de la frontera—. Más o menos.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Tiene la piel fría y está anormalmente pálido. ¡Sullivan! ¡Despierte, hijo de puta! ¡Tenemos trabajo que hacer!

Sullivan no se despertó. Su cabeza colgaba flácida hacia un lado. Un hilillo de sangre escapó de una de sus fosas nasales. *Parece encogido*, pensó Guilford. *Como alguien a quien le han vaciado todo el aire.*

Tom tomó su mochila y la colocó debajo de la cabeza del botánico.

—Jodido testarudo, es incapaz de frenar su marcha ni siquiera por su vida...

—¿Qué hacemos ahora?

—Déjeme pensar.

Pese a todos sus esfuerzos, Sullivan no se despertó.

Tom Compton se balanceó sobre sus talones durante un tiempo, profundamente sumido en sus pensamientos. Luego volvió a echarse la mochila al hombro y se soltó la cuerda del arnés.

—Al infierno con ello. Mire, traeré mantas y comida del trineo para ustedes dos. Usted se quedará con él; yo iré en busca de ayuda.

—Está empapado y casi helado, Tom.

—Se helará más aprisa al aire libre. Moverlo puede que signifique matarlo. Deme un día para alcanzar el campamento, otro para regresar aquí con Keck y Farr. Farr sabrá qué hacer. Usted estará bien..., Sullivan no lo sé, el pobre hijoputa. —Frunció el ceño ferozmente—. Pero quédese con él, Guilford. No lo deje solo.

Puede que no despierte, pensó Guilford. Puede que muera. Y entonces yo estaré solo, en este agujero en el suelo olvidado de la mano de Dios.

—Me quedaré.

El hombre de la frontera asintió secamente.

—Si muere, espéreme. Estamos lo bastante cerca de la entrada, debería poder distinguir la noche del día. ¿Comprende? Sobre todo mantenga la jodida calma.

Guilford asintió.

—De acuerdo. —Tom se inclinó sobre la forma inconsciente de Sullivan con una ternura que Guilford jamás había visto en él, apartó un mechón de pelo gris de la empapada frente del botánico—. ¡Resista, viejo peleón! Maldito *explorador*.

Guilford tomó las mantas que le trajo Tom y preparó una tosca cama para proteger a Sullivan del aire frío y de la fría piedra. Comparada con la atmósfera del exterior la temperatura del pozo era casi balsámica, por encima del punto de congelación; pero la bruma atravesaba las ropas y helaba la piel.

Cuando Tom hubo desaparecido en la bruma Guilford se sintió profundamente solo. No tenía ninguna compañía excepto sus pensamientos y la lenta y afanosa respiración de Sullivan. Se sintió a la vez hastiado y casi presa del pánico. Se dio cuenta de que deseaba estúpidamente algo para leer. La única materia de lectura que había sobrevivido al ataque de los partisanos era el Nuevo Testamento de Bolsillo de Digby, y Diggs jamás había aceptado desprenderse ni por un momento de su posesión. Diggs

pensaba que el libro de hojas de papel cebolla le había salvado la vida: era su amuleto de la buena suerte. El ejemplar de *Argosy* se había perdido hacía mucho.

Si es que una persona *podía* leer, en aquella oscuridad color arsénico.

Supo que había llegado la noche cuando la luz sobre su cabeza desapareció por completo y el húmedo aire adquirió una más profunda y más venenosa tonalidad verde. Diminutas partículas de polvo y hielo brotaban de las profundidades, como diatomeas en una corriente oceánica. Arregló las mantas alrededor del doctor Sullivan, cuya respiración se había vuelto rasposa como el movimiento de una sierra en la madera húmeda de un pino, y encendió una de las dos antorchas de árbol mezquita que Tom Compton había dejado para él. Sin una manta para él, Guilford se puso a temblar incontrolablemente. Se puso en pie cada vez que notó que se le entumecían los pies, manteniendo siempre cautelosamente una mano en la pared de roca. Encajó la antorcha en un hueco entre unas rocas sueltas y se calentó las manos en la baja llama. La madera de árbol mezquita, empapada en sebo de serpiente de pelo, ardería durante seis u ocho horas, aunque no brillantemente.

Tuvo miedo de dormirse.

En el silencio fue capaz de oír sutiles ruidos: un distante retumbar, a menos que fuera el pulso de su propia sangre, amplificado en la oscuridad. Recordó una novela de H. G. Wells, *La máquina del tiempo*, y sus subterráneos morlocks, con sus brillantes ojos y sus terribles hambres. No fue un recuerdo agradable.

Habló con Sullivan para pasar el tiempo. Puede que Sullivan estuviera escuchando, pensó, aunque sus ojos estaban firmemente cerrados y la sangre seguía manando perezosamente de su nariz. Periódicamente Guilford mojaba una punta de su camisa en un gotear de agua de la fusión del hielo y lo utilizaba para limpiar la sangre del rostro de Sullivan. Hablaba con cariño de Caroline y Lily. Hablaba de su padre, muerto a palos durante los disturbios del pan en Boston cuando intentó entrar testarudamente en su imprenta, como había hecho cada día de trabajo a lo largo de toda su vida adulta. Estúpido valor, Guilford deseó tener algo de él.

Deseó que Sullivan despertara. Poder contarle algunas historias. Plantearle sus teorías de una antigua Darwinia evolucionada; martillar lo milagroso con el frío acero de la razón. *Espero que tenga usted razón sobre eso*, pensó Guilford. *Espero que este continente no sea algún sueño o, peor aún, una pesadilla. Espero que las cosas antiguas y muertas permanezcan antiguas y muertas.*

Deseó tener algo caliente para comer y la perspectiva de un baño. Y una cama, y Caroline en ella, los cálidos contornos de su cuerpo bajo una sábana de algodón blanca como la nieve. No le gustaban esos ruidos de las profundidades, o la forma en que ascendía el sonido, con reflujos como una imposible marea.

—Espero que no se muera usted, doctor Sullivan. Sé cómo odiaría abandonar todo esto sin comprender nada de lo que ocurre. Aunque no es una tarea fácil, ¿verdad?

Sullivan dejó escapar un profundo y convulsivo suspiro. Guilford bajó la vista y le sorprendió ver que el botánico tenía los ojos abiertos.

Sullivan le miró fijamente... o miró *a través* de él, era difícil decirlo. Una de sus pupilas estaba grotescamente dilatada, con el blanco orlado de sangre.

—No moriremos —jadeó Sullivan.

Guilford luchó con un repentino impulso de retroceder.

—¡Hey! —dijo—. ¡Doctor Sullivan, quédese quieto! No se excite. Estará bien, simplemente relájese. La ayuda está en camino.

—¿No le dijo él eso? ¿No le dijo Guilford a Guilford que Guilford no moriría?

—No intente hablar. —*No hable*, pensó Guilford, *porque me está asustando mortalmente.*

Los labios de Sullivan se curvaron en una mueca sesgada, horrible de contemplar.

—Usted los ha visto en sus sueños...

—Por favor, no, doctor Sullivan...

—Verdes como cobre viejo. Con espinas en sus vientres... *Devoran sueños. ¡Lo devoran todo!*

De hecho las palabras despertaron un acorde, pero Guilford rechazó el recuerdo. Lo importante ahora era no sumirse en el pánico.

—¡Guilford! —La mano de Sullivan se adelantó bruscamente para aferrar la muñeca de Guilford, mientras la derecha se cerraba reflexivamente en el vacío aire—. ¡Este es uno de los lugares donde termina el mundo!

—Está diciendo insensateces, doctor Sullivan. Por favor, intente dormir. Tom volverá pronto.

—Usted murió en Francia. Usted murió luchando contra los boches. Nada menos.

—No me gusta decirlo, pero me está asustando, doctor Sullivan.

—¡No puedo morir! —insistió Sullivan.

Luego gruñó algo, y todo el aliento escapó explosivamente de él.

Al cabo de un rato Guilford cerró los ojos del cadáver.

Permaneció sentado junto al doctor Sullivan varias horas más, canturreando átonamente, aguardando lo que fuera que iba a subir de la oscuridad para reclamarle.

Poco antes del amanecer, agotado, se quedó dormido.

¡Desean tanto salir!

Guilford puede captar su furia, su frustración.

No tiene nombre para ellos. Ni siquiera existen. Están atrapados entre idea y creación, incompletos, semisintientes, anhelando la encarnación. Físicamente son débiles formas verdes, más grandes que un hombre, acorazadas, espinosas, con enormes fauces que se abren y cierran en silenciosa furia.

Estaban confinados allí después de la batalla.

El pensamiento no es suyo. Guilford se gira, ingrátido. Está flotando en las profundidades del pozo, pero no sobre agua. El propio aire es radiante a su alrededor. De alguna forma, esta luz no creada es a la vez aire y roca y yo.

El piquete flota a su lado. Un hombre alto y delgado con uniforme del ejército de los Estados Unidos. La luz fluye a su través, brota de él. Es el soldado de los sueños de Guilford, un hombre que puede ser su gemelo.

¿Quién es usted?

Usted mismo, responde el piquete.

Eso no es posible.

Parece que no. Pero lo es.

Incluso la voz es familiar. Es la voz con la que Guilford se habla a sí mismo, la voz de sus pensamientos íntimos.

¿Y qué son esos? Se refiere a las criaturas confinadas. ¿Demonios?

Puedes llamarlos así. Puedes llamarlos monstruos. No tienen más ambición que ser. Ser en definitiva todo lo que existe.

Guilford puede ver más claramente ahora. Sus escamas y garras, sus varios brazos, sus restallantes dientes.

¿Animales?

Mucho más que animales. Pero eso también, dada una posibilidad.

¿Tú los confinaste aquí?

Lo hice. En parte. Con la ayuda de otros. Pero el confinamiento es imperfecto.

No sé qué significa eso.

¿Ves cómo tiemblan al borde de la encarnación? Pronto adoptarán forma física de nuevo. A menos que los confinemos para siempre.

¿Confinarles?, pregunta Guilford. Ahora tiene miedo. Tanto de todo aquello desafía su comprensión. Pero puede captar la enorme presión desde abajo, el terrible deseo frustrado y almacenado durante eones, aguardando estallar.

Los confinaremos, dice calmadamente el piquete.

¿Nosotros?

Tú y yo.

Las palabras son chocantes. Guilford capta el imposible peso de la tarea, tan inmensa como la luna. ¡No comprendo nada de esto!

Paciencia, hermanito, *dice el piquete, y lo alza, a través de la fantasmagórica luz, a través de la bruma y el calor de la casi encarnación, como un ángel en un raído uniforme del ejército, y mientras asciende su carne se funde en el aire.*

Tom Compton gravitaba sobre él, con una antorcha en la mano.

Me levantaría si pudiera, pensó Guilford. Si no hiciera tanto frío en aquel lugar. Si su cuerpo no estuviera rígido en un millar de sitios. Si pudiera ordenar sus aturcidos pensamientos. Tenía algún mensaje vital que impartir, un mensaje sobre el doctor Sullivan.

—Murió —dijo Guilford. Eso era todo. El cuerpo de Sullivan estaba tendido a su lado, bajo una manta. El rostro de Sullivan estaba pálido e inmóvil a la luz de la linterna—. Lo siento, Tom.

—Lo sé —dijo Tom—. Hizo usted un buen trabajo quedándose con él. ¿Puede caminar?

Guilford intentó apoyarse sobre sus pies pero solo consiguió golpearse la cadera con un saliente de piedra.

—Apóyese en mí —dijo el hombre de la frontera.

Se sintió alzado de nuevo.

Resultaba difícil permanecer despierto. Su torpe cuerpo deseaba que cerrara los ojos y descansara.

—Encenderemos un fuego cuando hayamos salido de este agujero —le dijo el hombre de la frontera—. Parece que va usted mejor.

—¿Cuánto tiempo ha sido?

—Tres días.

—¿Tres?

—Hubo problemas.

—¿Quién está con usted?

Habían alcanzado el borde del pozo. El interior del domo estaba impregnado por una acuosa luz diurna. Una delgada figura aguardaba, apoyada contra una losa de roca, con la capucha de lona echada sobre su rostro. La bruma oscurecía sus rasgos.

—Finch —dijo Tom—. Finch vino conmigo.

—¿Finch? ¿Por qué Finch? ¿Qué hay de Keck, qué hay de Robertson?

—Están muertos, Guilford. Keck, Robertson, Diggs, Donner y Farr. Todos muertos. Y también lo estaremos nosotros, si no sigue moviéndose.

Guilford gimió y se escudó los ojos.

OceanofPDF.com

La primavera llegó temprano a Londres. El deshielo de las marismas al este y al oeste proporcionaron al aire un aroma a tierra, y Thames Street, recién pavimentada desde los muelles hasta Tower Hill, bullía con el comercio. Hacia el oeste se habían iniciado de nuevo las obras de la cúpula de la nueva San Pablo.

Caroline esquivó un rebaño de ovejas que se encaminaba al mercado, con la sensación de que ella también estaba siendo conducida al matadero. Durante semanas se había negado a ver a Colin Watson, se había negado a aceptar sus invitaciones o incluso a leer sus notas. No estaba segura de por qué había aceptado verle ahora —reunirse con él en un café en Candlewick Street— excepto por la persistente sensación de que le debía algo, aunque solo fuera una explicación, antes de partir para Norteamérica.

Después de todo, él era un soldado. Seguía órdenes. No era Kitchener; ni siquiera era la Marina Real. Solo un hombre.

Halló fácilmente el lugar. El café estaba decorado en madera a la Tudor. Los cristales de sus ventanas emplomadas goteaban con la condensación, el interior estaba calentado por el vapor de un enorme samovar de plata. La gente que lo ocupaba era tosca, clase trabajadora, en su mayor parte hombres. Miró a través de un mar de gorros de lana hasta que divisó a Colin en una mesa de la parte de atrás, el cuello de su chaqueta vuelto hacia arriba y su largo rostro aprensivo.

—Bien —dijo él—. Volvemos a encontrarnos. —Alzó su taza en una especie de brindis burlón.

Pero Caroline no deseaba pelear con él. Se sentó y fue directamente al grano.

—Quiero que sepas que vuelvo a casa.

—Acabas de llegar.

—Me refiero a Boston.

—¡Boston! ¿Es por eso por lo que no querías verme?

—No.

—Entonces, ¿me dirás al menos por qué te marchas? —Bajó la voz y abrió mucho sus ojos azules—. Caroline, por favor. Sé que debo de haberte ofendido. No sé cómo, pero si lo que deseas es una disculpa, la tienes.

Aquello era más duro de lo que ella había esperado. Él estaba desconcertado, genuinamente contrito. Se mordió el labio.

—Tu tía Alice descubrió lo nuestro, ¿es eso?

Caroline inclinó la cabeza.

—No fue el secreto mejor guardado.

—Oh. Lo sospeché. Dudo que Jered hubiera organizado mucho follón, pero Alice..., bueno, supongo que se puso furiosa.

—Sí. Pero eso no importa.

—Entonces, ¿por qué te marchas?

—Ya no me quieren más aquí.

—Quédate conmigo, entonces.

—¡No puedo!

—No te sientas ultrajada, Caroline. No necesitamos vivir en pecado, tú lo sabes.

¡Querido Dios, le estaba haciendo proposiciones!

—¡Tú *sabes* por qué no puedo hacer eso! Colin..., *ella me lo dijo*.

—¿Te dijo qué?

Dos marineros en la mesa más cercana la estaban mirando con el rabillo del ojo. Bajó su voz hasta igualar la de Colin.

—Que tú asesinaste a Guilford.

El teniente se echó hacia atrás en su silla, los ojos desorbitados.

—¡Dios todopoderoso! ¿*Asesinado*? ¿Ella dice eso? —Parpadeó—. ¡Pero Caroline, esto es absurdo!

—Enviando armas a través del Canal. Armas a los partisanos.

Él dejó su taza sobre la mesa. Parpadeó de nuevo.

—Armas a los... Oh. Entiendo.

—Entonces, ¿es cierto?

Él la miró firmemente.

—¿Que yo asesiné a Guilford? Por supuesto que no. ¿Sobre las armas?

—Dudó—. Hasta cierto punto, es posible. No se supone que hablemos de estas cosas ni siquiera entre nosotros.

—¡Entonces es cierto!

—*Puede* serlo. ¡Honestamente, no lo sé! No soy un alto oficial. Cumplo lo que me dicen, y no hago preguntas.

—¿Pero hay armas de por medio?

—Sí, un cierto número de armas han pasado por Londres.

Aquello era casi una admisión. Caroline pensó que debía sentirse furiosa. Se preguntó por qué su furia era de pronto tan evasiva.

Quizá la furia era como el pesar. Se tomaba su propio tiempo. Aguardaba emboscada.

Colin estaba pensativo, preocupado.

—Supongo que Alice debió de haber oído algo a través de Jered..., y probablemente él sabe más sobre el asunto que yo, ahora que pienso en ello. La Marina emplea su almacén y sus equipos de carga y descarga de tanto en tanto, con su consentimiento. Puede que incluso haya hecho otros trabajos para el Almirantazgo. Después de todo, se considera un patriota.

Alice y Jered discutiendo por la noche, manteniendo despierta a Lily: ¿era sobre *esto* sobre lo que se habían estado peleando? Jered admitiendo que por su almacén habían pasado armas camino a los partisanos, Alice temerosa de que Guilford pudiera sufrir daño...

—Pero aunque las armas cruzaran el Canal, no puedes estar segura de que hayan tenido algo que ver con Guilford. Francamente, no puedo imaginar por qué nadie desearía interferir con el grupo de Finch. Los partisanos actúan a lo largo de la costa; necesitan carbón y dinero mucho más que municiones. Cualquiera podría haber disparado contra el *Weston*,... ¡bandidos, anarquistas! Y en cuanto a Guilford, ¿quién sabe lo que le ocurrió una vez pasada la maldita Rheinfelden? El continente es un lugar salvaje e inexplorado; es peligroso por naturaleza propia.

Ella se sintió avergonzada de darse cuenta de que sus defensas se derrumbaban. El tema había parecido gélidamente claro cuando lo expuso

Alice. Pero ¿y si Jered era tan culpable como Colin?

No debería estar manteniendo esta conversación..., pero ahora ya no podía detenerla de ninguna forma, no había ningún obstáculo moral o práctico. Este hombre, hubiera hecho lo que hubiera hecho, estaba siendo honesto con ella.

Y ella lo había echado tanto en falta. Tenía que admitirlo.

Los marineros con sus jerseys a rayas le sonrieron socarronamente.

Colin tomó su mano.

—Ven conmigo —dijo—. A cualquier parte lejos de este ruido.

Ella le dejó hablar durante todo el camino a lo largo de Candlewick y subiendo Fenchurch hasta el final del tramo pavimentado, se dejó calmar por el sonido de su voz y la seductora idea de su inocencia.

Los árboles mezquita habían sido un fondo verde opaco durante todo el invierno, pero de pronto el sol y la fusión de la nieve habían hecho brotar nuevas hojas de sus copas. El aire era casi cálido.

Él era un soldado, se dijo Caroline de nuevo. Por supuesto, había hecho lo que había dicho, pero ¿qué otra elección había tenido?

Jered era otro asunto. Jered era un civil; no tenía que cooperar con el Almirantazgo. Y Alice sabía eso. ¡Cómo debió de quemarle aquel conocimiento! Su voz era amarga cuando había discutido con su esposo en la oscuridad. Por supuesto que culpaba a Jered, pero no podía dejarle; estaba encadenada a él por el matrimonio.

Así que Alice había odiado a Colin a cambio. Un odio ciego, desplazado, automático. Porque no podía permitirse el lujo de odiar a su esposo.

—Veámonos de nuevo —suplicó Colin—. Al menos otra vez. Antes de que te marches.

Caroline dijo que lo intentaría.

—No puedo soportar pensar en ti en el mar. Ha habido amenazas a la navegación, ¿sabes? Dicen que la flota norteamericana está reunida en el Atlántico Norte.

—No me preocupa eso.

—Quizá debiera.

La señora de Koenig le pasó una nota de Colin más tarde aquella misma semana. Había movilización general, decía la nota; era posible que tuviera que embarcarse; deseaba verla tan pronto como pudiera.

La guerra, pensó amargamente Caroline. Todo el mundo hablaba de la guerra. Solo hacía diez años desde que el mundo se había visto sacudido hasta sus cimientos, y ahora deseaban luchar sobre los restos. ¡Sobre un territorio salvaje!

El *Times*, un diario de seis páginas impreso sobre fibroso papel de pulpa de árbol mezquita, había dedicado la mayor parte de sus recientes editoriales a censurar a los norteamericanos por administrar el Continente como si fuera un protectorado norteamericano, por «imponer fronteras» en las Islas Británicas, por diversos pecados de arrogancia o complacencia.

El acento de Caroline provocaba alzamientos de cejas en las tiendas y puestos del mercado. Hoy Lily le había preguntado por qué era tan malo ser norteamericano.

—No lo es —le había respondido Caroline—. Es solo hablar por hablar. La gente está trastornada, pero se calmarán más pronto o más tarde.

—Pronto subiremos a un barco —dijo Lily.

—Probablemente.

Había dejado de comer con Alice y Jered. Habría alquilado una habitación para ella y Lily en el Empire si el estipendio que le llegaba de casa hubiera sido más generoso. Pero incluso las comidas en el pub eran una prueba ahora, con todo aquel hablar de guerra. Su tía y su tío se mostraban rígidamente formales con Caroline cuando no podían evitarla, aunque seguían mimando a Lily. Caroline encontró todo aquello más fácil de soportar desde su charla con Colin. Casi sentía piedad por Alice, la pobre y rígidamente moralista Alice, atrapada en una red de culpabilidad tan densa como aquellos rizos que trenzaba en su canoso pelo.

—Duerme —le dijo Caroline a Lily aquella noche, metiéndola bajo sus sábanas de algodón, alisando la tela—. Duerme bien. Pronto viajaremos.

De una forma u otra.

Lily asintió solemnemente. Desde Navidad, la niña había dejado de preguntar por su padre. Las respuestas nunca eran satisfactorias.

—¿Lejos de aquí? —preguntó Lily.
—Lejos de aquí.
—¿A algún lugar donde estemos seguras?
—A algún lugar donde estemos seguras.

Una mañana soleada. Estaban pavimentando Fenchurch, y el olor del alquitrán flotaba sobre la ciudad, por todas partes se oía el clap-clap de los cascos de los caballos y el llano campanilleo de las colleras.

Vio a Colin aguardando en Thames Street cerca de los muelles, con el sol a su espalda, leyendo el periódico. Su excitación aumentó. No sabía qué le diría. No tenía ningún plan. Solo un conjunto de esperanzas y miedos.

Apenas había dado unos cuantos pasos hacia él cuando las sirenas se pusieron a aullar en el centro de la ciudad.

El sonido la paralizó, puso carne de gallina en toda su piel.

La gente en los muelles pareció paralizada también. Colin alzó la vista de su periódico, consternado. Caroline alzó un brazo; él corrió hacia ella. Las sirenas seguían aullando.

Ella cayó entre sus brazos.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé.

—Quiero a mi hija. —Algo malo estaba ocurriendo. Lily estaría asustada.

—Vamos entonces. —Colin tomó su mano y la apretó suavemente—. Encontraremos a Lily. Pero tenemos que apresurarnos.

El viento venía del este, un firme viento de primavera, humoso y fragante. El río se mostraba plácido y blanco con las muchas velas. Al sur, a lo largo de la cenagosa orilla del Támesis, las chimeneas de las cañoneras recién empezaban a vislumbrarse.

Es simple, le había dicho Crane. Formamos parte de algo que se va haciendo cada vez más fuerte. Y ellos forman parte de algo que se va haciendo cada vez más débil.

Quizá pareciera así desde el punto de vista de Crane. Crane se había introducido entre los rangos de la élite de Washington —bueno, de la semiélite, la subélite— como un supositorio dorado. Solo llevaba unos meses en la ciudad, y ahora estaba trabajando para el senador Klassen en alguna oscura capacidad; últimamente había tomado su propio apartamento (por cuya pequeña alegría daba gracias a los dioses); era un fijo en el salón de Sanders-Moss, y se había ganado el derecho a mostrarse condescendiente con Elias Vale en lugares públicos.

Mientras que las invitaciones a Vale habían descendido en número y frecuencia, sus clientes eran menos y no tan acomodados, e incluso Eugene Randall lo veía más parcamente.

Randall, por supuesto, había sido citado por un comité del Congreso que investigaba la pérdida de la expedición Finch. Quizá incluso una esposa fallecida ocupa un segundo lugar ante tan altas obligaciones. Los muertos, en cualquier caso, son notoriamente pacientes.

De todos modos, Vale había empezado a preguntarse si los dioses tenían también sus favoritos.

Buscó distracción allá donde pudo encontrarla. Fue uno de sus últimos clientes, un viejo abortista de Maryland, quien le dio a Vale el frasco ambarino de morfina y una jeringa hipodérmica repujada en plata. Le había enseñado cómo hallar una vena y ponerla de relieve y ensartarla con la

aguja hueca, un proceso que le había hecho pensar de forma abstracta en abejas y veneno. *Oh picadura del olvido*. No tardó en sumirse en el hábito.

El estuche —una hermosa cajita de plata del tamaño de una pitillera— estaba en el bolsillo de su chaqueta cuando llegó a la finca Sanders-Moss. No tenía planeado utilizarlo. Pero la tarde fue mal. El clima era demasiado húmedo para el invierno, demasiado frío para la primavera. Eleanor le dio la bienvenida con una expresión incómoda —uno solo puede explotar hasta cierto punto un vestido de bautizar perdido, supuso Vale—, y después de la comida un joven congresista borracho empezó a hurgarle acerca de su trabajo.

—¿Un soplo sobre la bolsa, señor Vale? Usted habla a los muertos, ellos deben de hacerle algunas observaciones escogidas. Aunque supongo que los muertos no tienen muchas oportunidades de invertir, ¿verdad?

—En este distrito, mi querido congresista, ni siquiera votan.

—¿He tocado algún punto sensible, señor Vale?

—Es doctor Vale.

—¿Doctor en qué, exactamente?

Doctor en inmortalidad, pensó Vale. *Al contrario que tú, podrido trozo de carne*.

—¿Sabe, señor Vale?, resulta que he sondeado un poco en su pasado. Hice una pequeña investigación sobre usted, en especial cuando Eleanor me dijo lo mucho que le estaba pagando para que usted le leyera la mano.

—Yo no leo las manos.

—No, pero apuesto a que sí sabe cómo leer una hoja de balance.

—Esto es insultante.

El congresista sonrió alegremente.

—Oh, vamos, ¿quién le dijo eso, señor Vale? ¿John Wilkes Booth?

Incluso Eleanor se rio.

—¡Este no es el cuarto de baño de los invitados! —la doncella Olivia golpeó irritadamente la puerta—. ¡Este es el cuarto de baño del *servicio*!

Vale la ignoró. El estuche hipodérmico estaba abierto sobre las baldosas verdes del suelo. Se derrumbó sobre la taza del wáter. Había roto el cristal

de la ventana para conseguir un poco de aire; entraba una fría lluvia. La cadena del wáter golpeaba incansablemente contra la mojada pared blanca.

Se había quitado la chaqueta, arremangado la camisa. Golpeó repetidamente el hueco de su brazo izquierdo hasta que una vena se puso en evidencia. *Que los jodan a todos*, pensó Vale escrupulosamente.

El primer chute fue relajante, una tranquila calma que lo cubrió como una manta infantil. El cuarto de baño pareció repentinamente vago, como envuelto en papel cristal.

Pero soy inmortal, pensó Vale.

Recordó a Crane atravesándose la mano con el cuchillo. Crane, averiguó más tarde, sentía una perversa inclinación hacia automutilarse. Le encantaba atravesarse con cuchillos, cortarse con navajas, clavarse profundamente agujas.

Bueno, yo tampoco soy extraño a las agujas. Vale prefería la morfina incluso al whisky de Kentucky. El olvido era más seguro, en cierto modo más amplio. Siempre quería más.

—¡Señor Vale! ¿Está usted ahí dentro?

—Váyase, Olivia, gracias.

Tomó de nuevo la jeringuilla. *Después de todo, soy inmortal. No puedo morir*. Las implicaciones de ese hecho se habían vuelto algo amilanantes.

Esta vez su piel se resistió a la aguja. Vale empujó más fuerte. Era como clavarla en queso cheddar. Creyó haber encontrado finalmente la vena, pero cuando empujó la aguja la piel de debajo empezó a decolorarse, un enorme y fluido hematoma.

—Mierda —dijo.

—¡Tiene que salir usted de aquí o se lo diré a la señora Sanders-Moss y ella hará que derriben de algún modo la puerta!

—Solo un poco más, Olivia querida. Sé buena y márchate.

—¡Este no es el cuarto de baño de los invitados! ¡Ya lleva usted aquí una hora!

¿La llevaba? Si era así, era solo porque ella no le dejaba concentrarse en su tarea. Volvió a llenar la jeringuilla.

Pero ahora la aguja no consiguió ni siquiera atravesar su piel.

¿Había embotado la punta? Parecía tan letalmente afilada como siempre.

Empujó más fuerte.

Hizo una mueca. Hubo dolor, apreciable. La blanda piel se hundió y formó un cráter y enrojeció. Pero no se abrió.

Intentó en su muñeca. Fue lo mismo, como querer cortar cuero con una cuchara. Se bajó los pantalones hasta los tobillos y probó con la parte interna del muslo.

Nada.

Finalmente, en un acceso de furiosa desesperación, Vale clavó la rezumante aguja contra su garganta, allá donde imaginó que debía de haber una arteria.

La punta se rompió. La jeringuilla derramó su contenido por el abierto cuello de su camisa.

—¡Mierda! —exclamó Vale de nuevo, frustrado casi hasta las lágrimas.

La puerta se abrió de golpe. Allí estaba Olivia, mirándole con la boca abierta, y el joven congresista detrás de ella, y Eleanor con los ojos muy abiertos, e incluso Timothy Crane, frunciendo oficiosamente el ceño.

—¡Ajá! —dijo Olivia—. Bien, eso imaginaba.

—¿Un jeringazo de morfina en el cuarto de baño de los negros? Descortés, Elias, por decirlo de un modo suave.

—Cállese —dijo Vale cansadamente. El efecto inicial de la morfina, si había tenido alguno, se había disipado. Sentía su cuerpo tan seco como el polvo, su mente enloquecedoramente lúcida. Había dejado que Crane lo llevara hasta su coche, después de que Eleanor dejara muy claro que no sería bien recibido de nuevo en la finca y que llamaría a la policía si intentaba volver. Sus palabras exactas fueron menos diplomáticas.

—Son unos amos generosos —dijo Crane.

—¿Quiénes?

—Los dioses. No les importa lo que haga usted en su propio tiempo. Morfina, cocaína, mujeres, sodomía, asesinato, backgammon..., todo es lo mismo para ellos. Pero no puede usar estupefacientes cuando desean su

atención, y ciertamente no puede inyectarse una dosis letal en su brazo, si es eso lo que estaba intentando hacer. Un intento estúpido, Elias, si me permite decirlo.

El coche giró una esquina. El deprimente día estaba dejando paso a un deprimente atardecer.

—Ahora se trata de negocios, Elias.

—¿Adónde vamos? —No era que le importara particularmente, aunque sentía la inquietante presencia del dios dentro de él, acelerando su pulso, enderezando su espina dorsal.

—A visitar a Eugene Randall.

—Nadie me dijo nada.

—Yo se lo estoy diciendo ahora.

Vale contempló casi sin ver el tapizado del flamante Ford nuevo de Crane.

—¿Qué hay en el maletín?

—Échele una mirada.

Era un maletín de médico de cuero, y contenía solo tres artículos: un cuchillo quirúrgico, una botella de alcohol metílico y una caja de fósforos de seguridad.

Alcohol y fósforos..., ¿para esterilizar el cuchillo? El cuchillo para...

—Oh, no —dijo Vale.

—No sea gazmoño, Elias.

—Randall no es tan importante como para... lo que sea que tiene usted pensado.

—No es lo que yo tenga pensado. Nosotros no tomamos esas decisiones. Usted lo sabe muy bien.

Vale contempló al despreocupado joven.

—¿A usted no le importa?

—No. En absoluto.

—Ha hecho esto antes, ¿verdad?

—Elias, eso es información privilegiada. Lo lamento si se siente impresionado. Pero en realidad, ¿para quién cree que estamos trabajando? No para algún dios de escuela dominical, no para el proverbial pastor amante de su rebaño. Más bien para el fiero leopardo.

—¿Pretende matar a Eugene Randall?

—Evidentemente.

—Pero ¿por qué?

—No soy yo quien debe decirlo, ¿no cree? Lo más probable es que el problema resida en el testimonio que piensa dar al Comité Chandler. Todo lo que necesita hacer, y sé que su querida difunta Louisa Ellen ya se lo dijo, es dejar que el comité siga con su trabajo. Hay cinco autoproclamados testigos que dirán que vieron a caballeros de habla inglesa disparar morteros y Lee-Enfields de reglamento contra el *Weston*. Randall se hubiera ahorrado a sí mismo y al Smithsonian una gran cantidad de problemas si simplemente hubiera aceptado sonreír y asentir, pero si insiste en enlodar el tema...

—Él cree que la gente de Finch puede estar todavía con vida.

—Sí, ese es el problema.

—Aun así..., a largo plazo, ¿qué importa? Si lo que quieren los dioses es una guerra, el testimonio de Randall no es ningún problema serio. Lo más probable es que los periódicos ni siquiera lo citen.

—Pero sí citarán el asesinato de Randall. Y si lo hacemos bien, culparán de él a los agentes británicos.

Vale cerró los ojos. Ruedas girando dentro de ruedas, *ad infinitum*. Durante un agónico momento ansió la jeringuilla de morfina.

Luego, una hosca determinación brotó en él, no precisamente suya.

—¿Tomará mucho tiempo eso?

—No demasiado —le dijo Crane con tono tranquilizador.

Quizá fue el efecto residual de la morfina en su sangre, pero Vale sintió la presencia de su dios en su interior mientras recorría el vacío pasillo del museo hacia la oficina de Randall. Randall estaba solo, trabajando tarde, y probablemente los dioses habían dispuesto eso también.

Su dios era inusualmente tangible. Cuando miró hacia su izquierda pudo verlo, o imaginó que lo veía, caminando a su lado. Su cuerpo no era ni agradable ni etéreo. El dios era tan odiosamente físico como un novillo crecido, aunque mucho más grotesco.

El dios poseía demasiados brazos y piernas, y su boca era un horror, afilada como un pico por fuera, húmeda y carmesí por dentro. Una cresta de tumorosos bultos recorría desde su vientre hasta su cuello, una especie de espina. Le desagradó el color del dios, un muerto verde mineral. Crane, que caminaba a su derecha, no vio nada.

Tampoco olió nada. Pero el olor era tangible también, al menos para el olfato de Vale. Era un olor astringente, químico..., el olor de una tenería, o de una botella rota en la consulta de un médico.

Sorprendieron a Eugene Randall en su oficina. (¡Pero cuánto más se hubiera sorprendido Randall si hubiera podido ver al horrible dios! Evidentemente no podía). Randall alzó cansadamente la vista. Había ocupado el puesto de director desde que Walcott abandonara la Institución, y el trabajo lo había consumido. Sin mencionar la citación del Congreso y el persistente pesar postmortem de su esposa.

—¡Elias! —dijo—. Y usted es Timothy Crane, ¿no? Nos conocimos en uno de los salones de Eleanor.

No habría ninguna conversación. El tiempo para eso ya había pasado. Crane se dirigió a la ventana detrás de Randall y abrió su maletín médico. Extrajo el cuchillo. El cuchillo brilló a la acuosa luz. La atención de Randall siguió fija en Vale.

—Elias, ¿qué ocurre? Sinceramente, no tengo tiempo para...

¿Para qué?, se preguntó Vale mientras Crane avanzaba rápidamente y pasaba el cuchillo de lado a lado por la garganta de Randall. Randall gorgoteó y empezó a debatirse, pero su boca estaba demasiado llena de sangre para que pudiera emitir ningún sonido.

Crane volvió a depositar el ensangrentado instrumento en el maletín y extrajo la botella amarrada de alcohol metílico.

—Pensé que era para esterilizar el cuchillo —dijo Vale. Una idea idiota.

—No sea estúpido, Elias.

Crane vació la botella sobre la cabeza y hombros de Randall y esparció las últimas gotas sobre su escritorio. Randall cayó de su silla y empezó a arrastrarse por el suelo. Una de sus manos aferraba su garganta, pero la herida pulsaba chorros de sangre entre sus dedos.

A continuación, los fósforos.

La mano izquierda de Crane estaba en llamas cuando emergió de la incendiada oficina de Randall. El propio Crane estaba fascinado, y hacía girar su mano delante de sus ojos mientras las azuladas llamas se extinguían con un suspiro por falta de combustible. Tanto carne como puño de la camisa estaban intactos.

—Excitante —dijo.

Elias Vale, repentinamente enfermo, buscó a su dios acompañante. Pero el dios había desaparecido. No quedaba nada de él excepto el humo y la luz del fuego y el horrible hedor a carne quemada.

OceanofPDF.com

Guilford cabalgaba una serpiente de pelo, recuperando sus fuerzas mientras Tom Compton conducía los animales ladera arriba del valle. No era una ascensión fácil. La nieve helada mordía las gruesas patas de las serpientes; los animales se quejaban monótonamente pero no frenaban su marcha. Quizá comprendían lo que había detrás de ellas, pensó Guilford. Tal vez estaban ansiosas por alejarse de la ciudad en ruinas.

Tras oscurecer, en medio de la cellisca, el hombre de la frontera halló un claro dentro del bosque y encendió un pequeño fuego. Guilford recolectó ramas caídas de los árboles cercanos, mientras Preston Finch, bien embozado y hosco, alimentaba las llamas con ellas. Las serpientes de pelo se acurrucaban muy juntas, con sus pieles de invierno resplandecientes, el aliento formando nubecillas de vapor en sus chatos hocicos.

La cena fue un halcón polilla recién cazado, limpiado y asado, más tiras de tasajo de serpiente de la mochila de Tom Compton. El hombre de la frontera improvisó una especie de cobertizo con ramas de pino salvia y pieles. Había conseguido salvar un cierto número de pieles, una pistola, y los tres animales de carga del más reciente ataque. Era todo lo que quedaba de la Expedición Finch.

Guilford comió poco. Deseaba desesperadamente dormir..., dormir su malnutrición crónica, dormir los tres días de hipotermia en el pozo, el shock de la muerte de Sullivan, la congelación que había hecho que los dedos de sus pies y manos adoptaran un ominoso color blanco porcelana. Pero eso no iba a ocurrir. Y precisamente ahora necesitaba saber con exactitud lo mala que era la situación.

Preguntó al hombre de la frontera cómo habían muerto los demás.

—Ocurrió todo poco antes de que regresara —dijo Tom—. A juzgar por sus huellas, los atacantes venían del norte. Hombres armados, diez o quince, quizás alertados por el fuego de Diggs, quizá solo por puro azar. Debieron llegar disparando. Todo el mundo estaba muerto menos Finch, que se había ocultado en los establos. Los bandidos dejaron atrás nuestras serpientes..., tenían serpientes propias. Dejaron también a uno de sus hombres, le habían disparado en las piernas, no podía andar.

—¿Partisanos? —quiso saber Guilford.

El hombre de la frontera sacudió la cabeza.

—No el que dejaron atrás, al menos.

—¿Habló usted con él?

—Tuve unas palabras con él, sí. No iba a ir a ninguna parte. Tenía las dos piernas jodidas más allá de cualquier remedio; además, tuve que persuadirle un poco con mi cuchillo cuando se puso truculento.

—¡Jesús, Tom!

—Sí, bien, usted no vio lo que les hicieron a Diggs y a Farr y a Robertson y a Donner. Esa gente no son humanos.

Finch alzó bruscamente la cabeza, los ojos vacíos, sorprendido.

Guilford dijo:

—Adelante, siga.

—Por su acento resultaba obvio que aquel pedazo de mierda no era un partisano. Demonios, he bebido con partisanos. En su mayor parte son franceses o italianos repatriados a los que les gusta hacerse los duros y ondear su bandera y disparar unos cuantos tiros contra los colonos norteamericanos. Los buenos partisanos son piratas, comerciantes armados, que asaltan alguna vieja y crujiente fragata y roban su carga y lo llaman impuesto revolucionario y gastan el dinero en cualquier casa de putas tierra adentro. Si viajas Rin arriba, los únicos partisanos que encuentras son mineros ilegales con opiniones políticas. Este tipo era un norteamericano. Dijo que había sido reclutado en Jeffersonville y que su gente vino al interior en busca del botín de la expedición Finch. Dijo que les habían pagado buen dinero.

—¿Dijo quién se lo pagó?

—No antes de desvanecerse, no. Y no tuve una segunda oportunidad de preguntárselo. Tenía que ocuparme de Finch, y usted y Sullivan estaban ahí atrás en el pozo. Pensé en atar al hijo de puta a un trineo y arrastrarlo conmigo a la luz del día. —El hombre de la frontera hizo una pausa—. Pero escapó.

—¿Escapó?

—Lo dejé solo justo el tiempo de ponerles los arneses a las serpientes. Bueno, no solo precisamente..., Finch estaba con él, si eso significa alguna diferencia. Cuando regresé había desaparecido. Se había marchado corriendo.

—Dijo usted que se había desvanecido. Dijo que le habían disparado en las piernas.

—Se desvaneció, y sus piernas no eran más que una informe masa sanguinolenta de carne, con un par de huesos evidentemente rotos. No era el tipo de herida que uno pueda falsificar. Pero cuando volví se había ido. Había dejado huellas. Cuando digo que se marchó corriendo, quiero decir *corriendo*. Corriendo como una liebre, camino de las ruinas. Supongo que hubiera podido perseguirle, pero había muchas otras cosas que hacer.

—A primera vista —dijo Guilford cuidadosamente— eso es imposible.

—A primera vista suena imposible, pero todo lo que sé es lo que veo.

—¿Ha dicho que Finch estaba con él?

El ceño de Tom se hizo más profundo, un ángulo de descontento en la caverna orlada por la escarcha de su barba.

—Finch estaba con él, pero no tiene nada que decir sobre el tema.

Guilford se volvió hacia el geólogo. Cada indignidad que había sufrido la expedición desde la muerte de Gillvany estaba escrita en el rostro de Finch, más la humillación especial de un hombre que ha perdido el mando..., que ha perdido las vidas de las que era nominalmente responsable. Ya no había nada pomposo en Finch, ninguna dignidad en su mirada fija, solo derrota.

—¿Doctor Finch?

El geólogo miró brevemente a Guilford. Su atención oscilaba como la llama de una vela.

—Doctor Finch, ¿vio usted lo que ocurrió al hombre con el que habló Tom? ¿El hombre herido?

Finch volvió la cabeza hacia un lado.

—No se moleste —dijo Tom—. Está tan mudo como un palo.

—Doctor Finch, nos ayudaría mucho saber lo que ocurrió. Nos ayudaría a volver a casa sanos y salvos, quiero decir.

—Fue un milagro —dijo Preston Finch.

Su voz era tan rasposa como el papel de lija. El hombre de la frontera le lanzó una mirada llena de asombro.

Guilford insistió suavemente:

—¿Doctor Finch? ¿Qué es lo que vio exactamente?

—Sus heridas curaron. La carne volvió a unirse y dejó de sangrar. Los huesos se soldaron de nuevo. Se puso en pie. Me miró. Se echó a reír.

—¿Eso es todo?

—Eso es lo que vi.

—Es una gran ayuda —murmuró Tom Compton.

El hombre de la frontera montó guardia. Guilford se arrastró al cobertizo con Finch. El botánico olía a sudor rancio y a cuero de serpiente y a pura impotencia, pero Guilford no olía mucho mejor. Sus efluvios humanos llenaban el angosto espacio, y su aliento se condensaba en hielo en el frío aire.

Algo había agitado a Finch a un nuevo estado de alerta. Miró más allá de las capas de pieles, a la brutal noche.

—No es el milagro que yo deseaba —susurró—. ¿Entiende usted eso, señor Law?

Guilford sentía frío hasta la médula de los huesos. Le resultaba difícil concentrarse.

—Entiendo muy poco de esto, doctor Finch.

—¿No es eso lo que pensaban de mí, usted y Sullivan? ¿Preston Finch, el fanático, buscando evidencias de la intervención divina, como esa gente que afirma haber hallado fragmentos del Arca de la Alianza o de la Cruz?

Finch sonaba viejo como el viento nocturno.

—Lo lamento si recibió usted esa impresión.

—No me siento insultado. Quizá sea cierto. Llámelo presunción. El pecado del orgullo. No pensé a fondo las cosas. Si la naturaleza y lo divino ya no están separados, entonces tienen que existir también milagros oscuros. Esa horrible ciudad. El hombre cuyos huesos se soldaron de nuevo por sí mismos.

Y túneles en la tierra, y mi gemelo en un deshilachado uniforme del Ejército, y demonios intentando encarnarse. No: no eso. Digamos que todo es ilusión, pensó Guilford. *Cansancio y malnutrición y frío y miedo.*

Finch tosió en el hueco de su mano, un sonido desgarrado.

—Es un nuevo mundo —dijo.

No había forma de negarlo.

—Necesitamos dormir un poco, doctor Finch.

—Fuerzas oscuras y luz. Todas están sobre nuestros hombros. — Sacudió tristemente la cabeza—. Yo nunca deseé eso.

—Lo sé.

Una pausa.

—Lamento que perdiera usted sus fotografías, señor Law.

—Gracias por decirlo.

Cerró los ojos.

Viajaban una corta distancia cada día, no muy lejos.

Seguían los senderos abiertos por los animales, los lechos de los ríos, los trechos sin placas de nieve debajo de los árboles mezquita y los pinos salvia, lugares que no dejarían huellas evidentes. Periódicamente, el hombre de la frontera dejaba que Guilford supervisara a Finch mientras él iba de caza con su cuchillo Bowie. A menudo era carne de serpiente, y los asados de halcón polilla eran un recurso común. Pero durante muchos meses no hubo nada vegetal excepto unas pocas raíces difícilmente conseguidas o duras espinas verdes de árboles mezquita hervidas en agua. Los dientes de Guilford se habían aflojado de sus encías, y su visión no era tan aguda como antes. Finch, que había perdido sus gafas en el primer ataque, estaba casi ciego.

Pasaron los días. La primavera no estaba lejos según el calendario, pero los cielos seguían mostrándose oscuros, el viento frío y penetrante. Guilford fue acostumbrándose al dolor de sus articulaciones, al constante rechinar de cada bisagra de su cuerpo.

Se preguntó si el Bodensee estaría helado. Si llegarían a verlo de nuevo.

Guardaba su deteriorado diario dentro de sus pieles; nunca había abandonado su posesión. Las páginas en blanco que quedaban eran pocas, pero registraba en ella ocasionales y breves notas para Caroline.

Sabía que sus fuerzas estaban fallando. Su pierna mala había empezado a dolerle cada día, y en cuanto a Finch, parecía como algo extraído de un nido de insectos.

La temperatura ascendió durante tres días, seguida por una fría lluvia de primavera. La estación fue bien recibida, el lodo y el viento no. Incluso las serpientes de pelo se habían vuelto flacas y hurañas, forrajeando en el lodo en busca de la escasa hierba del año anterior. Uno de los animales se había quedado ciego de un ojo, una catarata que había convertido su pupila en algo velado y pálido.

Vinieron nuevas tormentas desde el oeste. Tom Compton divisó un antiguo desprendimiento de rocas que proporcionaba un cierto refugio natural, un amontonamiento de granito que formaba como una cueva, un espacio libre abierto por ambos lados. El suelo era arenoso, cubierto de excrementos animales. Guilford bloqueó ambas entradas con palos y pieles y ató las serpientes fuera para que actuaran como alarmas. Pero si la pequeña caverna había sido ocupada alguna vez, su inquilino no dio signos de regresar.

Un torrente de fría lluvia los mantuvo encerrados en aquel reducido espacio protegido. Tom excavó un pozo para el fuego bajo la chimenea natural formada por las piedras. Había tomado la costumbre de canturrear ridículas y sentimentales melodías de la vieja Década Malva: «Zapatillas doradas», «Salones jaspeados» y cosas así. Nada de letras, solo crudas melodías en voz de bajo. El efecto era menos de canción y más de canto aborigen, melancólico y extraño.

La tormenta de lluvia repiqueteaba a su alrededor, disminuyendo periódicamente pero nunca cesando. Riachuelos de agua se deslizaban por

las piedras. Guilford raspó un pequeño canal para conducir el agua hacia la abertura inferior de la cueva. Empezaron a racionar la comida. *Cada día que permanecemos aquí, pensó Guilford, nos debilitamos un poco más; cada día el Rin está más distante.* Supuso que debía de haber alguna ecuación clara, alguna equivalencia de dolor y tiempo, que no trabajaba en su favor.

Cada vez soñaba menos en el piquete del Ejército, aunque todavía seguía siendo un elemento regular de sus noches, preocupado, implorando y no bienvenido. Soñaba con su padre, cuya obstinación y sentido del orden lo habían conducido a una temprana tumba.

No juzgo nada, pensó Guilford. ¿Qué impulsa a un hombre a este desolado rincón de la Tierra, sino una feroz obstinación?

Quizá la misma obstinación lo conduciría de vuelta a Caroline y Lily.

Usted no puede morir, había dicho Sullivan. Quizá no. Había tenido suerte. Pero evidentemente podía forzar su cuerpo hasta más allá de todos los límites tolerables.

Se volvió hacia Tom, que estaba sentado con la espalda apoyada contra la fría piedra, las rodillas recogidas. Su mano tanteaba periódicamente en busca de la pipa que había perdido hacía meses.

—En la ciudad —preguntó Guilford—, ¿soñó usted?

La respuesta del hombre de la frontera fue glacial.

—Usted no quiere saberlo.

—Quizá sí.

—Los sueños no son nada. Los sueños son pura mierda.

—Aun así.

—Tuve un sueño —dijo Tom—. Soñé que moría en algún campo de lodo. Soñé que era un soldado. —Dudó—. Soñé que era mi propio fantasma, si eso tiene algún sentido.

Demasiado sentido, pensó Guilford.

Bueno, no sentido exactamente, pero implicaba..., Dios santo, ¿qué?

Se estremeció y desvió la mirada.

—Necesitamos comida —dijo Tom—. Mañana cazaré, si el tiempo lo permite. —Miró a Preston Finch, dormido como un cadáver, la piel de su

rostro tatuada contra su cráneo—. Si no puedo cazar, tendremos que sacrificar una de las serpientes.

—Será como degollarnos nosotros mismos.

—Podemos alcanzar el Rin con dos serpientes.

Por una vez, no sonó confiado.

La mañana fue despejada pero muy fría.

—Avive el fuego —le dijo el hombre de la frontera a Guilford—. No deje que se apague. Si no estoy de vuelta en tres días, encamínese al norte sin mí. Haga lo que pueda por Finch.

Guilford lo contempló alejarse a la cruda luz azul del día, con el rifle colgado del hombro, con movimientos cadenciosos, reservando sus energías. Las serpientes de pelo volvieron sus grandes ojos negros hacia él y maullaron.

—Nunca deseé esto —dijo Finch.

El fuego había disminuido. Guilford se acuclilló junto a él, le añadió mojadas ramillas a la perezosa llama. Ardieron rápidamente, más vapor que humo.

—¿No deseó qué, doctor Finch?

Finch se puso en pie, salió cautelosamente de la cueva a la helada luz del día, frágil como papel viejo. Guilford mantuvo un ojo atento sobre él. La noche pasada había estado desvariando en su sueño.

Pero Finch se limitó a permanecer de pie contra una roca, se bajó la cremallera y orinó largamente.

Cojeó de vuelta, aún hablando.

—Nunca deseé esto, señor Law. Deseé un mundo cuerdo, ¿entiende?

En general Finch era difícil de entender cuando hablaba. Dos de sus dientes delanteros se habían aflojado; siseaba como una marmita. Guilford asintió abstraído mientras alimentaba el fuego.

—No me trate como a un niño. *Escuche*. Tiene sentido, señor Law, la Conversión de Europa; tiene sentido en el contexto del Diluvio bíblico, de

Babel, de la destrucción de Sodoma y Gomorra, y no fue el acto de un Dios celoso sino inteligible cuando solo hubiera podido haber caos, horror.

—Quizá solo parezca de este modo porque somos ignorantes —dijo Guilford—. Quizá somos como monos mirando un espejo. Hay un mono en el espejo, pero ningún mono *detrás* del espejo. ¿Hace eso un milagro, doctor Finch?

—No vio usted el cuerpo de ese hombre deshacerse de sus heridas.

—En una ocasión el doctor Sullivan dijo que «milagro» es uno de los nombres que damos a nuestra ignorancia.

—Solo uno de los nombres. Hay otros.

—¿Oh?

—Espíritus. Demonios.

—Superstición —dijo Guilford, aunque se le erizó el vello de la nuca.

—Superstición —dijo Finch átonamente— es como llamamos a los milagros que no aprobamos.

No me queda mucho papel. Seré breve. (Excepto para decir que te echo en falta, Caroline, y que no he perdido las esperanzas de verte de nuevo, de abrazarte). Tom Compton lleva ausente ya cuatro días, uno más de su límite. Debería seguir, pero será difícil sin su ayuda. Todavía espero ver su hirsuta figura salir del bosque con ese paso peculiar suyo.

El doctor Finch está muerto, Caroline. Cuando desperté no estaba en el refugio. Salí a la fría mañana para descubrir que se había ahorcado con nuestra cuerda de la rama de un pino salvia.

La lluvia de la noche se había helado en él, Caroline, y su cuerpo resplandecía como un perverso adorno de Navidad a la luz del sol. Debo bajarlo cuando me sienta con más fuerzas; convertiré esta pequeña caverna de piedra en su monumento y su tumba.

Pobre doctor Finch. Estaba cansado, y enfermo, y sospecho que no deseaba seguir viviendo en lo que había llegado a creer que es un mundo frecuentado por demonios. Y quizá haya algo de sabiduría en eso.

Pero debo seguir adelante. Mi amor a ti y a Lily.

OceanofPDF.com

El confortable vestíbulo del hotel Empire estaba abandonado. Los residentes se habían reunido en la parte alta de la calle para observar el bombardeo. Caroline pasó junto a los muebles tapizados de terciopelo rojo y se apresuró escaleras arriba con Colin y Lily tras ella.

Colin abrió con la llave la puerta de su habitación. Al instante Lily estaba en la ventana, tendiendo el cuello para ver la batalla más allá de las paredes de un almacén. Lily se había alegrado de abandonar a la señora de Koenig: ella también deseaba ver lo que estaba ocurriendo.

—Fuegos artificiales —dijo solemnemente.

—En realidad no, querida. Esto es algo malo.

—Y *ruidoso* —informó Lily.

—Muy ruidoso. —*¿Estamos seguros aquí?*, se preguntó Caroline. ¿No había ningún otro lugar donde pudieran ir?

El fuego de artillería hacía retemblar las paredes. Artillería norteamericana, pensó Caroline. ¿Qué significaba eso? Significaba, supuso, que de pronto ella era un enemigo nacional en un país en guerra. Y puede que aquella fuera la menor de sus preocupaciones. Mientras retiraba a Lily de la ventana vio que los muelles ardían: y los astilleros, y la aduana, y probablemente el almacén de Jered lleno de municiones. El viento era suave pero persistente y soplaba del este, y algo ardía ya en el extremo más alejado de Candlewick Street.

El teniente carraspeó. Ella se volvió y lo descubrió de pie, inseguro, en el marco de la puerta abierta.

—Debería estar con mi regimiento —dijo Colin.

Ella no había anticipado aquello. La perspectiva la aterró.

—Colin, no..., no nos dejes solas aquí.

—El deber, Caroline...

—El deber puede irse al infierno. No permitiré que me abandonen de nuevo. No permitiré que abandonen a Lily, *no ahora*. Lily necesita a alguien de quien pueda depender.

Y yo también, pensó. Dios lo sabe perfectamente.

Colin parecía desvalido y desgraciado.

—¡Caroline, por el amor de Dios, estamos en guerra!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ganar la guerra tú solo?

—Soy un soldado —dijo débilmente.

—¿Durante cuánto tiempo..., diez años? ¿Más? Dios, ¿no habías *terminado*? ¿No *mereces* haber terminado?

Él no respondió. Caroline se volvió de espaldas a él. Se reunió con Lily en la ventana. El humo de los muelles oscurecía el río, pero podía ver las chimeneas de las cañoneras norteamericanas, río abajo, y los barcos ingleses que ya habían hundido, acorazados hechos pedazos escorados en el Támesis.

La artillería guardó silencio. Ahora podía oír voces que gritaban abajo en la calle. Un acre olor a humo y a combustible quemado flotaba en el aire.

El silencio fue largo. Finalmente Colin dijo:

—Puedo renunciar a mi grado. Bueno, no, no en tiempo de guerra. Pero, Dios bien lo sabe, he *pensado* en ello...

—No hace falta que te expliques —dijo Caroline secamente.

—No quiero hacer nada que te dañe. —Dudó—. Probablemente este no es el mejor momento para mencionarlo, pero ocurre que estoy enamorado de ti. Y quiero enormemente a Lily.

Caroline se envaró. *No ahora*, pensó. *No a menos que lo digas en serio. No si es una excusa para que te deje.*

—Intenta comprender —suplicó él.

—Yo comprendo. ¿Y tú?

Ninguna respuesta. Solo el sonido de la puerta cerrándose rápidamente. *Bien, eso es todo*, pensó Caroline. *He visto por última vez al teniente Colin Watson, maldito seas. Ahora solo estamos nosotras dos, Lily, y no llores, no llores.*

Pero cuando se dio la vuelta él estaba todavía en la habitación.

Los principales blancos del ataque eran el Arsenal y los varios buques británicos militares anclados en los muelles, todos ellos destruidos en la primera hora del bombardeo. El Arsenal y los almacenes portuarios ardieron toda la noche. Fueron hundidas siete cañoneras británicas, y sus cascos ardieron tétricamente durante mucho tiempo en el lento Támesis.

Los daños iniciales al Puerto de Londres fueron relativamente ligeros, e incluso los fuegos de los muelles hubieran podido ser controlados de no ser por las andanadas dispersas que se produjeron en el lado oriental de Candlewick.

La primera baja civil del ataque fue un panadero llamado Simon Emmanuel, llegado recientemente de Sydney. Su tienda se vació de clientes tan pronto como los buques norteamericanos llegaron río arriba. Estaba en el horno intentando salvar varias docenas de panecillos de pasas cuando un proyectil de artillería atravesó el techo y estalló a sus pies, matándolo al instante. El fuego resultante envolvió la tienda de Emmanuel y se extendió rápidamente al establo de la puerta de al lado y a la cervecería al otro lado de la calle.

Los ciudadanos del lugar que intentaron formar una brigada con cubos de agua fueron alejados por una explosión en una recientemente instalada conducción de gas. Dos empleados municipales y una mujer embarazada murieron en la detonación.

El viento del este se volvió intenso y polvoriento. Envolvió la ciudad en humo.

Caroline, Colin y Lily pasaron el día siguiente en la habitación del hotel, aunque sabían que iba a ser imposible permanecer mucho más tiempo. Colin salió a comprar comida. La mayoría de las tiendas y los puestos de Market Street habían cerrado, y algunos habían sido saqueados. Volvió con una hogaza de pan y una jarra de melaza. La cocina del Empire

había sido una de las primeras bajas de la guerra, pero el hotel proporcionaba agua embotellada gratis en el comedor.

Caroline pasó la mañana contemplando arder la ciudad.

Los incendios de los muelles habían sido contenidos, pero el extremo este de Londres ardía libremente; no había nada que impidiera al fuego engullir toda la ciudad. El incendio era enorme ahora, avanzaba a su propio ritmo, lanzándose bruscamente hacia adelante o vacilando a impulsos del viento. El aire apestaba a ceniza y a cosas peores.

Colin extendió un pañuelo sobre una mesita auxiliar y puso una rodaja de pan untada con melaza delante de ella. Caroline dio un mordisco, luego dejó la rebanada a un lado.

—¿Adónde vamos a ir? —Tenían que ir a algún lado. Pronto.

—Al oeste de la ciudad —dijo Colin calmadamente—. Ya hay gente durmiendo entre los altos brezos. Hay tiendas. Llevaremos mantas.

—¿Y después de eso?

—Bueno, depende. En parte de la guerra, en parte de nosotros. Tendré que esconderme de la policía militar, ¿sabes?, al menos por un tiempo. Finalmente podremos comprar un pasaje.

—¿Un pasaje adónde?

—A cualquier parte, en realidad.

—¡No al Continente!

—Por supuesto que no...

—Y no a Norteamérica.

—¿No? Creí que querías volver a Boston.

Caroline pensó en presentarle a Colin a Liam Pierce. A Liam nunca le había importado demasiado Guilford, pero de todos modos habría preguntas, se suscitarían objeciones. En el mejor de los casos habría que reanudar la antigua vida, con todas sus cargas. No, no Boston.

—En ese caso —dijo Colin— había pensado en Australia. —Lo dijo con una estudiada modestia. Caroline sospechó que había pensado en aquello a menudo—. Tengo un primo en Perth. Él nos acogerá hasta que nos hayamos asentado.

—Hay canguros en Australia —dijo Lily.

El teniente le guiñó un ojo.

—Montones de canguros, muchacha. Está llena de ellos.

Caroline se sintió hechizada por la idea, pero también intimidada.
¿Australia?

—¿Qué podemos hacer en Australia? —preguntó.

—Vivir —dijo Colin simplemente.

A la mañana siguiente un portero llamó a su puerta y les dijo que debían marcharse de inmediato o el hotel no podía garantizar su seguridad.

—Oh, seguro que no tan pronto —dijo Caroline. Colin y el portero la ignoraron. Probablemente era cierto, tenían que irse. El aire se había vuelto insoportablemente pesado durante la noche. Le ardían los pulmones, y Lily había empezado a toser.

—Todo el mundo al este de Thames Street se ha ido —insistió el portero—. Eso es lo que dice la oficina del alcalde.

Era extraño el tiempo que necesitaba una ciudad para arder, incluso una ciudad tan pequeña y primitiva como Londres.

Reunió sus cosas en un par de maletas y ayudó a Lily a guardar las suyas. Colin no tenía equipaje —ninguna posesión que pareciera importarle—, pero dobló las sábanas y las mantas del hotel e hizo un fardo con ellas.

—Al hotel no le importará —dijo—. No bajo estas circunstancias.

Lo cual significaba, pensó Caroline, que el hotel no sería más que cenizas por la mañana.

Se ajustó el pelo en el espejo del tocador. No podía ver bien. La atmósfera en el exterior era un perpetuo ocaso, y el gas había sido cortado desde el ataque. Se peinó un pelo espectral, luego tomó la mano de su hija.

—De acuerdo —dijo—. Vamos.

Colin se disfrazó durante el trayecto hasta la enorme ciudad de tiendas que se había levantado al oeste de la ciudad. Llevaba un impermeable demasiado grande y un sombrero de ala flexible, ambos comprados a precios exorbitantes a un vendedor callejero que merodeaba por entre la multitud de refugiados. Se había destacado personal del Ejército y de la

Marina como ayuda ante la emergencia. Circulaban por entre los refugios provisionales distribuyendo alimentos y medicinas. Colin no quería ser reconocido.

Caroline sabía que tenía miedo de ser capturado como desertor. En sentido literal, por supuesto, *era* un desertor, y eso debía de hacer las cosas difíciles para él, aunque se negaba a hablar de ello.

—Apenas era algo más que un contable —dijo—. No me echarán en falta.

Al tercer día de su estancia en la ciudad de tiendas, la comida había empezado a escasear pero los rumores optimistas se propagaban locamente: un vapor de la Cruz Roja subía el Támesis; los norteamericanos habían sido derrotados en el mar. Caroline escuchó los rumores con indiferencia. Había oído rumores antes. Ya era suficiente que el fuego pareciera estar finalmente agotándose por sí mismo, con la ayuda de una fría lluvia de primavera. La gente hablaba de reconstrucción, aunque privadamente Caroline consideraba ridícula aquella palabra: reconstruir la reconstrucción de un mundo desaparecido, qué locura.

Pasó una tarde vagando por entre las semiapagadas fogatas y las fétidas trincheras de las letrinas, buscando a su tía y a su tío. Lamentó haber hecho tan pocos amigos en Londres, haber vivido una existencia tan insular. Le hubiera gustado ver un rostro familiar, pero no había rostros familiares, no hasta que se cruzó con la señora de Koenig, la mujer que había cuidado de Lily tan a menudo. La señora de Koenig era una mujer hosca y solitaria, envuelta en un chorreante impermeable, el pelo revuelto y húmedo; al principio no reconoció a Caroline.

Pero cuando Caroline le preguntó acerca de Alice y Jered, la vieja agitó desconsoladamente la cabeza.

—Esperaron demasiado. El fuego bajó por Market Street como algo vivo.

Caroline jadeó.

—¿Murieron?

—Lo siento.

—¿Está usted segura?

—Tan segura como que está lloviendo. —Sus ojos orlados de rojo estaban tristes—. Lo siento, señorita.

Siempre se nos roba algo, pensó Caroline mientras regresaba con paso lento por entre el barro y las plantas en putrefacción. *Siempre nos quitan algo*. En la lluvia era posible llorar, y lloró libremente. Deseaba poder dejar de llorar antes de tener que enfrentarse a Lily de nuevo.

OceanofPDF.com

Los fuegos artificiales florecieron encima del monumento a Washington, celebrando la victoria en el Atlántico. Luces repentinas colorearon el Estanque Reflexivo. El aire nocturno olía a pólvora; la multitud se mostraba salvajemente alegre.

—Tendrá que abandonar usted la ciudad —dijo Crane con una vaga sonrisa, las manos en los bolsillos. Caminaba con el indolente paso de un brahmán, a la vez imperial y autoparódico—. Supongo que ya lo sabe.

¿Cuándo había visto Vale por última vez una celebración pública? Unas pocas y frías fiestas del Cuatro de Julio desde aquel extraño verano de 1912. Pero la victoria en el Atlántico había resonado por todo el país como un repique de campanas. En medio de esta multitud, por la noche, no serían reconocidos. Era posible hablar.

—Me hubiera gustado tener tiempo de hacer el equipaje —dijo.

Crane, al contrario que los dioses, toleraba una queja.

—No hay tiempo, Elias. En cualquier caso, la gente como nosotros no necesita posesiones mundanas. Somos más bien como, esto, monjes.

La celebración se prolongaría hasta por la mañana. Una pequeña guerra gloriosa: Teddy Roosevelt la hubiera aprobado. Los británicos se habían rendido tras las devastadoras pérdidas sufridas por su flota del Atlántico y sus colonias darwinianas, temerosos de un ataque contra los restos del gobierno de Kitchener en Canadá. Las condiciones de la victoria no eran duras: un embargo de armas, el apoyo oficial a la Doctrina Wilson. El conflicto había durado toda una semana. Había sido más bien un buen uso de la diplomacia que de la guerra, pensó Vale, al tiempo que una

advertencia a los japoneses en caso de que pensarán en dirigir su atención marcial hacia el oeste.

Por supuesto, la guerra había servido a otra finalidad, la finalidad de los dioses. Vale suponía que jamás llegaría a saber la suma de esa finalidad. Puede que no fuera más que el incremento de la enemistad, la violencia, la confusión. Pero en general los dioses eran más incisivos que eso.

Había habido una nota en el *Post*: los británicos y simpatizantes en el país estaban siendo interrogados en relación con el asesinato del director del Smithsonian, Eugene Randall. El nombre de Vale no había sido mencionado, aunque lo sería probablemente en la edición de la mañana.

—Debería darme las gracias —le dijo a Crane— por desaparecer de en medio.

—Curiosa expresión. No está desapareciendo, por supuesto. Es usted demasiado útil. Piense en ello de esta forma: está usted desechando una *personalidad*. La policía lo encontrará muerto en las cenizas de su propia casa, o al menos encontrará algunos sugestivos huesos y dientes. Caso cerrado.

—¿De quién serán esos huesos?

—¿Importa?

Suponía que no. Alguna otra víctima. Algún impedimento a la adecuada evolución del cosmos.

—Tome esto —dijo Crane. Era un sobre que contenía un billete de ferrocarril y un fajo de billetes de cien dólares. El destino impreso en el billete de ferrocarril era Nueva Orleans. Vale nunca había estado en Nueva Orleans. Nueva Orleans podría haber sido muy bien Marte Este, en lo que a él se refería.

—Su tren sale a medianoche —dijo Crane.

—¿Y usted?

—Yo estoy protegido, Elias. —Sonrió—. No se preocupe por mí. Quizá nos encontremos de nuevo, dentro de una década, o dos, o tres.

Dios nos ayude.

—¿Se ha preguntado alguna vez..., si hay algún *fin* a esto?

—Oh, sí —dijo Crane—. Creo que veremos el fin de esto, Elias; ¿usted no?

Los fuegos artificiales alcanzaron un crescendo. Brotaron estrellas en medio de un rugir de cañonazos: azules, violetas, blancas. Un buen presagio para la nueva administración Harding. Crane florecería, pensó Vale, en el moderno Washington. Crane ascendería como un cohete.

Y yo me hundiré en la oscuridad, y quizá sea mejor así.

Nueva Orleans era cálida, casi bochornosa; la primavera se hizo tropical. Era una ciudad extraña, pensó Vale, apenas norteamericana. Parecía transportada de alguna colonia francesa caribeña, toda ella hierro forjado y trueno y blando *patois*.

Alquiló un apartamento bajo un nombre falso en una parte de la ciudad baja pero no degradada. Pagó el alquiler con una pequeña fracción del dinero de Crane y empezó a buscar una oficina en un primer piso donde pudiera instalar un pequeño negocio espiritista. Se sentía extrañamente libre, como si hubiera abandonado a su dios en la ciudad de Washington. No era cierto —lo sabía muy bien—, pero saboreó el pensamiento mientras duró.

Su necesidad de morfina no era física, y quizá eso formaba parte del paquete de la inmortalidad, pero recordaba con cariño su embriaguez y pasó unas cuantas noches recorriendo los bares de jazz en busca de una conexión. Volvía a casa una ventosa y estrellada noche cuando dos desconocidos saltaron sobre él. Los hombres eran musculosos, sus toscos rostros ocultos bajo gorros de marino. Lo arrastraron a un callejón detrás de una tienda de tatuajes.

Debían de haber sido enviados por el dios, decidió Vale más tarde. Ninguna otra cosa tenía sentido. Uno llevaba una botella, otro una barra de acero fileteado. No pidieron nada, no se llevaron nada. Se dedicaron a trabajarle estrictamente el rostro.

Su piel inmortal resultó cortada y rasgada, su cráneo inmortal fracturado en varios lugares. Se tragó varios de sus inmortales dientes.

Por supuesto, no murió.

Envuelto en vendajes, sedado, oyó a un médico discutir su caso con una enfermera en el lánguido y arrastrado acento de Luisiana. *Es un milagro que*

haya sobrevivido. Nadie lo reconocerá después de esto, Dios lo sabe.

No un milagro, pensó Vale. Ni siquiera una coincidencia. Los dioses que habían cerrado su piel a la aguja de morfina en Washington podían con la misma facilidad haber parado aquellos golpes cortantes. Había sido atacado porque nunca se hubiera ofrecido voluntario.

Nadie lo reconocerá.

Curó rápidamente.

Una nueva ciudad, un nuevo nombre, un nuevo rostro. Aprendió a evitar los espejos. La fealdad física no era un impedimento significativo para su trabajo.

OceanofPDF.com

Guilford halló el Bodensee allá donde una corriente de agua glacial entraba en el lago, agua helada que se deslizaba sobre resbaladizos guijarros negros. Siguió lentamente, meticulosamente, la línea de la orilla, a lomos de la serpiente de pelo que había bautizado Evangeline. «Evangeline» por ninguna otra razón más que porque el nombre le atrajo; el sexo del animal era un misterio. Evangeline había demostrado ser más hábil en conseguir comida que Guilford durante la última semana, y sus seis cascos en cuña cubrían el terreno con más eficiencia que sus esqueléticas piernas.

Un suave sol bendijo el día. Guilford había improvisado un arnés de cuerda para mantenerse a horcajadas sobre el amplio lomo de Evangeline incluso cuando perdiera el conocimiento, y había veces en las que se había sumido en una cabeceante somnolencia, con el mentón clavado contra el pecho. Pero la luz del sol significaba que podía desprenderse de una capa de pieles, y eso era un alivio, sentir un aire que no era letalmente frío contra su piel.

Como las serpientes en general, Evangeline demostró ser inteligente. Evitaba los osarios de los insectos cuando la atención de Guilford se embotaba. Nunca se alejaba demasiado del agua. Y se mostraba respetuosa hacia Guilford, cosa quizá no demasiado sorprendente, puesto que él había matado y asado a una de sus compatriotas y dejado libres a las demás.

Guilford mantenía siempre un ojo atento al horizonte. Estaba más solo de lo que nunca lo había estado, aterradoramente solo, en un territorio sin fronteras de oscuros bosques y rocosas gargantas abismales. Pero no importaba. No le importaba demasiado estar solo. Era lo que ocurría cuando había gente alrededor lo que le preocupaba.

Concedió a Evangeline todo el crédito de descubrir el arco de piedra donde habían ocultado los botes de la expedición. Se había abierto camino pacientemente a lo largo de la guijarrosa orilla, hora tras hora, hasta que al fin se detuvo y gimió para llamar su atención.

Guilford reconoció las piedras, la línea de la orilla, los prados de las laderas que empezaban a mostrarse verdes.

Era el lugar correcto. Pero la lona que protegía los botes había desaparecido, y los botes también.

Desconcertado, Guilford se deslizó del lomo de la serpiente de pelo y escrutó la playa de busca de..., bueno, cualquier cosa: huellas, evidencias. Halló una plancha quemada, un clavo oxidado. Nada más.

La brisa hacía que las olas dieran pequeños lengüetazos contra la orilla.

El sol estaba bajo. Necesitaría madera para encender un fuego, si podía reunir las energías necesarias para prepararlo.

Suspiró.

—Fin del camino, Evangeline. Al menos por ahora.

—Lo será, si no se mete en el cuerpo una comida decente.

Se volvió.

Erasmus.

—Tom imaginó que aparecería usted aquí arriba —dijo el criador de serpientes.

Erasmus le proporcionó auténtica comida, le prestó un saco de dormir, y le prometió llevarlos a él y a Evangeline hasta su rancho más allá de la Rheinfelden, a unos pocos días de viaje por tierra; luego Guilford podría seguir río abajo cuando Erasmus llevara su ganado de invierno al mercado.

—¿Habló usted con Tom Compton? ¿Está vivo?

—Se detuvo en mis corrales camino de Jayville. Me dijo que le buscara y me ocupara de usted. Tropezó con bandidos después de dejarles a usted y a Finch. Demasiados para luchar. Así que fue hacia el norte y dejó falsos

fuegos y los condujo a una caza fantasma todo el camino hasta el Bodensee. Le salvó la piel, señor Law, aunque supongo que no la de Preston Finch.

—No, no la de Finch —dijo Guilford.

Avanzaron paralelos a la garganta del Rin, siguiendo la ruta por tierra que Erasmus había establecido. El criador de serpientes hizo alto junto a una pequeña laguna alimentada por un tributario sin nombre, lento y poco profundo. La luz del sol había calentado el agua hasta una temperatura tolerable, aunque no era lo que Guilford llamaría cálida. De todos modos, pudo lavarse por primera vez en semanas. El agua hubiera podido ser lejía, por toda la piel y suciedad que se llevó consigo. Salió temblando, desnudo como una larva. Las primeras moscas toro de la estación golpearon contra su pecho y huyeron por encima del agua iluminada por el sol. El pelo le colgaba ante sus ojos, su barba envolvía su pecho como una empapada manta del Ejército.

Erasmus montó la tienda e hizo un pozo para el fuego mientras Guilford se secaba y se vestía.

Compartieron judías en lata, dulce de melaza y ahumados. El café era tan denso como jarabe, tan amargo como la arcilla.

El criador de serpientes tenía algo en la cabeza.

—Tom me habló de la ciudad —dijo Erasmus—, de lo que le pasó a usted allí.

—¿Tan bien le conoce usted?

—Nos conocemos el uno al otro, si quiere decirlo así. La conexión es que ambos hemos estado en el Otro Mundo.

Guilford le lanzó una mirada cautelosa. Erasmus le devolvió una expresión neutral.

—Demonios —exclamó el criador de serpientes—, le hubiera vendido a Tom esas veinte cabezas si me lo hubiera pedido. Sí, no hubiera habido ningún problema. Pero se presentó Finch, todo furia y trueno, me cabreó... No, no quiero hablar mal de los muertos.

Erasmus buscó una pipa en sus alforjas, la llenó, la atacó y la prendió con un fósforo de madera. Fumaba tabaco, no hierbas del río. El olor era

exótico, lleno de recuerdos. Olía a libros encuadernados en cuero y a mullido tapizado de muebles. Olía a civilización.

—Los dos morimos en la Gran Guerra —dijo Erasmus—. En el Otro Mundo, quiero decir. Los dos hablamos de nuestros fantasmas.

Guilford se estremeció. No deseaba oír aquello. Cualquier cosa menos aquello: no más locura, no ahora.

—Básicamente —dijo Erasmus— solo soy un insignificante boche de tercera generación salido de Wisconsin. Mi padre trabajó en una compañía embotelladora la mayor parte de su vida, y yo hubiera hecho lo mismo si no hubiera salido huyendo a Jeffersonville. Pero está este Otro Mundo donde el Káiser se lio con los británicos y los franceses y los rusos. Muchos norteamericanos fueron reclutados y embarcados para ir a luchar, 1917, 1918, un montón de ellos murieron también. —Carraspeó y lanzó un escupitajo marrón al fuego—. En ese Otro Mundo soy un fantasma, y en este todavía soy de carne y hueso. ¿Me sigue hasta ahora?

Guilford guardó silencio.

—Pero los dos mundos ya no están estrictamente separados. De ahí vino la Conversión de Europa, sin mencionar la llamada ciudad donde pasó usted el invierno. Los dos mundos están enmarañados debido a que hay algo que quiere destruirlos a ambos. Quizá no destruirlos, sino más bien *devorarlos*,... bueno, es complicado. Algunos de nosotros morimos en el Otro Mundo y seguimos viviendo en este, y eso nos hace especiales. Tenemos un trabajo ante nosotros, Guilford Law, y no es un trabajo fácil. No quiero parecer como si supiera todos los detalles. No los sé. Pero es un trabajo duro y desagradable, y recae sobre nosotros.

Guilford no dijo nada, no pensó nada.

—Los dos mundos se van acercando poco a poco. Tom no sabía eso cuando entró en la ciudad, aunque puede que tuviera alguna sospecha, pero lo sabía seguro cuando salió de ella. Ahora lo sabe. Y creo que usted también.

—La gente cree en un montón de cosas —dijo Guilford.

—Y la gente se niega a creer en un montón de cosas.

—No sé lo que quiere decir.

—Creo que sí. Usted es uno de nosotros, Guilford Law. Aunque no quiere admitirlo. Tiene una esposa y una hija y no quiere ser reclutado para el Armagedón, y no puedo culparle por ello. Pero también es por su bien..., por el de sus hijos, por el de sus nietos.

—No creo en los fantasmas —consiguió decir Guilford.

—Es una lástima, porque los fantasmas sí creen en usted. Y a algunos de esos fantasmas les gustaría verle muerto. Fantasmas buenos y fantasmas malos, los hay de las dos clases.

No me dejaré llevar por esta fantasía, pensó Guilford. Quizás había visto algunas cosas en sus sueños. En el pozo en el centro de la ciudad en ruinas. Pero eso no probaba nada.

(¿Cómo podía Erasmus saber lo del piquete? Las últimas y crípticas palabras de Sullivan: *Usted murió luchando contra los boches...* No, dejemos eso a un lado; más tarde pensaremos en ello. No cedas. Vuelve con Caroline).

—La ciudad —se oyó susurrar a sí mismo.

—La ciudad es una de las de *ellos*. No desean que sea hallada. Y se tomarán grandes trabajos para mantenerla oculta. Vuelva dentro de seis meses, un año, y no la encontrará. Están cosiendo ese valle como un saco de harina. Pueden hacerlo. Retirar una pieza del mundo del conocimiento humano. O, quizás usted o yo podamos encontrarla, pero no un hombre ordinario.

—Yo soy un hombre ordinario, Erasmus.

—Desearlo no es lo mismo que serlo, solía decir mi madre. De todos modos —el criador de serpientes dejó escapar un gruñido y se puso en pie—, vamos a dormir un poco, Guilford Law. Todavía nos queda un buen trecho que recorrer.

Erasmus no volvió a plantear el tema, y Guilford se negó a tomarlo en consideración. Tenía otros problemas más apremiantes.

Su salud física mejoró en la granja de serpientes. Cuando llegaron los botes de Jeffersonville en busca de su cargamento de serpientes podía

caminar una cierta distancia sin cojear. Dio las gracias a Erasmus por su ayuda y se ofreció a enviarle *Argosy* regularmente.

—Es una buena idea. Ese libro de Finch era difícil de leer. ¿Quizás también el *National Geographic*?

—Por supuesto.

—¿*Science and Invention*?

—Erasmus, salvó usted mi vida en el Bodensee. Cualquier cosa que quiera.

—Bueno..., no voy a ser codicioso. Y dudo de que salvara su vida. El que usted viva o muera no está en mis manos.

Erasmus había cargado sus serpientes en dos botes fluviales de fondo plano pilotados por un tratante de Jeffersonville. Con ellos regresaría Guilford a la costa. Le tendió la mano al criador de serpientes.

—Respecto a Evangeline... —dijo.

—No se preocupe por Evangeline. Podrá irse libre si lo desea. Una vez la gente bautiza a un animal, es demasiado tarde para que prevalezca el sentido común.

—Gracias.

—Nos veremos de nuevo —dijo Erasmus—. Piense en lo que le dije, Guilford.

—Lo haré.

Pero no ahora.

El capitán del bote fluvial le dijo que había habido problemas con Inglaterra. Una batalla en el mar, dijo, y noticias estrictamente limitadas en la telegrafía sin hilos, «aunque he oído que los estamos pisoteando».

Los botes llenos de serpientes hicieron una buena media cuando el Rin se ensanchó en las tierras bajas. Los días eran más cálidos ahora, las marismas tenían un color verde esmeralda bajo un brillante cielo de primavera.

Hizo caso del consejo de Erasmus y llegó a Jeffersonville anónimamente. La ciudad había crecido desde que Guilford la viera por última vez, más cabañas de pescadores y tres nuevas estructuras permanentes en tierra firme junto a los muelles. Había más botes anclados en la bahía, pero ninguna embarcación militar; la Marina tenía una base a ochenta kilómetros al sur. Nada comercial partía hacia Londres..., nada legal, al menos.

Buscó a Tom Compton, pero la cabaña del hombre de la frontera estaba vacía.

En la oficina de la Western Union de Jeffersonville dispuso una transferencia bancaria de su cuenta personal en Boston, con la esperanza de que Caroline no la hubiera cancelado pensando que había muerto. El dinero llegó sin ningún problema, pero no pudo enviar ningún mensaje a Londres.

—Por lo que he oído —le dijo el operador del telégrafo—, no hay nadie allí para recibirlo.

Supo del bombardeo por un marinero norteamericano borracho en el embarcadero donde se suponía que debía encontrarse con el hombre que le haría cruzar el Canal.

Guilford llevaba un chaquetón de marinero azul y un gorro de lana encajado bajo sobre su frente. La taberna estaba atestada y olía intensamente a humo de pipa. Ocupó un taburete al extremo de la barra, pero no podía dejar de oír las charlas que se producían a su alrededor. No prestó una atención particular a ninguna de ellas hasta que un gordo marinero en la mesa de al lado dijo algo sobre Londres. Oyó «fuego» y luego «jodidamente arrasada».

Se dirigió a la mesa donde estaba sentado el marinero con otro hombre, un negro flaco.

—Disculpe —dijo Guilford—, no pretendía escuchar, pero ¿ha mencionado usted Londres? Estoy ansioso por tener noticias..., mi esposa y mi hija están allí.

—Yo mismo dejé unos cuantos bastardos allí —dijo el marinero. Su sonrisa se desvaneció cuando vio la expresión de Guilford—. No pretendo

ofender..., solo sé lo que oí.

—¿Estuvo usted allí?

—No cuando empezó el cañoneo. Me encontré con un fogonero que afirma que subió por el Támesis con una cañonera. Pero solo habla cuando bebe, y lo que dice no puede considerarse como una verdad cristiana.

—¿Está ese hombre en Jeffersonville?

—Se embarcó ayer.

—¿Qué le dijo de Londres?

—Que quedó totalmente arrasada. Que ardió hasta los cimientos. Pero hablar es muy fácil. Ya sabe usted cómo es la gente. Cristo, mírese usted mismo, temblando de esta manera. Tome una jodida copa conmigo.

—Gracias —dijo Guilford—. No tengo sed.

Contrató los servicios de un piloto del canal llamado Hans Kohn, que operaba un roñoso pero recio barco jabeguero y estaba dispuesto a llevar a Guilford hasta tan lejos como Dover, a cambio de una succulenta cantidad.

La embarcación abandonó Jeffersonville al oscurecer, en un mar ligeramente rizado bajo un cielo sin luna. Dos veces cambió Kohn de rumbo para eludir las patrullas de la Marina, débiles siluetas en el horizonte violeta. Ni hablar de subir por el Támesis, le dijo Kohn:

—El paso está completamente cerrado. Hay una ruta por tierra desde Dover, un camino de tierra. Es lo mejor que puedo hacer.

Guilford desembarcó en un tosco embarcadero de madera en la costa de Kent. Kohn regresó al mar. Guilford se sentó en el crujiente muelle durante un tiempo, escuchando los gritos de las aves marinas mientras el cielo oriental adquiría un tono bermellón lechoso. El aire olía a sal y a descomposición.

Suelo inglés al fin. El final de un viaje, o al menos el principio del fin. Sintió el peso de los kilómetros a sus espaldas, tan profundo como el océano que acababa de cruzar. Pensó en su esposa y en su hija pequeña.

La ruta por tierra de Dover a Londres consistía en un sendero abierto en plena naturaleza, lodoso y en muchos lugares apenas lo bastante ancho como para acomodar a un solo caballo y su jinete.

Dover era una pequeña pero floreciente ciudad portuaria tallada en el gredoso suelo costero, rodeada de colinas barridas por el viento e interminables kilómetros verdeazulados de acedera estrellada y cañas coronadas de hojas que los del lugar llamaban anilla. La ciudad no se había visto muy afectada por la guerra; la comida todavía era relativamente abundante, y Guilford pudo comprar una yegua entrenada para la monta, no demasiado vieja, que podría llevarle hasta Londres. No era muy buen jinete, pero descubrió que el caballo era una montura inmensamente más confortable de lo que había sido Evangeline.

Durante un tiempo estuvo solo en la carretera a Londres, pero cuando cruzó los prados altos empezó a encontrar refugiados.

Al principio eran tan solo unos pocos viajeros harapientos, algunos montados, otros tirando de carretas encostradas de lodo y cargadas con mantas y vajillas y desgastados baúles de madera llenos con los tesoros familiares. Habló brevemente con ellos. Ninguno tenía noticias alentadoras, y la mayoría retrocedían ante el sonido de su acento. Poco después de anochecer tropezó con un grupo de cuarenta familias acampado en la falda de una colina, con sus fuegos ardiendo como las luces de una ciudad itinerante.

Su principal pensamiento estaba dirigido hacia Caroline y Lily. Preguntó educadamente a los refugiados, pero no pudo hallar a nadie que las conociera o las hubiera visto. Desalentado y solitario, Guilford condujo por las riendas a su caballo y aceptó una invitación a unirse a un círculo alrededor de una de las fogatas. Compartió libremente su comida, explicó su situación, y preguntó qué era exactamente lo que había ocurrido en Londres.

Las respuestas fueron cortas y brutales.

La ciudad había sido bombardeada. La ciudad había ardido.

¿Habían muerto muchos?

Muchos..., pero no había ninguna cuenta, nadie sabía el número de muertos.

A medida que se acercaba a la ciudad, Guilford empezó a tener la inquietante sospecha de que le estaban siguiendo.

Era un rostro que había visto antes, un rostro familiar, y creyó verlo repetidamente entre el cada vez mayor número de refugiados o cruzándose con él en el camino forestal, o mirándole desde las frondas de los árboles mezquita y los helechos pagoda. Un rostro de hombre, joven pero inquieto. El hombre iba vestido de caqui, un raído uniforme sin insignias. Se parecía notablemente al piquete de los sueños de Guilford. Pero eso era imposible.

Guilford intentó acercarse a él. Dos veces, en un solitario tramo del camino en las profundidades del bosque al atardecer, le gritó al hombre desde su caballo. Pero nadie respondió, y Guilford se quedó con una sensación estúpida y asustada.

Probablemente no había nadie allí. Era un engaño de los cansados ojos, de la ansiosa mente.

Pero ahora cabalgó más cautelosamente.

Su primera visión de Londres fue la ennegrecida pero intacta cúpula de la nueva San Pablo, erguida sobre un campo de bruma y escombros.

Un ferry provisional manejado tirando de una cuerda lo condujo a la orilla norte del Támesis. Una firme llovizna parecía querer agujerear sin conseguirlo la superficie del agua del turbulento río.

Halló un campamento de refugiados en los campos sin árboles al oeste de la ciudad, un enorme y hediondo amasijo de tiendas y zanjales de letrinas en medio de todo lo cual colgaban flácidas bajo la lluvia unas pocas banderas de la Cruz Roja.

Guilford se acercó a una de las tiendas médicas donde una enfermera con una redcilla en el pelo estaba repartiendo mantas.

—Disculpe —dijo.

Varias cabezas se volvieron al sonido de su acento. La enfermera le miró e hizo una ligera inclinación con la cabeza.

—Estoy buscando a alguien —dijo Guilford—. ¿Hay alguna forma de encontrarlo, alguna especie de lista...?

Ella negó secamente con la cabeza.

—Lo siento. Lo intentamos, pero demasiada gente se marchó simplemente en todas direcciones después del fuego. ¿Viene usted de Nueva Dover?

—De aquel lado, sí.

—Entonces habrá visto el número de refugiados. De todos modos, puede preguntar en la tienda de comida. Todo el mundo acude a la tienda de comida. Está en el prado occidental. —Inclinó la cabeza—. Por aquel lado.

Guilford miró a través de varias amplias hectáreas de miseria humana; frunció el ceño.

La enfermera se envaró.

—Lo siento —dijo, y su voz se ablandó un poco—. No quiero parecer insensible. Pero es que hay... *tantos*.

Guilford se dirigía hacia la tienda de comida cuando vio de nuevo al fantasma, pasando como su propia sombra por entre el barro y las tiendas de lona y los humeantes fuegos.

—¿Señor Law? ¿Guilford Law?

Al principio pensó que el fantasma le había hablado. Pero se dio la vuelta y vio a una harapienta mujer que le hacía gestos. Necesitó unos momentos para reconocerla: la señora de Koenig, la viuda que había vivido en la puerta de al lado de Jered Pierce.

—Señor Law, ¿es usted realmente?

—Sí, señora de Koenig, soy yo.

—¡Dios mío, creí que había muerto! ¡Todos creímos que había muerto en el Continente!

—He venido en busca de Caroline y Lily.

—Oh —dijo la señora de Koenig—. Por supuesto. —Pero su sonrisa sin dientes se desvaneció—. Claro que sí. Sin duda. Vayamos a tomar algo,

señor Law, usted y yo, y hablaremos acerca de eso.

OceanofPDF.com

Querida Caroline,

Probablemente nunca verás esta carta. La escribo con esta expectativa, y solo con una débil esperanza.

Evidentemente, sobreviví al invierno en Darwinia. (De la expedición Finch, los únicos supervivientes somos Tom Compton y yo..., si aún sigue con vida). Si la noticia te llega por primera vez espero que no te impresione demasiado. Sé que creías que había muerto en el Continente. Supongo que esa creencia explica tu conducta, buena parte de ella al menos, desde el otoño del 20.

Quizá pienses que te desprecio o que escribo para ventilar mi ira. Bueno, la ira es auténtica. Me habría gustado que hubieras esperado. Pero esta cuestión es debatible. No te culpo por ello. Yo estaba en un continente salvaje y vivo; tú estabas en Londres y pensabas que yo había muerto. Digamos simplemente que actuamos como correspondía.

Dudo en escribirte esto (y hay muy pocas esperanzas de que tú llegues a leerlo). Pero la costumbre de dirigirte mis pensamientos es difícil de romper. Y hay asuntos entre nosotros que necesitamos resolver.

Y deseo pedirte un favor.

Puesto que te adjunto mis notas y cartas que te escribí desde el Continente, déjame terminar la historia. Ha ocurrido algo extraordinario, Caroline, y necesito ponerlo sobre el papel aunque nunca llegues a verlo. (Y quizá sea mejor para ti que no lo hagas).

Te busqué entre las ruinas de Londres. Poco después de llegar encontré a la señora de Koenig, nuestra vecina de Market Street, que me dijo que te habías marchado en un barco de refugiados con destino a Australia. Te fuiste, me dijo, con Lily y ese hombre (no diré «ese desertor», aunque por lo que entiendo eso es lo que es), ese Colin Watson.

No me detendré en mi reacción. Baste decir que los días que siguieron a esta revelación son un vago recuerdo en mi mente. Vendí mi caballo y gasté el dinero en parte de lo que se había conseguido salvar de las destilerías de High Street.

El olvido es caro de conseguir en Londres, Caroline. Aunque quizá sea siempre este el caso, en todas partes.

Tras largo tiempo desperté para descubrirme tirado entre unos brezales al aire libre en medio de la bruma, brutalmente sobrio y doloridamente helado. Mi manta estaba empapada, lo mismo que mis sucias ropas. Despuntaba el alba, el sol apenas iluminaba el cielo oriental. Me hallaba en el perímetro del campo de refugiados. Contemplé los pocos fuegos que se iban apagando a la gris luz sin ser atendidos. Cuando me noté un poco más seguro de mí mismo me puse en pie. Me sentía abandonado y solo...

Pero no lo estaba.

Me di la vuelta cuando oí un sonido y...

Me vi a mí mismo.

Sé lo extraño que suena esto. Y era extraño, extraño y desorientador. Nunca vemos nuestros propios rostros, Caroline, ni siquiera en los espejos. Creo que aprendemos a muy temprana edad a posar para los espejos, a mostrarnos a nosotros mismos nuestros mejores ángulos. Es una experiencia muy diferente hallar un rostro y un cuerpo ocupando el espacio de otra persona.

Durante un tiempo simplemente me lo quedé mirando. Comprendí sin preguntar que era el hombre que me había estado siguiendo todo el camino desde Nueva Dover.

Era evidente por qué no lo había reconocido antes. Era innegablemente yo mismo, pero no exactamente mi reflejo. Déjame describirte lo que vi: un hombre joven, alto, vestido con un desgastado uniforme militar. No llevaba gorra, y sus botas estaban enlodadas. Era más recio que yo, y caminaba sin

cojear. Iba recién afeitado. Sus ojos eran brillantes y observadores. Sonreía, no amenazadoramente. No llevaba ningún arma.

Parecía inofensivo.

Pero no era humano.

Al menos no era un ser humano vivo. Por una parte, no estaba enteramente *allí*. Quiero decir, Caroline, que su imagen se desvanecía y se definía periódicamente, de la misma forma que parpadea una estrella en una noche ventosa.

—¿Quién eres? —susurré.

Su voz fue firme, no fantasmal. Dijo:

—Esta es una pregunta complicada. Pero creo que ya conoces parte de la respuesta.

La bruma se alzó del empapado suelo a nuestro alrededor. Permanecimos de pie uno frente al otro en la helada media luz como si un muro nos separara del resto del mundo.

—Te pareces a mí —dije lentamente—. O pareces un fantasma. No sé lo que eres.

—Demos un paseo juntos, Guilford —dijo él—. Pienso mejor cuando camino.

Así que echamos a andar por entre los brezos en aquella brumosa mañana. Supongo que hubiera debido sentirme aterrado. Lo estaba, a un cierto nivel. Pero su actitud era desarmante. La expresión en su rostro parecía decir: *Qué absurdo, tener que encontrarnos de esta forma.*

Como si un fantasma tuviera que disculparse por sus torpes señas de identidad: el sudario agitado por el viento, las cadenas.

Quizá todo eso suene como si hubiera aceptado tranquilamente aquella visita. Lo que en realidad sentía era algo más parecido a un asombro o a un trance. Creo que eligió para aparecer el momento en el que yo era lo suficientemente vulnerable —estaba lo suficientemente aturdido— como para oírle por encima del rugir de mis propios temores.

O quizá era una alucinación, provocada por el agotamiento y el licor y el pesar. Piensa lo que quieras, Caroline.

Caminamos a la débil luz de la mañana. Él parecía más feliz, o al menos más sólido, a la profunda sombra de los árboles mezquita que bordeaban el prado. Su voz era física, llena con el sonido humano de la respiración. Hablaba sin pretensiones, en un inglés coloquial que sonaba tan familiar como el retumbar de mis propios pensamientos. Pero nunca vacilaba ni le faltaba la palabra precisa.

Esto es lo que dijo.

Me dijo que se llamaba Guilford Law y que había nacido y se había criado en Boston.

Dijo que había vivido una vida nada excepcional hasta los diecinueve años, cuando fue reclutado y enviado a ultramar para luchar en una guerra extranjera..., una guerra europea, una «Guerra Mundial».

Me pidió que imaginara una historia en la cual Europa nunca se convirtió, en la cual aquel guiso de reinados y despotismos siguió hirviendo lentamente hasta que estalló en un conflicto global.

Los detalles no son importantes. La esencia es que este Guilford Law fantasma terminó en Francia, enfrentado al ejército alemán en una serie de estáticas y sangrientas batallas de trincheras convertidas en algo aún más pesadillesco gracias a los gases venenosos y los ataques aéreos.

Este Guilford Law —«el piquete», como no había dejado de pensar en él— resultó muerto en esa guerra.

Lo que le sorprendió fue que, cuando cerró los ojos por última vez en la Tierra, no fue el final de toda vida o pensamiento.

Y aquí, Caroline, la historia se vuelve más peculiar aún, mucho más alocada.

Nos sentamos sobre un tronco caído en el frío de la mañana, y me sorprendió su tranquila presencia, su solidez, su peso. Su negro pelo se agitaba cuando soplabla el viento; respiraba como cualquier cosa viva; el tronco se movió bajo su peso cuando se giró para mirarme.

Si lo que me dijo el piquete es cierto, entonces Schiaparelli y los astrónomos como él tienen razón: existe vida entre las estrellas y los planetas, vida como nosotros y distinta de nosotros, en algunos casos extremadamente distinta.

El universo, dijo el piquete, es inmensamente antiguo. Lo bastante antiguo como para haber producido civilizaciones científicas mucho antes de que los seres humanos perfeccionaran el hacha de piedra. La raza humana nació en una galaxia saturada de sentiencia. Antes de que nuestro sol se coagulara a partir del polvo primordial, dijo el piquete, ya había maravillas en el universo tan grandes y sutiles que parecen más magia que ciencia; y mayores maravillas estaban por llegar, empresas cuya realización cubriría literalmente eones.

Describió la galaxia —nuestro pequeño conglomerado de unos cuantos millones de estrellas, en sí mismo solo uno de los varios miles de millones de conglomerados semejantes— como una especie de organismo vivo, «despertando a sí mismo». Líneas de comunicación conectan las estrellas: no comunicaciones por telégrafo o incluso por radio, sino algo que actúa sobre la esencia invisible (la «energía isotrópica», con la cual creo que quiere dar a entender el éter) del propio espacio; ¡y esas tupidas redes de comunicación se han vuelto tan intrincadas que poseen inteligencia propia! Literalmente, sugirió, las estrellas *piensan entre ellas*, y más que eso: *recuerdan*.

Preston Finch solía citar al obispo Berkeley diciendo que todos somos pensamientos en la mente de Dios. ¿Y si eso fuera literalmente cierto?

Este Guilford Law era un animal físico hasta el día que murió, en cuyo momento se convirtió en una especie de pensamiento..., una *sentiencia-semilla*, lo llamó, en la mente de este Dios local, este Yo galáctico en evolución.

No era, dijo, una existencia especialmente exaltada, al menos al principio. Una mente humana sigue siendo solo una mente humana incluso cuando es traducida a una Mente en General. Despertó a la otra vida con la idea de que se estaba recuperando de una herida de metralla en un hospital de campaña francés, y necesitó la aparición de unos cuantos de los muertos antes que él para convencerse de que realmente había muerto. Su cuerpo

«virtual» (así lo llamó) se parecía tanto al suyo que parecía no haber ninguna diferencia, aunque eso podía cambiar, le dijeron. La esencia de la vida es el cambio, dijo, y la esencia de la vida eterna es el cambio eterno. Había mucho que aprender, mundos que explorar, nuevas formas de vida que conocer..., en las que *convertirse*, si el espíritu así lo deseaba. Su cuerpo orgánico se había visto limitado por sus necesidades físicas y por la habilidad del cerebro de capturar y retener recuerdos. Estos impedimentos habían desaparecido.

Cambiaría, inevitablemente, a medida que aprendiera a habitar la Mente que lo contenía, a sorber sus recuerdos y su sabiduría. No abandonar su naturaleza humana sino construir sobre ella, expandirla.

Y eso, en suma, es lo que hizo, durante literalmente millones de siglos, hasta que «Guilford Law», la autoproclamada sentiencia-semilla, se convirtió en una fracción de algo mucho más vasto y más complejo.

Con quien estaba hablando esta mañana era a la vez Guilford Law y ese ser mucho más grande, miles sobre miles de millones de seres, de hecho, unidos entre sí y sin embargo reteniendo cada uno su individualidad.

Puedes imaginar mi incredulidad. Pero bajo las circunstancias cualquier explicación hubiera parecido plausible.

¿Puedes leer esto como otra cosa más que como los delirios de un hombre que se ha vuelto loco a causa del aislamiento y el shock?

El shock es auténtico, Dios lo sabe. Lloro por lo que ambos hemos perdido.

Y no espero que me creas. Todo lo que pido es tu paciencia. Y tu buena voluntad, Caroline, si aún no la has agotado.

Le pregunté al piquete cómo podía haber ocurrido nada de aquello. Después de todo, yo era Guilford Law, y yo *no había* muerto en ninguna guerra alemana, y eso estaba tan claro como que el sol salía cada mañana.

—Es una larga historia —dijo.

Yo le respondí que no tenía que ir a ninguna parte.

La otra vida, explicó el piquete, no era lo que él había esperado. Más fundamentalmente, no era otra vida *sobrenatural*: era un paraíso hecho por el hombre (o al menos hecho por alguna criatura inteligente), tan artificial como el puente de Brooklyn y a su propia inmensa manera igual de finito. Las almas recuperadas de un millón de planetas eran unidas entre sí en estructuras físicas que él llamó «noosferas», máquinas del tamaño de planetas que viajaban por la galaxia en interminables viajes de exploración. Un paraíso, Caroline, pero no un *cielo*, y no sin sus problemas y enemigos.

Le pregunté qué enemigos podían tener esos dioses.

—Dos —dijo.

Uno era el Tiempo. La sentiencia había conquistado la mortalidad, al menos a escala galáctica. Desde antes del advenimiento de la humanidad, cualquier criatura calificada como sintiente que muriera dentro del reino efectivo de las noosferas era llevada al paraíso. (Incluidos todos los seres humanos desde el hombre de Neanderthal hasta el presidente Taft y más allá. Algunos, dio a entender, habían necesitado un cierto grado de «redespertar moral» antes de que pudieran ajustarse a la otra vida. Supongo que no somos la especie más miserable de la galaxia, pero tampoco somos con mucho la más angélica). Pero la propia Sentiencia era mortal, como lo era la galaxia de la Vía Láctea, ¡y de hecho todo el universo en general! Pronunció algunas frases acerca de la «descomposición de las partículas» y la «muerte del calor», que solo seguí vagamente. La suma de todo aquello era que la materia en sí acabaría muriendo. Con toda la inteligencia a su disposición, las noosferas diseñaron una forma de prolongar su existencia más allá de ese punto. Y consiguieron construir un «Archivo», una suma de toda la historia sintiente, que podía ser consultado no solo por las propias noosferas sino por entidades similares fijadas en otras galaxias inconcebiblemente distantes.

Así que un enemigo era el Tiempo, y ese enemigo había sido, si no conquistado, sí al menos desprovisto de sus dientes.

Al otro lo llamó la *psivida*, de la letra griega psi, que significa «pseudo».

La psivida era el resultado definitivo de los intentos de imitar la evolución en las máquinas.

Las máquinas, dijo, podían alcanzar la consciencia, dentro de ciertos límites. (Creo que usó esas palabras —«consciencia» y «máquinas»— en un sentido técnico, pero no le presioné al respecto). La consciencia tanto orgánica como de las máquinas utilizaba algo que llamó «indeterminación cuántica», mientras que la psivida era una especie de *matemáticas*.

La psivida producía «sistemas parásitos» o lo que él llamó —hasta el punto que puedo repetirlo— «Algol Ritmos sin mente que hacen presa en la complejidad, habitan en ella y luego la devoran».

Estos Algol Ritmos no odian más a los seres sintientes que la avispa cazadora odia a la tarántula en la cual deposita sus huevos. La psivida habitaba los «sistemas» sintientes y devoraba la propia sentiencia. Utilizaba la comunicación y el pensamiento como un medio de fabricar copias de sí misma, que se copiarían a su vez, y así *ad infinitum*.

La psivida, aunque no convencionalmente simiente y sin individualidad, podía emular esas cualidades, podía actuar con una especie de inteligencia concentrada aunque parecida a la de las hormigas, una ciega astucia. Imagina si puedes una enorme *inteligencia* totalmente desprovista de *comprensión*.

La psivida había surgido en varias épocas y lugares por todo el universo. Había amenazado la Sentiencia y había sido derrotada, aunque no hasta la extinción. Se creía que el Archivo era impermeable a la penetración por la psivida; la descomposición de la materia convencional significaría también el fin de esos virulentos Algol Ritmos.

Pero no fue ese el caso.

El Archivo fue corrompido por la psivida.

El Archivo.

Caroline, ¿qué supones que puede constituir la historia definitiva, desde el punto de vista de un dios?

No la *interpretación* del pasado por parte de alguien, por ponderada y objetiva que sea. Como tampoco el *propio* pasado, que es difícil de consultar de una forma directa y sencilla.

No, el libro de historia práctica definitivo será la historia en un espejo, el pasado recreado fielmente de alguna forma accesible, para ser abierto como un libro en todas sus lenguas y dialectos originales; un fiel modelo de trabajo, pero con todos los espacios vacíos retirados para una mayor simplificación, y accesible a la Mente en General de una forma que no pueda alterar o disturbar al libro en sí.

El Archivo era estático, porque la historia no cambia, pero era barrido a largos intervalos por lo que el piquete llamó un «campo Higgs», que comparó a una aguja de fonógrafo siguiendo el surco de un disco. La grabación no cambia, pero un acontecimiento *dinámico* —la música— es extraído de un objeto fijo.

En un mundo cuerdo, por supuesto, la música es idéntica cada vez que se hace sonar el disco. ¿Pero qué ocurre si pones una sinfonía de Mozart en el fonógrafo y en su lugar escuchas *Die Zauberflöte*?

Pese a lo aturdido que estaba, podía ver adónde se encaminaba todo aquello.

La Guerra Mundial del piquete era la sinfonía de Mozart. La conversión de Europa era *Die Zauberflöte*.

—¿Me estás diciendo que estamos *dentro* de este Archivo?

Asintió calmadamente.

Me estremecí.

—¿Significa eso..., me estás diciendo que soy una especie de libro de historia..., o una página al menos, o un párrafo?

—Eso estaba previsto que fueras —dijo.

Todo aquello era difícil de absorber, por supuesto, incluso en un estado receptivo. Y, Caroline, cuando pienso en ti leyendo esto..., debes de estar segura de que me he vuelto loco.

Y quizá tengas razón. Yo mismo casi preferiría creerlo.

Pero me pregunto si esta carta va dirigida realmente a ti..., a *ti*, quiero decir, a Caroline en Australia..., o a esa otra Caroline, la Caroline cuya

imagen llevé al Continente, la Caroline que sostuvo mis fuerzas allí.

Quizás esa Caroline todavía no se haya extinguido por completo. Quizás esté leyendo por encima de tu hombro.

¿Puedes captar la enormidad de lo que me dijo ese espectro?

Sugirió —a plena luz del día y en el más llano de los lenguajes— que el mundo a mi alrededor, el mundo que tú y yo habitamos, no es más que una ilusión mantenida dentro de una máquina en el fin del tiempo.

Eso iba mucho más allá de lo que podía aceptar, pese a toda mi experiencia con los señores Burroughs, Verne y Wells.

—No puedo plantearlo de una forma más sencilla —dijo—, o pedirte que hagas más que tomar en consideración la posibilidad.

Ahora la cosa es más complicada. Cuando éramos un «libro de historia», Caroline, cada acontecimiento, cada acción, estaban predeterminados, una simple repetición de lo que había ocurrido antes..., aunque por supuesto no había forma de que pudiéramos saberlo.

Pero la psivida ha inyectado el «caos» (esta palabra) en el sistema... ¡lo cual es el equivalente de lo que los teólogos llaman «libre albedrío»!

Lo cual significa, dijo el piquete, que tú y yo y todos los demás seres sintientes que han sido «modelados» en el Archivo se han convertido en entidades morales independientes, impredecibles..., *auténticas vidas*, es decir, *nuevas vidas*, ¡que la Sentencia ha jurado proteger!

La invasión de la psivida, en otras palabras, nos ha liberado de una existencia mecánica..., aunque la psivida tenga intención de mantenernos como rehenes y finalmente exterminarnos a todos.

(Resulta tentador pensar en estas entidades de la psivida como los Ángeles Rebeldes. Nos proporcionaron status como criaturas morales trayendo el mal al mundo..., ¡y debemos luchar a muerte contra ellos aunque nos liberaran!). Hablamos más rato, mientras las últimas brumas matutinas se desvanecían y el día se hacía más brillante. El piquete se volvió más fantasmal a la luz del mediodía. Arrojaba una sombra, pero no era tan oscura como la mía.

Finalmente le formulé la pregunta más importante: ¿por qué había venido aquí, y qué era lo que deseaba de mí?

Su respuesta fue larga e inquietante.

Me pidió mi ayuda.

Se la negué.

El doctor Sullivan, cuando discutía con Preston Finch, le citaba a menudo a Berkeley. Las palabras acudieron a mi memoria: «Las cosas y las acciones son lo que son, y sus consecuencias serán lo que serán; ¿por qué entonces deberíamos desear ser engañados?».

Sin embargo, a veces lo hacemos, Caroline. A veces deseamos ser engañados.

Puede que te sorprenda saber que voy a regresar al Continente, probablemente a uno de los asentamientos mediterráneos: Fayetteville u Oro Delta. El clima es cálido allí. Las perspectivas son buenas.

Pero he mencionado que tengo que pedirte un favor.

Eres libre de seguir con tu vida en Australia, Caroline. Sé que cargas con un peso de infelicidad que yo nunca fui capaz de alzar de tus hombros. Quizás halles una forma de desprenderte de este peso. Lo espero fervientemente. No cuestionaré tu decisión y no acudiré a ver a Lily a menos que sea invitado a ello.

Pero te ruego —te suplico este favor—, te ruego que no dejes que Lily siga pensando que he muerto.

Voy a enviar esto con un tal señor Barnes, que se enroló en un transporte de refugiados de la Cruz Roja con destino a Sydney, para que lo haga llegar a cualquier familiar vivo del teniente Colin Watson. Le he dado instrucciones de que no haga nada que pueda comprometer la posición del teniente con respecto a los estamentos militares. El señor Barnes parece de confianza y discreto.

Incluyo también mis notas del invierno en el Continente. Pienso en ellas como en cartas que no pude enviar. Quizá cuando Lily sea mayor desee leerlas.

Sé que no soy el esposo que esperabas. Espero sinceramente que el tiempo y los recuerdos sean benévolos para ambos.

Dudo que volvamos a encontrarnos alguna vez.

Pero por favor recuérdame a Lily. Quizá todos no seamos más que fantasmas en una máquina. Es una explicación que puede que al doctor Sullivan le hubiera interesado oír. Pero, no importa lo que seamos, *somos*. Lily es mi hija. La quiero. Ese amor es real. Por favor, díselo. Dile que la quiero mucho, y que siempre la querré.

Siempre.

Siempre.

OceanofPDF.com

Interludio

La sentiencia-semilla Guilford Law cayó en el Archivo como un núcleo de materia compleja no mayor que un grano de arena.

Una firme lluvia de esos granos caía constantemente al Archivo. Eran sentiencias-semilla extraídas de todos los mundos, de todas las especies cuya historia era puesta en peligro por la incursión de las psividas. Cada grano era a todos los efectos un arma, camuflada contra todo reconocimiento y preparada para interactuar con la subestructura hermética del Archivo de formas que desviarán la atención del enemigo.

Había batallas en curso en todos lados dentro del Archivo. Paquetes de Turing subsintientes vagaban libres, buscando la signatura algorítmica de la psivida e interrumpiendo su reproducción. Los nodos de psivida, a su vez, mutaban o camuflaban sus códigos reproductivos. Los paquetes depredadores florecían por un tiempo, luego morían cuando los invasores los tomaban como blancos e inutilizaban sus secuencias de ataque. La guerra se convertía en una ecología.

El papel de Guilford estaba en otra parte. Sus sistemas autonómicos llamaban a la arquitectura funcional del Archivo, y este lo enviaba a la réplica de la arcaica Tierra. No podía manifestarse como un ser fenomenológico —al menos, no funcionalmente, y no durante mucho tiempo—, pero podía comunicarse directamente con la réplica de Guilford Law.

Lo que ocurría allí era importante. La psivida había alterado radicalmente la ontosfera que era el corazón del Archivo. Las cicatrices de la batalla estaban por todas partes.

El continente de Europa había sido revisado de un solo golpe, abrumado con una historia mutante. La psivida había intentado crear una secuencia evolutiva que permitiría su entrada en la ontosfera a través del vehículo de las criaturas subsintientes insectoides.

El esfuerzo se había encontrado con una resistencia efectiva. Su meta había sido transformar enteramente la Tierra. Habían convertido solo una fracción de ella.

Pero el mundo réplica había resultado cambiado permanentemente. Vidas que habían sido cortadas en seco —como la de Guilford— se habían visto retorcidas en nuevas formas autónomas, completamente sintientes. Muchas de ellas eran conductos permeables de la subestructura del Archivo a la ontología de su núcleo. Es decir, caminos a través de los cuales los espíritus —como el de Guilford, o los nodos parasitarios de la psivida— podían entrar y alterar el plenum de la historia.

La consciencia-semilla que era Guilford Law sintió ira ante el daño ya causado. Y miedo: miedo por las nuevas mentes-semilla creadas por la invasión de la psivida, que podían no ser recuperables: que podían enfrentarse, en otras palabras, al horror de la absoluta extinción.

Entidades que no habían sido más que reconstrucciones del pasado se habían convertido en rehenes: vulnerables, quizá condenados, si la incursión de la psivida a la ontosfera continuaba sin resistencia.

Como una sentiencia-semilla, aislada de su noosfera, Guilford no podía esperar abarcar más que una fracción de la guerra. No era esa su intención. Había acudido, con los demás, con la única finalidad de intervenir en la batalla por la Tierra.

Comprendía lo suficientemente bien la Tierra.

En Europa, los psiones se habían visto inmovilizados (pero solo temporalmente) en su abortivo punto de acceso: un pozo, como aparecía en su plenum, que unía las estructuras ocultas del Archivo a la Tierra ontológica. Los psiones habían utilizado enormes criaturas insectoides como sus avatares, habían investido sus medios y sus motivos en aquellos

animales, los habían utilizado para construir una tosca ciudad de piedra para proteger su punto de acceso.

La ciudad había caído en una batalla anterior. El paso había sido sellado con toda efectividad.

Por ahora.

Una nueva actividad lo había atraído. El campo Higgs, barriendo el Archivo para crear tiempo ontológico, empujó hacia una nueva diáspora de la psivida. Otro Armagedón. Otra batalla.

Captó todo aquello directamente: el pozo, y su propio avatar Guilford Law, el continente que algunos llamaban Darwinia, incluso el alterado paisaje marciano, con sus ahistóricas mentes-semilla luchando por la autonomía. Crisis pasadas y crisis futuras.

No podía intervenir, no directamente. Como tampoco podía simplemente capturar y dirigir un avatar, como hacían los psiones. Respetaba la independencia moral de las vidas-semilla. Abordó tentativamente a su avatar. Luchó por precisarse en el espectro mental del avatar, convertirse en la cosa puramente mortal que había sido en su tiempo.

Fue extraño redescubrir aquel núcleo de yo, el caótico amasijo de miedos y necesidades y aspiraciones que era el embrión de toda sentiencia. Entre sus pensamientos:

En su tiempo esto fui yo. En su tiempo esto fue todo lo que existió de mí, desnudo y solo y temeroso, sin otro Yo. Una mota en un mar de materia inanimada.

Se sintió invadido por la piedad.

Entró en las percepciones del avatar como un fantasma, que era todo lo que podía manifestar de sí en la ontosfera del Archivo. Está a punto de producirse una batalla, le dijo a su avatar. Tienes un papel que representar en ella. Necesito tu ayuda.

Su avatar escuchó todas sus difíciles explicaciones. Las palabras eran torpes, primitivas, apenas adecuadas.

Y luego su avatar lo rechazó.

—No me importa lo que digas. —La joven voz de Guilford fue franca y definitiva—. No sé lo que eres o si estás diciendo la verdad. Lo que describes es medieval: fantasmas y demonios y monstruos, como cualquier auto del siglo x.

La sentiencia infantil estaba amargada. Había sido abandonado por su esposa. Había visto mucho más de lo que era capaz de abarcar. Había visto morir a sus compatriotas.

El Guilford más viejo comprendió.

Recordó el bosque de Belleau y Bouresches. Recordó un campo de trigo con amapolas. Recordó a Tom Compton, partido en dos por el fuego de ametralladora. Recordó el dolor.

OceanofPDF.com

III. JULIO DE 1945

*«Para cada época hay un sueño que muere, o uno que está
empezando a nacer»*

—A. W. E. O'haughnessy

OceanofPDF.com

En las tierras bajas de la Campania muchos de los antiguos nombres habían sido revividos. La bahía de Nápoles todavía se abría al mar Tirreno, estaba limitada por el cabo Miseno y la península de Sorrento, seguía dominada por el volcán activo Vesubio (aunque los primeros colonos solían llamarlo el «Viejo Humeante»). El suelo era arable, el clima razonablemente suave. El seco viento de primavera que soplaba de Asia Menor era conocido todavía como el *scirocco*, el siroco.

Los asentamientos en las laderas de las colinas adoptaban nombres idiosincráticos: Oro Delta, Palaepolis, Fayetteville, Dawson City. Discípulos del utopista Upton Sinclair habían fundado Mutualville en la isla llamada en sus tiempos Capri, aunque el comercio había moderado su estricto régimen comunal. El puerto había sido mejorado para promover los intercambios comerciales. Ahora era común ver cargueros de África, barcos de refugiados de los revueltos territorios de Egipto y Arabia, petroleros norteamericanos donde en su tiempo solo habían habido botes de pesca y jabegueros.

Fayetteville no era el mayor asentamiento de la bahía. En estos días era menos una ciudad independiente que un dedo de Oro Delta, extendida costa abajo, que suministraba a granjeros y trabajadores del campo. Las tierras bajas producían ricas cosechas de maíz, trigo, remolacha azucarera, olivas, nueces y cáñamo. El mar proporcionaba peces embarrancadores, cangrejos curry y lechugas de sal. No se cultivaban cosechas nativas, pero las tiendas de especias estaban bien surtidas con nueces dingo, pepitillas y genjilino recolectadas en las tierras salvajes.

Guilford aprobaba la ciudad. La había visto crecer del asentamiento fronterizo que había sido en los años veinte hasta convertirse en una floreciente y relativamente moderna comunidad. Ahora había electricidad en Fayetteville y todas las demás ciudades napolitanas. Farolas en las calles, asfalto, aceras pavimentadas, iglesias. Y mezquitas y templos para los árabes y los egipcios, aunque en su mayor parte estaban congregados en Oro Delta, más abajo junto al agua. Un cine, repleto de westerns y las ridículas aventuras darwinianas maquinadas por Hollywood. Y todas las demás diversiones menos elegantes: bares, fumaderos, incluso una casa de putas en Follette Road, más allá del pozo de grava.

Hubo una época en la que todo el mundo en Fayetteville conocía a todo el mundo, pero ese tiempo había pasado. Hoy en día uno podía ver todo tipo de rostros extraños por las calles.

Aunque los familiares eran a menudo los más inquietantes.

Guilford había visto últimamente un rostro familiar.

Se cruzaba con él en las empinadas calles cuando salía a pasear. Durante toda la primavera había visto aquel rostro en los momentos más insospechados: mirando desde un campo de trigo y fundiéndose en la bruma marina.

La figura llevaba un raído uniforme militar pasado de moda. El rostro era muy parecido al suyo. Era su doble: el fantasma, el soldado, el piquete.

Nicholas Law, que tenía doce años y estaba ansioso por disfrutar de lo que quedaba del sol del verano, se disculpó y corrió hacia la puerta. La mosquitera resonó al cerrarse a sus espaldas. Guilford tuvo un atisbo de la figura de su hijo a través de la ventana, una forma imprecisa enfundada en un jersey a rayas que se encaminaba colina abajo. Más allá de él solo estaban el cielo y la punta de tierra y el mar azul al atardecer.

Abby salió de la cocina, donde había estado sacando el postre de la nevera. Algo con helado. Helado comprado en la tienda, todavía una novedad en la mente de Guilford.

Se detuvo en seco cuando vio el plato abandonado.

—¿No ha podido esperar al postre?

—Supongo que no. —*Stickball al atardecer*, pensó Guilford. El amplio patio verde delante de la escuela de Lafayette. Sintió una punzada de dislocada nostalgia.

—¿Tú tampoco tienes hambre?

Llevaba dos postres en la mano.

—Lo probaré —dijo él.

Ella se sentó al otro lado de la mesa, con su agradable rostro escéptico.

—Has perdido peso —dijo.

—Un poco. No es algo necesariamente malo.

—Sales solo demasiado a menudo. —Probó el helado. Guilford reparó en los finos filamentos grises en sus sienes—. Vino un hombre hoy.

—¿Oh?

—Preguntó si esta era la casa de Guilford Law, y yo le dije que lo era, y él preguntó si eras el fotógrafo que tenía la tienda en Spring Street. Dije que lo eras y que probablemente te podría encontrar allí. —Su cuchara se quedó flotando sobre el helado—. ¿Hice bien?

—Perfecto.

—¿Vino a verte?

—Es posible. ¿Qué aspecto tenía?

—Moreno. Con unos ojos extraños.

—¿Extraños de qué forma, Abby?

—Solo... extraños.

Se sintió inquieto por la historia de aquel desconocido en la puerta y Abby sola para recibirle.

—No hay nada de lo que preocuparse.

—No estoy preocupada —dijo Abby cuidadosamente—. A menos que tú lo estés.

Él no se decidió a mentir. Ella no se dejaba engañar fácilmente. Se limitó a sacudir la cabeza. Evidentemente ella quería saber qué ocurría. Y él no podía decírselo.

Jamás había hablado de ello..., con nadie. Excepto en aquella larga carta a Caroline.

Al menos el hombre en la puerta no había sido el doble de Guilford. *Después de tantos años, olvidas, pensó. Cuando un recuerdo es tan extraño,*

tan lejos del rigor de la vida cotidiana, desaparece de tu cabeza..., o resuena allí, medio olvidado, como la bolita en el silbato. Hasta que algo te lo recuerda. Entonces vuelve fresco como un viejo sueño almacenado en hielo, retirado de su envoltura y brillando a la luz del día.

Hasta entonces solo habían sido atisbos, presagios quizá; augurios; extraños recuerdos. Quizá no significaba nada, aquel rostro joven siguiéndole en una multitud y luego desapareciendo, mirándole como un triste desecho desde los callejones al atardecer. Deseaba pensar que no significaba nada. Temía otra cosa.

Abby terminó el postre y se llevó los platos.

—Hoy llegó el correo de Nueva York —dijo—. Te lo dejé junto a tu silla.

Se alegró de verse liberado de aquella oscura cadena de pensamientos. Se trasladó a lo que Abby llamaba «la sala de estar», aunque solo era el largo extremo sur de la sencilla casa rectangular que Guilford había construido, en su mayor parte a mano, hacía una década. Había señalado la estructura y llenado los cimientos; un constructor local había levantado las paredes de tingladillo y cubierto el edificio. Las casas eran fáciles de hacer en un clima cálido. Fueron Abby y Nicholas quienes dieron vida a la casa, con fotos enmarcadas y tapetes en las mesas y fundas para los sillones, con pelotas de caucho y juguetes de madera acechando debajo de los muebles.

El correo era varios números atrasados de *Astounding*, más un fajo de periódicos de Nueva York. Los periódicos parecían deprimentes: detalles de la guerra con Japón, mejor informados que la cobertura telegráfica del *Fayetteville Herald* pero más antiguos.

Guilford se ocupó primero de las revistas. Su gusto por la fantasía había disminuido en los años después de la pérdida de Caroline y Lily, pero las nuevas revistas lo habían reavivado. Enormes máquinas aéreas, viajes planetarios, vida alienígena: todas esas cosas le parecían a la vez más o menos plausibles de lo que acostumbraban antes. Pero las historias le arrastraban.

Excepto esta noche. Esta noche terminó páginas enteras sin recordar lo que había leído. Se contentó con contemplar las chillonas e infinitamente prometedoras ilustraciones de las portadas.

Estaba cabeceando en su silla cuando oyó el coche de bomberos hacer sonar su campana mientras se dirigía velozmente a la ciudad desde el cuartelillo de Lantern Hill.

Luego sonó el teléfono.

Los teléfonos eran relativamente nuevos en Fayetteville, y todavía no se había acostumbrado a tener uno en casa, aunque tenía uno en la tienda desde hacía más de un año. El estridente campanilleo ascendió por su espina dorsal como un cuchillo de limpiar pescado.

La voz al otro lado era la de Tim Mackelroy, su ayudante en el estudio. Venga rápido, dijo Tim, Cristo, es terrible, pero venga rápido, la tienda está ardiendo.

OceanofPDF.com

Guilford había construido su casa lejos de la ciudad, a casi un kilómetro por un camino de tierra desde la más cercana calle asfaltada. Pudo ver Fayetteville desde la puerta delantera, una distante parrilla de calles y casas, y un penacho de humo que brotaba de lo que probablemente era Spring Street.

Le dijo a Abby que iba a ver lo que ocurría. Que no le esperara. Volvería tan pronto como tuviera información sólida. Hasta entonces ella no debía preocuparse innecesariamente; en el peor de los casos, el negocio estaba asegurado en el Oro Delta Trust. Lo reconstruirían.

Abby no dijo nada, solo le besó y aguardó junto a la ventana mientras él conducía el destartado Ford en medio de una nube de polvo.

Había sido un mes polvoriento. El cielo era chillón, el sol estaba a punto de alcanzar el borde del mar por el oeste.

Guilford rebasó a Nick, que todavía estaba pedaleando hacia la ciudad. Se detuvo el tiempo suficiente para meter su bicicleta en la parte de atrás y hacer sitio delante para el muchacho.

Nick frunció el ceño cuando oyó la noticia, pero Nick fruncía a menudo el ceño. Unos grandes ojos en un rostro pequeño. Su frente estaba constantemente fruncida. No existía la sonrisa para Nick, solo distintos grados de fruncimiento. Incluso cuando se sentía más feliz —jugando, leyendo, trabajando con sus modelos— no abandonaba su fruncimiento de concentración, una firme compresión de sus labios.

—¿Cómo puede haberse incendiado el estudio? —preguntó.

Guilford le dijo que no lo sabía. Era demasiado pronto para las suposiciones. Lo más urgente era asegurarse de que Tim Mackelroy estaba bien y luego ver lo que podía salvarse.

La colina, en su mayor parte sin urbanizar, dio paso a los campos en terraza. Guilford giró hacia la pavimentada High Road. El tráfico era escaso, solo unos pocos automóviles, coches de caballos del asentamiento amish de Palaepolis, un par de carros de granjeros que regresaban vacíos de los graneros. Follette Road era la calle principal de Fayetteville, y vio el humo tan pronto como giró la esquina junto al almacén de piensos y grano. Un camión de bomberos bloqueaba la intersección de Follette y Spring.

No quedaba mucho de Law & Mackelroy, Fotógrafos. Unas cuantas maderas carbonizadas. Un cascarón de ennegrecidos ladrillos.

—Huau —jadeó Nick, con el humo reflejado en sus ojos.

Guilford encontró a Tim Mackelroy de pie bajo la marquesina del Cine Tirreno de Películas Habladas. Su rostro estaba estriado por el humo y las lágrimas.

Al otro lado de la adoquinada calle la bomba del camión de los bomberos lanzaba un firme chorro de agua sobre las humeantes ruinas. La multitud había empezado ya a dispersarse. Guilford reconoció a la mayor parte de la gente: un abogado de la oficina de Tunney; la dependienta de Blake's; Molly y Kate del restaurante Lafayette. Cuando lo vieron le dedicaron un tímido gesto de simpatía. Guilford le dijo a Nick que aguardara en el coche mientras hablaba con Mackelroy.

Tim era su socio desde el 39, cuando se amplió la tienda. Tim llevaba la parte comercial del negocio. Guilford se dedicaba primordialmente a la fotografía estos días y pasaba la mayor parte de su tiempo en el estudio fotográfico. Era —o había sido— un buen negocio. El trabajo era a menudo rutinario, pero eso no le importaba. Disfrutaba en el estudio y en la sala oscura y disfrutaba llevando a casa dinero suficiente para pagar los gastos de la casa y la escuela de Nick y asegurarse un futuro para él y Abby. De tanto en tanto efectuaba también algunas reparaciones electrónicas. Había dispuesto las cosas para importar un amplio stock de tubos receptores

Edicron y G. E. cuando se erigió la torre de radio encima de Palaepolis, y había sido un negocio floreciente durante un tiempo, puesto que la mitad de las radios que la gente había comprado de los Estados Unidos llegaron con tubos defectuosos, soldaduras erosionadas por el aire salino o componentes desprendidos por el viaje por mar.

Las cosas habían sido difíciles después de Londres, por supuesto. Guilford había pasado sus cinco años en Oro Delta formando parte de las tripulaciones de los botes del puerto o colaborando en la recolección de las cosechas, un trabajo agotador que dejaba poco tiempo para pensar. Las noches habían sido particularmente duras. Las granjas de la Campania estaban produciendo ya cosechas abundantes de cereal y uva en el 21, de modo que no había carestía de vinos y licores locales, y Guilford había buscado un poco de consuelo —algo más que un poco de consuelo— en la botella.

Dejó a un lado la botella después de conocer a Abby. Entonces ella era Abby Panzeca, una norteamericana-siciliana de segunda generación que había venido a Darwinia con historias familiares del Viejo Mundo resonando en su cabeza. Guilford sabía por experiencia que tales personas se sentían generalmente decepcionadas; la mayor parte de las veces terminaban regresando a los Estados Unidos. Pero Abby había resistido, se había labrado una vida por sí misma. Cuando Guilford la conoció servía mesas en una taberna en Oro Delta llamada Antonio's. Bromeaba con los estibadores napolitanos que frecuentaban el lugar, pero nadie se propasaba con ella. Abby inspiraba respeto. La rodeaba un aura de dignidad que era casi cegadora, como el resplandor alrededor de una luz eléctrica.

Y evidentemente le gustaba Guilford, aunque no le prestó demasiada atención hasta que él dejó de ir al Antonio's con el hedor a pescado envolviéndole. Guilford se aseó a menudo, ahorró de su sueldo, trabajó dobles turnos hasta que pudo permitirse el comprar el equipo necesario para iniciar su propio estudio fotográfico..., el único estudio que hacía retratos en la ciudad, aunque no fuera mucho más, por aquellos tiempos, que un almacén sobre una carnicería.

Se casaron en 1930. Nick nació en el 33. Hubo otro hijo, una niña, en el 35, pero murió de gripe antes de poder ser bautizada.

La tienda había alimentado a su familia durante quince años.

Ahora no quedaba nada de ella excepto ladrillos y madera carbonizada.

Mackelroy miraba pesaroso a través de su máscara de hollín.

—Lo siento —dijo—. No pude hacer nada.

—¿Estabas aquí cuando se inició?

—Estaba en la oficina. Pensé que podía terminar algunas facturas antes de irme a casa. Un poco después de cerrar la tienda. Fue entonces cuando entraron a través de la ventana.

—¿Qué entró a través de la ventana?

—Botellas de leche, parecían, llenas de trapos y gasolina. Olían a gasolina. Entraron a través de la ventana como ladrillos, asustándome terriblemente, y luego *bum*, la habitación se puso a arder y yo no pude coger el extintor a través de las llamas. Llamé a los bomberos desde el teléfono del restaurante, pero el fuego ardió demasiado aprisa..., todo era una tea antes de que llegaran.

Guilford pensó: ¿*Botellas?*

¿*Gasolina?*

Sujetó a Mackelroy por los hombros.

—¿Me estás diciendo que alguien hizo esto *a propósito?*

—Completamente seguro de que no fue un accidente.

Guilford miró hacia su coche.

Hacia su hijo.

Tres cosas, quizá no una coincidencia:

El incendio premeditado.

El piquete.

El desconocido con el que Abby había hablado aquella mañana.

—El jefe de bomberos quiere hablar contigo —estaba diciendo Mackelroy—, y creo que el sheriff desea tener también unas palabras contigo.

—Diles que me llamen a casa.

Ya estaba corriendo.

—¡Hijos de puta! —dijo Nick en el coche.

Guilford le lanzó una mirada distraída.

—Deberías cuidar este tipo de lenguaje, Nick.

—Tú lo dijiste primero.

—¿Lo hice?

—Unas cinco veces en los últimos diez minutos. ¿No deberíamos ir un poco más despacio?

Redujo la marcha. Un poco. Nick se relajó. Los árboles estivales retrocedían pardos a toda velocidad al otro lado de las polvorientas ventanillas del Ford.

—Hijos de puta —dijo su padre.

Abby estaba bien, aunque preocupada, y Guilford se sintió un poco estúpido por su prisa en volver a casa. Tanto el jefe de bomberos como el sheriff habían telefoneado, le dijo Abby.

—Todo eso puede esperar hasta mañana —respondió él—. Cerremos la casa y durmamos un poco.

—¿Puedes dormir?

—Probablemente no. No de inmediato. Metamos a Nick en la cama, al menos.

Una vez Nick estuvo arropado en su habitación, Guilford se sentó a la mesa de la cocina mientras Abby preparaba café. Café tan cerca de la medianoche significaba crisis familiar. Abby iba de un lado para otro de la cocina con su economía habitual. Esta noche, al menos, su ceño fruncido se parecía al de Nick.

Abby había envejecido con suprema gracia. Era recia pero no gruesa. Excepto el gris que empezaba a asomar en sus sienes, hubiera podido tener muy bien veinticinco años.

Clavó en Guilford una larga mirada, debatiendo algo consigo misma. Finalmente dijo:

—Será mejor que hables de ello.

—¿De qué, Abby?

—Durante el último mes has estado más nervioso que un gato. Apenas tocas la cena. Y ahora esto. —Hizo una pausa—. El jefe de bomberos me dijo que no fue un accidente.

Ahora fue el turno de él de vacilar.

—Tim Mackelroy dice que un par de bombas incendiarias caseras entraron por la ventana.

—Entiendo. —Cruzó las manos—. Guilford, ¿por qué?

—No lo sé.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

Él no dijo nada.

—¿Es algo que ocurrió antes de que nos conociéramos?

—Lo dudo.

—Porque no hablas mucho de esos tiempos. No te lo reprocho, no tengo por qué saberlo todo de ti. Pero si estamos en peligro, si *Nick* está en peligro...

—Abby, sinceramente, no lo sé. Es cierto, estoy preocupado. Alguien incendió mi negocio, y quizá fue un lunático actuando al azar, o tal vez alguien que me tiene alguna especie de inquina. Todo lo que puedo hacer es cerrar la casa por esta noche y hablar con el sheriff Carlyle por la mañana. Ya sabes que no permitiré que os ocurra nada ni a ti ni a Nick.

Ella le miró durante largo rato.

—Vamos a la cama entonces.

—Duerme si puedes —le dijo Guilford—. Yo me quedaré un rato sentado aquí.

Ella asintió.

El incendio premeditado.

El desconocido en la puerta.

El piquete.

Dejaste algo atrás, pensó Guilford, y el tiempo pasa, diez, quince, veinticinco años, y eso debería de ser el fin.

Lo recordaba vívidamente todo, con todos los brillantes colores de un sueño, el invierno asesino en la antigua ciudad, la agonía de Londres, la pérdida de Caroline y Lily. Pero Cristo, aquello había sido hacía un cuarto de siglo..., ¿qué podía quedar de aquel tiempo que hacía que ahora valiera la pena matarle?

Si lo que el piquete le dijo entonces era cierto...

... pero él había desechado aquello como un sueño febril, un recuerdo distorsionado, una semialucinación...

Pero si lo que le había dicho el piquete era cierto, quizá veinticinco años fueran un mero parpadeo. Los dioses tenían largas memorias.

Guilford fue a la ventana. La bahía estaba a oscuras, solo unos pocos buques comerciales mostraban sus luces. Un seco viento agitaba las cortinas de encaje que había colgado Abby. Las estrellas parpadeaban en el cielo.

Es tiempo de ser honesto, pensó Guilford. Nada de pensamientos nostálgicos. No cuando tu familia está en juego.

Era posible —admítelo— que viejas deudas estuvieran a punto de ser cobradas.

La difícil pregunta: ¿Hubiera podido impedirlo?

No.

¿Anticiparlo?

Quizás. A menudo se había preguntado si no iba a haber algún día un arreglo de cuentas. Por todo lo que sabía el mundo, la expedición Finch simplemente había desaparecido en las tierras salvajes entre el Bodensee y los Alpes. Y el mundo había seguido perfectamente adelante sin ella.

Pero ¿y si eso había cambiado?

Abby y Nicholas, pensó Guilford.

No debe ocurrirles nada.

No importaba lo que los dioses desearan.

Siguió a Abby a la cama un par de horas antes de amanecer. No deseaba dormir, solo cerrar los ojos. La presencia de ella, la suave música de su respiración, relajaban sus pensamientos.

Despertó a la luz del sol a través de la ventana del este, a Abby, completamente vestida, una mano sobre su hombro.

Se sentó en la cama.

—Ha vuelto —dijo ella—. Ese hombre.

OceanofPDF.com

Pensó en todas las formas en que el continente había cambiado en el último cuarto de siglo.

Nuevos puertos, asentamientos, bases navales. Ferrocarriles y carreteras al interior. Minas y refinerías. Aeródromos.

El nuevo sistema de distritos, los gobernadores electos, las cadenas de radio. Fincas en las estepas rusas, a este lado de la zona volcánica que dividía Darwinia de la Antigua Asia. Escaramuzas con los árabes y los turcos. El bombardeo de Jerusalén, esta nueva guerra con los japoneses, los disturbios contra el reclutamiento arriba al norte.

Y tanta tierra todavía vacía. Tanta vastedad de bosque y llanura en la cual un hombre podía, a todos los propósitos, desaparecer.

Abby había proporcionado al desconocido una silla frente a la mesa del desayuno. Estaba dando cuenta de un plato de tortitas hechas por Abby. Manejaba el cuchillo y el tenedor como un niño de cinco años. Una gotita de jarabe de maíz colgaba del matorral de su barba.

Guilford miró al hombre con un torrente de emoción: shock, alivio, miedo renovado.

El hombre de la frontera mordió un último bocado de desayuno y alzó la vista.

—Guilford —dijo lacónicamente—. Ha pasado mucho tiempo.

—Mucho tiempo, Tom.

—¿Le importa si fumo?

Una nueva pipa de brezo. Una desgastada bolsa de tela de hierbas fluviales.

—Salgamos fuera —dijo Guilford.

Abby apoyó una mano inquisitiva en el brazo de Guilford.

—La policía del distrito y el jefe de bomberos quieren que los llames. Necesitamos hablar también con la compañía de seguros.

—Está bien, Abby. Tom es un viejo amigo. Todos esos otros asuntos pueden esperar un poco. Lo que se ha quemado se ha quemado. Ahora ya no hay prisa.

Los ojos de ella expresaron una grave reserva.

—Supongo que no.

—Haz que Nick se quede en casa hoy.

—Muchas gracias por el desayuno, señora Law —dijo Tom Compton—. Estaba delicioso.

El hombre de la frontera no había cambiado en veinticinco años. Había recortado algo su barba desde aquel horrible invierno, y se le veía más corpulento —más saludable—, pero nada *fundamental* había cambiado. Un poco más curtido, pero ningún síntoma de edad.

Exactamente como yo, pensó Guilford.

—Tiene usted buen aspecto, Tom.

—Los dos estamos tan sanos como caballos, por razones que debe de haber usted imaginado. ¿Qué le dice a la gente, Guilford? ¿Miente acerca de su edad? Nunca fue un problema para mí..., yo nunca permanecí el tiempo suficiente en un mismo lugar.

Se sentaron juntos en el crujiente porche delantero de la casa. El aire matutino ascendía por la ladera desde la bahía, fresco como el agua fría y con el aroma de las cosas que crecen. Tom llenó su pipa pero no la encendió.

—No sé lo que quiere decir —murmuró Guilford.

—Sí, sí lo sabe. También sabe que yo no estaría aquí si no fuera importante. Así que no paleemos demasiada mierda, ¿de acuerdo?

—Ha sido un cuarto de siglo, Tom.

—No es que no comprenda la urgencia. Me tomó diez años, personalmente hablando, antes de que cediera y dijera de acuerdo, el mundo se está jodiendo y yo he sido elegido para ayudar a remendarlo. No es una

cosa fácil de creer. Si es cierta es jodidamente aterradora, y si no es cierta entonces todos nosotros deberíamos estar encerrados.

—¿Todos nosotros?

El hombre de la frontera aplicó un fósforo a la cazoleta.

—Hay cientos como nosotros. Me sorprende que no lo sepa.

Guilford permaneció sentado en silencio durante un tiempo a la luz de la mañana. No había dormido mucho. Le dolía el cuerpo, le dolían los ojos. Hacía apenas doce horas había estado en Fayetteville contemplando las cenizas de su negocio. Dijo:

—No quiero parecer poco hospitalario, pero tengo muchas cosas en la cabeza.

—Tiene que parar usted esto. —La voz del hombre de la frontera era solemne—. Jesús, Guilford, mírese, viviendo como un hombre mortal, casado, por el amor de Dios, y con un chico además. No es que le culpe por desearlo. A mí también me hubiera gustado este tipo de vida. Pero somos lo que somos. Usted y Sullivan solían felicitarse por ser de mentes tan jodidamente abiertas, no como el viejo Finch, que convertía en historia sus deseos. Pero aquí está, Guilford Law, un sólido ciudadano, no importa las muchas pruebas que hay de lo contrario, y Dios ayude a cualquiera que no le siga el juego.

—Mire, Tom...

—Mire usted. Su tienda ha ardido. Tiene enemigos. La gente dentro de esta casa corre peligro. A causa de usted. De *usted*, Guilford. Mejor enfrentarse a la dura verdad que a una esposa y a un hijo muertos.

—Quizá no debiera usted haber venido.

—Le echaremos la culpa a mi peludo culo. —Agitó la cabeza—. Por cierto, Lily está en la ciudad. Se aloja en un hotel en Oro Delta. Quiere verle.

El corazón de Guilford dio un doble latido.

—¿Lily?

—Su hija. Si es que todavía la recuerda.

Abby no supo lo que el recio montañés le había dicho a su esposo, pero pudo leer la impresión en el rostro de Guilford cuando este cruzó de nuevo la puerta.

—Abby —dijo—, creo que quizá fuera mejor que tú y Nick empaquetarais algunas cosas y fuerais a pasar una semana con tu primo en Palaepolis.

Ella se arrojó a sus brazos, se recompuso, alzó la vista hacia él.

—¿Por qué?

—Solo por seguridad. Hasta que sepamos qué es exactamente lo que está pasando.

Vives tanto tiempo con un hombre, pensó Abby, que aprendes a escuchar más allá de sus palabras. No habría ninguna discusión. Guilford estaba asustado, profundamente asustado.

El miedo era contagioso, pero ella lo mantuvo atado en un nudo justo debajo de su esternón: Nicholas no debía verlo.

Se sintió como una actriz en una obra recordada solo a medias, luchando por memorizar sus líneas. Durante años había anticipado, bueno, no *esto* ciertamente, pero sí algo, algún clímax o crisis invadiendo sus vidas. Porque Guilford no era un hombre ordinario.

No era solo su aspecto juvenil, aunque eso se había hecho muy obvio —sorprendentemente obvio— en los últimos años. No solo su pasado, del que raras veces hablaba y que guardaba celosamente. Algo más que eso. Guilford era alguien aparte de la raza ordinaria de hombres, y él lo sabía, y no le gustaba.

Ella había oído historias. Cuentos de viejas. La gente hablaba de los Hombres Viejos, con cuyo nombre que daban a entender a los venerables hombres de la frontera que todavía vagaban por la ciudad de tanto en tanto. (Este Tom Compton era un espléndido ejemplo). Las historias hablaban de las largas noches entre Navidad y Pascua: los Hombres Viejos sabían más que lo que decían. Los Hombres Viejos guardaban secretos.

Los Hombres Viejos no eran enteramente humanos.

Ella nunca había creído en estas cosas. Escuchaba lo que hablaban los otros y sonreía.

Pero hacía dos inviernos Guilford estaba fuera cortando leña, y su mano había resbalado en el mango de la vieja hacha, y la hoja se había clavado profundamente en la carne de su pierna izquierda por debajo de la rodilla.

Abby estaba en la ventana orlada de escarcha, mirando. El pálido sol todavía no se había puesto. Lo había visto todo con perfecta claridad. Había visto la hoja cortar la carne —él mismo la había *arrancado* de su pierna, del mismo modo que la habría arrancado de un tronco de húmeda madera—, y ella había visto la sangre en la hoja y la sangre en el apisonado suelo. Por unos momentos pareció como si su corazón fuera a pararse. Guilford dejó que el hacha escapara de su mano y cayó, con el rostro repentinamente blanco.

Abby corrió a la puerta de atrás, pero cuando hubo cruzado la distancia que la separaba de él Guilford ya había conseguido, imposiblemente, ponerse de nuevo en pie. La expresión de su rostro era extraña, apagada. La miró con lo que hubiera podido interpretarse como vergüenza.

—Estoy bien —dijo. Abby se sobresaltó. Pero cuando él le mostró la herida esta ya estaba cerrada..., solo una débil línea de sangre allá donde se había clavado el hacha.

No es posible, pensó Abby.

Pero él no quiso hablar de ello. Era solo un rasguño, insistió; si ella había visto alguna otra cosa se trató de un engaño de la luz del atardecer.

Y por la mañana, cuando se vistió, ni siquiera había una cicatriz allá donde la hoja había cortado.

Y Abby había alejado aquello de su mente, porque Guilford así lo deseaba y porque ella no comprendía lo que había visto..., quizás él tuviera razón, tal vez no era lo que ella había pensado, aunque la sangre en el suelo había sido real, y la sangre en el hacha también.

Pero tú no ves algo así, pensó Abby, *y lo olvidas*. La memoria persistía.

Persistía como un sutil conocimiento de que las cosas no eran lo que parecían, de que Guilford era quizás algo más de lo que a ella le había permitido saber; y de que, por implicación, su vida nunca podría ser una

vida enteramente normal. Llegaría alguna mañana, se había dicho Abby, en la que habría que pagar.

¿Era esta la mañana?

No podía decirlo. Pero la piel de la ilusión se había rasgado. Y esta vez puede que la sangre no dejara de manar.

Los dos hombres estaban sentados en la herbosa ladera más allá del olmo que Guilford había plantado hacía diez años.

Abby preparaba una maleta. Nick preparaba otra, feliz ante la perspectiva de un viaje pero consciente del cambio que se había producido en la casa. Guilford vio al muchacho en el umbral, mirando a su padre y a la barbuda aparición a su lado. La aprensión coloreaba sus ojos.

—Yo tampoco quise esto —dijo Tom Compton—. Lo último que deseé nunca fue ver cómo mi vida era jodida por un fantasma. Pero más pronto o más tarde tienes que enfrentarte a los hechos.

—«Las cosas y las acciones son lo que son, y las consecuencias de ellas serán lo que serán; ¿por qué deberíamos pues desear ser engañados?».

—¿No era ese uno de los sermones de Sullivan?

—Sí, lo era.

—Echo en falta a ese hijoputa.

Nick salió de la casa con una pelota de béisbol y un guante, jugando a lanzársela a sí mismo mientras esperaba a su madre, lanzando la pelota muy alta sobre su cabeza y corriendo para interceptarla. Su sucio pelo rubio caía sobre sus ojos. *Te toca un corte de pelo, muchacho*, pensó Guilford, *si quieres jugar de medio*.

—No me gustó mi propio aspecto en ese raído uniforme del ejército —dijo el hombre de la frontera—. No me gustó este fantasma pisándome los talones y diciéndome cosas que yo no deseaba oír. Ya sabe lo que quiero decir. —Miró firmemente a Guilford—. Todo eso acerca del Archivo y tantos y tantos millones de años de esto y aquello. Escuchas un poco y estás a punto de patear el jodido gong. Pero luego hablé con Erasmus, recordará a esa vieja rata del río, y él me dijo la misma maldita cosa.

La pelota de béisbol de Nick atravesó el cielo azul, cruzó una pálida luna. La silueta de Abby pasó al otro lado de la ventana del piso de arriba.

—Muchos de nosotros morimos en esa Guerra Mundial, Guilford. No todo el mundo recibió una llamada de un fantasma en la puerta. Vinieron detrás de nosotros porque nos *conocen*. Saben que al menos hay una posibilidad de que nosotros nos hagamos cargo del peso, de que quizá salvemos algunas vidas. Eso es todo lo que desean hacer, salvar vidas.

—Eso dicen.

—Y esos otros idiotas, su Enemigo, y los jodedores que *ellos* reclutaron, son genuinamente peligrosos. Tan difíciles de matar como nosotros, y ellos matan hombres, mujeres, niños, sin pensárselo dos veces.

—¿Sabe esto seguro?

—Segurísimo. Averigüé unas cuantas cosas..., no he tenido la cabeza metida en un agujero en el suelo estos últimos veinte años. ¿Quién cree que quemó su negocio?

—No lo sé.

—Debieron imaginar que estaba usted aquí. No son gente limpia. Tiran con metralla, ese es su método. Lástima si alguien se pone en su camino.

Abby salió a la luz del sol para recoger la ropa de un tendedero. Había una suave brisa del mar que hinchaba las sábanas como si fueran velas.

—La gente contra la que luchamos..., los psiones la tomaron por la misma razón que nuestros fantasmas van detrás de nosotros, porque tienen posibilidades de cooperar. No son auténtica gente moral. Carecen de algunas necesidades en el departamento de la conciencia. Algunos de ellos son timadores, otros son simplemente asesinos.

—Dígame qué está haciendo Lily en Oro Delta.

El hombre de la frontera volvió a llenar su pipa. Abby dobló sábanas en un cesto de mimbre, sin dejar de lanzar miradas hacia Guilford.

Lo siento, Abby, pensó Guilford. *No es así como deseaba que ocurriera. Lo siento, Nick.*

—Está aquí por usted, Guilford.

—Entonces sabe que estoy vivo.

—Desde hace un par de años. Halló sus notas entre las cosas de su madre.

—Entonces..., Caroline ha muerto.

—Me temo que sí. Lily es una mujer fuerte. Descubrió que su padre quizá no murió en la expedición Finch, tal vez estaba vivo en alguna parte, y le había dejado su pequeña y extraña historia acerca de fantasmas, asesinos, una ciudad en ruinas... Bueno, la cosa es que ella lo *creyó*. Empezó a hacer preguntas. Lo cual puso a los tipos malos contra ella.

—¿Por hacer preguntas?

—Por hacer preguntas demasiado públicamente. No solo es lista, también es periodista. Quería publicar sus notas, si podía autentificarlas. Fue a Jeffersonville a desenterrar esas viejas historias.

Abby se retiró a la casa. Nick se cansó de su pelota de béisbol, tiró su guante al césped. Se refugió en la sombra del olmo, mirando a Tom y Guilford, curioso, sabiendo que no debía acercarse a ellos. Asuntos de adultos, graves y extraños.

—¿Intentaron hacerle daño?

—Lo intentaron —dijo Tom Compton.

—¿Usted los detuvo?

—La saqué fuera del camino. Ella me reconoció por la descripción que de mí hizo usted. Fui como el Santo Grial..., la prueba de que no todo era una locura.

—¿Y usted la trajo hasta aquí?

—Fayetteville hubiera sido su próxima parada de todos modos. Es a usted a quien está buscando realmente.

Abby llevó una maleta al coche, la metió en el maletero, miró a Guilford, caminó de vuelta a la casa. El viento agitaba tras ella su oscuro pelo. Su falda danzaba sobre los contornos de sus piernas.

—No me gusta esto —dijo Guilford—. No me gusta que ella esté implicada.

—Demonios, Guilford, todo el mundo está *implicado*. No se trata de usted y yo y unos cuantos cientos de tipos hablando con espíritus. Se trata de si sus hijos o los hijos de sus hijos morirán para siempre, o peor aún, terminarán como esclavos de esos jodidos animales del Otro Mundo.

Una nube cruzó el sol.

—Ha estado usted fuera del juego durante un tiempo —dijo el hombre de la frontera—, pero el juego sigue. Ha muerto gente de ambos lados,

aunque seamos más difíciles de matar que la mayoría. Su nombre apareció y no puede usted ignorarlo. Entienda, a ellos no les preocupa si decide usted sentarse a un lado a ver pasar la guerra, eso no importa, es usted un peligro potencial para ellos y desean tacharlo de la lista. No puede seguir en Fayetteville.

Guilford miró involuntariamente toda la longitud de la calle de tierra, buscando enemigos. No se veía a nadie. Solo un remolino de polvo agitando el seco aire.

—¿Qué elección tengo? —preguntó.

—Ninguna elección, Guilford. Esa es la parte dura. Si se queda aquí, lo pierde todo. Si se instala en alguna otra parte, volverá a ocurrir lo mismo más pronto o más tarde. Así que... esperamos.

—¿Esperamos?

—Todos los viejos soldados. Ahora nos conocemos los unos a los otros, directamente o a través de nuestros fantasmas. La auténtica batalla todavía no se ha producido. La auténtica batalla será dentro de algunos años en el futuro. Así que en general nos mantenemos apartados de la gente. No tenemos direcciones fijas, ni familias, ejercemos trabajos anónimos, quizá en el campo, quizá en las ciudades, lugares donde uno pueda estar aislado, prestar atención, ya sabe, vigilando a los tipos malos, pero sobre todo... esperando.

—¿Esperando qué?

—La gran lucha. La resurrección de los demonios. Básicamente esperando hasta que seamos llamados.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Quién sabe? Diez años, veinte años, treinta años...

—Eso es inhumano.

—Es un frío hecho. Inhumano es lo que somos *nosotros*.

OceanofPDF.com

Subió las escaleras del hotel de Oro Delta y entró en el comedor con Tom Compton. Era un hombre alto, de rostro llano, no exento de atractivo, según todas las apariencias de la misma edad que ella, y Lily olvidó de inmediato todo lo que había planeado decir.

En cambio se descubrió intentando evocar un auténtico recuerdo de Guilford Law, un recuerdo propio, es decir, no las historias que le había oído a su madre o con las que había tropezado en su investigación. Solo podía recuperar unas pocas sombras. Una figura en la cabecera de su cama. Los libros de *Oz*, la forma en que él acostumbraba a pronunciar «Dorothy» con sílabas lentas, redondas. *Do-ro-thy*.

Evidentemente, él la recordaba. Se detuvo ante su mesa, con el hombre de la frontera a su lado, exhibiendo una expresión que combinaba maravilla y duda y —a menos que ella se lo estuviera imaginando— el estrujar de un antiguo pesar. Su corazón martilleó. Dijo, de forma idiota:

—Oh, tú debes de ser Guilford Law.

—Y tú eres Lily —croó él.

—Ustedes dos hablen —dijo Tom—. Yo necesito una copa.

—Vigile la puerta por nosotros —dijo Lily.

Las cosas no fueron suaves, no al principio. Él parecía querer saberlo todo y explicarlo todo: hacía preguntas, interrumpía sus respuestas, se interrumpía a sí mismo, iniciaba reminiscencias que se arrastraban hacia el silencio. Volcó una taza de café al suelo, maldijo, luego enrojeció y se disculpó por sus palabras.

Ella dijo:

—No soy frágil. Y no tengo cinco años. Creo que sé lo que estás pasando. No es fácil para mí tampoco, pero ¿podemos empezar desde un principio? ¿Como dos adultos?

—Como dos adultos. Por supuesto. Es solo que...

—¿Qué?

Él se puso en pie.

—Es solo que estoy tan contento de verte, Lil.

Ella se mordió el labio y asintió.

Esto es duro, pensó, porque yo sé lo que él es. Está sentado aquí como un hombre ordinario, tironeando de los puños de su camisa, tamborileando con los dedos sobre la mesa. Pero no era un hombre más ordinario de lo que lo era Tom Compton: habían sido tocados por algo tan inmenso que hacía tambalear la imaginación.

Su semihumano padre.

Esbozó su vida para él. Se preguntó si él aprobaría su trabajo, extraños cometidos en un periódico de Sydney, investigación, algunos artículos en revistas, todo ello firmado con su nombre. Era una mujer de carrera de treinta años, soltera, una descripción no muy halagadora. En la mente de Lily sugería incluso la imagen de una solterona reseca, probablemente mal maquillada y con un montón de gatos. ¿Era eso lo que veía Guilford, sentado al otro lado de la mesa frente a ella?

Él parecía más bien preocupado por su seguridad.

—Siento que te hayas metido en todo esto, Lil.

—Yo no lo siento. Sí, es aterrador. Pero también es la respuesta a un montón de preguntas. Mucho antes de que comprendiera nada de esto estaba fascinada por Darwinia, por la *idea* de Darwinia, incluso cuando era niña. Asistí de oyente a algunas clases en la universidad: geología, teoría del génesis, lo que llaman «historiografía implícita», el registro fósil darwiniano y todo eso. Hay tanto que saber sobre el continente, pero siempre hay un misterio en el centro mismo de él. Y nadie tiene ni siquiera el fantasma de una respuesta, a menos que tomes en cuenta a los teólogos. Cuando tropecé con tus notas, y luego conocí a Tom, bueno, quiero decir

que allí *había* una respuesta, por muy extraña que fuera, por muy difícil que resultara de aceptar.

—Quizá hubiera sido mejor para ti no saber nada.

—La ignorancia no es una bendición.

—Temo por tu vida, Lil.

—Yo temo por la vida de todo el mundo. No puedo dejar que eso me detenga.

Él sonrió. Lily añadió:

—No estoy bromeando.

—No, por supuesto que no. Es solo que por un segundo me recordaste a alguien.

—¿Oh? ¿A quién?

—A mi padre. A tu abuelo.

Ella vaciló.

—Me gustaría saber de él.

—Me gustaría contártelo.

Lo que vio en ella, en realidad, fue mucho de su madre. Excepto su tez más clara, hubiera podido ser Caroline: parecía tan voluntariosa como Caroline, ciertamente, pero sin ese núcleo duro de ansiedad y duda. Caroline siempre se había sentido inclinada a alejarse del mundo. Lily deseaba meterse en él de cabeza.

Tom sugirió que el comedor del hotel era un lugar demasiado público para el bien de Guilford, en especial con toda la gente que acudía a cenar, pero había una playa de guijarros colina abajo no lejos del hotel y al norte de los muelles, y Guilford caminó hacia allí con Lily.

El sol del atardecer formaba un entramado de sombras entre las rocas. Ristras de algas se aferraban a un pilote de madera roto. Un brillante gusano de la sal azul culebreaba su camino en busca de la marea menguante.

Lily recogió una baya de la arena, del amasijo vegetal que se formaba por encima de la línea de la marea.

—La bahía es hermosa —dijo.

—La bahía es un estercolero, Lil. Todo va a parar aquí. Resina de pino, aguas negras, aceite de motor, combustible diesel. Nosotros llevamos a Nicholas a nadar en las playas al norte de Fayetteville, donde el agua todavía es clara.

—Tom me habló de Nicholas. Me gustaría conocerle alguna vez.

—Me gustaría que lo conocieras. Aunque no sé si es prudente. Si Tom tiene razón, te has puesto en una posición peligrosa. Así que tengo que preguntártelo, Lil. ¿Por qué estás aquí?

—Quizá tan solo deseaba verte.

—¿Es realmente así?

—Sí.

—Pero eso no es todo.

—No. Eso no es todo.

Se sentaron juntos en un cuarteado bloque de cemento del rompeolas.

—Tenías razón, ¿sabes? Mamá pensaba que estabas loco, o se sintió impresionada de que todavía estuvieras vivo, lo cual la convertía, supongo, en adúltera o algo parecido. No le gustaba hablar de ti, ni siquiera después de que él se fuera.

—Ese Colin Wilson, quieres decir.

—Sí.

—¿Fue bueno contigo?

—No fue un mal hombre. Pero no era un hombre feliz. Quizá vivía en tu sombra. Quizá todos los hacíamos.

—¿La dejó?

—Al cabo de unos años. Pero lo superamos.

—¿Cómo murió Caroline?

—La gripe, ese año fue muy mala. Nada dramático, simplemente... no se recuperó.

—Lo siento.

—La querías, ¿verdad?

—Sí.

—Pero nunca fuiste tras nosotras.

—Esto no os hubiera hecho ningún bien a ninguna de las dos. —*Exactamente lo opuesto*, pensó Guilford. *Mira a Abby. Mira a Nick*—. ¿Y

ahora qué? No puedes publicar nada sobre todo esto. Lo sabes muy bien.

—Puedo ser mortal, pero no carezco del todo de poder. Tom dice que hay trabajo para mí en los Estados Unidos. Nada peligroso. Solo observar. Decirle a la gente lo que veo.

—Harás que te maten.

—Hay una guerra en curso —dijo Lily.

—Dudo de que Tokio pueda resistir mucho más tiempo.

—No esa guerra. Ya sabes a lo que me refiero.

La Guerra en el Cielo. La psivida, el Archivo, la maquinaria secreta del mundo. Sintió que los años y la frustración hervían en él.

—Por tu propio bien, Lil, no te inmiscuyas. Fantasmas y dioses y demonios..., es alguna pesadilla surgida de la Edad Media.

—¡Pero no es así! —Frunció ansiosamente el ceño hacia él. Su frente era un poco como la de Nick—. Eso es lo que creía John Sullivan, y tenía razón: no es una pesadilla. Vivimos en un mundo real, quizá no lo que parece ser, pero un mundo real con una historia real. Lo que le ocurrió a Europa no fue un milagro, fue un *ataque*.

—Así que somos hormigas en un hormiguero, y alguien decidió pisotearnos.

—¡No somos hormigas! Somos seres pensantes...

—Signifique esto lo que signifique.

—Y podemos luchar.

Él se puso rígidamente en pie.

—Tengo una familia. Tengo un hijo. Quiero llevar adelante mi negocio y criar a mi hijo. No quiero vivir cien años. No quiero que me descoynten en una rueda.

—Pero eres uno de los desafortunados —dijo Lily suavemente—. No tienes elección.

Guilford se dio cuenta de que deseaba poder rebobinar los días hasta que su vida estuviera intacta de nuevo. Restablecer a Abby y Nick y la tienda de fotografía y la casa en el promontorio, *status quo ante*, la ilusión que tan fervientemente había amado.

Alquiló una habitación en el hotel en Oro Delta. Pagó en efectivo y usó un nombre falso. Necesitaba tiempo para pensar.

Llamó para asegurarse de que Abby y Nick estaban bien con el primo de ella, Antonio, en las afueras de Palaepolis. Tony se puso al teléfono. Tony explotaba unos viñedos en las colinas y era propietario de una destartalada casa de ladrillo cerca de la propiedad, llena de espacio para Abby y Nick incluso con los dos chicos de Tony pululando por el lugar.

—¿Guilford! —dijo Tony—. ¿Qué es esta vez?

—¿Esta vez?

—Dos llamadas en quince minutos. Me siento como una telefonista. Creo que tendrías que explicarme algo de esto. No consigo sacarle a Abby nada coherente.

—Tony, yo no te llamé antes.

—¿No? No sé con quién hablé entonces, pero sonaba como si fueras tú, y me dio tu nombre. ¿Has bebido esta noche, Guilford? No es que te lo reproche. Si va algo mal entre tú y Abby estoy seguro de que podrás arreglarlo...

—¿Está Abby aquí?

—Abby y Nick volvieron a la casa. Como tú dijiste que hicieran. ¿Guilford?

Guilford había colgado bruscamente el teléfono.

OceanofPDF.com

La noche era oscura, los caminos rurales no estaban iluminados. Los faros del coche rastreaban campos de trigo y muros de piedra. *Están ahí fuera en la oscuridad, pensó Guilford: enemigos sin rostro, sombras surgidas del inexplicable pasado o del imposible futuro.*

Tom había insistido en ir con él, y Lily también, pese a las objeciones de Guilford. Ella no estaría más segura en la ciudad, dijo el hombre de la frontera.

—En estos momentos somos su mejor protección.

A lo que Lily añadió:

—Soy una chica de granja. Sé manejar un rifle, si es necesario.

Guilford tomó una curva y notó que la parte trasera del coche derrapaba antes de poder enderezarla. Aferró con fuerza el volante. Había muy poco tráfico en la carretera de la costa a aquella hora de la noche, gracias a Dios.

—¿Contra cuántos deberemos enfrentarnos?

—Al menos dos. Probablemente más. Quien fuera que incendió su tienda probablemente no era del lugar, o hubieran hecho algo mucho más directo. Pero están aprendiendo aprisa.

—Quien fuera que llamo a casa de Tony usó mi voz.

—Sí, pueden hacer eso.

—Así que son..., ¿cómo los llama usted? ¿Controlados por el demonio?

—Puede llamarlo así.

—¿Y no se les puede matar?

—Oh, puede usted matarlos —dijo Tom—. Solo que tendrá que esforzarse un poco más para conseguirlo.

—¿Por qué van detrás de Abby y Nick?

—No van detrás de Abby y Nick. Si desearan hacerles daño a Abby y Nick, hubieran ido hasta la casa de su primo y hubieran desencadenado el infierno. Abby y Nick son el cebo. Lo cual les da a los tipos malos la ventaja, a menos que los hallemos antes de lo que esperan.

Guilford apretó el pie contra el pedal del acelerador. El motor del Ford rugió; las ruedas traseras escupieron polvo a la oscuridad.

Tom dijo:

—Tengo un par de pistolas en mi talego —que había echado al asiento de atrás—. Las sacaré. Guilford, ¿hay algún arma en la casa?

—Un rifle de caza. No, dos..., hay un viejo Remington guardado en el desván.

—¿Munición?

—Montones. Lily, nos acercamos. Será mejor que mantengas la cabeza baja.

Ella tomó una de las pistolas de Tom.

—Eso estropearía mi puntería —dijo tranquilamente.

El coche de Tony, un viejo dos plazas, estaba aparcado delante de la casa, apenas visible a la luz de los faros. El coche de Tony: Abby debía de haberlo tomado prestado. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la llegada de Abby y Nick? No podía haber sido mucho, dado el trayecto desde Palaepolis. ¿Cuarenta y cinco minutos, una hora?

Pero la casa estaba a oscuras.

—Para el motor —dijo Tom—. Danos un poco de margen. Acércate..., sin luces.

Guilford asintió y cortó el contacto. El Ford flotó en la aterciopelada noche, sin el menor sonido excepto el crujir de la grava bajo los neumáticos cuando frenó hasta detenerse.

La puerta delantera de la casa se abrió a un parpadeo de luz: Abby en el umbral, con una vela en la mano.

Guilford saltó del coche y corrió a meterla de nuevo en la casa. Lily y el hombre de la frontera le siguieron.

—Las luces no funcionan —estaba diciendo Abby—. Y tampoco el teléfono. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estáis aquí?

—Abby, yo no llamé. Fue alguna especie de truco.

—¡Pero yo hablé contigo!

—No —dijo él—. No lo hiciste.

Abby se llevó una mano a la boca. Nick estaba detrás de ella en el sofá, soñoliento y confuso.

—Corra esas cortinas —dijo Tom—. Quiero todas las puertas y ventanas cerradas y aseguradas.

—¿Guilford? —Abby tenía los ojos muy abiertos.

—Vamos a tener algún problema aquí, Abby.

—Oh, no... Guilford, *sonaba* como si fueras tú, *era* tu voz...

—Estaremos bien. Solo tendremos que mantener las cabezas un poco agachadas. Nick, no te muevas.

Nicholas asintió solemnemente.

—Tome su rifle, Guilford —dijo el hombre de la frontera—. Señora Law, ¿tiene más velas?

—En la cocina —dijo ella, ofuscada.

—Bien. Lily, abra mi talego.

Guilford vio munición, binoculares, un cuchillo de caza en una funda de cuero.

—¿No podemos... simplemente irnos? —preguntó Abby.

—Ahora que estamos aquí —respondió el hombre de la frontera—, no creo que nos dejen hacer eso, señora Law. Pero somos más de los que ellos esperaban, y estamos mejor armados. Así que las posibilidades no son malas. Por la mañana buscaremos una forma de salir.

Abby se envaró.

—Oh, Dios..., ¡lo siento tanto!

—No es culpa suya.

Es mía, pensó Guilford.

Abby se recompuso dedicando su atención a Nick: tranquilizándole, preparando una cama para él en el sofá, que Guilford había retirado de la

puerta y había colocado en una esquina de la habitación, con el respaldo mirando hacia fuera.

—Un fuerte —lo llamó Nick.

—Un espléndido fuerte —le dijo Abby.

Contuvo la respiración entre dientes crispados y calculó las horas hasta el amanecer. *La gente de ahí fuera quiere hacernos daño, y han cortado la electricidad y el teléfono. No podemos irnos y no podemos pedir ayuda y no podemos luchar...*

Guilford la llevó aparte, junto a la joven que Tom Compton había traído a la casa. Aunque a Guilford no le gustaba hablar de su pasado, Abby sabía la existencia de su hija, la hija que había dejado en Londres hacía veinticinco años. Abby la reconoció antes incluso de que Guilford dijera: «Esta es Lily». Sí, evidentemente. Tenía los ojos de Law, del azul de las mañanas de invierno, y el mismo ceño fruncido.

—Me siento encantada de conocerla —dijo Abby; luego, dándose cuenta de cómo debía de sonar aquello—: Quiero decir, me hubiera gustado..., en otras circunstancias...

—Sé lo que quiere decir —respondió Lily gravemente—. Gracias, señora Law.

Y Abby pensó: *¿Qué sabes acerca de los Hombres Viejos? ¿Quién te introdujo en sus secretos? ¿Cuánto sabe Guilford? ¿Quién está ahí fuera en la oscuridad deseando matar a mi esposo, a mi hijo?*

No había tiempo para eso ahora. Estas cosas se habían convertido en lujos: miedo, ira, asombro, dolor.

Nicholas alzó la vista al rostro de su padre cuando Guilford alisó las mantas sobre él.

La luz de las velas hacía que todo pareciera extraño. La propia casa parecía más grande —más vacía—, como si se hubiera expandido hacia las sombras. Nick sabía que algo iba muy mal, que las puertas y ventanas estaban cerradas contra alguna amenaza. «Tipos malos», había oído decir a Tom Compton. Lo cual hacía a Nick pensar en las películas. Usurpadores de

tierras, buscavidas, hombres robustos con oscuras ojeras alrededor de los ojos. Asesinos.

—Duerme si puedes —le dijo su padre—. Arreglaremos todo esto por la mañana.

El sueño estaba muy lejos de él. Nick alzó la vista hacia el rostro de su padre con una sensación de pérdida que fue como una puñalada.

—Buenas noches, Nick —dijo su padre, y le revolvió el pelo.

Nicholas se oyó decir:

—Adiós.

Lily hizo la guardia de la cocina.

La casa tenía dos puertas, delantera y trasera, una sala de estar y una cocina. La cocina era más defendible, con su única pequeña ventana y su estrecha puerta. La puerta estaba cerrada con llave. La ventana estaba asegurada también, pero Lily comprendió que ni puerta ni ventana presentarían mucho obstáculo a un enemigo decidido.

Se sentó en una silla de madera con el viejo rifle Remington apoyado en su regazo. Puesto que la habitación estaba a oscuras, Lily había entreabierto una rendija las persianas y había acercado su silla a la ventana. No había luna esta noche, solo unas pocas brillantes estrellas, pero podía ver las luces de los cargueros en la bahía, una constelación terrestre.

El rifle era reconfortante. Aunque ella nunca había disparado contra nada más grande que un conejo.

Bienvenidos a Fayetteville, pensó. Bienvenidos a Darwinia.

Durante toda su vida Lily había leído sobre Darwinia, había hablado de Darwinia —soñado dormida y despierta en Darwinia— con gran consternación de su madre. El continente la fascinaba. Desde su infancia había deseado sondear por sí misma su extrañeza. Y allí estaba ahora: sola en la oscuridad, defendiéndose contra demonios.

Ve con cuidado, muchacha, con lo que deseas.

Conocía virtualmente toda la ciencia natural sobre Darwinia, lo cual no era mucho. Detalles en abundancia, por supuesto, e incluso alguna teoría. Pero la gran pregunta central, el simple y afligido por qué humano,

permanecía sin respuesta. Era interesante, sin embargo, que al menos otro planeta en el sistema solar hubiera sido tocado por el mismo fenómeno. Tanto el Observatorio Real en Ciudad del Cabo como el Observatorio Nacional en Bloemfontein habían publicado fotografías de Marte mostrando una diferenciación estacional y un indicio de grandes masas de agua. Un nuevo mundo en el cielo, una Darwinia *planetaria*.

Las cartas de su padre habían dado sentido a todo aquello, aunque ella difícilmente parecía comprenderlo. Guilford y Tom y todos los Hombres Viejos habían hecho lo que el amigo de Guilford, Sullivan, no pudo: explicar el Milagro en términos seculares. Era una explicación *extravagante*, ciertamente, y no podía imaginar qué tipo de experimento podía confirmarla. Pero toda esta extraña teografía de Archivos y ángeles y demonios no podía haber surgido en tantos lugares o concordar en tantos detalles si no fuera sustancialmente cierta.

Al principio había dudado..., desechado las notas y cartas de Guilford como las alucinaciones de un superviviente medio muerto de hambre. Jeffersonville había cambiado su modo de pensar. Tom Compton había cambiado su modo de pensar. Había recibido la confianza de los Hombres Viejos, y eso no solamente había cambiado su modo de pensar sino que la había convencido de la futilidad de *escribir* sobre nada de aquello. No se le permitiría, y aunque lo consiguiera no sería creída. Porque, por supuesto, no había ninguna ciudad en ruinas en las montañas alpinas. Nunca había sido cartografiada, fotografiada, sobrevolada o vista desde ninguna distancia, excepto por la desaparecida expedición Finch. Los demonios, decía Tom, la habían cosido como una manga desgarrada. Podían hacer eso.

Pero, al menos de alguna forma intangible, todavía estaba allí.

Se mantuvo despierta imaginando esa ciudad en las profundidades de Darwinia: el antiguo y desalmado ombligo del mundo. El eje del tiempo. El lugar donde los muertos se reunían con los vivos. Deseó poder verla, aunque sabía que el deseo era absurdo; aunque pudiera encontrarla (y no podía, ella solo era mortal), la ciudad era un lugar peligroso, posiblemente el lugar más peligroso en la superficie de la Tierra. Pero se sentía atraída por la idea de su extrañeza de la misma forma que, cuando niña, había amado en un tiempo ciertos nombres en el mapa: el monte Kosciusko, la

gran Cuenca Artesiana, el mar de Tasmania. La atracción de lo exótico, y bendita fuera aquella niña de Wollongong por desearlo. *Pero aquí estoy ahora, pensó, con este rifle en mi regazo.*

Nunca vería la ciudad. Aunque Guilford la vería de nuevo. Tom se lo había dicho. Guilford estaría allí, en la Batalla..., a menos que su obcecado amor por el mundo lo retuviera.

—Guilford ama demasiado el mundo —le había dicho Tom—. Lo ama como si fuera real.

¿No lo es?, había preguntado ella. Aunque el mundo esté hecho de números y de máquinas..., ¿no es lo bastante real para amarlo?

—Para usted —había admitido Tom—. Algunos de nosotros no podemos permitirnos pensar de ese modo.

Los hindúes hablaban de desprendimiento, ¿o eran los budistas? Abandonar el mundo. Abandonar el deseo. Qué horrible, pensó Lily. Era horrible preguntárselo a alguien, y mucho menos a Guilford Law, que no solo amaba al mundo sino que sabía lo frágil que era.

El viejo rifle estaba cruzado sobre sus piernas con un peso terrible. Nada se movía más allá de la ventana excepto las estrellas encima del agua, distantes soles deslizándose a través de la noche.

Abby, sin armas, estaba acurrucada en un rincón de la estancia penumbrosamente iluminada por las velas. En algún momento después de medianoche Guilford se acercó y se sentó en el suelo a su lado. Puso una mano en su hombro. La piel de ella estaba fría bajo el calor de su palma.

—Nunca volveremos a estar seguros aquí —dijo ella.

—Si tenemos que hacerlo, Abby, nos iremos. Nos trasladaremos más arriba del territorio, adoptaremos otro nombre...

—¿Servirá de algo? Aunque vayamos a alguna otra parte, a un lugar donde nadie nos conozca..., ¿qué entonces? ¿Te quedarás mirando mientras yo me voy haciendo vieja? ¿Me verás morir? ¿Verás a Nicholas envejecer también? ¿Esperarás que el milagro que fuera que te puso aquí acuda y se te lleve de nuevo?

Él se echó hacia atrás, sorprendido.

—No hubieras podido ocultarlo mucho más tiempo. Todavía pareces como si recién hubieras cumplido los treinta.

Él cerró los ojos. *No morirás*, le había dicho su fantasma, y él había contemplado cómo sus cortes curaban milagrosamente, había observado la gripe pasar por su lado sin hacerle nada mientras se llevaba consigo a su hija pequeña. Se odiaba por ello, muy a menudo.

Pero la mayor parte de las veces simplemente fingía. Como con Abby: Abby envejeciendo, Abby muriendo...

Sanaba rápidamente, pero eso no significaba que no pudiera morir. Algunas heridas eran irrevocables, e incluso Tom era muy consciente de ello. No podía imaginar un futuro más allá de Abby, aunque eso significara arrojarse desde un acantilado o meterse el cañón de una pistola en la boca. Todo el mundo tenía derecho a morir. Nadie merecía un siglo de dolor.

Abby pareció leer sus pensamientos. Tomó su mano y la mantuvo entre las suyas.

—Haz lo que tengas que hacer, Guilford.

—No dejaré que te hagan ningún daño, Abby.

—Haz lo que tengas que hacer —repitió ella.

OceanofPDF.com

El primer disparo rompió una ventana de la sala de estar.

Nicholas, que había estado dormitando, se sentó envarado en el sofá y se echó a llorar. Abby corrió hasta él, le hizo bajar la cabeza.

—Agáchate —dijo—. ¡Agáchate, Nicky, y cúbrete la cabeza!

—¡Quédate con él! —gritó Guilford. Más balas atravesaron la ventana, agitando las cortinas como un viento huracanado, abriendo agujeros del tamaño de puños en la pared opuesta.

—Protege esta habitación —dijo Tom—. Lily, arriba conmigo.

Deseaba una ventana que mirara al este y tuviera una cierta elevación. El amanecer estaba solo a veinte minutos. A estas horas ya habría luz en el cielo.

Guilford se acurrucó detrás de la puerta delantera. Disparó un par de tiros al azar a través de la rendija para el correo, con la esperanza de desanimar a quien fuera que estuviese al otro lado.

Una andanada de balas atravesó como respuesta la puerta de madera de mezquita encima de él. Se agachó bajo una lluvia de astillas.

Las balas fracturaron la madera, el yeso, los muebles, las cortinas. Una de las velas de la cocina de Abby se apagó. El olor de madera quemada se hizo punzante e intenso.

—¿Abby? —llamó—. ¿Estás bien?

La habitación que miraba al este era la de Nick. Sus modelos de aviones de madera de balsa estaban alineados en un estante con su radio de galena y su colección de conchas marinas.

Tom Compton arrancó las cortinas de la ventana e hizo saltar de una patada el cristal del panel inferior.

La casa resonaba todavía con los ecos del sonido de cristales rotos.

El hombre de la frontera se agachó bajo el umbral, alzó brevemente la cabeza y volvió a agacharse.

—Veo cuatro de ellos —dijo—. Dos ocultos detrás en los coches, al menos dos más fuera junto al olmo. ¿Tiene buena puntería, Lil?

—Sí. —No tenía ningún sentido ser modesta. Aunque nunca había disparado con aquel Remington.

—Dispare hacia el árbol —dijo Tom—. Yo cubriré los blancos más cercanos.

No había tiempo para pensar. No dudó, simplemente se apoyó en el marco de la ventana con la mano izquierda y empezó a disparar su pistola a un ritmo firme y rápido.

El perlino cielo arrojaba una débil luz. Lily fue a la ventana, exponiendo la cabeza tan poco como le fue posible, y tomó puntería sobre el olmo, y luego sobre la forma imprecisa a su lado. Disparó.

No era un conejo. Pero podía imaginar que lo era. Pensó en la granja en las afueras de Wollongong, disparando contra los conejos con Colin Watson cuando todavía lo llamaba «papá». En aquellos días el rifle había parecido más grande y pesado. Pero se sentía firme con él. Colin le enseñó a anticipar el ruido, el retroceso.

La hacía sentir mal cuando morían los conejos, y eran colocados en fila como arrugadas bolsas de papel sobre la seca tierra. Pero los conejos eran una plaga; aprendió a reprimir la simpatía.

Y la de aquí era otra plaga. Disparó calmadamente el rifle. Le golpeó el hombro. Un cartucho resonó al rebotar contra el suelo de madera de la habitación de Nick y se metió debajo de la cama.

¿Había caído la figura-sombra? Creía que sí, pero la luz era tan pobre...

—No se detenga —dijo Tom mientras recargaba su arma—. No se derriba a esa gente con un solo disparo. No son tan fáciles de matar.

Guilford había perdido la sensibilidad de su pierna izquierda. Cuando bajó la vista vio una oscura humedad por encima de su rodilla y olió a sangre y carne magullada. La herida ya estaba sanando, pero sin duda había sido seccionado un nervio; repararlo tomaría su tiempo.

Se arrastró hacia el sofá, dejando un pequeño reguero de sangre.

—¿Abby? —dijo.

Más balas atravesaron las arruinadas puerta y ventana. Al otro lado de la habitación las cortinas de tela de Abby empezaron a arder sin llama, rezumando oscuro humo. Algo golpeó repetidamente contra la puerta de la cocina.

—¿Abby?

No hubo respuesta del sofá.

Oyó los disparos de Tom y Lily arriba, gritos de dolor y confusión fuera.

—¡Háblame, Abby!

El respaldo del sofá había sido alcanzado varias veces. Partículas de tapicería y del relleno de algodón colgaban en el aire como sucia nieve.

Apoyó su mano en un charco de sangre; no era suya.

—Cuento cuatro derribados —dijo Tom Compton—, pero no seguirán así a menos que terminemos con ellos. Y puede que haya más en la parte de atrás. —Pero ninguna ventana del primer piso miraba en esa dirección.

Se apresuró escaleras abajo. Lily le siguió de cerca. Sus manos temblaban ahora. La casa olía a cordita y a humo y a sudor masculino y a cosas peores.

Abajo en la sala de estar, el hombre de la frontera se detuvo en seco en el arco de la entrada y dijo:

—¡Oh, Cristo!

Alguien había entrado por la puerta de atrás.

Un hombre gordo con el uniforme gris de la Policía Territorial.

—Sheriff Carlyle —dijo Guilford.

Guilford estaba evidentemente herido y ofuscado, pero había conseguido mantenerse en pie. Una mano aferraba su ensangrentado muslo. Tendió la otra implorante. Había dejado caer su pistola junto al sofá...

Junto al sofá empapado en sangre.

—Están heridos —dijo Guilford en un lamento—. Tiene que ayudarme a llevarlos a la ciudad. Al hospital.

Pero el sheriff se limitó a sonreír y a alzar su pistola.

El sheriff Carlyle: uno de los tipos malos.

Lily luchó por apuntar con su rifle. Su corazón latía alocado, pero su sangre se había convertido en un frío ceno.

El sheriff disparó dos veces antes de que Tom lo enviara de un solo tiro girando sobre sí mismo contra la pared.

El hombre de la frontera se acercó al caído sheriff. Le disparó tres balas más a quemarropa hasta que su cabeza estuvo tan roja e informe como uno de los conejos de Colin Watson.

Guilford estaba tendido en el suelo, y la sangre manaba como una fuente de la herida en el pecho.

Abby y Nicholas estaban detrás de la inútil fortaleza del sofá, inexpresablemente muertos.

OceanofPDF.com

Interludio

Guilford despertó a la sombra del olmo, en la alta hierba, junto a un macizo de falsas anémonas azules como hielo glacial. Una suave brisa enfriaba su piel. La difusa luz del día mantenía todos los objetos suspendidos en su uniforme brillo, como si su percepción hubiera sido profundamente lavada de todo defecto.

Pero el cielo era negro y estaba lleno de estrellas. Eso era extraño.

Giró la cabeza y vio al piquete de pie a unos pocos pasos de distancia. Su yo-sombra. Su fantasma.

Probablemente hubiera debido sentir miedo. Misteriosamente, no lo sentía.

—Tú —consiguió decir.

El piquete —joven todavía, vestido aún con su desgastado uniforme— sonrió con simpatía.

—Hola, Guilford.

—Hola.

Se sentó. En la parte de atrás de su mente estaba la royente sensación de que algo iba mal, terriblemente mal, trágicamente mal. Pero el recuerdo se negaba a salir a la superficie.

—Creo —dijo lentamente— que me *dispararon*...

—Sí. Pero no te preocupes por eso ahora.

Aquel cielo, el cielo lleno de estrellas tan nítidas como bombillas eléctricas y tan cercanas como para poderlas alcanzar con la mano, le preocupaba también.

—¿Por qué estoy aquí?

—Para hablar.

—Quizá no quiera hablar. ¿Tengo elección?

—Por supuesto que tienes elección. Puedes taparte los oídos y silbar «Dixie» si quieres. Pero ¿no prefieres oír lo que tengo que decir?

—No eres exactamente una fuente de buenas noticias.

—Da un paseo conmigo, Guilford.

—Caminas demasiado.

—Pienso mejor mientras muevo los pies —dijo el piquete.

Igual que en el Londres en llamas un cuarto de siglo antes, había una forzada calma en su interior. Hubiera debido sentirse aterrado: *todo* iba mal..., peor que mal, sugería alguna oleada de recuerdos. Se preguntó si el piquete era capaz de imponer una amnesia emocional sobre él, aplacar su pánico.

El pánico podía ser fácil de alcanzar, quizá incluso apropiado.

—Por aquí —dijo el piquete.

Guilford caminó con el piquete subiendo el sendero más allá de la casa, entre los arbustos y los árboles agitados por el viento. Miró hacia atrás a su casa, pequeña y solitaria en su herboso promontorio, y vio el océano más allá, una plana lámina de cristal que reflejaba como un espejo las estrellas.

—¿Estoy muerto?

—Sí y no —dijo el piquete.

—Podrías ser un poco más claro.

—Podría ser cualquiera de las dos cosas.

Pese a la calma ultraterrena, Guilford sentía el roce como de pluma del temor.

—¿Dependiendo de qué?

—De la suerte. De la resolución. De ti.

—¿Es eso un acertijo?

—No. Solo que resulta difícil de explicar.

Subieron a buen paso por el sendero. Normalmente Guilford hubiera sentido que le faltaba el aire a causa de la ascensión, pero sus pulmones funcionaban más eficientemente aquí, o el aire era más denso, o era tan

invulnerable como en un sueño. Antes de que transcurriera mucho tiempo habían alcanzado la alta cima de la colina. El piquete dijo:

—Sentémonos un poco.

Hallaron un árbol mezquita y apoyaron la espalda contra su tronco, sentándose de la forma en que Guilford lo hacía a veces con Nick en las noches de verano, mirando a las estrellas. Estrellas en el océano, estrellas en el cielo. Más estrellas de las que jamás había imaginado que pudieran existir. Las estrellas giraban visiblemente, no alrededor del eje septentrional sino alrededor de un punto directamente sobre sus cabezas.

—Esas estrellas —dijo—, ¿son reales?

—«Real» es una palabra que significa más de lo que piensas, Guilford.

—Pero esto no es en realidad la colina detrás de mi casa.

—No. Solo es un lugar donde descansar.

Esto es este terreno, pensó Guilford. *Territorio fantasma.*

—¿Cómo se siente uno siendo un dios?

—No es eso lo que soy.

—La diferencia es sutil.

—Si enciendes una luz eléctrica, ¿te hace eso un dios? Tus propios antepasados hubieran dicho que sí.

Guilford parpadeó a la bóveda del cielo.

—El infierno de una bombilla.

—Estamos dentro del Archivo —dijo el piquete—. Específicamente, nos hallamos englobados en un paquete nodular lógico unido a los protocolos de procedimiento de la ontosfera terrestre.

—Bueno, eso lo explica todo —dijo Guilford.

—Lo siento. Lo que quiero decir es que todavía estamos dentro del Archivo: no podemos abandonarlo, al menos todavía no, pero no estamos exactamente en la Tierra.

—Aceptaré tu palabra sobre ello.

—No puedo sacarte de dentro del Archivo, pero puedo mostrarte cómo es el Archivo desde fuera.

Guilford no estaba seguro de lo que se le ofrecía —y la soterrada sensación de *urgencia* todavía le aguijoneaba—, pero puesto que no tenía ninguna auténtica elección, asintió.

—Muéstramelo —dijo.

Y, repentinamente, el cielo empezó a cambiar. Dejó de girar. Las estrellas se desplazaron en una nueva dirección, de sur a norte, y el horizonte sur se hundió a una velocidad vertiginosa. Guilford jadeó y deseó aferrarse al suelo aunque no había ninguna sensación de movimiento. La brisa persistió, cálida y suave y procedente del mar.

—¿Qué es lo que estoy mirando?

—Simplemente mira —dijo el piquete.

Más estrellas se desenrollaron hacia arriba desde el horizonte, incontables estrellas, y luego se retiraron a una impresionante velocidad, se convirtieron en manchas imprecisas y bandas de luz..., los brazos, el disco de una galaxia. La luz estelar se estabilizó, se convirtió en una enorme y luminosa rueda en el cielo.

—La ontosfera del Archivo —dijo el piquete con voz tranquila—. Su *ismo*.

Guilford no pudo formular una respuesta. Sentía que la maravilla formaba como una banda a través de su pecho y lo estrujaba.

Ahora toda la galaxia empezó a difuminarse, a formar una esfera no diferenciada de luz.

—La ontosfera en cuatro dimensiones.

Y eso también se desvaneció con la misma brusquedad. Ahora el cielo era una inmensidad de líneas color arco iris sobre un negro aterciopelado, iridiscentes, paralelas, tendiéndose en todas direcciones hacia el infinito hasta que no pudo soportar el mirarlas, hasta que mirarlas amenazó su cordura...

—La estructura Higgs del Archivo —dijo el piquete—, visualizada y simplificada.

¡Simplificada!, pensó Guilford.

Aquello también se desvaneció.

Por un momento el cielo se mantuvo completamente oscuro.

—Si estuvieras fuera del Archivo —dijo el piquete—, eso es lo que verías.

El Archivo: una esfera sellada, sin costuras, de apagada luz naranja que llenaba el horizonte occidental y se reflejaba en la inmóvil agua de la bahía.

—Contiene todo lo que fue la galaxia en su tiempo —dijo el piquete con voz suave—. Al menos, lo contuvo hasta que los psiones lo corrompieron. Esa mancha de luz roja sobre las colinas, Guilford, es lo que queda de la galaxia *original*, con todas sus estrellas y civilizaciones y voces y posibilidades..., un inmenso agujero negro que devora unas pocas cenizas sin vida.

—¿Un agujero negro? —consiguió decir Guilford.

—Una singularidad, materia tan compactada que nada puede escapar de ella, ni siquiera la luz. Lo que ves es la radiación secundaria.

Guilford no dijo nada. Sentía que un gran miedo golpeaba la envoltura de carne que lo contenía. Si lo que le había dicho el piquete era cierto, entonces esta masa en el cielo contenía tanto su pasado como su futuro; un tiempo a la vez frágil, tentativo, vulnerable al ataque. Esas humeantes cenizas eran la pizarra sobre la cual los dioses habían escrito los mundos. Sitúa mal un átomo, y los planetas colisionarán.

Y en esa pizarra habían escrito a Lily y a Caroline y a Abby y a Nicholas..., y a Guilford. Y él había sido extraído de ella, temporalmente, un número fluctuando entre el cero y el uno.

Almas como polvo de tiza, pensó Guilford. Miró al piquete.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Ya hablamos de eso una vez antes.

—Quieres que luche en tu batalla. Que sea un soldado.

—Por extraño que pueda parecer, hay cosas que puedes hacer en la ontosfera que yo no puedo. Te estoy pidiendo tu ayuda.

—¡Mi ayuda! —Miró a la opaca imagen radiante del Archivo—. ¡No soy un dios! Aunque hiciera lo que quieres, ¿qué diferencia podría significar?

—Ninguna, si tú fueras el único. Pero hay millones de otros, en millones de otros mundos, y millones más que vendrán.

—¿Por qué malgastar tu tiempo conmigo, entonces?

—Tú no eres ni más ni menos importante que cualquiera de los demás. Importas, Guilford, porque *toda* vida importa.

—Entonces devuélveme a casa y déjame ocuparme de Abby y Nick.

Estaban bien, ¿verdad? Se debatió entre vagos e inquietantes jirones de recuerdos. Recuerdos como cristales rotos...

—No puedo hacer eso —dijo el piquete—. No soy omnipotente. No cometas el error de creer lo contrario.

—¿Qué tipo de dios eres, entonces?

—No soy ningún dios. Nací de padres mortales, Guilford, igual que tú.

—Hace un millón de años.

—Mucho más que eso. Pero no puedo manipular la ontosfera de la forma que sugieres. No puedo reescribir el pasado..., y solo tú puedes influenciar el futuro. —Se puso en pie. Exudaba una dignidad que Guilford no reconoció como suya. Por un momento Guilford tuvo la impresión de ver más allá de él..., no *a través* de él sino más allá de la humilde apariencia hacia algo tan ardiente e inmenso como el sol.

No es un ser humano, pensó. Quizá en su tiempo hubiera sido un ser humano; quizá incluso hubiera llegado a ser Guilford Law. Pero ahora era algún otro tipo distinto de criatura. *Camina entre las estrellas*, pensó Guilford, *de la misma forma que yo puedo caminar por las calles de Fayetteville en un día soleado*.

—Considera las apuestas. Si se pierde esta batalla, tu hija será esclavizada y tus nietos serán usados como incubadoras para algo completamente sin alma. En un sentido muy real, Guilford, serán devorados. Es una forma de muerte para la cual no hay resurrección.

Nick, pensó Guilford. *Algo acerca de Nick. Nick oculto detrás del gran sofá de la sala de estar...*

—Y si se pierden todas las batallas —dijo el piquete—, entonces todo esto, todo el pasado, todo el futuro, todo lo que amaste o creíste haber amado, será pasto de las langostas.

—Cuéntame algo —dijo Guilford—. Solo una cosa. Por favor explícame por qué todo esto depende de *mí*. No soy nada especial, tú lo *sabes*, si eres quien dices que eres. ¿Por qué no vas a buscar a alguien distinto? ¿Alguien más listo? ¿Alguien con la fuerza necesaria para ver cómo sus hijos envejecen y mueren? Todo lo que siempre he deseado, ¡Cristo!, es una vida, el tipo de vida que lleva la gente, enamorarme, tener

hijos, tener una familia que se ocupe lo suficiente de mí como para proporcionarme un entierro decente...

—Tienes un pie en dos mundos. Parte de ti es idéntica a parte de mí, el Guilford Law que murió en Francia. Y parte de ti es única: el Guilford Law que fue testigo del Milagro. Eso es lo que hace posible esta conversación.

Guilford bajó la cabeza.

—¿Fuimos iguales durante cuánto tiempo, diecinueve o veinte años de un centenar de millones? Esto es una fracción apenas significativa.

—Soy inmensamente más viejo que tú. Pero no he olvidado lo que es acarrear un arma por una lodosa trinchera. Y temo por mi vida, y dudo de la cordura de la empresa, y siento las balas, siento el dolor, siento la muerte. No me gusta pedirte que te metas en una guerra aún más terrible. Pero la elección nos es forzada a ambos. —Bajó la cabeza—. Yo no hice al Enemigo.

Nick detrás del sofá. Abby enroscada sobre él, protegiéndole. El tapizado y el algodón del relleno y el olor de la pólvora y... y...

La sangre.

—No tengo nada que ofrecerte —dijo hoscamente el piquete—, excepto más dolor. Lo siento. Si vuelves, te me llevarás contigo. Mis recuerdos. Bouresches, las trincheras, el miedo.

—Quiero algo —dijo Guilford. Sintió el dolor ascender en él como un globo de aire caliente—. Si hago lo que dices...

—No tengo nada que ofrecerte.

—Quiero morir. No vivir eternamente. Envejecer y morir como un ser humano. ¿Es eso pedir mucho?

El piquete guardó silencio durante un tiempo.

Los paquetes de Turing trabajaban incansablemente para apuntalar las desmoronantes subestructuras del Archivo. La psivida avanzaba, se retiraba, avanzaba de nuevo por un millar de frentes.

Una segunda oleada de códigos víricos fue lanzada contra el Archivo, apuntada hacia las fuertemente blindadas secuencias temporales de los psiones.

Las noosferas esperaban fracturar el cronometraje de los psiones, cortarlos de su propio reloj Higgs de la ontosfera. Era un plan atrevido, y peligroso; la misma estrategia podía volverse contra ellos.

La sentiencia aguardaba: profundamente paciente, si bien profundamente asustada.

OceanofPDF.com

IV. OTOÑO DE 1965

«Quien ve la variedad y no la unidad, vaga de muerte a muerte»
—Katha Upanishad

OceanofPDF.com

Había cientos de hombres como él trabajando en el tendido del ferrocarril transalpino.

Llevaban tarjetas del Sindicato de Trabajadores Ferroviarios. Horadaban montañas con TNT, construían puentes sobre las gargantas, clavaban las vías. O eran ingenieros, porteadores, engrasadores, maquinistas, estibadores.

Cuando menguaba el trabajo, desaparecían en el paisaje durante meses. O desaparecían, casi con la misma facilidad, en los humosos arrabales urbanos de Tilson y Nueva Pittsburgh, a lo largo del Rin.

Eran solitarios, silenciosos. No tenían ni amigos ni familia. No parecían especialmente viejos (su edad era difícil de precisar), pero la edad les rodeaba como un aura. Su porte sugería una economía de movimientos, una terrible y deliberada paciencia.

Karen Wilder conocía el tipo. Había visto a muchos de ellos. Solo que últimamente estaba viendo más que nunca.

Karen atendía la barra en el Schaffhausen Grill en la ciudad de Randall, en los Nuevos Territorios Interiores. Llevaba ya cinco años allí, a donde había llegado desde una ciudad minera en los Pirineos, sin un céntimo y buscando trabajo. Era buena sirviendo a los clientes, y llegó a un acuerdo práctico con el propietario. El cocinero no le pondría las manos encima, y no tendría que ir a las habitaciones de arriba con los clientes. (Aunque esto no era un problema importante, puesto que había cumplido los cuarenta el año pasado. Las ofertas no habían parado, pero habían disminuido un

tanto). Randall era un apeadero en la línea Rin-Ruhr. Los grandes trenes de carga lo cruzaban todos los días, cargados con carbón de Tilson, Carver y Nueva Dresde. Más allá de las cataratas, la Carretera del Interior cruzaba las vías. La cabeza de la línea había crecido enormemente en los últimos años. Familias respetables se habían mudado allí. Pero Randall seguía siendo una ciudad fronteriza, con las Leyes de Emigración y de Propiedad de las Tierras canalizando todavía un firme flujo de gente de las ciudades. Los nuevos trabajadores eran problemáticos, había descubierto Karen; dados a discutir, rápidos con los puños. Prefería la compañía de los antiguos, incluso (o especialmente) los dados a hablar poco, como Guilford Law.

Lo reconoció el primer día que entró en el local..., no su nombre, sino su *clase*.

Era un antiguo de la más pura casta. Delgado, casi flaco. Grandes manos. Ojos viejos. Karen casi se sintió tentada de preguntar qué habían visto aquellos ojos.

Pero no era muy hablador. Había sido un cliente regular durante un año, año y medio ahora. Venía por las tardes, comía parcamente, bebía poco. Karen pensaba que tal vez ella le gustara un poco..., siempre le ofrecía una o dos palabras sobre el tiempo o las noticias. Cuando le hablaba, inclinaba su cuerpo hacia ella como una planta de sombra tendiéndose hacia el sol.

Pero siempre se iba escaleras arriba con las putas.

Esta noche fue un poco diferente.

A mediados de septiembre, el Schaffhausen solía atraer estrictamente a la gente del lugar. Multitudes de finales del verano, madereros y criadores de serpientes, turistas de renta baja que recorrían el trazado del ferrocarril en busca de lugares más cálidos donde ir. El propietario había contratado a una banda de jazz de Tilson en un esfuerzo por atraer clientes, pero los músicos eran caros y se metían con las mujeres, y al trompetista le gustaba tocar escalas borracho en la plaza de la ciudad al amanecer. Así que la cosa no había durado. Con la llegada de septiembre el Schaffhausen volvió a su calma habitual.

Entonces habían empezado a aparecer los antiguos. (Los Hombres Viejos, los llamaban algunos). Al principio no parecieron inusuales. Gente así pasaba constantemente por Randall, alquilando alguna vieja y polvorienta habitación durante un tiempo y luego marchándose. Pagaban sus cuentas, no hacían preguntas, no respondían preguntas. Eran un hecho de la vida, como las serpientes salvajes que merodeaban por las montañas del sur.

Pero últimamente algunos de esos hombres se habían quedado más tiempo de lo habitual, y habían llegado más, y se sentaban en grupos en el Schaffhausen discutiendo acerca de dios sabía qué en tonos bajos, y la curiosidad de Karen se vio estimulada pese a sus mejores intenciones.

Así que cuando Guilford Law se sentó en la barra y pidió una copa, ella se la puso delante y dijo:

—¿Hay alguna convención o algo así en la ciudad?

Él le dio enconadamente las gracias por la copa. Luego dijo:

—No sé lo que quiere decir.

—Y un infierno no sabe.

Él le lanzó una larga mirada.

—Karen, ¿no es así?

—Ajá. *Sí, señor vengo-aquí-todas-las-noches-desde-hace-un-año, ese es mi nombre.*

—Karen, esa es una pregunta delicada.

—En otras palabras, no es asunto mío. Pero está ocurriendo algo.

—¿De veras?

—Solo si una tiene ojos. Cada rata de la vía y piojo de la madera en los Territorios debe de estar aquí esta noche. Tienen ustedes un aspecto inconfundible, ¿sabe?

Como algo muerto de hambre y molido a golpes que se niega a morir. Pero no le dijo eso.

Durante una fracción de segundo tuvo la impresión de que él iba a confiarle algo. La expresión que cruzó su rostro era de una soledad humana tan pura que Karen se dio cuenta de que le temblaba el labio inferior.

Lo que dijo el hombre fue:

—Es usted una chica muy hermosa.

—Esta es la primera vez en quince años que alguien me llama *chica*, señor Law.

—Va a ser un otoño duro.

—¿De veras?

—Puede que no me vea durante un tiempo. Le diré lo que haré. Si vuelvo por primavera, vendré a verla. Si no hay inconveniente por su parte, quiero decir.

—Por mí ninguno, supongo. Pero falta mucho para la primavera.

—Y si no vuelvo...

¿Volver de dónde? Aguardó a que él terminara.

Pero él apuró su copa y sacudió la cabeza.

Una chica muy hermosa, había dicho él.

Recibía una docena de falsos cumplidos al día de hombres que estaban borrachos o eran indiferentes. Los cumplidos no significaban nada. Pero lo que había dicho Guilford Law no se apartó de su cabeza durante toda la tarde. *Tan simple*, pensó. *Y triste, y curioso*.

Quizá volviera realmente a verla..., y quizá fuera estupendo para ella.

Pero esta noche él terminó su copa y se fue a casa solo, moviéndose como un animal herido. Ella lo desafió con los ojos. Él desvió la mirada.

OceanofPDF.com

Lily dejó el trabajo a las cuatro y media y tomó el autobús al Museo Nacional. El día era frío, claro, vigorizante. El autobús estaba atestado con melancólicos trabajadores, hombres de mediana edad con trajes de estambre y sombreros arrugados. Ninguno de ellos comprendía la inminencia de la guerra celeste. Lo que deseaban, según había podido comprobar, era un cóctel, la cena, un cóctel después de la cena, acostar a los niños, poner uno de los dos canales nacionales en la televisión, y quizás una cabezada antes de irse a la cama.

Los envidiaba.

Había una exposición temática en el Museo, anunciada en inmensas pancartas que colgaban verticales como señoriales gallardetes suspendidas sobre las puertas:

La transformación de Europa

Comprender un Milagro

«Milagro», supuso, para apaciguar a los grupos de presión religiosos. Todavía prefería pensar en el continente como Darwinia, el viejo apodo de Hearst. La ironía se había perdido; la mayoría de la gente reconocía que Europa poseía una historia fósil propia, significara lo que esto significara, y podía imaginar muy bien al joven Charles Darwin coleccionando escarabajos en las marismas del Rin, intentando desentrañar el misterio del continente. Aunque quizá no su misterio *central*. Bajar del autobús, cruzar

el frío aire hasta el interior de las salas del museo iluminadas por sus luces fluorescentes.

La exposición era inmensa. Lily ignoró la mayoría de ella y caminó directamente al expositor de cristal dedicado a la expedición Finch de 1920 y al breve conflicto angloamericano. Allí había muestras de antiguas brújulas, prensas para plantas, teodolitos, una tosca reliquia conmemorativa recuperada años después del suceso junto al Rin un poco más abajo del Bodensee: *Dr. Thomas Markland Gillvany, in memoriam*. Fotografías de los miembros de la expedición: Preston Finch, ridículamente envarado con su sombrero para protegerse del sol; el delgado Avery Keck; el desafortunado Gillvany; el pobre y martirizado John Watts Sullivan... Diggs, el cocinero, no estaba representado, como tampoco lo estaba Tom Compton, pero allí estaba su padre, Guilford Law, con barba de un día y una camisa de franela, en su anterior expedición al río Gallatin, un joven de ceño fruncido con una cámara de cajón y sucias uñas.

Tocó el cristal del expositor con la yema de un dedo. Hacía veinte años que no veía a su padre, no desde aquella terrible mañana en Fayetteville, con el sol asomándose, le había parecido, sobre un océano de sangre.

Él no había muerto. Por graves que fueran sus heridas, sanó rápidamente. Había sido mantenido en observación en el hospital del condado de Oro Delta: la Policía Territorial quería que explicara las muertes de Abby, Nicholas, tres forasteros anónimos y el sheriff Carlyle. Pero fue dado de alta mucho antes de lo que los médicos habían anticipado; abandonó el hospital en el turno de medianoche tras reducir a un guardia. Se emitió una orden de busca y captura, pero apenas fue algo más que un gesto testimonial. El continente engullía enteros a los fugitivos.

Todavía estaba ahí fuera.

Lo sabía. Los Hombres Viejos la contactaban de tanto en tanto. Periódicamente, les decía lo que había averiguado gracias a su trabajo de secretaria en la oficina de Matthew Crane —un funcionario del Departamento de Defensa controlado por los demonios—, y ellos la tranquilizaban de que su padre todavía estaba vivo.

Todavía ahí fuera, deshaciendo el Apocalipsis.

El momento, insistían, era inminente.

Lily se detuvo ante un diorama iluminado.

Era un bípedo fósil darwiniano —no podía recordar ni pronunciar su nombre latino—, un monstruo de dos piernas y cuatro brazos que había cazado por las llanuras europeas tan recientemente como la Era Glacial, y una bestia auténticamente formidable. El esqueleto en el diorama medía dos metros y medio de alto, con una enorme espina ventral a la que en sus tiempos habían estado unidas densas bandas de músculos, un cráneo de amplia bóveda, una mandíbula llena de dientes afilados como cuchillos. Y allí a su lado una reconstrucción, completa con su piel quitinosa, sus ojos de cristal, sus aserradas garras largas como cuchillos de cocina, desgarrando la garganta de una serpiente de pelo.

Una exposición del museo, como la fotografía de Guilford Law; pero Lily sabía que ni su padre ni la Bestia estaban realmente extintos.

—Vamos a cerrar pronto, señora.

Era el guardia nocturno, un hombre bajo con una barriga flácida, una voz nasal, y unos ojos mucho más viejos que su rostro. No conocía su nombre, aunque se habían encontrado a menudo antes, siempre de esa misma forma. Era su contacto.

Como antes, ella puso un libro en la mano de él. Había comprado el libro ayer en una cadena de almacenes en Arlington. Era un libro de divulgación científica, *Los canales marcianos reconsiderados*, con las últimas fotografías de Palomar, pero Lily solo le había dedicado una hojeada. Intercalados entre sus páginas había documentos que ella había fotocopiado del trabajo.

—Alguien debe de haberse dejado esto —dijo.

El guardia aceptó el libro en sus gruesas manos.

—Lo llevaré a Objetos Recuperados.

Había intercambiado con ella esas mismas palabras tan a menudo que Lily había empezado a pensar en ello como en otro nombre para los Hombres Viejos, los Veteranos, los Inmortales: *los Recuperados*.

—Gracias. —Tuvo el valor de sonreír antes de alejarse.

Hacerse viejo, pensaba Matthew Crane, es como la justicia. No solo debe ocurrir, sino que debe verse que ocurre.

Había ideado un cierto número de técnicas para asegurarse de que no parecía llamativamente joven.

Una vez al año —cada otoño— se retiraba a la intimidad de su cuarto de baño de mármol, se bañaba, se secaba concienzudamente con la toalla, se sentaba delante del espejo con unas pinzas, y se dedicaba a arrancarse metódicamente pelos de la cabeza para crear el efecto de una creciente calvicie. Los dioses no eran lo suficientemente considerados como para anestesiarle durante el proceso, pero se había ido acostumbrando al dolor.

Una vez terminaba esto, marcaba unas cuantas arrugas nuevas en su rostro con el filo de una navaja.

La técnica era delicada. Era cuestión de cortar profundamente (pero no demasiado profundamente) y a menudo. Esta zona en la comisura del ojo, por ejemplo. Tenía mucho cuidado de no cortar el ojo en sí, empujando firmemente la hoja hacia fuera a lo largo de la mejilla. La sangre manaba brevemente. Seca y repite. Después del tercer o cuatro corte, la testarudamente inmortal carne exhibía una cicatriz permanente que podía pasar por una arruga.

Artístico.

Sabía, por supuesto, lo que parecería todo aquello a un individuo no preparado: algo horrible. Corta, seca, corta de nuevo, como un doctor practicando cirugía craneal en un cadáver, y cuidado con los nervios que hay debajo de la piel. Una vez se había provocado una caída del labio que había durado tres días y había impulsado a uno de sus ayudantes a inquirir si no había sufrido una apoplejía. Era un trabajo delicado que requería paciencia y mano firme.

Mantén todo el instrumental en una bolsa de piel en el botiquín, el Kit de Maquillaje del Inmortal: navajas, una piedra de afilar, bolas de algodón, pinzas.

Para aproximarse a la aspereza de la piel vieja, había descubierto que era muy útil el papel de lija.

Prefería un número diez, aplicado hasta que sangraban los poros.

Evidentemente, la ilusión no podía mantenerse indefinidamente. Pero tampoco sería necesario. Pronto la guerra tomaría otro giro distinto; podrían despojarse de sus disfraces; en seis meses, un año..., bueno, todo sería diferente. Al menos eso era lo que se le había prometido.

Terminó con la navaja, la limpió, enjuagó las gotitas de sangre de la piel, echó las bolas de algodón ensangrentadas a la taza del wáter. Se sintió satisfecho de su trabajo, y ya iba a abandonar el cuarto de baño cuando observó algo peculiar en sí mismo. La uña del dedo índice de su mano izquierda faltaba. El espacio donde debería haber estado la uña estaba vacío..., una húmeda indentación rosada.

Aquello era extraño. No recordaba haber perdido la uña. No había habido dolor.

Extendió ambas manos delante de sus ojos y las inspeccionó con una profunda inquietud.

Descubrió otras dos uñas perdidas, la del pulgar derecho y la del meñique derecho. Experimentalmente, tiró de la uña del otro pulgar. Se desprendió de la carne con un nauseabundo sonido de succión y cayó en el cuenco del lavabo, donde quedó brillando como el élitro de un escarabajo en la porcelana.

Bueno, pensó. Esto es nuevo.

¿Alguna especie de enfermedad de la piel? Pero seguramente pasaría. Las uñas volverían a crecer. Así era como funcionaban las cosas, después de todo. Él era inmortal.

Pero los dioses guardaron silencio sobre el tema.

OceanofPDF.com

El último cliente de Elias Vale era una mujer caribeña que se estaba muriendo de cáncer.

Se llamaba Felicity, y había acudido a través de la lluvia otoñal caminando dificultosamente sobre sus piernas como palillos hasta la miserable suite de Vale en el distrito de Coaltown de Nueva Dresde. Llevaba un traje estampado con flores que colgaba sobre su hueco cuerpo como una tienda de campaña colapsada. Los tumores —tal como los percibió su dios— habían invadido ya sus pulmones y sus entrañas.

Cerró las contraventanas a la vista de las húmedas calles, los oscuros rostros, las naves industriales, el acre aire. Felicity, setenta años, suspiró ante la disminución de la luz. Al principio se había sentido impresionada por los rotos contornos del rostro de Vale. Aquello estaba bien, pensó Vale. Miedo y asombro eran vecinos confortables.

—¿Moriré? —preguntó Felicity, con una voz aún llena de inflexiones de Spanish Town.

No se necesitaba un psíquico para ese diagnóstico. Cualquier hombre honesto se daría cuenta de inmediato de que se estaba muriendo. La maravilla era que hubiera sido capaz de subir el tramo de escaleras hasta la consulta de Vale. Pero por supuesto ella no había venido a oír la verdad.

Vale se sentó frente a ella al otro lado de una pequeña mesa de madera, con una pata más corta nivelada con un libro de cartas astrológicas. Los ojos amarillos de Felicity relucieron a la acuosa luz. Sullivan le ofreció su mano. La mano de él era suave, gordezuela. La de ella flaca, con una piel como pergamino enmarcando una palma pálida.

—Su mano está caliente —dijo él.

—La suya está fría.

—Las manos cálidas son un buen signo. Eso es vida, Felicity. Siéntala. Eso es todos los días que ha vivido, todos ellos recorriendo su cuerpo como si fueran electricidad. Spanish Town, Kingston, el barco a Darwinia..., su esposo, sus bebés, todos están ahí, todos sus días juntos debajo de la piel.

—¿Cuántos más? —dijo ella ansiosamente.

El dios de Vale no estaba interesado en aquella mujer. Era importante solo por los quince dólares de la consulta. Existía para acabar de rematar su bolsa antes de cojear hasta el tren al Armagedón.

Estuviera preparado o no.

Pero sentía lástima por ella.

—¿Siente usted ese río, Felicity? ¿Ese río de sangre? ¿Ese río de hierro y aire que corre desde el corazón de la alta montaña y desciende hasta el delta de los dedos de manos y pies?

Ella cerró los ojos, hizo una ligera mueca a la presión de la mano de él sobre su muñeca.

—Sí —susurró.

—Es un río fuerte y antiguo, Felicity. Es un río tan ancho como el Rin.

—¿Hasta dónde llega... al final?

—Al mar —dijo Vale suavemente—. Todos los ríos desembocan en el mar.

—Pero..., ¿todavía no?

—No, todavía no. Ese río no se ha secado.

—Me siento muy mal. Algunas mañanas apenas puedo arrastrarme fuera de la cama.

—No es usted una mujer joven, Felicity. Piense en los niños que ha criado. Michael, que construye puentes en las montañas, y Constance, con sus propios hijos ya casi crecidos.

—Y Carlotta —murmuró Felicity, con sus tristes ojos cerrados.

—Y la pequeña Carlotta, redonda y hermosa como el día en que murió. La está aguardando, Felicity, pero es paciente. Sabe que todavía no ha llegado el momento.

—¿Cuánto falta?

—Todo el tiempo del mundo —dijo Vale. Lo cual no era mucho.

—¿Cuánto tiempo?

La urgencia de su voz era como un latigazo. Aún había una mujer fuerte en aquel saco de huesos y tejidos podridos.

—Dos años —dijo él—. Quizá tres. Lo suficiente para ver a los pequeños de Constance arreglárselas por sí mismos. Lo suficiente para hacer las cosas que tiene usted que hacer.

Ella suspiró, una larga exhalación de alivio y gratitud. Su aliento olía como la carnicería de Hoover Lane, aquella con las carcasas de carne colgadas en el escaparate como adornos de Navidad.

—Gracias. Gracias, doctor.

Estaría muerta a finales de mes.

Vale dobló el dinero y se lo metió en el bolsillo, y la ayudó a bajar las escaleras.

El depósito ferroviario de Nueva Dresde era una enorme extensión negra por el hollín iluminada por las duras luces industriales colgadas al extremo de postes de acero. Las torres de la ciudad se alzaban detrás de los edificios de apartamentos como lápidas, relucientes en la lluvia.

Vale vestía ropa oscura. Llevaba un maletín de tela con unas pocas posesiones en él. Su dinero estaba en un cinturón apretadamente sujeto a su cintura. Llevaba una pistola en los pliegues de sus pantalones.

Se arrastró por debajo de una sección rota de verja de tela metálica, empapándose las rodillas en el embarrado suelo. La tierra apisonada y las cenizas y los fragmentos de carbón exhibían charcos de agua de lluvia en los que flotaba el aceite con iridiscencias multicolores. Llevaba temblando desde hacía casi una hora, mientras aguardaba a que un tren con destino al interior fuera desviado a la vía más cercana. Ahora la locomotora diesel empezó a adquirir velocidad, con su foco iluminando la oscuridad estriada por la lluvia.

Adelante, pensó Vale. Corre.

Sintió la urgencia de su dios atravesando su cuerpo, y no era acerca de alcanzar aquel tren en particular. La historia humana estaba trazando una espiral descendente hasta el punto cero, quizá más rápido aún de lo que los

dioses habían anticipado. Vale tenía trabajo que hacer. Había acudido a aquel desolado lugar por una razón.

Arrojó su maletín por la puerta abierta de un vagón de mercancías y se lanzó tras él. Aterrizó rodando, y se torció dolorosamente los dedos de su mano izquierda. «Mierda», susurró. Se sentó contra los listones de madera de la pared del otro lado. El vagón estaba oscuro y olía a carga antigua: heno enmohecido, serpientes y ganado vacuno camino del matadero. Las luces del depósito ferroviario desfilaban al otro lado de la abierta puerta.

No estaba solo. Había otro hombre acurrucado en el extremo más alejado del vagón, visible a destellos. La mano de Vale fue instintivamente a su pistola. Pero vio en un destello de luz más intenso que el hombre era viejo, harapiento, de ojos vacíos, y probablemente borracho de loción para después del afeitado o antiséptico. Un engorro quizá, pero no una amenaza.

—Hey, forastero —dijo el viejo.

—Déjame tranquilo —dijo Vale con voz seca.

Sentía el peso de sus días. Había pasado muchos años anónimos desde Washington, había llevado una vida marginal en los distritos marginales de demasiadas ciudades: Nueva Orleans, Miami, Jeffersonville, Nueva Pittsburgh, Nueva Dresde. Había averiguado algunas cosas útiles a los dioses y nunca le había faltado comida o acomodo, aunque a veces había sido pobre. Había sido mantenido, sospechaba, en reserva, aguardando la llamada final, la última trompeta, la ascensión de los dioses por encima de la humanidad.

Y siempre había habido el miedo: ¿Y si la batalla no llegaba nunca? ¿Y si estaba condenado a una interminable ronda de habitaciones baratas, las confesiones de hombres impotentes y mujeres que se estaban muriendo y lloraban a sus maridos, el hueco consuelo del licor barato y la heroína turca?

Pronto, susurró su dios. O quizá fuera su propia voz secreta. Últimamente, la distinción se le escapaba.

Pronto. Pronto.

El tren traqueteaba atravesando la campiña, más allá de chorreantes árboles mezquita y bosques de pino salvia, cruzando puentes de acero cubiertos por la bruma de otoño, hacia el salvaje Este, hacia Armagedón.

Despertó bañado por la luz del sol, con el vagabundo gravitando sobre él. Se apartó del apestoso aliento del viejo y tendió la mano hacia su pistola.

El vagabundo retrocedió y alzó sus mugrientas manos en un gesto apaciguador.

—¡No he hecho nada! ¡No he hecho nada!

El tren traqueteaba a través de un bosque iluminado por la luz del día. Más allá de la puerta abierta, un risco descendía hasta un musgoso río.

—Solo mantente lejos de mí —dijo Vale.

—Se ha herido la mano, amigo —dijo el vagabundo.

—Ese es mi problema.

—Tiene mal aspecto.

—Se curará. —Se la había torcido al subir al tren la otra noche. No le dolía. Pero parecía un poco extraña.

Faltaban cuatro de sus cinco uñas. La carne, debajo, era pálida y extraña.

OceanofPDF.com

Vinieron de la costa y del interior, de Tilson y de Jeffersonville y de Nueva Pittsburgh y de un centenar de ciudades más pequeñas; de los Alpes, de los Pirineos, de los puntos angulares de los Territorios. Vinieron juntos, un ejército secreto, allá donde las carreteras se unían con las líneas férreas, en una docena de pueblos y albergues sin nombre en encrucijadas. Llevaban sus propias armas: pistolas, rifles, escopetas. La munición llegó en cajas de madera a las ciudades de origen de las líneas férreas de Randall y Perseverance, donde fue descargada y metida en camiones y carros y distribuida a las tiendas arsenal en las profundidades del bosque. Los artilleros llegaron disfrazados de granjeros, con la artillería de campo camuflada bajo balas de heno.

Guilford Law había pasado el último año como explorador de avanzada. Conocía íntimamente aquellas montañas y valles. Siguió su propio camino hacia la Ciudad de los Demonios, escrutando el bosque en busca de signos del enemigo.

El tiempo era limpio, frío, estable. Los árboles mezquita no perdían su follaje angular, que solo se volvía gris pasada la estación. El suelo del bosque, un mantillo de tejido vegetal salpicado con mohos de variados colores, ocultaba sus huellas. Avanzó a través de sombras con olor a canela, a lo largo de delgados dedos de luz solar. Su chaqueta hasta las rodillas era de piel de gusano curtida, y debajo de ella llevaba un rifle automático.

La Ciudad de los Demonios no estaba señalada en ningún mapa. Ninguna carretera pública llegaba hasta sus proximidades. Los mapas topológicos y los exámenes aéreos la ignoraban, y ni el territorio ni el clima tentaban a los colonos o madereros. Algún avión privado, en especial los

pequeños hidroaviones Winchester populares en los territorios, pasaba ocasionalmente por encima, pero los pilotos no veían nada inusual. El boscoso valle había sido camuflado a la percepción humana en los años transcurridos desde que casi quedó puesto al descubierto por la expedición Finch. Era invisible a los ojos humanos.

Pero no a los de Guilford.

Ve con cuidado ahora, se dijo. El suelo ascendía en una serie de boscosos cerros. Sería demasiado fácil ponerse en evidencia cruzando aquellas crestas de antigua roca.

Se acercó a la Ciudad, quizá no por coincidencia, desde la misma colina desde donde la había visto por primera vez hacía casi cincuenta años.

Pero no: la había visto antes que eso..., la había visto en todo su esplendor, hacía más de diez mil años, con sus bloques de granito recién tallados del seno de la montaña, sus avenidas atestadas de poderosos bípedos acorazados, avatares de los psiones. Eran el producto de una evolución en la cual los invertebrados habían emprendido un largo camino hacia la invención de la espina dorsal, una historia que hubiera eliminado por completo a la antigua Tierra si no hubiera sido por la intervención de la Mente galáctica. *Batallas medio perdidas*, pensó Guilford, *batallas medio ganadas*. En medio de esta nueva Europa los psiones habían dejado un hueco en el manto del planeta, un Pozo, una máquina que comunicaba directamente con los códigos operativos del propio Archivo y desde la cual, a su debido tiempo —pronto— reemergerían los psiones, para habitar la Tierra al tiempo que la devoraban.

Aquí, y en un millón de planetas del Archivo.

Ahora, y en el pasado, y en el futuro.

Los recuerdos eran de Guilford, en cierto sentido, pero vagos, transitorios, incompletos. Era consciente de sus propias limitaciones. Era un receptáculo frágil. Se preguntó si podía contener lo que el dios-Guilford estaba preparándose a derramar en su interior.

Se tendió boca abajo en la cima del cerro y vio la Ciudad a través de una pantalla de hierba aguja. Oyó el viento soplar entre los tallos, notó las moscas toro posarse en el vello de su brazo. Escuchó el sonido de su propia respiración.

La Ciudad de los Demonios estaba siendo renovada.

Los psiones todavía no habían emergido de su Pozo, pero las calles estaban habitadas de nuevo, esta vez por hombres controlados por demonios. Más colegas de la vieja guerra, pensó Guilford. Como los Hombres Viejos reuniéndose en el bosque, esos hombres habían muerto en Ypres o en el Marne o en el mar..., muerto en un mundo, vivido en otro. Eran conductos para el tránsito entre el Archivo y su ontosfera. Por el hecho de carecer de consciencia, eran vehículos perfectos para los psiones. Eran los Defensores de la Ciudad de los Demonios y llevaban sus propias armas. Habían ido llegando solos o en parejas desde hacía muchos meses.

Guilford contó sus tiendas e intentó divisar sus atrincheramientos y la posición de su artillería. Una clara y delicada luz solar arrojaba sombras nítidas sobre la Ciudad. El Domo del Pozo había sido despejado de escombros. Ahora se alzaba claramente visible, con una voluta de aire húmedo elevándose desde su roto cascarón hacia la tarde de otoño.

Guilford dibujó los atrincheramientos en un bloc de notas de bolsillo, señalando los puntos vulnerables, los posibles puntos de ataque desde la boscosa ladera. Su reloj se mueve aprisa, se recordó. Los paquetes de Turing han hecho su trabajo. No están tan preparados como debieran.

Pero los defensores habían cavado sólidamente, en capas concéntricas de atrincheramientos y alambre espinoso que iban desde el derrumbado perímetro de la Ciudad hasta el Domo del Pozo.

No sería una lucha fácil.

Observó la Ciudad mientras la tarde se desvanecía, pero no vio nada más..., solo aquellas calles parecidas a un reloj de sol, contando las horas contra la Tierra.

Regresó tan cautelosamente como había ido. Las sombras formaban charcos como de agua por entre los árboles. Se dio cuenta de que estaba pensando en Karen, la camarera del Schaffhausen Grill allá en Randall. ¿Qué podía haber visto en él? *Soy tan viejo como el cuero*, pensó. *Dios mío, ya apenas soy humano.*

De todos modos, aquello lo atraía, la fantasía familiar del calor humano..., lo atraía; pero apestaba a nostalgia y dolor.

La luz diurna se había desvanecido cuando llegó al campamento. La cena era raciones enlatadas, probablemente requisadas de algún carguero con destino al mar de la China. Hombres viejos hormigueaban entre los oscuros árboles: Soldados Fantasma, se llamaban a sí mismos algunos. Era una unidad de infantería, y el comandante de la unidad era Tom Compton, que estaba sentado con su pipa en la mano junto a la orilla de un pedregoso arroyo contemplando el último azul del cielo vespertino.

Guilford no podía mirar a Tom sin una sensación de doble exposición, de memoria a capas, porque Tom había estado con él en el bosque de Belleau, con su batallón avanzando a una cadencia lenta hacia el fuego enemigo, dos soldados norteamericanos recién llegados decididos a derrotar a los boches de la misma forma que sus abuelos habían derrotado a los ejércitos de Jeff Davis, sin creer en las balas pese a que las balas diezmaban sus líneas como la hoja de una invisible guadaña.

Otros recuerdos, otros enemigos: Tom y Lily y Abby y Nick...

Ya no queda inocencia entre nosotros, pensó Guilford, solo el hedor de la sangre.

Informó de lo que había visto en la Ciudad.

—El tiempo debería ser bueno —dijo el hombre de la frontera—, al menos durante otro día. Dudo que eso nos favorezca.

—¿Avanzaremos esta noche?

—Los furgones de municiones ya están rodando. No cuente con poder dormir mucho.

OceanofPDF.com

En sus quince años en el Departamento de Defensa, Lily creía haber tomado la medida de Matthew Crane.

Era un «consultor» civil que pasaba la mayor parte de su tiempo almorzando con supervisores del Congreso y firmando con su nombre para duplicar copias del papeleo de asignaciones. Era alto, delgado, atractivo, y bien conectado. Su equipo de tres secretarías y media docena de ayudantes no estaba abrumado por el trabajo. El sueldo era generoso.

Por supuesto, estaba controlado por los demonios, y durante los últimos quince años el auténtico trabajo de Lily había consistido en observar al señor Matthew Crane y pasar ocasionalmente sus observaciones a los Hombres Viejos. No sabía lo útil o importante que era nada de esto. Posiblemente nunca llegaría a saberlo. Su temor más íntimo era haber malgastado años realizando un espionaje trivial en ayuda de una Batalla final que podía no llegar a producirse en el término de su vida y que probablemente no se resolviera en eras..., en eones.

Tenía cincuenta años, nunca se había casado, apenas había tenido ninguna relación. Había aprendido a vivir con su soledad. Tenía sus consuelos.

La ironía, quizá, era que había llegado a sentir una especie de cariño hacia Matthew Crane. Era educado, reservado y puntilloso. Llevaba trajes a la medida y era meticuloso, incluso vano, acerca del vestir. Lily detectaba un vestigio de incertidumbre humana enterrado bajo aquella mirada de absoluto control emocional.

También era, al menos en parte, una criatura calculadora, despiadada, y en absoluto humana.

Aquella mañana entró en la oficina alterado, manteniendo su brazo izquierdo apretado contra su cuerpo, y pasó junto a su equipo de secretarías sin decir una palabra. Lily intercambió una mirada de preocupación con Barb y Carol, las dos secretarías más jóvenes, pero no dijo nada.

Había intentado no formularse nunca la pregunta definitiva: *¿Y si descubre quién soy?* Era un antiguo y constante temor. Crane podía ser un hombre encantador. Pero Lily sabía que nunca tendría piedad.

A solas en su oficina, Matthew Crane se quitó la chaqueta, tendió su brazo sobre el lacado escritorio y se subió la manga de su camisa. Puso un papel secante bajo su codo para que absorbiera la sangre que todavía seguía manando.

Había tropezado con la fuente dispensadora de agua en el vestíbulo y de alguna forma se había lacerado la piel de su antebrazo izquierdo. El brazo estaba sangrando. Aquello era una desagradable novedad: había transcurrido mucho tiempo desde que Crane había visto algo más que unas meras gotas de su propia sangre.

Si *era* su propia sangre. No lo parecía. Por un lado, su tonalidad roja no era la correcta. Su color era un enlodado rojo ladrillo, casi pardo. Algo en ella brillaba como partículas de mica. Y la sangre era viscosa, como miel; y olía débilmente (quizás algo más que débilmente) a amoníaco.

La sangre, pensó febrilmente Matthew Crane, *no debería de hacer estas cosas*.

La herida en sí era menor, más una abrasión que un corte, completamente superficial en realidad, excepto que no se apresuraba en curarse por sí misma, y la carne interna revelada por la herida tenía una estructura peculiar, en nada parecida a la honesta carne humana, más bien algo así como el hemorrágico panal de un nido de avispas.

Llamó a Lily por el teléfono interior y le pidió que le trajera algo de algodón y un vendaje de la enfermería.

—Y por favor no haga una crisis de esto..., solo me he hecho un arañazo.

Un momento de silencio.

—Sí, señor —dijo Lily.

Crane colgó el teléfono. Una gota de sangre cayó sobre sus pantalones. El olor era más fuerte ahora. Como algo de lo que usaba el conserje para limpiar los inodoros.

Hizo varias inspiraciones relajantes y se examinó las manos. Sus dedos se parecían a los dedos de un niño, rosados y poco formados. Las últimas uñas se habían desprendido durante la noche. Las había buscado, infantilmente, irritadamente, pero no había conseguido encontrarlas entre la ropa de cama manchada de rosa.

De todos modos, todavía conservaba las uñas de los pies. Estaban atrapadas en sus zapatos. Podía sentir las, sueltas y enmarañadas en la red de sus calcetines Argyll.

Lily llegó unos pocos momentos más tarde con algodón y una botella de desinfectante. Crane había olvidado cubrir su brazo, y ella no pudo evitar un jadeo a la vista de la herida. *Se va a poner histérica*, pensó Crane, *si la mira más detenidamente*. Le dio las gracias y le dijo que se marchara.

Vertió yodo sobre el corte y secó el exceso con un ejemplar de las *Actas del Congreso*. Luego aplicó algodón alrededor de su brazo y lo fijó con un cordón de zapato y se bajó la manchada manga de su camisa sobre el desastre.

Iba a necesitar una nueva chaqueta, pero ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Enviar a Lily a la tienda a comprarle una nueva?

Algo había ido mal, y era más que la pérdida de sus uñas, más que la herida, más que el amilanante silencio de su dios interior. Crane lo sentía en la médula de sus huesos, literalmente. Sentía dolor por todas partes. Imaginó que podía sentir un brotar en el manto de la Tierra, un entrechocar de las ruedas dentadas que operaban el mundo material.

La batalla está en camino, pensó, el momento de la ascendencia, el amanecer de una nueva era; los dioses entrarían en erupción desde su oculto valle en Europa, construirían sus palacios con los huesos de las truculentas masas, y Crane viviría para siempre, gobernaría para siempre su baronía en la Tierra conquistada...

Eso era lo que le había dicho su dios.

¿Qué había ido mal?

Quizá nada. Pero él se estaba haciendo pedazos.

Alzó sus dedos sin uñas, diez regordetas salchichas rosadas.

Miró a los papeles sobre su escritorio y vio que el pelo había empezado a caérsele también.

Matthew Crane no abandonó su oficina en toda la mañana, y canceló todas sus citas del día. Por todo lo que Lily sabía, podía estar muerto desangrado en su despacho, excepto que llamaba periódicamente pidiendo más vendajes, un mocho y un cubo, algodón quirúrgico. («Rápido —en su última petición—. Y por el amor de Dios, sea discreta»). *Difícil ser discreta*, pensó Lily, *cuando estás suplicando una botella de Pine-Sol al conserje del edificio*.

Crane recibía todos aquellos pedidos a través de la puerta, entreabierta apenas una rendija; Lily no tenía permitido entrar.

Pero incluso a través de aquella angosta abertura podía oler el amargo aroma del amoníaco, la lejía, y algo más punzante, intenso como un quitaesmaltes de uñas. Barb y Carol fruncían la nariz, miraban sus máquinas de escribir, no decían nada.

Se fueron rápidamente a las cuatro y media. El teléfono interior zumbó justo en el momento en que Lily estaba recogiendo su escritorio. Estaba sola en la espaciosa oficina exterior, con los ecos amortiguados por la moqueta, las placas del techo, las bancadas de luces empotradas en ellas. Al otro lado de la única ventana de la oficina la luz del día se estaba ya desvaneciendo. Su ficus, observó, había empezado a marchitarse.

No cojas el teléfono, se dijo. Solo toma tu bolso y márchate.

Pero la personalidad que tan elaboradamente se había creado, esa eficiente secretaria, la mujer de mediana edad casada con su trabajo..., esa personalidad no podía ignorar la llamada.

Pensó brevemente en lo que le había dicho Guilford acerca de su abuelo durante su breve encuentro en Fayetteville. Su abuelo había sido un impresor de Boston tan firmemente ligado a su sentido del deber que había resultado muerto mientras intentaba alcanzar su imprenta —que no había

visto a un cliente de pago desde hacía un mes— en medio de los disturbios del pan que habían asolado la ciudad.

Hey, abuelo, pensó. ¿Es eso lo que se siente, luchando contra la multitud?

El receptor estaba ya en su mano.

—¿Sí?

—Por favor, venga —dijo Matthew Crane.

Su voz era ronca e inarticulada. Lily miró con un profundo presentimiento cuando cerró tras de sí la puerta interior.

OceanofPDF.com

Elias Vale se acercó a la ciudad sagrada dejando rastros de sangre en el mantillo debajo de los pinos salvia.

No estaba acostumbrado a aquel crudo ambiente darwiniano. Su dios había guiado sus pasos, lo había dirigido desde el depósito ferroviario en Perseverance más allá de las primitivas minas, lo había conducido por caminos de tierra y grava, y finalmente al intocado bosque. Su dios le advirtió que se mantuviera lejos de los atolones de coral de los osarios de los insectos, le halló agua para beber, lo protegió del frío de las claras noches otoñales. Y era su dios, supuso Vale, quien le infundió este sentido de finalidad, de totalidad, de claridad.

Su dios, hasta la fecha, no había explicado la rápida pérdida de su pelo y uñas, ni la forma en que su piel inmortal se laceraba y desprendía tras cualquier herida sin importancia. Sus brazos eran un mosaico de supurantes llagas; sus hombros pulsaban doloridos; su rostro —que había visto reflejado por última vez en un charco de agua helada— parecía estarse desprendiendo a lo largo de sus fracturadas costuras. Sus ropas estaban rígidas a causa de los fluidos resecos. Olía mal, un penetrante hedor químico.

Vale trepó una ladera rocosa, dejando su rosado rastro de gusano en el seco suelo, con su excitación en pleno crescendo: *Ya estamos cerca*, susurró su dios, y cuando llegó a la cresta de la colina vio la ciudad de redención, la sagrada ciudad resplandeciendo oscura en su oculto valle, vasta e imperial y antigua, durante mucho tiempo deshabitada pero viva ahora con hombres controlados por dioses. El corazón de la ciudad, el Pozo de la Creación, latía todavía debajo de su domo fracturado. Incluso a aquella distancia Vale

podía oler la ciudad, una fragancia mineral de vapor y luz solar y frío granito, y deseó llorar con gratitud, humildad, exaltación. *Estoy en casa, pensó, en casa después de demasiados años en demasiados antros carentes de luz y demasiados oscuros callejones, en casa al fin.*

Descendió alegremente la boscosa ladera, sin aliento pero ágil, hasta que alcanzó el perímetro de alambre espinoso donde otros hombres como él, semidioses rezumando plasma manchado de rosa, lo saludaron sin palabras.

Sin palabras porque no había necesidad de hablar, y porque algunos de esos hombres no hubieran sido capaces de hablar ni siquiera aunque hubieran deseado hacerlo, teniendo en cuenta la forma en que su piel colgaba de sus rostros como podrido papel maché. Pero eran sus hermanos, y Vale se sintió enormemente complacido de verles.

Le entregaron un rifle automático y una caja de municiones, le mostraron cómo colgar aquellas cosas de su ampollado hombro y cómo armar y disparar el rifle, y cuando el sol empezó a ponerse le llevaron hasta unas ruinas donde se había instalado un dormitorio. Había un delgado colchón para que Vale durmiera en él, en lo más profundo de la oscuridad de piedra, rodeado por el hedor orgánico de carne muriente y acetona y amoníaco y el más sutil olor de la propia ciudad. En alguna parte el agua goteaba de piedra en piedra. La música de la erosión.

El sueño era escurridizo y, cuando se durmió, soñó. Los sueños eran pesadillas de impotencia, de verse atrapado y asfixiado lentamente en su propio cuerpo, sofocado y sumergido por los efluvios de su carne. En sus sueños Vale ansiaba una casa distinta, no la ciudad sagrada sino algún hogar abandonado que se había deslizado de entre sus dedos hacía mucho tiempo.

Pasó un día en un campo de prácticas de tiro con aquellos entre sus mudos compañeros que todavía podían sujetar y manejar un rifle.

Aquellos que no podían —cuyas manos se habían convertido en deformadas garras, cuyos cuerpos eran sacudidos por convulsiones, a los que les habían brotado nuevos apéndices de sus alargadas espinas dorsales — hacían sus planes de guerra en otros lugares.

Y Vale comprendió, a través de la silenciosa comunicación de su dios, parte de la verdad de la situación. Esos cambios eran naturales pero se

habían producido demasiado pronto, habían sido provocados por un sabotaje en el reino de los dioses.

Sus dioses eran poderosos, pero no todopoderosos; inteligentes, pero no omniscientes. Por eso necesitaban su ayuda.

Y era un placer servirles, aunque una fracción de él gritara en contra de su cautividad, aunque sintiera, de tanto en tanto, una dolorosa nostalgia por la parte de él que era simplemente humana.

Nadie hablaba en la ciudad sagrada, aunque unos pocos hombres gritaban todavía en su sueño. Era como si hubieran abandonado el lenguaje en los bosques detrás de las barricadas de alambre espinoso. Todos aquellos hombres estaban dominados por dioses y todos los dioses eran en último término un solo dios, de modo que, ¿qué necesidad había de conversación?

Pero la parte de Elias Vale que añoraba su perdida humanidad añoraba de un modo similar el sonido del habla humana. El tableteo de las ráfagas y el resonar de las botas creaba ecos en aquellas avenidas de piedra sumidas en el melancólico silencio, e incluso la voz sin sonido de sus propios pensamientos empezó a volverse débil e incoherente.

Despertó, un día más tarde, con una nueva piel, verde como el bosque y brillante como la laca, aunque todavía seguía rezumando un pálido fluido blancuzco en las articulaciones.

Desechó lo que le quedaba de sus apestosas ropas. No había necesidad de modestia en la ciudad sagrada.

También el hambre se convirtió en una cosa del pasado.

Necesitaría comer, finalmente mucho, para compensar los tiempos de escasez. Pero no ahora.

Necesitaba beber copiosas cantidades de agua. Se habían instalado conducciones desde el río, y un firme flujo emergía del tosco extremo de la tubería al perímetro de la ciudad sagrada, para formar un riachuelo por entre las rotas calles hasta filtrarse en el suelo alpino. Esta agua era fría y sabía a

piedra y a cobre. Vale bebió cubos de ella, y lo mismo hacían los otros hombres.

Si es que podía llamarlos hombres. Se estaban convirtiendo, muy evidentemente, en algo distinto. Sus cuerpos cambiaban radicalmente. Algunos de ellos habían desarrollado un segundo par de brazos, rechonchos nódulos que emergían de la alterada musculatura de sus costillas, con diminutos dedos que aferraban ciegamente el aire.

Bebía, pero no sentía la necesidad de orinar. Su nuevo cuerpo usaba el líquido con mayor eficacia, lo cual estaba bien; había perdido su pene en algún momento durante la noche. Yacía en su colchón como un pulgar gangrenoso.

Pero Vale prefería no pensar demasiado intensamente en ello. Interfería con su euforia.

El aire otoñal era espléndido y frío.

Elias Vale había imaginado muchos futuros, ciertos y falsos. Había sondeado en las almas humanas como si fueran destellante cristal y visto las cosas que nadan y flotan allí. Los dioses habían hallado muy útil esa capacidad. Pero el futuro que no podía imaginar era el suyo propio.

¿Importaba realmente eso?

Hubo un tiempo en que su dios le prometió riquezas, la vida eterna, el dominio de la Tierra. Todo aquello le parecía ahora terriblemente intangible, halagos ofrecidos a un niño.

Servimos porque servimos, pensó Vale, una lógica a la vez circular y cierta.

Sentía que el Pozo de la Creación latía como un corazón en el corazón de la ciudad sagrada.

La piel de su rostro se había pelado como la piel de una naranja. Vale solo podía adivinar cuál era su aspecto ahora. No había espejos allí.

Su dios lo llevó a lo más profundo de la ciudad, le convirtió en parte del círculo de confianza de guardianes dispuestos alrededor del domo del pozo.

Elias Vale se sintió honrado de asumir el deber.

Durmió en las heladas sombras del domo aquella noche, con la cabeza apoyada en una almohada de piedra. Despertó al sonido de fuego de mortero.

OceanofPDF.com

Guilford Law ascendió la ladera bajo las explosiones de la artillería. El sonido le recordaba las voladuras para abrir los túneles del ferrocarril alpino. Lo único que faltaba era oír las rocas al caer. Al contrario que la voladura de los túneles, no se detuvo. Siguió y siguió con una enloquecedora irregularidad, como el pulso de un corazón sumido en el pánico.

Le recordó el bosque de Belleau y el cañón alemán.

—Deben haber sabido que llegábamos.

—Lo saben —dijo Tom Compton. Los dos hombres estaban acurrucados detrás de unas rocas caídas—. Solo que no saben cuántos somos. —Se abrochó el cuello de su raído sobretodo pardo—. El diablo es un optimista.

—Pueden traer refuerzos.

—Lo dudo. Tenemos gente en todas las estaciones de ferrocarril y aeródromos al este de Tilson.

—¿Cuánto tiempo nos da esto?

El hombre de la frontera se encogió de hombros.

¿Importaba? No, por supuesto que no importaba. Todo estaba en movimiento ahora; nada podía detenerse o frenarse.

Una apagada luz diurna rozaba las cimas de los cerros. En la cresta de la colina, Guilford contempló el caos. El valle estaba aún en sombras, las calles se veían blancas, con jirones de bruma. Un cuerpo de hombres, que incluía al venerable Erasmus, había conseguido situar emplazamientos atrincherados de artillería dentro del alcance de al menos los más cercanos edificios, y un bombardeo al preamanecer de su variopinta colección de

armas pesadas, obuses y morteros habían tomado por sorpresa el campamento de los demonios.

Ahora, sin embargo, el enemigo había reaccionado; el flanco occidental estaba recibiendo un fuerte castigo.

Simultáneamente, Guilford y un par de cientos de otros antiguos empezaron a avanzar ladera abajo desde el norte. Había patéticamente poca cobertura entre las trepadoras hierbas cañas y las rocas caídas de la empinada ladera del valle. Su única ventaja era que este terreno había hecho difícil también el emplazamiento de fortificaciones y alambre espinoso.

Desesperantemente lejos estaba todavía el auténtico edificio: el Domo del Pozo, donde la Sentiencia había aprisionado a miles de semiencarnados demonios, y Guilford recordaba esa guerra también...

Porque estoy contigo, le recordó el piquete.

Guilford llevaba ahora al fantasma dentro de él. Si podía llevar a este fantasma hasta tan lejos como el Pozo —si cualquiera de los Hombres Viejos que luchaban con él podía—, los demonios podían ser confinados de nuevo.

Pero apenas había formado el pensamiento cuando un francotirador oculto abrió fuego desde el bosquecillo de árboles mezquita que se aferraba a la pronunciada ladera. Las ráfagas del rifle automático hicieron blanco en los hombres a cada lado de él...

En él.

Sintió que las balas lo atravesaban. Sintió que su impulso lo arrojaba al suelo. Se arrastró a cubierto detrás de un grupo de retorcidos árboles.

El avance se detuvo mientras el operador de un mortero intentaba acallar al francotirador. Guilford se encontró contemplando las heridas de Tom Compton. El hombro derecho del hombre de la frontera estaba desgarrado en una llameante V, y había un boqueante agujero directamente debajo de su costilla inferior izquierda.

Lo que ocupaba esos espacios dañados no era carne magullada sino algo más vaporoso y grotesco, una luminosa silueta, el propio cuerpo del hombre de la frontera configurado como petrificada llama.

Pierde carne, pensó Guilford, y tu fantasma se mostrará a su través.

Contempló reluciente sus propias heridas. Hizo inventario.

Había sido herido duramente. Pecho y vientre estaban desgarrados, las ropas carbonizadas. Su torso resplandecía como una loca linterna de fiesta. Debería de estar muerto. Quizá lo estaba. No parecía poseer sangre, ni vísceras, ni carne, solo esta ardiente y pulsante luz.

Profundos números, se dio cuenta de que estaba pensando. Extraños y profundos números.

No sangraba, pero podía sentir su corazón martillar alocadamente en su dañado pecho. ¿O era eso también una ilusión? Quizá llevaba veinte años muerto..., se había sentido así muy a menudo. Inspira, espira, alza un martillo o gira una llave inglesa; elude el amor, elude la amistad, resiste...

Las balas repiquetearon en el guijarroso suelo a pocos centímetros de su oreja.

Sabes que este día iba a llegar. Se ha pospuesto demasiado tiempo.

—Nos están matando —murmuró.

—No —dijo Tom—. Quizá eso sea lo que piensa el francotirador. Tú lo sabes mejor. No nos están matando, Guilford. Solo pueden matar lo que es mortal. —Hizo una mueca cuando se volvió—. Están arrancando los dioses fuera de nosotros.

—Duele —dijo Guilford.

—Infernalmente.

Recordó demasiado, demasiado vívidamente, toda aquella larga mañana.

Rodó sobre un erizado rollo de alambre espinoso, su pie quedó atrapado en una dragontea, cayó otros varios metros y aterrizó con su rifle unos centímetros más allá del alcance de su brazo. La áspera piedra raspó su mejilla. Había alcanzado las afueras de la Ciudad.

Fui yo, pensó, en el bosque de Belleau; lo recuerdo. Oh, Cristo: el campo de trigo lleno de amapolas y los hombres cayendo por todas partes, dejando a los heridos atrás para los médicos, si los médicos no eran abatidos también, y los hombres gritándose por encima del rugir de los

disparos y las rodantes oleadas de acre humo... Míranos, pensó Guilford. Casi doscientos viejos semihumanos le seguían, con sobretodos largos de piel de serpiente, monos de resistente algodón, sombreros de ala flexible como cascos, exhibiendo agujeros del tamaño de manzanas allá donde las balas los habían atravesado. Pero no eran inmortales después de todo. El contenedor del cuerpo podía soportar tan solo un cierto grado de dolor y magia. Algunas heridas podían matar; algunos hombres habían quedado sin vida en la loma, muertos como los hombres en el bosque de Belleau.

Despojado de buena parte de su carne, corriendo ahora entre erosionadas columnas de piedra, Guilford recordó.

Me ha cabalgado como si yo fuera un caballo todos esos años.

Pero somos iguales.

Pero no lo somos.

Los recuerdos brotaban de la Ciudad de los Demonios como chorros de vapor.

En su tiempo esas estructuras se habían alzado blancas e inmaculadas como mármol, llenas de provisiones y hogar de una ciegamente virulenta e inmensamente poderosa especie mantenida como instrumentos para la penetración de la psivida en tiempos del Archivo. Habían vivido como insectos, constructores sin cerebro. Sumergidos en la edad adulta en el Pozo de la Creación, emergían como dioses mortales.

Solo había un camino a la ontosfera del Archivo. Había, por supuesto, miles de tales puntos de entrada. La psivida era a la vez implacable e ingeniosa.

Los he visto antes, y me asustaron; Señor, ¿qué asusta a un hombre que camina entre las estrellas?

Recuerdo a Caroline, pensó lúgubrementemente. *Recuerdo a Lily. Recuerdo a Abby y Nicholas.*

Recuerdo el aspecto que tiene la sangre cuando se mezcla con la lluvia y la tierra.

Recuerdo los cielos azules bajo un sol que murió hace mil millones de años.

Recuerdo demasiados cielos.

Demasiados mundos.

Recordó, sin desearlo, las miles de Bizancios de la antigua galaxia.

Penetró más profundamente en aquellos callejones llenos de escombros, lugares donde no podía llegar el sol del mediodía, donde las sombras se convertían en océanos de oscuridad.

Pensó: *¿Me estoy muriendo?*

¿Qué significaba morir, cuando el mundo estaba hecho de números?

Tom Compton se le unió, y los dos hombres caminaron varios pasos lado a lado.

—Vaya con cuidado —dijo el hombre de la frontera—. Están cerca.

Guilford cerró los ojos a las estrellas, los abrió a la piedra tallada y erosionada.

El olor, pensó. Acre. Como disolvente. Como algo que ha ido terriblemente mal. Delante de él, allá donde se alzaba la bruma, vio el brillante cuerpo y las garras como navajas del enemigo.

—No debemos dejarnos ver —susurró Tom Compton—. Estamos demasiado cerca del domo para arriesgarnos a una lucha.

Hacía diez mil años, cuando la ontosfera medía el tiempo, los demonios se habían visto confinados a su Pozo.

Sus avatares terrestres eran animales. La psivida había escrito un código peligroso en su ADN, pero no planteaban ninguna amenaza directa al Archivo a menos que fueran controlados por un dios. Guilford había luchado contra ellos como un dios, invisible y poderoso como el viento.

Emergerían del pozo llevando los mismos cuerpos poderosos, y los hombres controlados por los demonios que defendían el pozo estaban sometidos a la misma lógica monista, sus cuerpos humanos se rendían a los programas genéticos alienígenas.

Más pronto de lo que los demonios habían esperado. Nuevos paquetes de Turing habían alterado su cronometraje. El enemigo estaba obstaculizado por su propia y torpe metamorfosis.

Pero todo aquello no resultaría en nada a menos que una de aquellas sentencias-semilla condujera a su antiguo fantasma a las profundidades del pozo.

Guilford Law sintió el miedo del Guilford mortal: después de todo, era su propio miedo. Sintió piedad por aquella pequeña réplica de sí mismo, aquel inconsciente eje sobre el cual giraba el mundo.

Valor, hermanito.

El pensamiento resonó entre Guilford y Guilford como un haz de luz entre espejos distorsionados.

Los hombres controlados por demonios —incluso aquellos tan absolutamente transformados que ya no podían manejar un rifle— seguían siendo letalmente peligrosos. Incluso ahora, herido como estaba, Guilford sentía la enorme energía que se estaba gastando para mantenerlo con vida.

El sonido de la artillería se había desvanecido hacia el oeste. *Se han quedado sin municiones, pensó. Más lucha cuerpo a cuerpo ahora.*

La ciudad había sido diferente en invierno, con Tom y Sullivan caminando a su lado, el sonido de voces humanas y el ladrido como un lamento de las serpientes de pelo y la blanda curvatura de la nieve, allá donde éramos lo bastante ignorantes como para creer en un mundo cuerdo y ordenado.

Pensó con pesar en Sullivan esforzándose en extraer sentido al milagro de Darwinia..., que después de todo no era un milagro, solo una tecnología tan monstruosamente avanzada que ningún ser humano podía extraerle sentido o reconocer su signatura. *Pero a Sullivan no le hubiera gustado este mundo atormentado, pensó Guilford, más de lo que le hubiera gustado a Preston Finch; este mundo nunca fue considerado con los escépticos o los fanáticos.*

Cerca de ellos resonó el fuego de armas pequeñas. Adelante, hizo señas con la mano Tom Compton a Guilford a lo largo de un oscuro muro de piedra encostrado con musgo. Los claros cielos matutinos habían dejado paso a unas cargadas nubes plomizas y a accesos de lluvia. El asolado cuerpo del hombre de la frontera resplandecía débilmente —como una vela— en las sombras. Malo para la lucha nocturna. *Casi como colgar un cartel, pensó Guilford. Mátame rápido, solo estoy medio muerto.*

Pero el enemigo también era fácil de ver.

Una docena de ellos avanzaron a lo largo de la silenciosa avenida a unos pocos metros de distancia. Se agachó detrás de un montón de piedras caídas y los observó pasar, con sus nudosas espaldas brillando como metal martilleado y sus largas cabezas oscilando quejumbrosamente. Eran grotescamente bípedos, casi una deliberada parodia de los seres humanos que habían sido recientemente. Algunos de ellos llevaban jirones de ropas sobre sus huesudas caderas y hombros.

La fracción mortal de Guilford Law se sintió aterrada hasta el punto de sumirse en el pánico.

Pero la fracción mortal de Guilford Law engulló su miedo.

Avanzó entre fracturadas paredes de piedra hacia el centro de la ciudad, de la misma forma como había avanzado aquel terrible invierno hacía casi medio siglo, hacia el Domo del Pozo, el borde absoluto del mundo fenomenal.

OceanofPDF.com

Matthew Crane había apagado la luz del techo. Estaba sentado en un rincón oscuro de la oficina. Había dejado encendida la luz de su escritorio.

El propio escritorio había sido despejado. En el iluminado círculo de la lámpara solo había un objeto: una pistola, un revólver pasado de moda, pulido y limpio.

Lily se lo quedó mirando.

—Está cargado —dijo Matthew Crane.

Su voz era gelatinosa e imprecisa. Gorgoteaba al hablar. Lily se dio cuenta de que estaba calculando la distancia al escritorio. ¿Podía alcanzarlo antes que él? ¿Valía la pena correr el riesgo? ¿Qué deseaba el hombre de ella?

—No se preocupe, mi Pequeña Pulga —dijo Crane.

—¿Pequeña Pulga? —murmuró Lily.

—Estoy pensando en el poema. *Las grandes pulgas llevan pequeñas pulgas a sus espaldas para que las muerdan, y las pequeñas pulgas llevan otras pulgas más pequeñas, y así ad infinitum.* Porque usted era mi Pequeña Pulga, ¿verdad, Lily?

Ella tanteó en busca del interruptor de la luz. Crane dijo secamente:

—No lo haga.

Lily bajó la mano.

—No sé de lo que está hablando.

—Demasiado tarde. Demasiado tarde para los dos, me temo. Yo también tengo mis espías, ¿sabe? La Pequeña Pulga tenía a otra Pulga Aún Más Pequeña a sus espaldas cuando visitó el museo ayer.

Puedo echar a correr, pensó Lily. *Pero si lo hago, ¿me disparará?* Resultaba difícil pensar. El hedor a productos químicos la hacía sentir mareada.

—Sabemos lo que somos —dijo Crane—. Eso lo hace más fácil.

—¿Hace más fácil *qué*?

—Pensar en nosotros —dijo Crane con voz húmeda. Tosió, se dobló por un momento sobre sí mismo, se enderezó antes de que Lily pudiera aprovecharse de su debilidad—. Piense en nosotros juntos durante todos estos años, la Gran Pulga y la Pequeña Pulga, ¿y con qué fin? ¿Qué he conseguido, Lily? Desvié unos cuantos envíos de armas, compartí secretos de estado, hice mi pequeño papel para mantener al gobierno civil preocupado con guerras o disputas doctrinales, y ahora la batalla está a punto de ser librada... —Hizo un gesto que, en la oscuridad, podía haber sido un encogimiento de hombros—. Lejos de aquí. Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

—Eso no es divertido.

—Estoy de acuerdo. Estoy cambiando, Pequeña Pulga, y no sé por qué. Se puso en pie y se acercó un poco más a la lámpara..., a la pistola.

Dejó caer su abrigo largo. El hedor se intensificó. Lily consiguió ver la granulosa piel debajo de la camisa hecha jirones, las erupciones pustulosas, la piel de su rostro separándose como arrugado papel tisú. Su cabeza había empezado a adoptar una nueva silueta, la mandíbula se proyectaba hacia adelante, la caja craneana se estremecía debajo de islas de sangre y pelo y denso plasma amarillo.

Lily jadeó.

—¿Tan malo es, Pequeña Pulga? No tengo ningún espejo. Pero sí, supongo que es tan malo.

La mano de ella tanteó en busca de la puerta.

—Corra —dijo él—, y le dispararé. Lo haré, de veras. Cuestión de honor. Así que en vez de ello hagamos un juego.

Se sentía más asustada de lo que nunca había estado, tan asustada como aquella terrible noche en Fayetteville. Entonces, el enemigo había parecido al menos humano. Crane no, ya no, ni siquiera a esa débil luz.

—¿Un juego? —musitó.

—Olvide mi aspecto, Pequeña Pulga. Se supone que esto no está ocurriendo, al menos no todavía, pienso. No tengo control sobre ello. Sorprendentemente, tampoco lo tiene mi dios.

—¿Qué dios?

—Mi dios ausente. Ausente. Ese es el problema. Esa pequeña voz se ha sumido en el silencio. Está atareada en otra parte, supongo. Emergencias no previstas. Cosa de la gente de usted. Pero este... *proceso*... —Alzó sus ampolladas manos—. *Duele*, Pequeña Pulga. Y por mucho que ruego pidiendo un poco de alivio..., mis ruegos no reciben respuesta.

Hizo una pausa para toser, un largo espasmo líquido. Gotas de algo rosado y acuoso aterrizaron sobre el escritorio, la moqueta, la blusa de ella.

Ahora, pensó Lily, pero sus piernas estaban paralizadas.

—Antes de que transcurra mucho tiempo —dijo Crane— ya no seré yo. Hubiera debido adivinarlo. Los dioses, sean lo que sean, están hambrientos. Por encima de todo lo demás que puedan ser. No desean que Matthew Crane sobreviva más de lo que ellos desean que viva *usted*, Pequeña Pulga. Así que ya ve en la posición en que me encuentro.

Dio otro tembloroso paso adelante. Sus piernas se doblaban por lugares equivocados. La carne crujía a cada paso; una bilis amarilla rezumaba de los puños de su camisa.

—Una competición. La pistola está cargada y preparada para disparar. Por horribles que sean esos dedos míos actuales, todavía pueden apretar un gatillo. Y también pueden hacerlo los suyos, por supuesto. Yo no estoy tan ágil como lo estaba antes, pero usted no es joven tampoco, mi Pequeña Pulga. Apuesto a que ha entrado usted en el estadio de las medias antivariques y los zapatos ortopédicos, ¿correcto? Puede que incluso sienta algo de artritis las noches húmedas. Y ya no corre detrás de los autobuses.

Todo aquello era cierto.

—Un juego. Llamémoslo «agarrar la pistola». Creo que las posibilidades están más o menos igualadas. Simplemente no espere a que yo diga *adelante*.

No lo hizo. Lily avanzó de inmediato, un furioso paso detrás de otro, pero fue como correr en un sueño; sus miembros eran pesos muertos; parecía como si estuviera debajo del agua.

Vio la pistola en su círculo de luz, negra satinada sobre la lustrosa caoba, con la luz de la lámpara destacando los huecos y los ángulos del arma en brillantes constelaciones.

El hedor de la transformación de Crane flotaba denso en el aire. Emitió un sonido que Lily apenas oyó, un estridente grito animal.

Su mano derecha tocó la culata de la pistola. Se deslizó de entre sus dedos un precioso centímetro. Ahora sintió la proximidad de Crane, un sulfuroso calor.

Pero repentinamente la pistola fue suya. Cerró los dedos sobre la culata.

Dio un paso atrás desde el escritorio, tropezó con uno de sus tacones, se encontró sentada sobre la moqueta manchada de sangre con la pistola entre sus temblorosas manos, sujetándola frente a ella como un crucifijo de una tienda de todo a diez centavos.

Matthew Crane —la cosa que antes había sido Matthew Crane— se alzaba ante ella. La lámpara del escritorio estaba volcada, y su dura luz incidía de lado sobre su ampollado rostro. Sus ojos eran de color rojo cereza, sus pupilas estrechas rendijas negras.

—*¡Pequeña Pulga!* —exclamó—. *¡Buen trabajo!*

Ella disparó la pistola. Apuntó bajo. La bala partió una costilla, lanzando un borbollón de sustancia sanguinolenta contra la pared del fondo. Crane retrocedió de espaldas y se apoyó contra una estantería de actas del Congreso. Bajó la vista hasta su herida, luego miró a Lily.

Ella se puso cautelosamente en pie.

Él sonrió —si aquello pretendía ser una sonrisa— más allá de los tocones de sus dientes.

—No se detenga ahora, Pequeña Pulga —susurró—. Por el amor de Dios, no se detenga ahora.

Ella no lo hizo. No se detuvo hasta que la pistola estuvo vacía, no hasta que lo que quedaba de Matthew Crane quedó tendido inmóvil en el suelo.

Un espasmo de fuego de mortero desmoronó lo que quedaba del Domo del Pozo. Enormes losas intactas de roca tallada cayeron y se hicieron pedazos, alzando columnas de humo al aire otoñal. Guilford avanzó por entre los escombros, rifle en mano. Sus heridas eran graves y su respiración entrecortada y dolorosa. Pero todos sus miembros funcionaban y su mente estaba tan clara como podía esperarse bajo las circunstancias.

Un banco de nubes había derivado de las montañas, convirtiendo el día en algo frío y húmedo. La llovizna heló la ciudad y pintó las ruinas con una parda y aceitosa oscuridad. Guilford se oscureció el rostro con un puñado de lodo y se imaginó fundiéndose entre aquellos torturados ángulos de rota piedra. El enemigo había abandonado todo orden y acechaba a los intrusos humanos casi al azar, una estrategia efectiva, puesto que no había forma alguna de adivinar qué rincón podía ocultar a un demonio. Solo su hedor los traicionaba.

Guilford asomó la cabeza más allá de una piedra intacta de los cimientos y vio a uno de los monstruos a menos de una docena de metros de distancia.

Este había dejado muy atrás sus orígenes humanos. La transformación era casi completa: medía más de dos metros de altura, su redondeado cráneo y sus mandíbulas como navajas eran similares al espécimen que Sullivan le había mostrado en el Museo de Monstruosidades. Estaba desmembrando sistemáticamente a un hombre que había caído en sus garras, nadie a quien Guilford conociera personalmente, aunque esto era tan solo un pequeño consuelo. Despedazaba metódicamente el cuerpo, inspeccionando y desechando los trozos mientras Guilford intentaba dominar las náuseas y

apuntaba cuidadosamente. Cuando el monstruo se echó hacia atrás con un pedazo fresco de carne humana en la mano, disparó.

Un tiro limpio al pálido y vulnerable vientre. El monstruo se tambaleó y cayó..., herido, no muerto, pero no pareció capaz de hacer otra cosa más que permanecer tendido de espaldas y flexionar sus garras en el aire. Guilford echó a correr cruzando un campo de polvo de granito hacia el desmoronado Domo, ansioso por hallar una nueva cobertura antes de que el sonido atrajera a más criaturas.

Descubrió a Tom Compton agazapado detrás de una pared medio derrumbada, aferrándose la garganta con una mano.

—Los bastardos casi me arrancaron la cabeza —dijo el hombre de la frontera. Escupió un glóbulo rojo al polvo.

Así que todavía podemos sangrar, pensó Guilford. *Sangrar de la misma forma que lo hicimos en el bosque de Belleau. Sangrar de la forma en que lo hacíamos cuando éramos humanos.*

Tomó a Tom del brazo.

—¿Puede andar?

—Espero que sí. Es demasiado jodidamente pronto para ceder mi cuerpo al fantasma.

Guilford lo ayudó a ponerse en pie. La herida de la garganta era terrible, y las demás heridas del hombre de la frontera eran igual de graves. Una débil luz brotaba parpadeando de su arruinado cuerpo. Una frágil magia.

—Tranquilos ahora —advirtió Tom.

Remataron una colina de escombros, todo lo que quedaba del Domo que se había alzado durante diez mil años en el silencio de aquel vacío continente. Se oían frenéticos disparos de rifle al norte y al oeste.

—La cabeza baja —advirtió Tom. Avanzaron centímetro a centímetro, respirando polvo hasta que sus bocas fueron papel de lija y sus gargantas tuberías oxidadas. *Te recuerdo*, pensó Guilford: Tom Compton, el sargento primero que lo había arrastrado a través del campo de trigo hacia Château-Thierry, inútilmente, porque se estaba muriendo... Sobre aquellos cuchillos de granito hasta que vieron el Pozo, más brillante de lo que Guilford lo recordaba, radiante de luz, con su desmoronante perímetro guardado por un

par de vigilantes monstruos, con los ojos poseídos de una feroz inteligencia yendo de un lado para otro.

Elias Vale todavía era capaz de sujetar y disparar un rifle automático, aunque sus dedos se habían vuelto torpes y extraños. Estaba cambiando en formas en las que prefería no pensar, cambiando como los hombres a su alrededor, algunos de los cuales ya no eran ni remotamente humanos. Pero aquello estaba bien. Estaba cerca del Pozo de la Ascensión, realizando un trabajo sagrado y urgente. Sintió la inmediata proximidad de los dioses.

Su visión se había visto sutilmente alterada. Descubrió que podía detectar débiles movimientos a la más tenue luz. Sus demás sentidos también. Podía oler el olor a pella salada de los atacantes. La lluvia que caía sobre su granulosa piel era a la vez fría y agradable. El sonido de los disparos de rifle era agudamente fuerte, incluso el resonar de los guijarros constituía una sinfonía de tonos diferenciados.

Más agudo también era el sentido que había atraído en primer lugar a los dioses hacia él, su habilidad de penetrar al menos hasta una pequeña distancia en el alma humana. Los seres que atacaban la Sagrada Ciudad eran solo parcialmente humanos —parcialmente algo mucho más antiguo y grande—, pero captaba la forma de sus vidas, cada emoción y tensión y secreta vulnerabilidad. Esa habilidad todavía podía ser útil.

Su rifle no era su única arma.

Se acurrucó detrás de un bloque de granito mientras dos de los más profundamente transformados hombres patrullaban el borde del Pozo. Sintió —¡pero era algo indescriptible!— la inmensa energía viva de aquel lugar, los dioses aprisionados en el no-espacio en las profundidades de la Tierra, tendiéndose ansiosamente hacia la encarnación física.

Un ejército de ellos.

Y sintió la presencia de dos hombres semimortales acercándose desde el norte.

Captó sus nombres del resplandeciente aire: Tom Compton. Guilford Law.

Almas antiguas.

Vale apoyó su rifle en su pustuloso pecho y sonrió vacuamente.

—Yo rodearé por la izquierda, los atraeré con un par de disparos —dijo Tom—. Usted haga lo que pueda.

Guilford asintió y observó a su herido amigo alejarse arrastrándose.

El Pozo era una bolsa de algoritmos encajados en la ontosfera, un alfilerazo abierto a la arquitectura profunda del Archivo. La única forma que tenía el dios-Guilford de entrar era a través de la encarnación física: había necesitado que Guilford lo llevara hasta allí, pero la batalla dentro del Pozo, el Confinamiento, eso era obra de los dioses. *Pero estoy cansado*, pensó Guilford. *Me duele*. Y con el dolor y el cansancio vino una desgarradora nostalgia; se dio cuenta de que estaba pensando en Caroline, en su largo pelo negro y sus ojos heridos; en Lily, con cinco años, hechizada bajo la influencia de Dorothy Gale y Tik-tok; en la paciencia y la fuerza de Abby; en Nicholas mirándole con una confianza que él nunca se había ganado ni había merecido, una confianza pronto quebrantada..., deseó volver atrás, volverlo todo atrás, y se preguntó si era por eso por lo que los dioses habían construido originalmente su Archivo: esta no aceptación mortal a renunciar al pasado, a dejar que el amor se convirtiera en desmoronantes átomos.

Cerró los ojos y apoyó la mejilla en un saliente de húmeda piedra. La luz dentro de él parpadeó. La sangre manó de sus heridas.

El sonido del rifle de Tom lo puso de nuevo en guardia.

En el erosionado borde del Pozo, los dos monstruos giraron la cabeza hacia el sonido del arma. Tom disparó de nuevo y una de las bestias gritó, un chillido casi humano en su rabia y su dolor. Un fluido verde bilis brotó de las reventadas entrañas del monstruo.

Guilford aprovechó la distracción para acercarse unos metros más al Pozo, agachado entre columnas de granito de la altura de un hombre.

Ahora ambas criaturas se estaba moviendo, acercándose a la fuente de los disparos en ángulo oblicuo, ofreciendo su armadura dorsal contra el fuego de rifle. Eran extraordinariamente grandes, quizá guardianes especialmente preparados para esa misión. Su andar —bípedo, fluidamente

equilibrado— era lento, pero Guilford había aprendido a respetar su velocidad. Las garras y las mandíbulas en los antebrazos estaban expuestas, con la blancura del hueso, resplandecientes en la lluvia. Sus brazos inferiores más pequeños, menos brazos que cuchillos auxiliares, chasqueaban incansablemente.

La lluvia aumentó de llovizna a aguacero, láminas de agua que golpeaban las antiguas piedras, haciendo brotar nubes de vapor del Pozo.

Los monstruos no se veían afectados por la lluvia. Se detuvieron e inclinaron la cabeza, un gesto irritado más propio de un ave. El agua daba a sus pieles o conchas un brillo pulido y despertaba colores ocultos, un arco iris de iridiscencia que hizo pensar a Guilford en su infancia, en lavar guijarros en un arroyo para ver emerger su lustre más allá del polvo y del aire.

Más cerca ahora. Sintió el calor del Pozo, su apestoso olor a aislante quemado.

Tom se puso al descubierto y disparó de nuevo, quizá la última bala de su munición. Guilford usó la oportunidad creada por el hombre de la frontera y corrió hacia el borde del Pozo, sin dejar de mirar hacia atrás. *Márchate mientras puedas*, deseó gritar, pero vio que la pierna izquierda de Tom se doblaba bajo su cuerpo. El hombre de la frontera cayó sobre una rodilla, consiguió alzar su rifle, pero la criatura más cercana, aquella a la que había herido, ya estaba sobre él.

Guilford gimió involuntariamente cuando el monstruo arrancó limpiamente la cabeza de Tom de su cuerpo.

La cortina de lluvia ocultó todo lo demás. El aire olía a ozono y a relámpagos.

No hubiera debido detenerse. El segundo monstruo lo había visto y avanzaba ahora a una velocidad aterradora hacia el Pozo, con sus largas piernas bombeando tan eficientemente como las de un leopardo. Al correr no producía ningún sonido audible por encima del de la lluvia; pero cuando se detuvo dejó escapar una nube de hediondos vapores solubles, productos de desecho de alguna inimaginable química corporal. Sus ojos, inexpresivos y extraños, se enfocaron fijamente en él.

Guilford alzó su rifle y disparó dos rápidos tiros a la criatura.

Las balas astillaron su brillante armadura, quizá rompieron una costilla expuesta, hicieron que retrocediera un tambaleante paso. Guilford disparó de nuevo, siguió disparando hasta que su cargador estuvo vacío y el monstruo yació inmóvil en el suelo.

Tom, pensó.

Pero el hombre de la frontera estaba más allá de toda posible reparación. Guilford se volvió hacia el Pozo.

El borde estaba cerca. La espiral de escalones de piedra seguía intacta, aunque peligrosamente sembrada de nuevos cascotes. Aquello no importaba. No planeaba bajar las escaleras. Saltaría y dejaría que la gravedad lo arrastrara: no había fondo en aquella conejera, solo el fin del mundo. Echó a correr.

Se detuvo en seco cuando una figura humana se alzó a menos de diez pasos frente a él.

No, se dio cuenta, no humana, solo alguna pobre alma menos avanzada en su destrucción. El rostro en particular parecía como si hubiera sido fracturado hacía mucho tiempo, con los huesos asomando a lo largo de las líneas de falla como placas volcánicas.

La criatura luchó por alzar su rifle, con sus brazos temblando con la parálisis de la transformación.

Guilford tomó otro cargador de su cinturón.

—No querrás dispararme —dijo el monstruo.

Las palabras atravesaron la lluvia y se impusieron al distante crepitar de la artillería.

Ignóralo, dijo el dios-Guilford.

—Hay alguien conmigo, Guilford. Alguien a quien conoces.

Expulsó el cargador vacío del arma.

—¿Quién es? —Mientras observaba al monstruo luchar con su propio rifle. Un caso grave de temblores. Haz que siga hablando.

No, insistió el piquete.

El monstruo cerró los ojos y dijo:

—¿*Papá?*

Guilford sintió que algo se helaba en su interior.

No.

—¿Eres tú? No puedo ver...

Guilford se inmovilizó, pese a sentir la urgente súplica del piquete.

—¡Papá, soy yo! ¡Soy Nick!

No, no es Nick, porque Nick...

—¿Nick?

—¡Papá, no dispares! ¡Estoy dentro! ¡No quiero morir, no de nuevo!

El monstruo seguía forcejeando con sus propias convulsiones para alzar el rifle. Lo veía claramente, pero no podía extraer ningún sentido de todo aquello. Recordó las brillantes y horribles rosas de la sangre de su hijo.

El piquete estaba repentinamente a su lado, débil como la bruma.

El tiempo detuvo su marcha hasta casi un arrastrarse. Sintió que su martilleante corazón latía a la mitad de su velocidad, lentas notas de timbales.

El monstruo agitaba su arma con una glacial imprecisión.

El piquete dijo:

—Escúchame. Rápidamente, ahora. Eso no es Nick.

—¿Qué les ocurre a los muertos? ¿Se apoderan de ellos los demonios?

—No siempre. Y eso no es Nick.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Guilford. ¿Crees que yo dejaría que se apoderaran de él?

—¿Lo hiciste?

—No. No lo hice. Nick está conmigo, Guilford. Está con *nosotros*.

El piquete tendió sus manos en un movimiento como si acunara algo, y por un momento —un dulce y terrible momento— Nick estuvo allí, con los ojos cerrados, dormido, con doce años y en paz.

—Así es como son las cosas —dijo el piquete—. Todas esas vidas.

—Estoy tan cansado... —dijo Guilford—. ¿Nick?

Pero Nick se había desvanecido de nuevo.

—Dispara tu arma —dijo firmemente el piquete.

Lo hizo.

Lo mismo hizo el monstruo.

Guilford sintió que las balas lo atravesaban. El dolor, esta vez, fue brutal. Pero eso no importó. Más cerca ahora. Disparó y disparó de nuevo, hasta que el hombre con el rostro roto yació destrozado en el suelo.

Guilford arrastró su propio cuerpo roto hasta el borde del Pozo.

Cerró los ojos y cayó. El dolor torbellineó en bruma. Libre como una gota de lluvia ahora. *Hey, Nick, mírame.* Y sintió la somnolente presencia de Nick. El piquete había dicho la verdad. Nick estaba envuelto en atemporalidad, durmiendo hasta el final de la ontosfera, cayendo en las luminosas aguas del Archivo, números más profundos que cualquier océano, cálidos como el aire del verano.

Parpadeó y vio al dios estallar fuera de él. Aquella luminosa cosa que había sido en sus tiempos Guilford Law, muerto en un campo de batalla en Francia, alimentado por la Sentiencia, equipotente con los dioses y uno de ellos, inseparable de ellos, un ser que Guilford no podría ni siquiera empezar a comprender, todo él fiero luz y color y vengativo como un ángel furioso, confinando a los demonios que aullaban su frustración a través de las lejanas y desvanecientes fronteras del mundo.

OceanofPDF.com

Interludio

Permanecieron un tiempo de pie en un terreno alto sobre la Ciudad de los Demonios en ruinas. El día era uniformemente brillante, pero el cielo estaba lleno de estrellas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Guilford.

—Esperaremos —dijo el piquete, infinitamente paciente.

Guilford vio a más hombres ascender la ladera de la colina. La Ciudad estaba en silencio ahora, vacía de nuevo. Guilford reconoció a los Hombres Viejos, Tom y Erasmus entre ellos, completos y sonrientes. Le sorprendió poder ver sus rostros tan claramente a través de la distancia.

—¿Esperar qué?

—El final de todas las batallas —dijo el piquete.

Guilford sacudió enérgicamente la cabeza.

—No.

—¿No?

—No. No es eso lo que deseo. Quiero lo que no se me permitió tener. — Miró fijamente al piquete—. Quiero una vida.

—Toda la vida que quieras..., durante todo el tiempo que quieras.

—Me refiero a una vida humana. Quiero caminar como un hombre completo, envejecer antes de morir. Simplemente... una vida humana.

El piquete guardó silencio durante largo tiempo.

He sorprendido a un dios, pensó Guilford.

Finalmente el piquete dijo:

—Puede que esté dentro de mis poderes. ¿Estás seguro de que es eso lo que deseas?

—Es todo lo que siempre he deseado.

El antiguo Guilford asintió. Comprendía..., la parte más antigua de él, al menos, comprendía. Dijo:

—Pero el dolor...

—Sí —dijo Guilford llanamente—. El dolor. Eso también.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO. FINALES DE VERANO, 1999

Karen, de vuelta de su paseo matutino, le dijo a Guilford que una enorme rueda de mar había sido arrojada a la playa. Después de comer (bocadillos en el porche, aunque él no pudo comer más que un bocado), fue a echar una mirada a aquel prodigio náutico.

Se tomó su tiempo, acumulando sus energías. Siguió un camino desde la casa a través de los densos helechos, a través de los árboles campana que goteaban néctar de agosto. Sus piernas empezaron a dolerle casi de inmediato, y estaba sin aliento cuando vio el océano. La costa de Oro Delta poseía el clima más benigno del que podía alardear Darwinia, pero el verano era a menudo incapacitadoramente húmedo y siempre muy cálido. Las nubes se acumulaban sobre el Mediterráneo sin viento como grandes palacios de mármol, como las catedrales de la desaparecida Europa.

La tormenta de la noche pasada había varado la rueda de mar en lo alto del guijarroso margen alto de la playa. Guilford se acercó tentativamente al objeto. Era inmenso, al menos dos metros de diámetro, no un círculo perfecto sino una elipse rota, moteada de blanco; por lo demás se parecía notablemente a una rueda de carro, los restos de alguna caravana submarina arrastrados hasta la superficie.

De hecho era una especie de vegetal, una planta de aguas profundas, típicamente darwiniana en su hueca simetría.

Era extraño que hubiera llegado hasta allí, para adornar la playa detrás de su casa. Se preguntó qué fuerza, qué marea o movimiento del agua, había arrancado la rueda de mar de su lecho. O quizás era una evidencia más de la creciente lucha entre las ecologías darwiniana y terrestre, incluso en la bentónica intimidad del océano.

En tierra firme, durante la vida de Guilford, las plantas de flor habían empezado a conquistar sus más lentas análogas darwinianas. Al lado de la carretera de Tilson había descubierto últimamente un macizo silvestre de maravillas, azules como el verano. Pero algunas de las especies darwinianas estaban devolviendo el favor; se decía que los esqueletos de encaje y las falsas anémonas eran cada vez más comunes al sur de la Línea Mason-Dixon.

La rueda de mar, una cosa frágil, no sería más que algo negro y putrefacto al mediodía de mañana. Guilford se dio la vuelta para regresar a casa, pero el dolor detrás de sus costillas le dominó y decidió descansar un momento. Humedeció un pañuelo en un charco de marea y se mojó el rostro, saboreando la sal en sus labios. Su respiración se hizo afanosa, pero eso era de esperar. La semana pasada el doctor en la Clínica Rural de Tilson le había mostrado sus radiografías, las sombras demasiado fáciles de interpretar en su hígado y pulmones. Guilford había declinado una oferta de cirugía y terapia radiactiva de última generación. Este caballo estaba demasiado viejo para galopar.

Obligado a sentarse durante un rato, admiró lo extraño de la rueda de mar, su flagrante incongruencia. *Una extraña cosa arrojada a una extraña orilla: bueno, sé cómo es eso.*

La tormenta de la noche pasada había despejado el aire. Contempló el satinado mar devolverle al cielo su azul. Silbó entre dientes algunas melodías hasta que se sintió con las fuerzas suficientes para iniciar el regreso.

Cuando, al levantarse y darle la vuelta de la varada rueda de mar, se encontró con el piquete aguardándole a unos pocos metros rocosa playa abajo.

Guilford se acercó amistosamente al fantasma. Su aspecto era delgado y juvenil. No era su doble, ya no. Era alguien distinto. Más joven. Más viejo.

Evaluó la débilmente parpadeante aparición.

—Dime —preguntó—, ¿no te sientes cansado de llevar esos viejos harapos del Ejército?

—Fueron mis últimas ropas humanas. No parecería correcto llevar otra cosa. Y sería demasiado llamativo no llevar absolutamente nada.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Guilford.

—Treinta años —dijo el dios—, más o menos.

—¿Así que es como en una de esas películas? ¿Te presentas para desenrollar la alfombra roja hacia el cielo? ¿De mi lecho de muerte a las nubes y a la música de violines?

—No. Pero te acompañaré de vuelta a casa, si no te importa.

—¿No tienes ningún motivo en particular para estar aquí? ¿Solo has salido a pasear? No es que no me alegre verte...

—Hay una pregunta que deseo hacerte. Pero no en este momento. ¿Paseemos un poco? Siempre pienso mejor mientras camino.

Caminaron al azar siguiendo el sendero a través del bosque. Guilford ya no le tenía miedo al piquete, pero sentía una cierta excitación nerviosa. Se dio cuenta de que estaba hablando de Darwinia, de cómo había cambiado el continente, de cómo las ciudades y ferrocarriles y aviones lo habían civilizado, aunque todavía seguía lleno de lugares inexplorados para aquellos que querían perderse..., como si el piquete no conociera esas cosas.

—Tú prefieres la costa —dijo el fantasma.

Era cierto. Encajaba con él. Quizá le gustaba porque era un lugar donde se encontraban y mezclaban elementos opuestos: el mundo antiguo y el nuevo; la tierra y el mar. El pasado y el futuro.

El piquete escuchó pacientemente, y Guilford se sintió arrullado por un tiempo por sus propias palabras. Luego la idea le golpeó.

—Esta es la primera, ¿verdad?

—¿La primera qué? —preguntó el piquete.

—La primera visita de cortesía. Déjate caer con el viejo bastardo antes de que compre la granja.

—Esta no es una visita de cortesía.

—Entonces, ¿por qué...?

—Mira hacia atrás —dijo el piquete—. Hace treinta años, Guilford, te ofrecí una vida como la mía.

—Tras el Confinamiento —admitió Guilford—. Cuando los dos estábamos muertos.

—¿Y recuerdas lo que respondiste?

—Vagamente. —Una mentira. Recordaba cada una de las palabras.

—Dijiste: «Quiero lo que no se me permitió tener. Quiero envejecer antes de morir».

—Ajá.

—No fue fácil. Huesos del polvo. Carne del aire. Y envejecer. Un cuerpo humano, mortal.

—Es cierto, he sido resucitado de entre los muertos más que la mayoría de la gente que conozco.

—He venido a preguntarte si ha valido la pena.

—¿Esa es tu pregunta? ¿Esa es la finalidad de esta pequeña visita?

Se estaban acercando a la casa. El piquete se detuvo a la sombra de los árboles, como si no deseara que Karen le viera. En las profundas sombras era casi invisible, un auténtico fantasma, apenas más tangible que una brisa.

—Nací como un ser humano —dijo el piquete—, pero no he sido *simplemente* humano desde que las estrellas eran jóvenes. Y tú has hecho algo que yo nunca hice. Has envejecido. *Decidiste* envejecer. Así que dime. ¿Ha valido la pena?

Guilford se preguntó qué debía decir. Odiaba la idea de ensalzarse a sí mismo. Algunas tareas era mejor dejarlas a los demás, incluyendo por supuesto los obituarios. Pero pensó en su vida desde el Confinamiento, tanto en su forma general como en sus acontecimientos aislados: aprender a conocer a su hija Lily; casarse con Karen y crear un hogar para ella; contemplar el flujo y reflujo general de los nacimientos, la pérdida de vidas, la gente inventándose a sí misma a la manera triste y desesperada que hace la gente. *Nací en 1898*, pensó Guilford: *hace más de un siglo*.

Aquello puede que no significara mucho para un dios, pero impresionaba mucho a Guilford.

Una pregunta sencilla, una respuesta sencilla.

—Por supuesto que ha valido la pena.

Se volvió para mirar al piquete, pero el piquete se había ido, como si allí nunca hubiera habido nada entre los árboles más sustancial que la luz del

sol y las sombras.

Karen lloró cuando le contó lo que había dicho el doctor, pero por la noche secó sus lágrimas y adoptó una nueva firmeza. Después de todo, dijo, todavía no estaba muerto. Hizo que la muerte sonara como el pagaré de un tahúr: una deuda sin ninguna seguridad de ser cobrada.

Amaba esta dureza en ella, como el áspero crujir de una manzana al ser mordida. Abrió la botella de whisky del Territorio guardada para las ocasiones especiales —la botella de las bodas y los funerales, la solía llamar, aunque no lo hizo esta noche—, y bebió la cuota que le correspondía antes de irse los dos a la cama. La amó intensamente. Decidió que nunca la había amado más.

Pero no pudo dormir.

Se sentó en el porche y miró al cielo.

¿Era Marte aquel punto en el horizonte? Nunca había sido bueno en asuntos celestes. La astronomía era una de las aficiones del doctor Sullivan. El doctor Sullivan podía señalar Marte sin un parpadeo.

Marte iba a tener problemas pronto. La sonda fotográfica del invierno pasado solo había insinuado el problema. En Marte, los psiones habían salido de sus Pozos y estaban esclavizando a los nativos, un pueblo bondadoso y casi humano, sabía Guilford, aunque no podía decir cómo o por qué sabía esto. Necesitarían ayuda. Más Confinamientos a realizar antes del fin del mundo, y era cosa de cada cual imaginar cómo terminaría el mundo. Ni siquiera los dioses lo sabían seguro.

Los marcianos necesitaban ayuda, pero Guilford no podía proporcionársela. Esa batalla tendría que desarrollarse sin él.

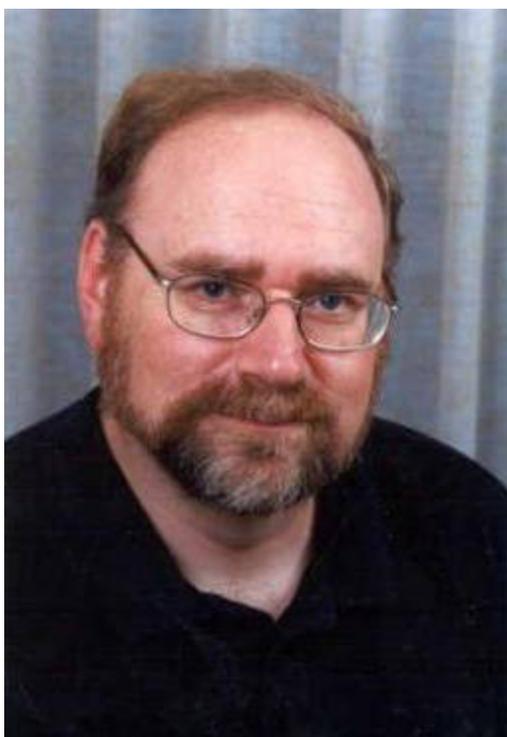
A menos que esto fuera un toque de clarín, pensó, este naciente dolor en su pecho, una especie de nota de trompeta. Si moría, quizá pudiera encontrar a Nick, encontrar a Caroline y a Abby (si se hablaban entre ellas), encontrar a Tom Compton..., recorrer ese largo camino desde el bosque de Belleau hasta las estrellas. Convertirse en un dios, y los dioses serían llamados a la batalla, lo cual significaba...

Suspiró y escuchó a los bichos zumbiar en la noche. Las moscas toro sondeaban la luz del porche, con sus vidas de menos de un día, generación tras generación apuntadas como flechas a la oscuridad. El Eclesiastés: *Todos los ríos van a parar al mar, pero el mar no está lleno...*

El mar, pensó Guilford, está lleno de vida.

Y no había tiempo para el pesar y demasiado que hacer. Y solo un momento para descansar, para cerrar los ojos, para dormir.

OceanofPDF.com



ROBERT CHARLES WILSON (1953-), es un autor canadiense de ciencia ficción.

Wilson nació en el estado norteamericano de California, pero creció y ha pasado casi toda su vida en Canadá, adquiriendo la nacionalidad en 2007. Publicó por primera vez en la revista *Analog Science Fiction*, firmando con el pseudónimo Bob Chuck Wilson. Su obra acostumbra a desarrollar argumentos de ciencia ficción dura sin renunciar a la elaboración de buenos personajes.

Ha recibido numerosas distinciones literarias: el premio Hugo por su novela *Spin*, el premio John W. Campbell Memorial por la novela *The Chronoliths*, varios premios Aurora por sus trabajos *Blind Lake*, *Darwinia*, y la historia corta *The Perseids*, y el premio Philip K. Dick por *Mysterium*. Además, sus libros han estado entre los más valorados por la revista *New York Times*.